



MIJAILO KOTSIUBINSKIY
LA SOMBRA DE LOS ANTEPASADOS OLVIDADOS

МИХАЙЛО КОЦЮБИНСЬКИЙ

**ТІНІ
ЗАБУТИХ ПРЕДКІВ
та інші новели**

Переклав на іспанську
ХУАН БОРИСЮК

Видавництво «Д н і п р о»
Київ * 1972

MIJAILO KOTSIUBINSKIY

**LA SOMBRA
DE LOS ANTEPASADOS OLVIDADOS
y otros relatos**

**Traducido del ucraniano
por JUAN BORYSIUK**

**Editorial «D n i p r ó»
Kiev * 1972**

**Autor del prólogo: NINA KALENICHENKO,
Doctor en Ciencias Filológicas**

Redactor: FELIX ROBERTO LANIER

Ilustrador: MIJAILO USOV

Impreso en la RSS de Ucrania

PROLOGO

Alto, erguido, vestido con elegancia, siempre apuesto y medurado, siempre "circunspecto y respetuoso de sí mismo, un creador entre los demás" (Pablo Tichina), así conocían y amaban a Mijailo Mijailovich Kotsiubinskiy sus amigos. Así lo describieron en sus memorias. El no tenía absolutamente nada de la bohemia artística ni del fingido descuido "a lo paisano", extremismos muy en boga entre los literatos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. "El fue una de esas personas extraordinarias, que ya desde la primer entrevista, despiertan un agradable sentimiento de satisfacción: precisamente a esta persona has estado esperando, precisamente a ella dedicas toda una serie de pensamientos particulares". (Máximo Gorki).

A M. Kotsiubinskiy, persona de una profundísima cultura y un verdadero esteta, le resultaba sumamente duro vivir en la atmósfera de sumisión y opresión que reinaba en la Rusia zarista. El país natal sojuzgado por el zarismo, la cultura y el idioma ucraniano perseguidos, la implacable censura, la ininterrumpida vigilancia de los gendarmes y la policía, el asfixiante ambiente provincial, el trabajo agotador, el mal estado de salud, no hacían más que empeorar su existencia...

Mijailo Kotsiubinskiy nació el 17 de septiembre de 1864 en la ciudad de Vinitnya, en el seno familiar de un simple funcionario de estado. La falta de recursos materiales, le impidieron obtener una educación sistemática. Apenas si pudo terminar sus estudios secundarios, quedando irrealizables sus aspiraciones de una educación universitaria. Sin embargo, con su persistencia autodidacta y una constante y afanosa lectura, Kotsiubinskiy

logró superar su carencia de instrucción formal y se convirtió en una de las personas más cultas de su tiempo.

El joven Kotsiubinskiy tuvo que pisar la senda laboral a una edad relativamente temprana: en un principio como repetidor, más tarde como maestro de escuelas populares, luego como miembro de la Comisión anti-filoxera en Moldavia y Crimea, se desempeñó como funcionario estatal y durante un tiempo fue empleado en la Sección estadística de Cherniguiv. Toda su vida fue una dura lucha por la sustentación y manutención de su numerosa familia. “Es tan mala mi situación,— se quejaba en una de sus cartas del año 1904— que Ud. ni imaginar se puede. Siento deseos de escribir, de hacer algo más productivo y más interesante, pero, ¡vanas ilusiones!, todo el tiempo disponible se lo lleva el servicio, amén de otras obligaciones”...

Mas, sin prestar atención a toda aquella carga de circunstancias desfavorables, el escritor toma parte activa en las luchas político-sociales de su época y en las competiciones literarias innovadoras. Toma parte en las tareas clandestinas de los populistas y social-demócratas, propaga la literatura revolucionaria ilegal, pasa a ser miembro del Colegio de Redactores de uno de los periódicos de Cherniguiv, publica varios volúmenes de obras selectas (“Ola tras ola”, “Hojas de roble”, “De la corriente de la vida”), agrupa a su alrededor a la juventud literaria de más talento y siempre, Mijailo Kotsiubinskiy se encuentra a la vanguardia de las personas progresistas de su tiempo. “No. Yo no soy de aquellos que siempre andan desconformes, al contrario, yo siempre y en todo lugar, extraigo lo más hermoso e interesante y si fuese posible indagar en mi alma, con toda seguridad notaríamos que hasta la vida más incolora dejó en ella, muchos aspectos interesantes que qui-

zás alguna vez, si hay tal oportunidad, suban a la superficie”,— escribía él en una de sus cartas datadas en el año 1911.

A causa de su enfermedad, Kotsiubinskiy transcurre varios inviernos en la isla de Capri, donde traba profunda amistad con Máximo Gorki y en el año 1910 se conoce con V. I. Lenin.

A Gorki lo unía una afinidad de ideas y principios estéticos, de puntos de vista políticos-sociales y de gustos artísticos. Resulta muy interesante el intercambio de correspondencia que hubo entre ellos, ya que dicho epistolario sirve de un fehaciente testimonio de la comunión de almas de dos grandes artistas de las bellas letras y que de por sí mismo, resulta una bella obra literaria.

La curación de su enfermedad, le requería cada vez más tiempo. Además, la salud malograda en su juventud, iba empeorando catastróficamente, a consecuencia de lo cual sobrevino una muerte prematura que tuvo lugar el 25 de abril de 1913. Las exequias se llevaron a cabo en la ciudad de Cherniguiv, en donde residía desde el año 1898. Sus restos fueron inhumados en las colinas de Boldin, pintoresco rincón que fuera tan de su agrado y donde tantas veces descansara...

Kotsiubinskiy hizo su entrada en la literatura ucraniana a fines del siglo XIX, cuando las condiciones político-sociales cambiaron en forma radical y plantearon con agudeza la necesidad de una renovación en el arte, de la creación de nuevos medios artísticos y la búsqueda de nuevos métodos representativos de la realidad. Kotsiubinskiy de inmediato formó parte de los indagadores de lo nuevo e invitaba a sus colegas a participar en la reforma de la literatura. El era un artista innato “que tiene los ojos un poco distintos a los demás y va llevando en su alma el sol con el que nimba las

finísimas gotas de rocío con aureolas de arcoiris y extrae a la luz del día, desde lo más hondo de la tierra, las flores más bellas y alumbró los más negros recovecos de las alucinaciones" (fragmento de su relato "Telaraña"). No es en vano que él mismo, en sus cartas a los amigos, se suponía adorador del fuego y del sol. "¡Soll... Te estoy agradecido. Tú siembras mi alma de semillas de oro, ¿quién sabe que saldrá de ellas?... ¿Fuego, quizás?" ("Intermezzo").

En esta edición, el lector tendrá el agrado de conocer algunas muestras de la novelística de Mijailo Kotsiubinskiy, las cuales no son más que una pequeña parte de su riquísimo acervo literario, pero que no obstante, son un motivo de legítimo orgullo para todo el pueblo ucraniano. Con sus obras, Kotsiubinskiy alcanza los pináculos del arte y se coloca a la par de los más relevantes escritores del mundo. Sus novelas y relatos, "En el camino" (1907); "Intermezzo" (1908); "Sueño" (1911); "Fata Morgana" (1903—1910); "La sombra de los antepasados olvidados" (1911) y otros, que se traducen a muchos idiomas extranjeros, invariablemente despiertan el entusiasmo y la admiración de los conocedores.

Un humanismo profundo, una ferviente protesta contra el pancismo y el provincialismo, contra la demagogia liberal y el fariseísmo, un ardiente democratismo, he aquí lo básico en la obra creadora de Kotsiubinskiy. Hay que "saber respetar la vida, cuidar de su belleza", afirma el escritor, puesto que "la poesía no puede vivir en el basurero y sin poesía, la vida es un delito". ("Sueño").

El escritor no puede ser tan solo un frío observador, el escritor tiene que ser un luchador tenaz, un defensor de los ofendidos y humillados, debe creer en los hombres, en "el triunfo de la luz sobre la oscuridad y el

mal" (fragmento de una de sus cartas), el escritor está llamado a rejuvenecer el cielo y la tierra, a apagar el sol y a encender uno nuevo, a "arrojar junto con la suciedad a aquellos que ensucian, para que por fin entren en la casa, la pulcritud y la tranquilidad" ("Intermezzo").

En sus obras, Kotsiubinskiy plantea los problemas más candentes de su época. El alma del escritor arde en una airada protesta contra todo aquello que sojuzga y limita a las personas, falsificando sus sentimientos. Kotsiubinskiy tiende hacia una vida mejor, más libre, armónicamente enlazada a la Naturaleza, plena de razón y de lucha por un futuro mejor, por una vida donde cada persona pueda vivir y trabajar libremente. Es por esta circunstancia que Kotsiubinskiy, desde sus primeras obras, fija su atención en los personajes voluntariosos, activos y luchadores, buscadores de la verdad y la justicia.

Desde la posición de su humanismo profundamente altruísta, Kotsiubinskiy no puede dejar de apoyar la utilización de la fuerza, para el derrocamiento de un orden injusto y la extirpación del mal. En sus obras, fluyen cada vez con más fuerza las corrientes satíricas. Utilizando una profunda ironía y un gran sarcasmo, condena a los que se someten al terror, se hunden en la indiferencia y el pancismo y se enmascaran bajo el fútil palabrerío de los supuestos servidores del pueblo.

Muchas de las obras de Kotsiubinskiy se caracterizan por la amalgama de un profundo lirismo y una expresión poética brillante, descriptiva y altamente acabada, por un finísimo análisis psicológico y por una tonalidad satírica de fresco colorido. Su género preferido es la novela psicológico-social, con un comienzo imprevisto (directamente desde su punto culminatorio) y con un final generalmente trunco. La maestría de su descripción

psicológica hacen de sus obras, una fuente de interés y amenidad y la acercan al lector de nuestros días.

A partir del año 1906, el tema de la revolución, el tema de las luchas de clases por la liberación de la sencilla gente trabajadora, del yugo de la explotación y el sojuzgamiento, pasa a ser el tema directriz en las obras de Kotsiubinskiy. En casi todos los trabajos escritos por él en esa época, condena indignadamente al injusto sistema imperante y ensalza a los héroes de la lucha revolucionaria.

Kotsiubinskiy no solo fue un innovador en la elección y el enfoque de temas nuevos, en la descripción de eventos de la vida social hasta aquella época no explicados, en la pintura literaria de nuevos héroes, sino que también fue un innovador en la utilización de nuevos recursos artísticos. La descripción lenta y enumerativa de las costumbres y particularidades etnográficas de la aldea ucraniana, tan características a la prosa ucraniana antigua, es ajena a su obra, al contrario, ella es una pujante y colorida pintura literaria de detalles, obras y personas. Los fenómenos y acontecimientos superficiales, él los expresa por medio de la interpretación de sus héroes, viéndolos y sintiéndolos con los ojos y sentidos de aquéllos. Kotsiubinskiy tiene el don de exponer los hechos más relevantes en la forma más lacónica, concreta y exacta, pintándolos con pinceladas tan brillantes y coloridas, que dan la impresión de ser cuadros cinematográficos que pasan ante los ojos del lector. Un ejemplo de ello, es el relato "La sombra de los antepasados".

Esta virtud de introducir los problemas sociales de más actualidad, en formas del más alto nivel artístico y literario, es una de las características principales de Kotsiubinskiy, escritor-luchador e iniciador del realismo socialista en la prosa ucraniana, quien unifica en su

obra un profundo democratismo, un humanismo ferviente y una fresca percepción estética de la realidad. "En él está finamente desarrollada la sensibilidad hacia lo bueno, él ama el bien con la pasión del artista, cree en el bien y en su fuerza triunfadora, además en Kotsiubinskiy vive latente el sentimiento del ciudadano al cual, profunda y multilateralmente le es comprensible el significado cultural del valor histórico del bien" (M. Gorki).

Nina KALENICHENKO

**LA SOMBRA
DE LOS ANTEPASADOS OLVIDADOS**



Iván era el diecinueveavo hijo en la familia gutschula de los Paliychuk. Anichka llegó a ser la criatura veinteava y última.

No se sabe si fue a causa del eterno rumor del río Cheremosh o de los lamentosos torrentes de la montaña, que retumbaban en el solitario cortijo situado allá en lo alto de aquellas inmensidades lúgubres y desiertas, o por culpa de la fúnebre tristeza de los negros pinares, pero era el caso que aquel paisaje llenaba de pavor a la criatura.

El pequeño Iván lloraba de continuo, gritando por las noches terriblemente asustado. Crecía desmejorado y miraba a su madre con una seriedad tan profunda, que la obligaba a desviar su vista, llena de alarma. A veces, con temor, la madre, creía que aquella criatura no era suya sino del diablo. Estaba convencida de que no se había "ocultado" a tiempo durante el parto, o de que no encendió las velas necesarias y el demonio aprovechó la circunstancia para cambiarle el crío por uno de sus diablillos.

El niño crecía mal, pero de cualquier manera y casi sin que nadie se diera cuenta de ello, llegó la hora de coserle los calzones. No obstante haber pasado el tiempo, la criatura no había cambiado de carácter y continuaba siendo extraña. La mirada hacia adelante, siempre fija, viendo algo lejano y desconocido para todos o gritando de improviso, sin que hubiese razón alguna para ello. Se paraba en medio de la habitación, con los calzones caídos y los ojos cerrados, lanzaba tremendos alaridos de terror.

Cuando esto ocurría, la madre le amenazaba con la mano y quitándose la pipa de la boca, le regañaba con agriedad:

— ¡Qué te parta un rayo, hijo del diablo! ¡Mejor te hicieras pedazos y desaparecieras en el fondo del lago!...

Y él desaparecía.

Se perdía por los verdes pastizales, pequeño y pálido como flor de cardo. A veces, deambulaba con decisión por el oscuro bosque, donde los jóvenes pinos le saludaban con sus ramas rizadas como las peludas patas de un oso.

Desde allí, largo rato contemplaba los montes, miraba hacia las cercanas y a la vez lejanas cimas que refulgían en lo alto, y su mirada se perdía en medio de aquellas peñas oscuras, de las cuales eternamente, emanaba un hálito azul. Otras veces, volvía su vista hacia atrás, hacia los pastizales que como verdes espejos, bien que se divisaban por entre el ramaje umbrío.

Allá en el valle, el frío Cheremosh parecía hervir, mientras que en las lejanas laderas dormían al sol las solitarias cabañas. Todo estaba silencioso y triste, los negros pinares depositaban su eterna melancolía en las aguas del río, quien, ocultándola en su seno, la hacía llegar más lejos todavía, en las alas murmurantes de su perenne canción.

— ¡Iva-a-a!... a ca-sa-a...— Gritaban llamando a Iván desde la choza, pero éste no les oía. Andaba por ahí, buscando frambuesas, o se entretenía haciendo chiflas de madera, o quizás emitiendo silbidos con ayuda de alguna pajueta, afanado por imitar las voces de los pájaros y de todos los ruidos oídos por él en el bosque. Buscaba y arrancaba las flores más bonitas y mejor escondidas entre la verdura del bosque y trenzaba con ellas, ramilletes para adorno de su sombrero *gutsul*, y cuando se cansaba de tanto corretear, se echaba a dormir entre los pastos guadañados y puestos a secar en el pinar, mientras que el rumor de los torrentes en la montaña, le servían de canción de cuna algunas veces y le despertaban con su sonoro canto, otras.

Una vez que Iván hubo cumplido los siete años, co-

menzó a mirar al mundo de diferente manera. Para entonces, él ya había aprendido muchas cosas. Por ejemplo, sabía encontrar hierbas medicinales, tales como la madrágora, la belladona y el geranio silvestre. Comprendía muy bien por qué ululaba el halcón y debido a qué levantaba vuelo el cuclillo, y cuando en su casa hablaba de todo esto, la madre le miraba recelosa, pensando: “¿Será verdad que él entiende de todo aquéello?”. Iván sabía que sobre la tierra reinaban las fuerzas del mal, sabía que el demonio era el amo de los amos. Que en los bosques habitaban los duendes pastores con su ganado encantado: los ciervos, las liebres y los corzos. Que por allí deambulaba el alegre *Chugaystir* *, incansable bailarador que hace danzar a todo aquél que encuentra a su paso y que desgarrar a las dríades que caen en sus manos. El está convencido de que en lo hondo del bosque vive la voz del hacha. Iván sabía muy bien que allá en lo alto, en las montaraces y desiertas cumbres, las ninfas, las dríades y las rusalcas, celebran sus aquelarres y rondas sin fin y que por entre las rocas, en los más oscuros recovecos, se ocultaba el fauno. Horas enteras podría hablar de las rusalcas que en los hermosos días de sol, emergían de las aguas del lago para cantar sus canciones, relatar sus cuentos y orar sus rezos por todas las personas ahogadas, que a la caída de la tarde secan sus pálidos cuerpos sobre las peñas en el río. El estaba seguro de que una gran cantidad de malos espíritus poblaban los peñascos, los bosques y los barrancos, también los cortijos, galpones y tapiales, acechando a los hombres y al ganado para hacerles daño.

* *Chugaystir*: según la leyenda ucraniana, uno de los duendes, guardián de los bosques y enemigo mortal de las dríades. (Aquí y más adelante, nota del traductor.)

Más de una vez, despertándose de noche, en medio de un silencio espeso y profundo, sin motivo aparente, temblaba lleno de pavor.

El mundo entero era para él como un cuento interminable, pleno de maravillas y misterios, interesante y a la vez terrible.

Ahora Iván tenía sus obligaciones. Lo mandaban a pastorear las vacas. Iba con ellas al bosque, donde su "rosada" y su "blanquita" se sumergían entre las jóvenes ramas de los pinos, en un verde mar de hierbas tiernas y jugosas, y desde allí, cual debajo del agua, le hablaban con la monótona lengua de sus cencerros. Era entonces que él se sentaba, sacaba su caramillo y sonaba las más sencillas canciones, aquellas que había aprendido de los mayores.

Pero esa música no lo satisfacía. Apenado, abandonaba su instrumento y se ponía a escuchar otras melodías, aquellas que vivían en su interior, incomprensibles e inalcanzables.

Desde el valle, inundando todo el monte, se elevaba hasta Iván el sordo rugir del río y de vez en cuando, como gotas cristalinas, tintineaban los cencerros. Por entre el ramaje de los árboles, se veían las afligidas laderas, ebrias de tristeza y sombreadas por las nubes que borran la sonrisa del sol, tanto en lo alto como en el valle. La montaña cambiaba de aspecto a cada instante, y cuando el valle soleaba riente, se entenebreecía el bosque. Y así como le era difícil al niño fijar su mirada en la fisonomía siempre mudable de la montaña, también le resultaba imposible captar la quimérica melodía de la canción misteriosa que aleteaba a su alrededor, rozando sus oídos con sus alas invisibles, empero sin dejarse atrapar.

Cierta vez, abandonó sus vacas y se fue trepando hasta lo alto de la cima. Iba yendo por un sendero ape-

nas perceptible, más alto cada vez, cruzando espesas matas de pálidos helechos, espinosos zarzales y fram-buesos. Con agilidad comparable a las cabras, saltaba de piedra en piedra, pasaba por encima de los troncos de los árboles caídos, atravesaba por entre el ramaje de los arbustos. Detrás de él, como siguiéndole, se elevaba desde el valle, el eterno rumor del río, crecían los peñascos y allá a lo lejos, se dibujaba en el cielo, el fantasma azul de los Montes Negros. Largas y ondeantes hierbas cubrían las faldas de la montaña, los cerros de las vacas se oían a la distancia como lejanos suspiros metálicos; cada vez con más frecuencia encontraba a su paso grandes masas rocosas, parte de aquellas que allá en lo alto, en la cumbre misma, formaban un caos de peñascos quebrados, tatuados de líquenes, abrazados fuertemente por las raíces serpentinadas de los abetos. Cada una de las piedras que pisaban los pies de Iván, estaba cubierta de musgos ora ásperos y rubios, ora blandos y sedosos. Cálidos y suaves, ocultaban en sí, el agua de las lluvias veraniegas doradas por el sol y se hundían leves como acolchados de plumas, abrazando los pies del niño. Las rizadas airelas y los verdes arándanos clavaban sus raíces en lo profundo del musgo, mientras que sus ramas frescas, salpicaban su rosario de bayas rojas y azules.

Aquí Iván se sentó a descansar.

Las ramas de los abetos, susurraban suaves su canción acompañando al lejano rumor del río al mismo tiempo que el sol vertía su oro en el valle profundo; reverdecían las hierbas y sobre ellas, allá a lo lejos, volaba el humo azul de algún fogón pastoril; desde el Igrits, con un eco aterciopelado, llegaba disminuído el rumor del trueno.

Iván escuchaba atento, olvidado por completo de las vacas que tenía a su cuidado.

En medio de un silencio vibrante, llegaron de pronto a sus oídos, las notas misteriosas de aquella música irreal, que por tanto tiempo rondaba a su alrededor haciéndole daño. Silencioso, inmóvil, con el cuello un tanto estirado, interiormente contento y excitado al máximo, iba captando la maravilla de aquella melodía. Ningún ser humano era capaz de tocar de esa manera. El por lo menos, hasta ahora nunca lo había oído. ¿Y quién era el que tocaba, entonces? En los alrededores no había nadie, no se veía ni un alma viviente, solo el bosque solitario y las vacas pastando con mansedumbre entre los árboles. Iván miró a sus espaldas, hacia las rocas y quedó rígido: allí, sobre las piedras, estaba sentado el fauno. “*Aqué!*”, con su barbilla puntiaguda un tanto torcida, con sus cuernos inclinados y los ojos entrece rrados, soplaba en el caramillo la dulce melodía de los pastores: —“No están mis cabras... No están mis cabras...”— y el instrumento cantaba toda la tristeza de su canción...

Pero de pronto, los cuernos del fauno se irguieron, las mejillas de su cara se inflaron y sus ojos se abrieron.— “Están, están mis cabras... Están, están mis cabras...” comenzó a cantar el caramillo, los sonidos se multiplicaron llenos de alegría y la melodía adquirió un nuevo matiz. Fue entonces que Iván, lleno de terror, creyó ver entre las ramas de los árboles, las caras barbudas de cabrones fantásticos.

Quiso huir pero no pudo. Estaba como clavado en el lugar, gritando sin voz, helado de pavor. Y cuando por fin recuperó el habla, vio que el fauno cambió de lugar desapareciendo entre las rocas, y que los cabrones que creyera haber visto, se transformaron en raíces retorcidas de los gruesos árboles abatidos por el viento.

Iván echó a correr, esta vez hacia abajo, sin darse

cuenta de nada, enceguecido, arrancándose con furia del abrazo traidor de las zarzas, quebrando a su paso las ramas secas y rodando por el suave musgo, oyendo despavorido que alguien corría detrás suyo. Por fin cayó rendido. Así estuvo, acostado, sin saber cuanto tiempo.

Al volver en sí y luego de ver los lugares conocidos, se tranquilizó un poco. Pero asombrado y temeroso aun, aguzó el oído por algunos instantes. Tenía la impresión de que aquella canción misteriosa, aleteaba en su interior. Tomó su instrumento y comenzó a soplar en él. Pero no le salía nada, no podía dar con la melodía necesaria. Comenzó de nuevo, una y otra vez, esforzando la memoria, captando ciertos sonidos —y cuando por fin encontró aquello que buscaba desde hacía tanto tiempo, aquello que no lo dejaba en paz— por todo el bosque desbordó la maravillosa y desconocida melodía. Al colmarse de alegría su corazón, también se inundaron de luz los montes, el bosque y las hierbas, aumentó el borbotear de los torrentes. Iván se puso de pie, arrojó a un lado su caramillo, tomóse de la cintura y con ardor, comenzó a danzar. Saltaba de pie en pie con agilidad extraordinaria, se movía de un lado para otro, tacaoneando con sus talones descalzos, hacía sentadas y corridas, arrancando terrones de suelo húmedo. Frenético y poseso, tan solo oía en su interior, el estribillo de la canción aquélla: —“¡Están, están mis cabras!... ¡Están, están mis cabras!...”

En el calvero manchado de sol, que refulgía en el umbrío reino del abetal, saltaba de un lugar a otro un pálido niño, que como débil mariposa parecía ir de flor en flor, mientras que sus dos vaquitas, la “*blanquita*” y la “*rosada*”, echadas en el pastizal con sus cabezas extendidas, rumiaban con deleite a la par que le miraban amistosas, tintineando de vez en cuando sus cen-

cerros, cual si le acompañasen en su danza al pastorcillo.

Y fue así que el niño encontró en el bosque lo que con tanto afán buscara.

En su casa, en el seno familiar, Iván con frecuencia era testigo de intranquilidades y desgracias. Según lo recordaba, por dos veces en los alrededores del cortijo de sus padres, oyó el fúnebre sonido de la *trembita* *, la cual hacía llegar a valles y montañas, noticias sobre la muerte habida: la primera vez, cuando a su hermano Olexa lo aplastó el tronco de un árbol allá en el bosque y la segunda, cuando su hermano Vasel, hermoso y alegre muchacho, cayó muerto en la pelea con el clan enemigo, picado a hachuelazos. Esa fue una vieja reyerta entre ellos y los Guteniuk. Aunque todos en la familia ardían de indignación y odio hacia aquél diabólico clan, ninguno podía decirle a Iván con certeza, a causa de qué comenzaron las hostilidades.

También él, sentía sed de venganza y ardía en deseos de combatir con el hacha de su padre, aunque ésta, todavía le fuese muy pesada.

No era del todo cierto, que Iván era el diecinueveavo hijo vivo y de que Anichka era la veintiava. Su familia no era tan numerosa: apenas si los padres y cinco hijos. Los quince restantes, descansaban en el camposanto junto a la pequeña iglesia.

Todos ellos eran creyentes, gustaban de ir a misa, en especial para el día del santo onomástico, ya que allí podían entrevistarse con los parientes más lejanos, aquéllos que vivían en los poblados de los alrededores.

* *trembita*: instrumento musical ucraniano, especie de trompeta larga de madera (unos tres metros de longitud) en uso en las regiones montañosas de Ucrania Occidental

Además, podría ser que se presentara la oportunidad de desquitarse de los Guteniuk, por la muerte de Vasel y por toda aquella sangre de los Paliychuk, derramada en más de una pelea.

Para esa oportunidad, se extraían de los baúles las mejores vestiduras, los pantalones de lana roja más nuevos, los chalecos montañeses artísticamente bordados, los anchos cinturones de cuero y los morrales ricamente adornados de borlas y tachuelas, los corsés tejidos de cañutillos, los pañuelos de seda roja y hasta la holgada camisola blanca de lino, con el cuello abierto a un costado, que la madre colgaría cuidadosamente del cayado para llevarla sobre el hombro. Iván también obtenía lo suyo: un sombrero nuevo y una talega, la cual de larga que era, le golpearía las piernas al caminar.

Se ensillaban los caballos y se ponían en marcha por los angostos senderos entre los peñascos y las verdes alturas, con paso rimbombante, adornando los caminos como si éstos estuviesen sembrados de rojas amapolas.

Por montes, valles y altiplanos, se extendían hileras de personas vestidas de fiesta. El verde retallo en los pastizales, parecía florecer de repente. A lo largo del Cheremosh se movía un torrente multicolor, mientras que allá arriba, entre el negro entoldado de los pinares, brillaba bajo el sol mañanero, la coloreada sombrilla gutschula.

De improviso, Iván vió llegar al clan enemigo.

El y su familia volvían del templo. Su padre estaba un poco ebrio. Sin que nadie lo previese, en el angosto sendero entre la roca y el Cheremosh, se produjo el encuentro. Carros, caballos y peatones, hombres, mujeres y niños se detuvieron, amontonándose. En medio del griterío infernal que hubo a causa del encuentro, como una

tromba, sin saber por qué, refulgieron las hachuelas de hierro blandidas en la cara misma de los contricantes. Los clanes de los Guteniuk y de los Paliychuk se pusieron como el pedernal y el eslabón, y antes de que Iván pudiese darse cuenta de lo que se trataba, su padre agitó su hacha y golpeó con ella de plano, a alguien por la cabeza. Enseguida comenzó a manar la sangre, empapando la cara, la camisa y el chaleco montañés. Las mujeres asustadas, comenzaron a chillar de terror y se lanzaron a separarlos, pero aquella persona con la cara y la camisa ensangrentadas, acertó a golpear a su vez con su arma en la cabeza de su enemigo: el padre de Iván se sacudió como un pino abatido por el hacha.

Fue entonces que Iván se lanzó a la pelea, sin saber lo que hacía. Algo lo levantó en vilo, después, los mayores le pisotearon los pies y él ya no pudo llegar hasta el centro mismo de la riña. Ardiendo de rabia y coraje, se topó con una pequeña niña que temblaba de terror junto al carro. ¡A la-lá! ¡Seguro que esta es una muchacha de los Guteniuk! Y sin pensar mucho, la golpeó en la cara. Ella hizo una mueca de dolor, con sus manitas apretó lo blusa contra el pecho y se echó a correr. Iván la alcanzó junto al río, y sañudamente, tironeó de su blusa hasta romperla. Del seno desgarrado cayeron al suelo, unas cintas para el cabello nuevecitas y la niña con un grito, se lanzó a protegerlas. Pero él se las arrebató y las tiró al agua. La niña, agachada aun, lo miró profundamente con sus negros ojos mate, diciéndole muy tranquila:

— No es nada... Yo tengo otras... Son casi más lindas que éstas...

Parecía que la niña lo estuviese consolando.

Sorprendido por el tono de su voz tan suave, el muchacho callaba.

— Mi madre me compró un corsé nuevo... Y alpargatas... Y pantalones bordados... Y...

El continuaba sin saber lo qué decir ni lo qué hacer.

— Yo me calzaré y me vestiré y seré toda una muchacha... En ese momento, él sintió una envidia muy grande.

— ¡Y yo ya sé tocar la flauta!

— Nuestro Fedir se hizo un caramillo bonito, bonito... Y cuando se pone a tocar...

Iván se enfurruñó.

— ¡Yo ya ví al fauno!... ¡Uh!...

Ella lo miró incrédula.

— ¿Por qué me pegaste?

— ¿Y por qué te paraste al lado del carro?

Ella pensó un poco, sin saber lo que contestar, luego comenzó a buscar algo entre sus ropas.

Por fin extrajo un largo caramelo.

— ¡Mira!

Lo partió por la mitad, mordió un pedazo y la otra mitad se la extendió al muchacho, con gesto ceremonioso y pleno de confianza.

— ¡Toma!

Iván se resistió por un momento, pero luego aceptó.

Ahora ellos estaban sentados uno junto al otro, completamente ajenos al griterío, a la pelea y al enojado rumor del río, mientras que ella le contaba a él, que su nombre era Marichka, que ya pastoreaba las ovejas, que cierta Martsinova —tuerta de un ojo— les había robado toda la harina...

Y así por el estilo. Hablaban de un montón de cosas interesantes y comprensibles tan solo para ambos, mientras que la mirada de sus ojos negros, se iba anidando suavemente en el corazón de Iván...

Y otra vez, la tercera, que lloró la *trembita* con voz luctuosa, su fúnebre canción en el solitario cortijo

allá en lo alto del monte: al día siguiente de la pelea, murió el viejo Paliychuk.

Con la muerte del jefe, llegaron para la familia tiempos muy duros. Comenzó a reinar el desorden, poco a poco se fueron esfumando los bienes, se vendían uno a uno los pastizales, y el ganado menguaba como las nieves en primavera.

Pero en el recuerdo de Iván, la muerte de su padre no vivió tanto tiempo como su encuentro con la niña aquella, quien a pesar de ser ofendida por él sin merecerlo, con gesto de la más absoluta nobleza, le extendiera medio caramelo. Al río de su antigua e inmotivada tristeza, se le agregó un nuevo afluente. Esta nueva tristeza lo empujaba hacia el monte, lo llevaba por los pastizales vecinos, por bosques y cañadas, por valles y planicies, en fin, por todos aquellos lugares donde podría hallar a Marichka. Y por fin, dió con ella: la encontró junto a sus corderos.

Marichka lo recibió con alegría, pues lo esperaba desde hacía mucho tiempo: él vendría a ayudarle a pastorear sus ovejas.

¡De verdad, que su “*blanquita*” y su “*rosada*” tintineen para sí sus cencerros y se la pasen mugiendo en el bosque, pero lo que es él, iría a cuidar las ovejas de Marichka!

¡Y de qué forma pastoreaban ellos!

El blanquísimo rebaño, echado a la sombra del pinar, contemplaba con ojos mansos, como dos niños se revolcaban en el musgoso suelo, rompiendo el silencio con su joven y cantarina risa. Más tarde, cansados pero contentos, trepaban a las blancas piedras y desde allí, temerosos miraban hacia abajo, al fondo mismo del precipicio, de donde se elevaba al cielo vertiginosamente, el perfil fantasmal de la montaña, coronada de un hálito azul que ni siquiera el sol podía disipar. Por

una hendidura entre los montes, corría hacia el valle un torrente brioso, sacudiendo entre las piedras la barba gris de su espuma. Había tanta tibieza, soledad y temor en aquella eterna quietud tan celosamente guardada por el bosque, que los niños oían su propio respirar. Pero el oído obstinado captaba aumentando exageradamente todo ruido que vivía en el bosque y por momentos, tenían la sensación de que estaban oyendo los pasos sigilosos de alguien, un sordo ruido de hachazos o el ronco respirar de muchos pechos jadeantes y cansados.

— ¿Oyes, Iva? — susurraba asustada: Marichka.

— ¿Y por qué no he de oír? Oigo.

Los dos sabían muy bien que por los bosques deambulaba el hacha invisible, volteando árboles, descuajándolos y haciendo roncar de cansancio los pechos humanos.

El miedo los auyentó de allí, haciéndolos ir hacia el valle, allí donde el torrente fluía más tranquilo. Llegado allí y buscado un lugar más profundo en la corriente, desnudos, se bañaban cual cachorros montaraces que no saben lo que es el pudor. El sol se enmarañaba en sus rubios cabellos, llenándoles de luz los ojos, mientras que el agua fría les mordisqueaba todo el cuerpo.

Marichka era la primera en sentir frío y echaba a correr.

— ¡Detente! — le gritaba Iván — Tú, ¿de dónde eres?

— ¡Soy del Yavor! — tartamudeaba de frío Marichka.

— ¿Hija de quién eres?

— Del herrero.

— ¡Salud, hija del herrero! — la pellizcaba Iván y se echaba a correr en pos de ella, hasta que llenos de fatiga, pero tibios al fin, se recostaban en la hierba.

En el quieto remanso del riachuelo, donde se reflejaban los rayos del sol y las ramas de un acónito azul,

entre las hojas del cual se vislumbraba el calzado de los niños puesto a secar, las ranas croaban su irremediable tristura. Iván se inclinó hacia el agua, preguntando:

— ¡Eh, comadre! ¿Qué hay de comer?

— ¡Croac! ¡Hay pan! ¡Croac! ¡Hay pan! ¡Croac! ¡Hay pan! — le contestaba Marichka.

— ¡Croac-ac!... ¡Croac-ac!... ¡Croac-ac!...— esta vez gritaban ambos, entrecerrando los ojos. Gritaban hasta que las ranas llenas de sorpresa, comenzaban a guardar silencio.

Así pastoreaban ellos, tan infantilmente, que a veces hasta perdían alguna oveja.

Cuando llegaron a mayores, sus entretenimientos cambiaron en la misma forma que fueron cambiando ellos, y desde luego, fueron de otra índole.

Iván se hizo buen mozo, esbelto y fuerte como un abeto, comenzó a untarse el cabello con aceite, llevaba un ancho cinturón de cuero y ostentaba un vistoso sombrero montañés. Marichka también cambió. Andaba de largas trenzas, lo que significaba que ya estaba pronta para darse en matrimonio. Dejaron de pastorear juntos y se encontraban tan solo los días de fiesta o los domingos. Sus citas tenían lugar en la iglesia, aunque a veces se encontraban en algún rincón oculto del bosque, para que la gente no viese como se amaban estos dos hijos de clanes enemigos. A Marichka le gustaba mucho ver a Iván tocando el caramillo. El mozo ensimismado, clavaba su vista más allá de los montes, como si estuviese viendo lo que con seguridad otros no veían, llevaba a sus labios el instrumento primorosamente labrado y una maravillosa melodía —melodía que nadie jamás tocara — fluía suavemente, perdiéndose entre las verdes hierbas del pastizal, bajo la acogedora sombra del pinar.

Un frío extraño se metía debajo de la piel cuando comenzaban a surgir las primeras notas de su sibante instrumento. En esos instantes parecía que todos los inviernos se hubiesen recostado en las cumbres de los montes dormidos. Pero de pronto, tras la montaña, comienza a asomar el dios-sol apoyando su cabeza en la tierra y el frío invernal parece sacudirse todo, despertando a las aguas y a la tierra. Resuena un cantar de torrentes y el sol comienza a sembrar su polvo de flores, mientras que con suave paso van danzando las dríades por el pastizal y bajo sus pies, nacen las primeras hierbas. Más tarde el instrumento, suspira la verdura de los abetos y ríe la risa celeste de los aires, pareciendo que dijese en su lengua musical, que reinan sobre el mundo dos colores: el verde en la tierra y el azul-celeste en el cielo...

Hacia el llano corre presuroso el Cheremosh, llevando en su cauce la sangre verde de la montaña, intranquila, ligera, susurrante...

Trembita!... ¡Turu-ra-ra!... ¡Turu-ra-ra!...

El corazón de los pastores se llena de alegría, las ovejas balan contentas, presintiendo los frescos pastizales...

Ya canturrea la pastura con sus largas hierbas frías, y allá en lo alto, entre los agrestes peñascos, en lo más hondo de su madriguera, el oso pardo despierta entre bostezos, prueba su voz gruñona y parado en sus patas traseras, busca con sus ojos todavía soñolientos, algo con qué aplacar su hambre.

Caen violentísimas las lluvias primaverales, ruge el trueno allá en las cimas de las montañas y el espíritu maligno sopla helado desde allende los Montes Negros...

Pero aparece la imagen del sol —verdadera cara de Dios— y el viento se aplaca y se transforma en el sonido musical de las guadañas, que recuestan el henal

allá en el llano. De monte a monte, de riacho a riacho, aletea cual tenue y transparente mariposa multicolor, la dulce y suave canción “*kolomyka*” *...

¡Ay!, ha dejado el rebaño
la blanca ovejita —
yo te amo, mi linda niña
por tu palabrita...

Suave susurra el verde de los pinos. Los sueños de las noches de verano musitan quedos en el bosque. Lloran los cencerros de las vacas madrinas y los montes gimen su infinita tristeza, llenando con sus lágrimas derretidas los caudalosos e irascibles torrentes.

Arropado de ruidos, crugiendo y gimiendo, se precipita quien sabe hacia donde, el árbol hachado mientras que los montes le acompañan en la marcha con el suspiro de su eco. Y una vez más, gime plañidera la *trembita*. Esta vez su voz tiene el timbre de una profunda pena, llora desconsolada su llanto de soledad y muerte. Alguien se fue a descansar para siempre, cansado de tanto y tan rudo trabajo. Calló su canto el cuclillo cerca de Menchila y la canción, por ese alguien, dejó de ser oída...

Marichka respondía al caramillo de Iván como si fuese una tórtola: con el melodioso trinar de una canción. Ella las sabía una infinidad. De quién las aprendía, no podría decirlo. Parece ser que las canciones se acunaron con ella desde su mismo nacimiento, o quizás borbotearon en la batea de su primer baño. La cuestión es que nacían en su pecho, como nacen las flores silvestres en la loma, como crecen los pinos en el bosque,

* *kolomyka*: cierto género de la canción popular ucraniana, muy extendido en las regiones de Transcarpatia y Bukovina

allá en lo alto de la montaña. Todo lo que caía bajo su mirada, todo lo que ocurría a su alrededor, ya sea la desaparición de un cordero, o el enamoramiento de algún mozo, o la pérfida traición de alguna moza, la enfermedad de alguna vaca, o el leve susurrar de los pinos, en una palabra, todo, todo se transformaba en canción, suave, sencilla y bella como esos montes en su plena y antiquísima naturaleza virginal.

Marichka sabía componer canciones. Sentada en el suelo al lado de Iván, con las rodillas entre sus manos, se balanceaba rítmicamente al compás de su canto. Su tez tostada, así como la piel de sus brazos y piernas, resaltaban aun más en contraste al claro ruedo de su vestido, sus hermosos labios se entreabrían con dulzura y lentamente comenzaba a brotar su canción:

Cantóme la tortolita, gris y pequeñita
Y por el pueblo aleteó esta canción nuevecita...

Las canciones de Marichka eran sencillas. Hablaban de cosas bien sabidas por todos: de como Paraska enamoró a Andriy, de como él se moría de amor por ella y le aconsejaba a los mozos no enamorarse de mujeres ajenas. O bien hablaban del dolor de la madre que había perdido a su hijo, muerto en el bosque al ser aplastado por el tronco de un árbol. Sus canciones eran tan tristes y tan profundamente sinceras, que se anidaban en el alma, lastimando el corazón. Ella por lo general las terminaba así:

¡Ay! cantó el cuclillo, allí donde las aguas van.
¿Quién compuso esta canción? Marichka la de Iván.

Hacía ya mucho tiempo que ella pertenecía a Iván. Desde los trece años. ¿Acaso había en ello algo de

extraño? Pastoreando juntos sus rebaños, veían como el cabrón o el carnero, montaban y se prendían a las cabras o a las ovejas. Todo aquello era sencillo y natural desde que el mundo es mundo y ninguna mala idea, ningún mal pensamiento, enlodó sus mentes ni enturbió sus corazones. Era cierto que las cabras y las ovejas quedaban en estado de preñez luego de “*aquello*”, pero a las mujeres, las curanderas les ayudaban a salir del trance. Marichka no temía nada. En la cintura, sobre su piel desnuda, llevaba una raíz de cedoaria sobre la cual, la hechicera había lanzado sus exorcios, y por lo tanto, nadie podía hacerle daño. Al recordarlo, Marichka se sonreía pícaramente y se abrazaba al cuello de Iván.

— ¡Querido Ivanko! ¿Estaremos juntos para siempre, alguna vez?

— Sí, si Dios así lo quiere, mi vida.

— ¡No creo! Es muy grande el rencor de nuestros mayores. No podemos esperar nada bueno de ellos.

Entonces los ojos de Iván se ponían oscuros y su hachuela se hundía con furia en el suelo.

— ¡Yo no necesito la autorización de ellos! ¡Hagan lo que hagan, digan lo que digan, pero tú serás mía!

— ¡Oh! mi querido... ¿qué estás diciendo?...

— Lo que oyes, mi alma...

Y para rabia de sus parientes, Iván bailaba con la muchacha de tal manera, que hasta las alpargatas quedaban deshechas.

Sin embargo no todo salía como pensaba y quería Iván. Su hacienda se iba arruinando poco a poco, sin dinero no había que hacer y por lo tanto, comenzó a buscar colocación en algún lado.

A Iván la amargura le carcomía el alma.

— Marichka, no me queda más remedio que colocarme de pastor — decía muy triste.

— Ve, Ivanko, ve,— contestaba Marichka — ¿Qué hemos de hacer si ese es nuestro destino?...

Marichka sentía mucha pena, ya que por muy largo tiempo se suspenderían sus citas y encuentros en aquel callado rincón del bosque. Ella trenzó con canciones el dolor de la separación. Se abrazaba a Iván y juntando su cabeza a la cabeza de él, muy quedamente le cantaba al oído:

Acuérdate de mi, amado mío,
Por día, dos veces solas,
Yo me acordaré de ti, mi vida,
A todas horas.

— ¿Me recordarás, Ivanko?

— Te recordaré, Marichka.

— ¡No es nada, querido! — le consolaba ella — Así como tú sabes cuidar muy bien de las ovejas, yo se almiarar muy bien el heno. Pues, me subiré a lo alto del almiar y desde allí miraré hacia el altiplano, hacia allá donde tú estés pastoreando. Tú, suéname la *trembita*... Quizás la oiga. Y cuando las nubes borrascosas cubran la montaña, yo me echaré a llorar desconsolada, ya que no podré ver el lugar donde se encuentra mi amado. Pero cuando en las noches claras se tachone de estrellas el cielo, me pondré a mirar a la que se encuentre sobre los pastores, porque esa estrella la estará mirando mi Ivanko... Únicamente que dejaré de cantar...

— ¿Por qué? Tienes que cantar, Marichka. No debes perder tu alegría, ya que yo pronto he de volver.

Pero ella, solo movía tristemente la cabeza.

Canciones, mis canciones,
¿Dónde os dejaré?
Quizás, mis cancioncillas,
Por el monte os sembraré.—

cantó Marichka a media voz, a guisa de contestación.
Y continuó:

Vos debéis, mis cancioncillas,
Ir por los montes cantando,
Mientras yo muy pobrecita,
Iré mil lágrimas llorando.

Marichka calló suspirando, para agregar luego con más
tristeza aun:

Si el destino es bueno,
Yo os juntaré,
Pero si el destino no lo quiere,
Yo os dejaré...

— Lo mismo que yo... Tal vez muy pronto tenga que
dejarte...

Iván, escuchando la suave voz de la moza, pensaba
que ella, ya hacía mucho que sembraba por los montes
sus canciones y que esas canciones las repetían los
bosques, las colinas, los campos de pastoreo, el altipla-
no, las cantaba el río y las repetía el sol... Pero llegará
el día en que él vuelva a su lado y entonces ella, jun-
tará todas aquellas canciones, para tener con qué festejar
la alegría de su matrimonio...

* * *

Hacia una deliciosa mañana, cálida y primaveral,
cuando Iván se fue rumbo a la *polonena*.*

Los bosques aun desprendían el frescor del invierno
ido, los torrentes de la montaña murmuraban en los sal-
tos, mientras que los senderos corrían alegres entre los

* *polonena*: altiplano en los Montes Cárpatos, utili-
zado para pastoreo del ganado

cercos. Aunque a Iván le resultaba duro separarse de Marichka, el sol y la pujante verdura de la floresta que tendía susurrante hacia lo alto, llenaban su espíritu de un excelente estado de ánimo. Saltaba de piedra en piedra, con la agilidad y la soltura del torrente en la montaña, saludando a todo aquel que encontraba a su paso, con el solo fin de oír su propia voz:

— ¡Gloria a Jesús!...

— ¡Gloria eterna!

En aquellas lejanías montuosas, ennegrecidas por el humo de sus chimeneas, vivían su soledad las tranquilas moradas *gutsulas**, con los puntiagudos techos de sus heniles cargados de fragante heno, mientras que allá abajo, en el hondo valle, el ensortijado Cheremosh refulgía con rabia su cresta plateada y destellaba entre las piedras, su verde y maligno color.

Cruzando torrentes y atravesando bosques umbríos, donde a veces se oía el tintinear melodioso del cencerro de alguna vaca, Iván iba yendo más alto cada vez. El sol comenzó a calentar y las piedras del sendero le lastimaban los pies. Cada vez eran menos frecuentes las viviendas que encontraba a su paso. Ahora el Cheremosh se extendía en el valle como una cinta de plata y el murmullo de su voz no llegaba hasta lo alto. Los bosques cedían lugar a los pastizales, jugosos y tiernos. Iván iba andando entre ellos, como va la flor en las aguas de algún lago, inclinándose a veces, para adornar su sombrero montañés con el pimpollo rojo de algún geranio silvestre, o coronarlo con algún ramillete de pálidos crisantemos. Las laderas rocosas de la montaña, se quebraban en negras y profundas gargantas, en donde nacían los frescos torrentes y donde todavía no había pisado el pie de ningún ser humano. Allí tan solo el

* gutsules: grupo etnográfico ucraniano

oso pardo, terror de rebaños y pastores, se chapotea con placer.

Las vertientes de agua, cada vez con menos frecuencia se aparecían en su camino. Pero la vez que se cruzaba con algún manantial, ¡con cuántas ansias bebía el frío y líquido cristal que bañara las raíces amarillas de tantos pinos y que traía consigo, el susurro de tantos árboles! Cerca de estos manantiales, cualquier alma buena siempre dejaba algún cántaro o alguna vasija de leche cuajada.

La senda conducía cada vez más lejos, a lo más intrincado del bosque, donde uno a uno, se pudrían los pinos muertos, sin hojas ni corteza, como esqueletos de madera. Una soledad horriblemente montaraz había en esos cementerios de árboles, olvidados de Dios y de los hombres, donde tan solo se oía el ulular de los urogallos y buscaban refugio las víboras. Aquí reinaba el silencio, la naturaleza en calma, la severidad del paisaje agreste y la tristeza. A espaldas de Iván, iba creciendo la montaña y se tornaba azul la lejanía. El águila levantaba vuelo desde los picos montañosos de más altura, bendiciendo los aires con la majestuosidad de su vuelo.

Se sentía el frío hálito de la *polonena* y se agitaba el cielo. Quedaron atrás los bosques y las matas de enebro se extendían como negras alfombras de pinchos, en las cuales se enredaban las piernas de los caminantes y donde el musgo cubría las piedras de sedoso y verde color. Los lejanos montes, uno a uno, descubrían sus picos, enderezaban sus crestas, levantándose como si fuesen olas que se hubiesen detenido por un instante en la superficie de un mar azul, cuando el viento las arrancara del fondo mismo para arrojarlas sobre la tierra e inundarla toda. Las cimas Bukovinas apuntalaban los cielos con las inmensas gorras nevadas de su

gris azulado y se cubrían de nubes casi celestes en las cercanías de Sinitsi, Dzembronya y Bila Kobila. Ahumaba con su vaho vaporoso el Igrêts, perforando los montes con el filo de su pico el orgulloso Goverlya, mientras que el Monte Negro con su pesado cuerpo, aplastaba la tierra.

¡*Polonena!* Iván ya se encontraba en ella, en esos altos prados del altiplano cubiertos de espesas y jugosas hierbas. Un mar caótico de montes quebrados, envolvían a Iván en un amplio círculo y daba la impresión de que ese sin fin de lomas azuladas iban a su encuentro, dispuestas a caer rendidas a sus pies.

El viento, cortante como el filo de un hacha, le golpeaba el pecho y el orgullo se apoderó de su alma. Quiso gritar a pleno pulmón, para que el eco de su voz se extendiese de monte a monte hasta perderse más allá del horizonte y para que a su conjuro cobrasen vida poniéndose en movimiento ese sinnúmero de crestas rígidas, pero comprendió de pronto, que su voz se perdería en aquellas agrestes extensiones como si fuese el zumbido de un mosquito.

Había que apurar el paso.

En una pequeña meseta, detrás de la loma y al resguardo del viento, Iván se topó con la morada de los pastores de la *polonena*. Esta era una choza completamente ahumada, con un enorme boquete negro en la pared a guisa de tiro para el humo. Vió que los corrales ovejeros estaban vacíos y que los pastores estaban trajinando en los alrededores, en procura de un buen lugar para el descanso no lejos de las ovejas, para cuando llegase la noche. El capataz de la cuadrilla estaba ocupado en obtener el fuego ritual y sagrado.

Luego de colocar el pedernal en el eslabón, dos hombres tiraron de la tira de cuero, y el puntiagudo pedernal comenzó a girar, chirriando y echando chispas.

— ¡Gloria a Jesús! — saludó Iván.

Mas nadie contestó a sus palabras.

El pedernal continuaba chirriando y echando chispas. Los hombres estaban concentrados en la tarea y prosiguieron con la misma hasta que una pequeña lengua de fuego lamió la yesca, encendiéndola. Entonces, ceremonioso y casi con religiosidad, el capataz levantó el fuego y lo depositó en la fogata cerca de la puerta de la choza.

— ¡Gloria eterna! — contestó recién entonces el capataz, y dirigiéndose a Iván, le dijo: — Ya está encendido el fuego sagrado y mientras él arda, ninguna fuerza del mal se atreverá a tocarnos. Ni las fieras ni los malos espíritus podrán contra nosotros, cristianos píos, ni harán daño a nuestro ganado...

Luego condujo a Iván hasta la choza donde absolutamente todo, barricas, toneles, baldes y yacijas, emanaban un olor a nuevo, vacío, inhabitado.

— Mañana han de llegar los arreos de ganado, quiera Dios que podamos devolverlo íntegro a sus dueños — comentó el capataz y acto seguido, puso a Iván al tanto de sus obligaciones.

Había un algo de majestuoso, patriarcal y sereno en los gestos y las palabras de este señor del altiplano.

— ¡Miko! — gritó hacia la puerta — préndele fuego a la fogata de la choza también...

Mikola, mozo delgado, joven, con el cabello rizado y las facciones un tanto femeninas, entró en la choza, trayendo en sus manos una tea encendida.

— Tú, ¿quién eres, hermanito? ¿Ovejero? — se interesó Iván.

— No. Yo tan solo soy el *spuzar** — contestó sonriendo Mikola — tengo que cuidar de la fogata para que no se

* *spuzar*: uno de los miembros de la cuadrilla de pastores del altiplano, cuya obligación es la de acarrear

apague durante toda la temporada, de lo contrario, puede ocurrir cualquier desgracia...— dijo estas palabras y miró lleno de temor a su alrededor — Además soy el que trae agua del torrente y leña del bosque...

Mientras así hablaban, la fogata iba incrementando cada vez más. Circunspecto y grave como un antiguo sacerdote, el capataz iba agregando al fuego, trozos de leña seca y ramas verdes de pino. Un humo sereno y azulado comenzó a flotar sobre la fogata, elevándose lentamente hasta las alturas, donde, alzado por el viento, salteaba el negro macizo de los árboles y se tendía con suavidad en las celestes lejanías de los montes.

La *polonena* daba comienzo a su existencia pastoril, con el nacimiento del fuego sacramental, que habría de mantenerse encendido durante largos días y noches, para amparar a hombres y animales de todo mal. Y como si supiese ésto, el fuego flameaba orgulloso sus llamas serpenteantes, espirando cada vez nuevas bocanadas de humo...

Cuatro perros mastines, fuertes y musculosos, negligentemente recostados en el suelo, miraban pensativos hacia las cumbres, dispuestos en cualquier momento a ponerse de pie, erizando sus lomos y mostrando sus dientes.

El día llegaba a su ocaso. Los montes cambiaban su vestidura azul por un ropaje rojo con reflejos dorados.

Mikola comenzó a llamar a la cuadrilla, para que hiciesen honores a la frugal cena montañesa.

A la choza llegaron todos los pastores, acomodándose alrededor de la fogata, para comer en paz con Dios, su primer *kulesh* * en la *polonena*...

agua y leña, además debe mantener encendido el fuego de las fogatas

* *kulesh*: especie de polenta, algo menos sólida que la polenta común

¡Qué alegre es la *polonena* durante la primavera!
 ¡Cuántas son las ovejas que llegan de cada aldea al
 altiplano!...

El erguido capataz, cual si fuese el espíritu mismo de la *polonena*, recorre el paradero, con el fuego ritual en sus manos. Sus facciones son severas, respetables, como las de un sacerdote, sus pies pisan amplia y firmemente, mientras que el humo que escapa de la tea encendida, le sigue cual si fuera un reptil alado. En el portal, allí por donde han de cruzar los rebaños, el capataz arroja el fuego y se pone a escuchar. Y oye no solamente el pulso de la *polonena*, sino que siente con su corazón, como desde las hondonadas y los valles donde los ríos rebullen lavando sus orillas, desde los quietos villajes y corrales pueblerinos al llamado de la primavera, se eleva al altiplano ese vivo mar de hacienda mientras que a su paso, alegre suspira la madre tierra. El oye a la distancia el balar de las ovejas, el mugir de las vacas y el apenas perceptible son de las canciones. Y cuando por fin apareció la gente y se elevaron al cielo las *trembitas* doradas por el sol, saludando a la *polonena* en medio de las cumbres azules y baliendo de contento los rebaños, cual corriente incontenible de algún río, inundaron los rediles, el capataz se hincó de rodillas y elevó sus brazos al cielo. Con él, se inclinaron para la oración, los pastores y los que recién llegaron arreando el ganado. Todos pedían a Dios, que las ovejas tuviesen un corazón tan ardiente como ese fuego sagrado al que acababan de saltar, que el Señor de la Misericordia amparase al ganado de la grey cristiana, tanto en el rocío, como en las aguas del abrevadero, que lo preservase de todo mal durante los pasos, lo librase de toda enfermedad, lo protegiese de toda fie-

ra salvaje. Y por fin, así como ayudó Dios a reunir todo el ganado en una sola y gran majada, que ayudase también a devolverlo sano y salvo, a sus dueños..:

El cielo escuchaba complacido y cariñoso esta simple oración, mientras que fruncía su seño gris y bondadoso el imponente Beskid,* y el viento, volando hacia el más allá, peinaba con sus alas los pastos de la *polonena*, como madre cuidadosa que peina los cabellos de su niño.

* * *

¡Altiplano! ¡*Polonena!* ¿A causa de qué ese aire de legítimo orgullo? ¿Quizá por los rebaños que acaban de llegar?

— ¡Hopa! ¡Hopa! ¡Hopa! — va arreando el ovejero. Las ovejas perezosas, van andando lentamente, temblando sus finas patas y sacudiendo sus gruesos vellones de lana.— ¡Hopa! ¡Hopa! ¡Hopa!... Sus caras abiertas en una expresión agotada y senil, descubren unos labios salivosos en un afán de queja lamentosa: ¡be-e-e!... ¡me-e-e!... Los rojos *gáchi*** de los pastores, resaltan en el fondo blanco de la majada, mientras que las flores que servían de adorno a sus sombreritos montañeses, se balancean al compás de la marcha. ¡Bir-bir-bir!...*** Los mastines olfatean el aire mientras de reojo van observando a la manada, cuidando de que todo esté en orden. El rebaño va marchando paso a paso. Rozando las lanudas grupas entre sí, las ovejas blancas alternan con las negras, dando la sensación de una pequeña laguna moviéndose a causa del oleaje. ¡Ptruá!...

* Beskid: pico de los Montes Cárpatos

** *gáchi*: pantalones de paño burdo y grueso

*** ¡Bir-bir-bir!: grito con el que los pastores *gutsules* arrear a sus ovejas

¡Ptruál!...* gritan con voz estentórea los pastores, reteniendo con ese grito a los animales que tienden a descarriarse. La montaña, a cuanto alcanza la vista, va adquiriendo una tonalidad azul de mar profundo, mientras que allá en lo alto, el viento desgarrá sin piedad los nubarrones. Tiemblan de contento las rizadas colas de las ovejas, mientras que con las cabezas inclinadas, mordisquean complacidas con sus blancos dientes chatos, el dulce azafrán, el cardo cundidor o la alverjilla silvestre.

¡Bir!... ¡Bir!... La *polonena* extiende a los pies del rebaño su alfombra multicolor, que de inmediato es cubierta por ese ondulante mar de vellones de lana. ¡Jrum-m-jrus-s!... ¡Bee-e-e!... ¡Mee-e-e!... ¡Jrum-mjrus-s!... Las sombras de las nubes vagabundean por las lomas, errando de un lado a otro. Pareciera que los montes, cual olas gigantescas estuviesen bailoteando en el mar y tan solo los más distantes, azulean inmóviles allá a lo lejos. El sol cubrió de luz las lanas ovejunas irisando los húmedos vellones y pintando de verde las hierbas de los alrededores.

¡Ptruál!... ¡Ptruál!... ¡Jrum-mjrus-s!... ¡Jrus!... ¡Jrus!... Los pastores, calzados en alpargatas, van encauzando sin hacer ruido, ese mar ovejuno hacia la *polonena*, mientras que el viento comienza a silbar su música entre las lejanas estacas de las empalizadas. ¡Ds-s-s-s!... silba el viento su canción aburridora como el zumbido de una mosca. ¡Ds-s-s-s!... silba más alto aun al dar de lleno en las estacas más firmes. Su silbo se hace fuerte y triste.

Cada vez son más las nubes que llegan. Ya cubrieron medio cielo y apagaron lentamente los colores del

* ¡Ptruál!... ¡Ptruál!...: voz utilizada por los arrieros gutsules para retener a las ovejas descarriadas

lejano monte Beskid, ennegrecido y triste, envuelto en sombras cual si fuese un viejo viudo, mientras que la *polonena* se reaviva y se embellece. Y pregunta el viento curioso: — “¿Por qué no te casas viejo Beskid?” El monte suspirando con tristura, le contesta: — “¡Por que la verde *polonena* no me quiere!”

De pronto el cielo azul se pinta de gris, oscurece la montaña, la *polonena* se apaga mientras el rebaño se mueve cada vez más lentamente, como una espesa oleada gris. El viento frío, extendió sus alas y golpea sin piedad el pecho, metiéndose por entre las zamarras. Resulta tan difícil respirar, que a veces se sienten deseos de volver las espaldas. ¡Que siga golpeando!...

Gime sin parar el viento, como si tratase de apaciguar un dolor insufrible y estuviese llorando la tristeza de su soledad... ¡Ds-s-s-s!... ¡Ds-s-s-s!... Inconsolable y sin fin, su gemido llega al alma y lacera el corazón. Quisiera no oírlo más, pero no es posible. Quisiera huir, pero ¿a dónde?...

¡Hopa!... ¡Hopa!... ¡Hopa!... ¿A dónde vas, tú?... ¡Que te parta un rayo, condenada! ¡Bir! ¡Bir! ¡Bir!... ¡Murka!... Pero ya el perro Murka se lanzó en pos de la descarriada. La alcanzó, adelantándosele unos pasos y con el pelaje del lomo irizado por el viento, se le prendió del cogote tironeándola hacia el rebaño.

¡Dss-s-s-i-i!... Hasta los dientes parecen doler con un dolor continuo e inaguantable. Apretaría las mandíbulas y callaría. ¡Maldito gemido! ¿Por qué el viento se queja tan lastimero? Ni que fuese cosa del mismísimo diablo, ¡que un mal rayo lo parta!... Hasta dan ganas de echarse en tierra, sin fuerzas, taparse los oídos con las manos y llorar. Llorar de desesperación... ¡Ds-s-s-i-i! ¡Ds-s-s-iu-u! ¡Ay!... ¡Ay!...

Iván saca su caramillo y sopla en él con todas sus fuerzas, pero en vano, ya que el viento enloquecido, es

más poderoso que él. Viene dando tumbos desde el Monte Negro, como un potro desbocado, pisoteando con sus patas invisibles las hierbas que hubiese en su camino y desparrama con su cerviz, las débiles notas del caramillo, mientras que la montaña, como una bruja de cuento, va infundiendo miedo y observando todo de soslayo con su albugo de nieve, allá en los picos de su roca negra. ¡Ds-s-s-i-i-i!... ¡Ds-s-i-iu-u!...

Se arremolinaron las ovejas en la meseta, a la espera de mejor tiempo.

En el cielo gris, comenzó a dibujarse una pequeña laguna celeste. La fragante hierba de la *polonena*, acentuó aun más su aroma. La mancha recién pintada, se extendió por todo el cielo y una vez más los montes se llenaron de azul y oro. Apareció el sol.

Iván miraba hacia abajo. Allá, en algún lugar del valle grande, por entre los verdes trigales, van dando pasos los blancos piesecitos de su Marichka. Seguro que sus ojos están vueltos en dirección a la *polonena*. ¿No estará cantando sus coplas? Quizás de verdad Marichka las fue sembrando por los montes, y una vez que nacieron flores, se halla callado.

¡Cuándo oigan mis cantares
Se floretearán los sombreros,
Arreando sus ovejas
Los mocitos ovejeros!...

Viene a su memoria la adorable voz de su muchacha, y también él se inclina y arranca una florcilla, adornando con ella su sombrero.

¡Ptruá!... ¡Ptruá!... Calienta el sol. Hace calor. Las ovejas andan de un lado para otro dando saltos y corcoveos, torciendo en una mueca sus seniles labios para así morder con más facilidad y menos riesgo, las hojas dulzonas de los cardos, pegando al mismo tiempo una in-

finidad de pinchos a los vellones de sus lanas. ¡Jrust-jrust!... ¡Jrum-jrum!... Se rozan los cuerpos lanudos... Blancas y negras, las ovejas se mueven ondulantes como las aguas de un lago rizadas por el viento... ¡Be-e-e-e!... ¡Me-e-e-e!... Las ovejas tienden a ir de un lado a otro, pero los perros alertas, mantienen al rebaño agrupado en un mismo sitio.

Los pobres perros guardianes están cansados de tanto corretear. Se recuestan en el suelo, hundiendo sus cuerpos en los pastos. En la larga y roja lengua que asoma húmeda entre los colmillos, hacen su fiesta las moscas camperas. ¡Bir-bir! — grita enojado Iván y al momento, los perros se lanzan otra vez hacia las ovejas.

Allá a lo lejos, al pie del espeso bosque, pastorea la vacada. El vaquero, mustio, está parado apoyándose en su larga *trembita*.

Las horas van pasando con más libertad y lentitud. El aire de la montaña purifica el pecho y despierta el apetito. Sin embargo, ¡cuánta soledad!

Parado en medio de esa inmensa quietud, el hombre se asemeja a una brizna de paja. A sus pies, verdece un manchón de hierbas bañadas por las frías aguas de los picos nevados. Más allá, en las severas y montaraces alturas, entre las peñas y ocultas en los rincones más ignotos, se hallan las fantasmales fuerzas del mal, con las cuales es tan difícil de luchar. Lo único que hay que hacer, es andarse con cuidado...

¡Hopa! ¡Hopa! ¡Hopa!... Las ovejas sacudiendo sus lomos, van yendo por el verde prado, detrás de ellas pisando con suavidad, van los pastores calzados en sus alpargatas... Hace un silencio tal, que hasta se oye el circular de la propia sangre... El sueño hace acto de presencia. Coloca su mano suave sobre los ojos y la cara, y con dulzura va murmurando al oído: duerme...

Lentamente, las ovejas se van desdibujando, transformándose en pequeños corderitos, primero y en la nada, después. Los pastos, poco a poco se diluyen y cambian de apariencia, pasando a ser aguas verdosas en constante marcha. Más tarde se hace presente la imagen de Marichka. Pero esta vez, ¡oh, sueño!, no podrás engañarlo al pobrecito, no. Iván sabe que la aparición es tan solo un hada del bosque y no su Marichka. Sí, sí, tan solo un hada que trata de encontrar y confundir a Iván. Una fuerza extraña lo arrastra hacia ella...

¡El no quiere ir! Se resiste, pero igual, va flotando como flotan los pastos a su alrededor, arrastrados por la verde correntada...

Y de pronto, el enloquecido y postrer mugido de una vaca moribunda, lo arranca con fuerzas del abrazo traidor del sueño. ¿Qué fue eso? ¿Dónde? El vaquero quedó tal cual estaba, parado, atónito e inmóvil, apoyado en su *trembita*. Un toro colorado, cabeza de tropa, pegó un par de patadas en el suelo, estiró su cuello fuerte y levantó la cola. Bufando, se lanzó en desenfrenada carrera hacia allí donde la vaca moribunda, gimiera su ronco y agónico mugido. Más que corre, vuela, arrancando con sus patas terrones y matas de pasto. Va dando saltos, hendiendo el aire con sus pezuñas. El vaquero, saliendo de su estupor, se echó a correr detrás del toro. En el bosque retumba el eco de un tiroteo. ¡Baj-baj-baj!... tronaron los montes despertados por los disparos de la escopeta de caza. ¡Baj-baj-baj!... le respondió el eco allá a lo lejos, apagándose lentamente hasta enmudecer por completo. Luego otra vez silencio.

“Seguro que el “*buyko*” * volvió a despanzurrar al-

* buyko: así llaman los gutsules al oso pardo

guna vaca"—pensó Iván, y se puso a cuidar con más atención a su rebaño.

¡Ptruá!... ¡Ptruá!... El sol pareció haberse quedado dormido, mientras que el viento luego de calmarse, dejó la tierra y se remontó al cielo. Allí se puso a amontonar nubes formando con ellas un mar de montes y picos iguales a los que viera en sus correrías por la *polonena*. En aquellas extensiones sin fin, el tiempo dejó de existir, no se podía decir a ciencia cierta si el día se había detenido por un momento o si ya terminó su marcha...

De improvviso, rasgando el silencio, llegó a los oídos el tan ansiado llamado de la *trembita*. Junto al son del instrumento, el viento trae consigo desde los corrales, el aroma del *kulesh* y el humo de las fogatas. El largo y melodioso tremolar anunciaba que los ordeñadores ya están esperando a sus ovejas...

¡Hopa! ¡Hopa! ¡Hopa!... De un lado a otro se mueven los perros guardianes, balan las ovejas y como un torrente de lana, se pone en marcha ese rebaño de ubres temblonas y pesadas, repletas de leche...

* * *

Ya es el tercer día que una lluvia fina y pertinaz, va regando la *polonena*. Vahean los montes, el cielo está encapotado y en una gris neblina se desdibujan hasta desaparecer, los altos picos. Las ovejas apenas si pueden marchar de pesadas, con las lanas empapadas de agua cual si fuesen esponjas vivientes. La ropa de los pastores está fría, húmeda y pegajosa. Los hombres tan solo encuentran descanso y guarida, bajo el techado del ordeño, durante los cortos ratos de ordeño.

Iván está sentado, con las espaldas apoyadas en las

tablas del establo y tiene apretadas entre sus piernas el ordeñadero. A su lado se halla un cabrero moreno, desgredado y melenuado, que maldice a cada instante, un poco más allá, algunos ovejeros esperan su turno. Las ovejas primerizas con sus ubres plenas, se arremolitan impacientes a la entrada del establo ansiosas de que se las ordeñe cuanto antes. Pero, ¡no se apuren, condenadas!... ¡De una, de una por vez!...

— ¡Arre!...— grita enojado el arreador mientras hace silbar el látigo húmedo sobre los lomos lanudos. ¡Arre!... ¡Arre!...— vociferan los ordeñadores envalentonando al rebaño con sus gritos y haciendo lugar en el ordeño.

— ¡Que el diablo te...!— comienza a maldecir el cabrero melenuado y desgredado, pero no termina su maldición. En tales circunstancias, no cabe invocar al demonio...

Con un movimiento acostumbrado, medido y rápido, Iván atrapa a la oveja por el lomo y la atrae hacia sí. El animal manso, entreabre sus patas traseras, dando acceso a sus pezones y escuchando atontada, como su propia leche va cayendo en el ordeñadero.

— ¡Arre!... ¡Arre!...— va gritando el arreador.— ¡Arre!... ¡Arre!...— gritan los ordeñadores azuzando a las ovejas, que luego de ordeñadas, torpes y sin fuerzas, van a caer entre las piedras del corral, reclinadas sus cabezas entre las patas, torciendo en una mueca incomprensible sus desnudos y seniles labios. ¡Arre!... ¡Arre!... Sin parar un solo instante, las expertas manos de Iván exprimen las tibias ubres ovejunas, estirando los pezones, mientras que por entre sus dedos corre la leche, con una fragancia grasienta, y desde el hondo recipiente se levanta un vaho tibio y dulzón. ¡Arre!... ¡Arre!... Las ovejas van entrando una a una, como atontadas, entreabren sus patas y al instante, diez manos ovejeras, exprimen sus ubres cargadas.

El rebaño mojado, bala con tristeza a ambos lados del ordeño, las ovejas ordeñadas caen sin fuerzas entre las piedras de los corrales, la leche espesa y tibia va llenando con sonoros chorros los ordeñaderos. ¡Arre!... ¡Arre!...

El cabrero sonríe a sus cabras, picaresco e inteligente. Ellas no son como las ovejas. Ellas tienen el corazón más fuerte. No caen casi muertas luego de dejar la leche, al contrario, se mantienen firmes sobre sus finas patas. Airosas y con garbo, levantan sus cabezas agitando sus barbas y mirando la neblina, como si a través de ella estuviesen viendo algo...

* * *

Se vaciaron los rediles. Silencio y soledad. Puede ser que allá a lo lejos, en el valle profundo, allí donde nacen las montañas, se oigan los ecos de risas y voces humanas. Puede ser. Aunque resulta difícil creerlo, ya que aquí en el altiplano, en la *polonena*, donde el cielo encapotado y gris a veces cubre tanta inmensidad inhabitada, donde cada cual vive su propia soledad, eternamente reina el silencio.

Solamente en las fogatas se oye el crepitar del fuego sacramental que arde y arde, lanzando hacia las nubes, sus bocanadas de humo acre y espeso. La leche ordeñada y sazónada, descansa en las vasijas de madera, ante las cuales se inclina el capataz.

Desde los estantes donde se olean las enormes tortas de queso, llegan corrientes de aire fresco, pero sin embargo, no se disipan los fuertes olores a carbón, queso y lana de oveja, con los que está impregnado el ovejero. Las vacijas y barriles nuevos, descansan enmudecidos

en un rincón, pero su silencio es aparente, ya que es suficiente tocarlos para que despierte el espíritu misterioso que vive en el fondo de cada uno de aquellos objetos. Un poco más allá, en un balde grande, clarea el verdoso suero de la leche ovejuna. Y en medio de tantos enseres y cosas, está sentado el capataz, como un padre rodeado de sus hijos. Los ennegrecidos bancos, las paredes, la fogata y el humo, las bolas de queso y las vasijas, los barriles y el suero, todo aquello le era cercano y querido a aquél hombre, que había dejado en esas cosas el rastro de sus tibias manos.

La leche ordeñada se iba espesando poco a poco, aunque todavía no estaba a punto. Mientras tanto, el capataz extrajo de su ancho cinturón, un atado de tablillas y comenzó a leer en ellas. En esas tablillas, cual en un libro de madera, estaba todo anotado: quién y cuántas ovejas tenía y lo que le correspondía a cada uno de ellos. La preocupación le hacía fruncir el seño pero sin embargo continuaba leyendo con obstinación: “Mosiy-chuk es dueño de catorce primerizas y por lo tanto, a él le corresponde...”

Del otro lado de la pared, el fogonero comenzó a cantar:

Pregunta la ovejita
A su carnerito:
¿Has de traer pronto
El fresco pastito?

— ¡Justo ahora le dió por cantar! — dijo con enojo el capataz y una vez más comenzó a recontar sus tablillas.

No sabes tú, ovejita,
El invierno, como será,

Si viva o si muerta,
De la polonena saldrás...—

con estas estrofas terminó su canto el fogonero y entró en el galpón. Estaba ahumado y ennegrecido de tanto trajinar cerca del fuego. Afuera, la fogata crepitaba con suavidad y casi sin ruido ya.

Le leche en las vasijas, se iba poniendo cada vez más amarilla y espesa. El capataz se inclinó sobre las mismas, concentrado y con la severidad de un sacerdote. Se desprendió los puños de su camisa y sumergió sus velludos brazos hasta los codos en la leche. Y quedó así, hierático, cual si estuviese cumpliendo con las exigencias de algún mágico ritual...

Llegó el momento de que en el galpón debía reinar el más profundo silencio. La puerta estaba cerrada y ninguno debía mirar siquiera a la leche, mientras en ella estuviese teniendo lugar el gran misterio de la transformación y hasta que el capataz inclinado sobre las vasijas, no terminase de musitar la sarta de sus conjuros hechiceros. Parecía que todo hubiese quedado petrificado en un mudo silencio de espera, mientras que las vasijas y los baldes, las paredes y los bancos, parecían dormitar en la penumbra del galpón y el fuego apenas si llameaba, mientras que el humo avergonzado por su falta de respeto, trataba de salir por la ventana.

Por la leve, apenas perceptible palpitación de los músculos en los brazos del capataz, uno podía imaginarse de que "algo" misterioso estaba por acaecer en la vasija. Poco a poco, las manos hechiceras del hombre fueron cobrando vida, se levantaron y se volvieron a hundir palmeando y acariciando a ese "algo" todavía invisible pero que ya es y se encuentra sumergido en la leche. Las manos se hundieron por última vez y fue entonces que surgió a la superficie, la blanca bola caseosa, aca-

bada de nacer como por encanto. Con ternura, amorosamente, el capataz levantó la pasta, escurriendo de ella las gotas verdosas del suero que fueron cayendo sonoramente a la vasija del milagro...

La puerta se abrió de par en par, el viento comenzó a soplar desde lo alto y la fogata revivida, comenzó a lamer alegremente con sus lenguas los trozos de leña mientras que a través del humo brillaban los dientes blancos del fogonero...

Y cuando llegó el ocaso, el capataz sacó del galpón su *trembita* y la hizo sonar victorioso, para que hasta en el más recógnito rincón de la montaña llegase la señal de que un nuevo día había terminado en paz, de que el queso salió magnífico, de que la polenta esperaba impaciente y de que los ordeñaderos estaban prontos para recibir la leche del siguiente ordeño.

Durante su veranada en la *polonena*, Iván fue partícipe de no pocas aventuras. Cierta vez fue espectador de una visión extraordinaria. Estaba a punto de volver con su rebaño a los rediles, cuando sin quererlo, su vista se posó en uno de los picos más cercanos. Una espesa neblina cubría con su manto todo el bosque, transformándolo en algo liviano y fantasmal. Tan solo el prado y un solitario abeto se habían librado de su abrazo. De pronto, el árbol pareció emanar un vaho misterioso y comenzó a crecer en forma desmesurada. Creció hasta que de su interior salió una visión que fue adquiriendo concretas formas de hombre. Se paró en medio del pastizal, alta, completamente blanca y se puso a gritar en dirección del bosque. Al conjuro de su voz, comenzaron a salir uno a uno, extraños ciervos de extraordinaria y brillantísima cornamenta. Detrás de ellos, se desparramó por el pradal una infinidad de corzos de finísimas y temblorosas patas, comenzando de inmediato a morder la jugosa y tierna hierba. Y en cuanto los

corzos se desbandaban, un tremendo oso pardo los arreaba con la facilidad de un buen perro ovejero.

Aquél extraño hombre nebuloso y blanco, pastoreaba a su ganado gritándole de vez en cuando. Pero de pronto, se levantó el viento y ese rebaño fantasmal, con su misterioso pastor, se fueron diluyendo hasta desaparecer por completo.

Todo esto ocurrió como si hubiese sido una imagen en un espejo empañado: luego de secarse, no quedó rastro alguno. Iván quiso que aquella visión fuese vista por los demás pastores, pero aquellos, llenos de sorpresa, no alcanzaron a ver nada más que neblina.

En el transcurso de dos semanas “*el pardo*”— así decían del oso, murmurando en voz baja los pastores — había despanzurrado cinco vacas más.

Con mucha frecuencia, una neblina compacta y pesada, sorprendía a los rebaños en la *polonena*. En esa espesura húmeda y blanca como la leche, todo desaparecía: el cielo, los montes, los bosques, los pastores...

— ¡He-he-he-hei! — gritaba Iván.

— ¡He-he-he-hei! — le contestaban y esa voz llegaba lejana, sorda, como si saliese debajo de las aguas, pero por quien y desde donde había sido emitida, quedaba en el incógnito. Las ovejas, como manchones de niebla gris, se diluían a los pocos pasos, hasta desaparecer. Iván iba desvalido, con las manos extendidas como si temiese tropezar con algo o con alguien, mientras gritaba:

— ¡He-he-he-hei!...

El oía que a sus espaldas le respondían: — ¿Dónde estás? — y se detenía entonces. Quedaba parado, extrañado en medio de aquella neblina pegajosa y espesa, y cuando llevaba a sus labios la *trembita* para responder al llamado, el otro extremo del instrumento parecía diluirse en un vaho vaporoso y el sonido que emitía, parecía

caer a sus pies, apelotonado y sordo. Durante las neblinas aquellas, fueron varias las ovejas que se perdieron.

El “*pardo*” volvió a las andadas, despanzurrando dos vacas más, pero esas fueron sus últimas hazañas: de noche se aproximó a los establos y quedó clavado en una estaca. Ahora su piel se estaba secando al sol en el cerco y era ladrada por toda la perrada.

A veces, en la *polonena*, feroz rugía la tormenta. Era que San Elías allá en los cielos batallaba con “*aquellos*”, los malditos de Dios. Refulgía su espada y tronaba su fusil de tal manera, que ¡Dios sea loado! hasta la bóveda celeste parecía quebrarse en mil pedazos desparramando sus fragmentos por los montes. Cada vez que un relámpago brillaba, algo negro, muy negro, se escondía entre las piedras...

Ocurría que el “*maldito*”, burlándose de Dios, le mostraba el trasero sin pensar siquiera en el mal que con ello ocasionaba a los pastores: un susto tremendo y una mojadura que calaba hasta los huesos, era lo que siempre recibían los pobres en tales casos...

Sin que nadie lo previese, hizo acto de presencia una ráfaga de invierno temprano, extraordinariamente pesada y fría. Nevó durante tres días consecutivos. Fue entonces que se perdieron muchas ovejas...

De vez en cuando, llegaba a la *polonena*, gente venida del valle. De inmediato eran acosados a preguntas:

— ¿Qué hay de nuevo en el llano?

— ¿Qué tal en la aldea?

Y los pastores escuchaban como niños boquiabiertos, los sencillos relatos de los recién llegados, que hablaban sobre el heno recogido por los campesinos, sobre que ya no hay patatas y que el maíz había crecido muy ralo y sobre la muerte de la vecina Elena.

Luego de brindar y beber a la salud del ganado, los visitantes llenaban sus morrales con las bolas de queso

ovejuno y en paz, se ponían en marcha bajando nuevamente al lejano valle.

Por las noches, junto a los galpones ardían las fogatas. Los pastores se quitaban los abrigos, sacudiendo los piojos sobre el fuego o se reunían en grupos en torno a las hogueras, donde hambrientos de caricias femeninas, se pasaban conversando largamente sobre el motivo de sus más caras inquietudes. Sus relatos eran tan jocosos y soeces, que arrancaban las más violentas carcajadas, tan sonoras y tan pronunciadas eran, que hasta despertaban al ganado que dormitaba descansando.

Por lo general, antes de acostarse a dormir, Iván llamaba a su lado a Mikola, siempre tan alegre, tan amigo de las canciones y siempre dispuesto a conversar.

— ¡Miko!... ¡ven aquí, hermanito!

— Espera un poco, hermano Iva, enseguida voy — gritaba en dirección al galpón, el moreno y ahumado fogonero, y al instante, llegaban a Iván, las estrofas melodiosas de su canción:

No alimentan los Montes Negros,
El trigo no crece en ellos,
Allí solo hay pastores,
Leche y quesos bellos...

Mikola era un huérfano que había crecido en la *polonena*. “Me parieron las ovejas”— decía de sí mismo, tratando de peinar a sus rebeldes bucles.

Una vez terminados sus quehaceres, Mikola se recostaba al lado de Iván, negro, saturado de humo acre, brillándole los blancos y jóvenes dientes. Iván se abrazaba a él, rodeando su cuello con el brazo y le pedía:

— ¡Hermanito, cuéntame algún cuento! Tú sabes muchos...

Allá arriba, en el oscuro cielo brillaban las estrellas mientras la Vía Láctea parecía marchar en silencio como un blanco y luminoso río celestial.

En el altiplano, los montes comenzaban a adormecerse...

— ¡Parece como si crecieran! — dijo Iván pausadamente.

— ¿Quién?

— Los montes.

— Antes, crecían, pero ahora dejaron de hacerlo...

Mikola por un momento guarda silencio, como si estuviese hurgando en sus recuerdos y luego comienza a decir lentamente:

— Hace mucho, mucho tiempo atrás, no había ni llanos ni montañas, había tan solo agua... Tanta agua, que todo era un mar inmenso, sin orillas y sin fin. Hasta el mismo Dios caminaba sobre las aguas. Cierta vez Dios vió que en la superficie de aquel mar había aparecido el rastro de un remolino. “¿Quién eres, tú?”— preguntó el Señor. “No sé. Existir existo, pero caminar no puedo”— respondió el remolino. El que así hablaba era Aridnek, el diablo. Dios no sabía nada de él, ya que Aridnek al igual que el Señor, existía de por sí, desde los mismos orígenes del caos y la nada. Dios le concedió un par de brazos y piernas, y desde entonces comenzaron a andar siempre juntos. Así estuvieron hasta que cierta vez, cansados de tanto andar sobre el agua, Dios decidió crear la tierra. Lo más difícil de todo, era traer desde el fondo del mar un poco de arcilla. Dios sabía como se podía hacer, pero no tenía ni fuerzas ni habilidad para ello. Aridnek, que no tenía la sabiduría de Dios, pero que en cambio tenía fuerzas y talento para cualquier cosa, le dijo al Señor: “Yo puedo zambullir hasta allá abajo”.—“Zambulle”—, contestó Dios.

Aridnek llegó al fondo del mar y agarró un puñado de arcilla. Otro tanto se lo guardó en la boca. Salió a la superficie y le dió a Dios la arcilla que traía en el puño. “¿No tienes más?”— preguntó Dios. “No, no ten-

go”— le contestó Aridnek. Dios desparramó y bendijo la arcilla y ésta comenzó a crecer en forma desmesurada. También crecía la que el diablo se había guardado en la boca.

Había crecido tanto, que ya la boca se le hinchó, saltándole los ojos e impidiéndole respirar.— “Escupe”— le aconsejó Dios. Aridnek comenzó a escupir y allí donde caían sus escupitajos, aparecían montañas enormes, una más alta que la otra hasta llegar al mismo cielo, y lo hubiesen agujereado con sus picos si Dios no las hubiese encantado. Desde ese entonces las montañas dejaron de crecer...

Iván no podía comprender como unas montañas tan hermosas, tan alegres y pintorescas, pudieron haber sido creadas por el mismo diablo.

— Continúa, hermanito. Continúa contando — pide Iván y Mikola prosigue su relato:

— Aridnek, el diablo, era capaz de realizar cualquier cosa. Ocurría que cuando Dios quería poseer algo, se lo tenía que robar al diablo. Cierta vez, Dios se dispuso a crear a las ovejas, pero al maligno le salieron antes. Luego hizo un caramillo y se puso a soplar en él, mientras las ovejas pastaban tranquilamente. Pero vino Dios enojadísimo y le quitó las ovejas y el instrumento. Desde ese entonces, ambos pastorearon juntos.

Todo lo que tú ves sobre la tierra, lo complicado y lo difícil, es obra de Satanás. El carro, el caballo, la música, el molino, la casa, en fin, todo es obra del diablo. Dios no hace otra cosa que robárselas al Diablo y regalárselas a la gente. Así es...

Cierta vez, Aridnek cogió mucho frío y para calentarse, inventó la fogata. Pero llegó Dios y se puso a mirar el fuego. El diablo se dió cuenta de que Dios tenía la intención de robarle una vez más. “Tú has robado todo lo hecho por mí, pero esta vez no permitiré que me

despojes".— Pero Dios no le hizo caso y comenzó a encender su propia fogata con la lumbre del diablo. Aridnek sintió enojo por la injusticia, se acercó al fuego de Dios y escupió en él. En seguida se levantó un humazo espeso sobre el mismo. La primera fogata era lumbre pura, mas, luego del escupitajo del diablo, ya no hubo fogata sin humo...

El relato de Mikola es largo y cada vez que nombra al diablo, Iván se santigua haciendo la señal de la cruz sobre el pecho, bajo el chaquetón de piel de oveja. Mikola a su vez escupe superticioso por sobre su hombro, para que el demonio no ejerza su poder sobre él...

Mikola se enfermó e Iván pasó a cuidar las fogatas por él. En el galpón, tirado en un poyo frente al fuego, duerme el capataz, mientras que en un rincón oscuro, entre las sombras que proyectan las barricas, gime dolorido y afiebrado el pobre Mikola. En un caldero negro de tanto tizne, hierve el agua y el humo de la fogata se eleva hacia el techo saliendo hacia afuera por un agujero hecho en la pared a guisa de chimenea. A veces, el diablo se entretiene soplando por allí, entonces el humo con fuerza inunda el galpón y penetra en los ojos irritándolos, pero eso es bueno, ya que así uno puede mantenerse despierto. Sin embargo el sueño avanza. Para alejarlo, Iván clava sus ojos en el fuego. El tiene que mantener viva el alma de la *polonena*, pues, quién sabe lo que puede ocurrir si así no lo hiciere. Las alegres lenguas del chispeante fuego le sonríen a Iván por entre los leños de la fogata, y de pronto, todo desaparece. Ante sus ojos comienzan a flotar enormes manchones verdes, transformándose lentamente en prados y abetales. Por los frescos rastrojos, van pisando los blancos pies de Marichka. Ella arroja el rastrillo a un costado y extiende sus brazos hacia él. Ahora mismo ha

de estrechar contra su pecho el tibio y palpitante cuerpo de Marichka. Ella ya está cerca, pero en ese preciso instante, desde el bosque sale gruñendo un oso y las blancas ovejas, se apretujan y amontonan asustadas separándolo de Marichka.— “¡Maldito sea!... ¿Será que me habré quedado dormido?”

Los carbones de la fogata guiñan intermitentes sus ojos de lumbre, el capataz ronca dulcemente mientras que al cubierto de las oscuras sombras, gime el enfermo Mikola.

¿No será hora de cocer el *kulesh* para el desayuno de los pastores?

Iván sale del galpón.

El frío y el silencio lo rodean. Por allí cerca, en los corrales, se oye el respirar de las ovejas apelonadas en un montón deforme de lana, un poco más allá, entre los cercos de los corrales, brilla la lumbre de alguna que otra fogata. Los perros ovejeros rodean a Iván estirando sus entumecidos cuerpos, escarbando el suelo con las patas y restregándose mansos contra las piernas de aquél. La sombra de los Montes Negros cubre de negrura al valle como si fuese un gigantesco rebaño negruzco siempre vivo, aunque siempre silencioso. Alla en lo alto, en el cielo, se extiende la *polonena* celeste donde pastan las estrellas, quietas y parpadeantes cual ovejas blancas. ¿Acaso existe algo más maravilloso que estas dos *polonenas*? Una, la del altiplano, extendida por los montes y la otra, allá en el cielo y entre ambas, pequeña, cual un minúsculo juguete, se proyecta la sombra del pastor.

Quizás a parte de todo esto, ya no existe nada más. ¿No será que la noche inundó a la montaña, hundiéndola en sus profundidades? ¿Tal vez aquellos montes se hayan deslizado, aplastando todo lo que fuese vivo en aquellas inconmensurables y muertas extensiones? Y es

así que esa soledad cruel comienza a hacerse sentir en el pecho de Iván. Ese silencio petrificado, esa serenidad indiferente y eterna, ese sueño etéreo e irreal, como si fuese algo grande, maléfico, impalpable, le abraza. La impaciencia le sacude todo el cuerpo, la intranquilidad le aprieta la garganta y de pronto, estremeciéndose, Iván se lanza a la carrera profiriendo gritos y alaridos, ululando, deseoso de que su voz y los ladridos de los perros, en una confusa mezcla de sonidos, rompan el silencio y despedacen el resto de la noche en mil pedazos. ¡Ov-ov-ov!...—responden los montes recién despiertos... ¡Ha-ha-ha!...—repiten en un eco los picos allá arriba, pero nuevamente el ámbito se cierra en un círculo de silencio. Los perros vuelven al galpón, mostrando sus blancos dientes y moviendo sus colas satisfechos.

Pero todo se hizo aun más triste. Sintió deseos del sol, del alegre murmurar del río, del tibio ambiente casero, de las conversaciones familiares. La pena se apoderó de su corazón y una dulce melancolía se anidó en su pecho. Los recuerdos comenzaron a inundarle el alma, ondeando ante sus ojos. Y de pronto, oyó un apagado “¡Iva-a-a!” ¿Quién? ¿Quién le llamaba? ¡Oh!, otra vez: — “¡Iva-a-a!”.

¿Marichka? ¿De dónde apareció? ¿Acaso llegó a la polonena? ¿Ella, en medio de la noche? ¿Quizás se haya extraviado y pide ayuda? ¿No serán alucinaciones? No, ella está allí. El corazón de Iván golpea en su pecho, pero él duda aun. ¿A dónde ir? Y nuevamente, por tercera vez, llega a él esa voz proveniente quién sabe de dónde: “¡Iva-a-a!...”

¡Marichka!... ¡Ella!... ¡Seguro que es ella!...

Iván corre hacia adelante, sin mirar siquiera, sin buscar ni ver huella ni sendero, va hacia allá, hacia donde oyó aquella voz, pero llega al pie de un precipicio y se detiene, sin poder seguir más adelante. Parado,

clava su vista en la inmensa negrura sin fondo. Recién entonces comprende, que aquella voz que le llamaba con tanta insistencia, era ni más ni menos que la voz de una de las hadas malignas del bosque. Luego de santiguarse varias veces, con el miedo pintado en sus ojos, Iván se vuelve hacia los galpones.

Es hora de cocer el *kulesh*. En el caldero hirviente, va echando de a poco la harina, mezclándola y haciendo cortes en cruz con el cazo y al rato, el aromático vapor de la comida, se mezcla con el olor a humo. El capataz se despereza...

Poco a poco, va apareciendo el día. ¿Quién ha sido el que le llamara? ¿A lo mejor de verdad haya sido Marichka? Algo le atrae hacia aquél lugar y una vez más fue hasta allí cuando ya hubo aclarado.

El va hacia la *polonena*. Las frías gotas del rocío humedecen sus alpargatas, el cielo se enrojece a la par que empalidecen las estrellas. Iván llega hasta lo alto y queda frío, como petrificado. ¿Dónde se halla? ¿Qué le ocurre? ¿Dónde están las montañas? Parece como si unas aguas misteriosas hubiesen inundado el altiplano cubriendo la montaña, mientras que la *polonena*, solitaria y triste, flotase en ese mar inmenso.

Desde los Montes Negros sopló el viento y aquellas aguas parecieron agitarse en un oleaje silencioso, mientras que allá en lo hondo, parecía oírse la ascensión del astro rey en su eterna marcha. El frío se acentúa. Parecen aumentar las olas del supuesto mar y los altos picos de la montaña, uno a uno, van apareciendo como por entre una blanca espuma. El mundo nuevamente parece haber nacido. Ya el sol asomó en el cielo su corona y de un momento a otro, ha de mostrar su faz. Desde los galpones llega la triste voz de la *trembita*, disipando el sueño de la *polonena* y anunciando el comienzo de un nuevo día.

* * *

Así fue pasando Iván la veranada en la *polonena*, hasta que ésta quedó desierta. Poco a poco el ganado fue volviendo al valle, recogido por sus dueños. Lloró sus últimos sones la *trembita*, mientras que los pastos, pisoteados y heridos, quedaron juguetes del viento otoñal que comenzaba a aletear sobre ellos. En la *polonena* quedaron tan solo el capataz y el fogonero. Ellos debían quedar allí hasta que no se apagase la última brasa del sagrado fuego de la *polonena*, ya que el fuego debía morir así como había nacido: de por sí.

Y cuando ellos también se hubieron ido, a la entristecida y solitaria *polonena*, llegaron las espesas nieblas y se echaron a buscar entre los galpones y corrales, algo que pudiera haber quedado olvidado...

* * *

La prisa de Iván fue vana: él ya no halló viva a Marichka. El día anterior a su llegada, el Cheremosh salió de cauce y sus aguas la arrastraron a la muerte. La crecida fue inesperada y la corriente furiosa y enloquecida hizo perder pie a la muchacha y arrastróla hasta los saltos primero y luego, corriente abajo entre las rocas, hasta el valle. El río, en su abrazo mortal, se llevó a Marichka. Muchos vieron desde las orillas como las olas jugaban con su cuerpo, oyeron los gritos lastimeros y sus pedidos de socorro, pero nadie pudo hacer nada para salvarla.

Iván no podía creer en lo sucedido. Estaba convencido de que todo era cuestión de los Guteniuk. Ellos se enteraron de sus amores con la muchacha y resolvieron ocultarla.

Pero, cuando comenzó a oír por todas partes una mis-

ma versión, se convenció de la triste realidad y decidió salir en busca de los restos de Marichka. Iván estaba seguro que el cuerpo sin vida se había enredado entre los maderos de la palizada y en algún lugar, la gente piadosa lo tenía que haber extraído a la orilla. Fue caminando a lo largo del río, pleno de un dolor quemante y con un odio infinito hacia ese murmullo eterno, hacia esa furia insaciable del río.

Al fin y al cabo, en un pequeño poblado, encontró el cadáver yacente de Marichka, en la arenosa orilla del río. Pero Iván no pudo reconocer en él a su Marichka. “*Eso*” no era, no podía ser Marichka. “*Eso*” más se parecía a una bolsa mojada, a una deforme masa sanguinolenta llena de golpes y moretones, como si hubiese pasado por las muelas de un molino...

Una pena infinita inundó el corazón de Iván. Se apoderó de él un deseo enorme de arrojarse barranca abajo, de cabeza a las espumosas aguas del río, diciendo: — “¡Toma, trágame a mí también!”— Pero poco a poco, un dolor punzante se adueñó de él y lo llevó a lo alto de la montaña, alejándolo del río. Se tapaba los oídos, para no oír aquel murmullo traidor, que había recibido el último suspiro de su Marichka. Anduvo deambulando por el bosque, entre las rocas, en las quebradas, como un oso que busca la soledad para curar sus heridas y al cual ni el hambre ni la sed podían hacer olvidar su dolor, obligándolo a volver al poblado. Comía bayas y zarzamoras, bebía agua de los torrentes y eso le servía de alimento. Después, desapareció.

La gente hacía conjeturas, diciendo que Iván había perecido a causa de su gran dolor y las mozas del pueblo, compusieron coplas sobre el amor y la muerte de Iván y Marichka, coplas que se extendieron con rapidez por toda la montaña. Durante seis años no se supo absolutamente nada de él, pero al séptimo, apareció de

improvisó. Delgado, ennegrecido, con un aspecto de persona mucho mayor para su edad, tranquilo y sereno. Dijo que estuvo pastoreando al otro lado de la montaña, allá en Hungría. Todavía anduvo soltero durante un año. Luego se casó. Había llegado la hora de trabajar la hacienda propia.

Cuando se hubieron apagado los disparos de las pistolas y los ecos de las últimas canciones de la boda se hubieron disipado, después que la mujer arreó hasta el corral sus ovejas y sus vacas, Iván pareció conforme de la vida. Su Palagna era de familia rica, muchacha de cuerpo robusto y sano, voz gruesa y alta, cuello fuerte y musculoso. Si bien es cierto que gustaba de vestiduras vistosas y llamativas y que no poco dinero había de gastar en caros pañuelos de seda y brillosas telas de raso, pero todo aquello no eran para Iván, nada más que tonterías. Al mirar a las ovejas de su rebaño que balaban en los corrales, a esas vacas suyas, que hacían sonar los cencerros allá en los pastizales del bosque, Iván dejaba de estar triste.

Ahora ya tenía lo que cuidar. El no era ávido de riquezas —no es para eso que el gutschul viene al mundo— simplemente que el solo cuidado de sus animales, le llenaban el corazón de alegría. Lo mismo que una criatura para su madre, era para él su ganado. Todos sus pensamientos, todo su tiempo, lo tenía consagrado a que sus animales crezcan sanos y que tengan heno bueno y suficiente, a que nadie les hiciese ningún maleficio y que tuviesen buena paridera tanto sus vacas como sus ovejas. Por todas partes había peligro de todo, Había que cuidar muy bien el ganado para que no le causen daño ni las víboras, ni las fieras y ni mucho menos las brujas, las cuales con sus malas artes, dejaban sin leche a las vacas y hechas unas sombras a las pobres ovejas. Había que saber mucho y de todo. Como hacer

una ahumadura para ahuyentar al embrujo, como hechizar, como juntar la hierba mala y decir a tiempo su exorcismo. Palagna le ayudaba en todo. Ella era un ama de casa muy hacendosa y él compartía con ella todas sus tareas y preocupaciones.

— ¡Flor de vecinos nos concedió el Señor! — se quejaba Palagna a su marido — Llegó Jima hasta los corrales y asomó su cabeza por el cerco, le echó una mirada a los corderos y exclamó: —“¡Ay, qué hermosos son!”— Aquí tienes, me dije. Y no tuvo tiempo de salir la Jima, que dos corderitos se retorcieron en el lugar... ¡Maldita sea esa bruja!...

— Yo iba cierta noche —comenzó a decir Iván— por cerca de su casa, cuando de repente ví que algo redondo y brillante como una chispa iba rodando hasta llegar a la puerta... ¡Qué me caiga aquí mismo!... Si me hubiese dado cuenta enseguida, me sacaba los pantalones y capturaba a la bruja, pero así...

Del otro lado, en la loma más cercana, tenían por vecino a Yurá. La gente decía de él, que se dedicaba a toda clase de hechicerías, y más aun, decían que era deífico. A decir verdad, era como Dios, sabio y fuerte, ese maléfico hechicero. En sus nervudas manos, mantenía encadenadas las fuerzas terrestres y las del cielo, la salud, la vida y la muerte del ganado y de las personas. Todos le temían, aunque les hacía falta a todos.

Ocurría que Iván necesitaba de él, pero cada vez que sus ojos se cruzaban con los ardientes ojos del hechicero, en forma inadvertida, Iván escupía tres veces, a la par que maldecía mascullando: —“¡Que la sal quemé tus ojos!”...

Sin embargo, la que más les molestaba era Jima. Esta era una mujer vieja, un tanto adolorada y bastante amistosa en apariencia, pero que de noche, según la creencia de las gentes, se transformaba en un perro

blanco y vagueaba por los corrales vecinos. ¡Cuántas veces Iván, la alejaba de sus galpones agitando un hacha sobre su cabeza o arrojándole las punzantes horquillas!

La vaca taheña enflaquecía a ojos vista y cada vez daba menos leche. Pero Palagna sabía de quién era la culpa. Ella comenzó a espiar por todos los rincones, echando imprecaciones a diestra y siniestra. Corría al establo a cada instante para ver como estaban sus vacas. Hasta se levantaba a media noche, para convencerse de que sus animales no corrían ningún peligro. Cierta vez, levantó un griterío tan grande, que hasta Iván llegó corriendo para ver lo que ocurría. Se trataba de un escuerzo grande, que buscaba la forma de meterse en el establo. Pero el batracio desapareció en un santiamén, y en ese preciso momento detrás del cerco, se oyó la voz gangosa y senil de la vieja Jima:

— Buenas noches, queridos vecinos... ¡Je-je-jel...

¡Sinvergüenza! ¿Qué es lo que no hacía aquella bruja maldita? Se transformaba en girones de tela, que brillaban colgados entre las ramas de los árboles en el bosque cercano; se le veía reptando convertida en una víbora o se la veía rodando entre los montes, convertida en una gigantesca masa redonda, tenue y brillante. Hasta conjuraba a la luna para que se ocultara, la vez que salía de ronda entre la hacienda ajena. Más de un lugareño podría jurar que la había visto ordeñar por medio de sus brujerías: clavaba cuatro estacas en cruz y llenaba un ordeñadero completo.

Eran tantas las tareas de Iván, que no tenía tiempo ni de pensar siquiera. Su hacienda exigía un trabajo continuo, la vida de su ganado se ligaba tan estrechamente a su propia vida, que expulsaba de su mente, cualquier otro pensamiento. Pero a veces, inesperadamente, cuando posaba su vista en los verdes pastizales, o en

los pensativos bosques umbríos, llegaba hasta él una voz hace tiempo olvidada:

Acuérdate de mi, amado mío,
Por día, dos veces solas,
Yo me acordaré de ti, mi vida,
A todas horas.

Entonces Iván dejaba de trabajar y se perdía por alguna parte.

La robusta Palagna, que estaba acostumbrada a trajar seis días a la semana y descansaba tan solo los feriados, orgullosa de su robustez, le echaba en cara con rabia, su extraño comportamiento. Pero Iván le respondía con enojo:

— ¡Cállate! Haz lo tuyo y a mí déjame en paz...

El sentía enfado de sí mismo: —“¿Para qué todo ésto?”— luego de lo cual, con aire culpable, iba al establo a cuidar de su ganado. Llevaba consigo un trozo de pan o un terrón de sal. Con un mugido pleno de confianza, extendían hacia él sus cabezas las vacas mansas y lamían con sus lenguas pegajosas y rojas la sal y al mismo tiempo, sus manos. Los húmedos y brillantes ojos vacunos le miraban con fidelidad, mientras que la cálida fragancia de las ubres plenas de leche y el acre olor del fresco estiércol le hacían volver en sí, devolviéndole la tranquilidad y el equilibrio perdidos.

En los corrales le esperaba todo un mar de ovejas blancas y pequeñas. Ellas conocían a su amo, y corderos, ovejas y carneros, con alegría se restregaban contra las piernas del hombre. El metía los dedos de sus manos entre los vellones de la suave y esponjosa lana o sino, con sentimiento casi paternal, tomaba en brazos algún pequeño corderito y era entonces que el espíritu de la *polonena* se apoderaba de él, llamándole a la montaña.

Recién entonces se sentía tranquilo y una ola tibia le inundaba el corazón.

Y en esto, se encerraba toda la alegría de Iván.

¿Amaba a Palagna? Nunca se había puesto a pensar en ello. El era un amo, ella una buena ama y si bien no tenían hijos, en cambio eran dueños de algún ganado. ¿Qué más les hacía falta? Gracias a la buena hacienda, Palagna fue tomando cuerpo, se puso rolliza y rosada, fumaba en pipa como la madre de Iván, gastaba pañoletas caras de seda y lucía en su fuerte cuello tal cantidad de collares, que siempre eran la envidia de las mujeres. Viajaban juntos al poblado, para las festividades del Santo Patrono. Palagna misma ensillaba su caballo poniendo su alpargata roja en el estribo con tanto garbo y orgullo, como si toda la montaña fuese solo de ella. Para las fiestas del Santo Patrono, se reunían los componentes de las familias y clanes más lejanos, espumaba la cerveza, corrían ríos de aguardiente, se cambiaban toda clase de novedades de la comarca entera incluyendo el más lejano rincón de la montaña, además, Iván abrazaba a las mujeres que le venían en mano, Palagna a su vez era besada por un montón de hombres ajenos y ¡cosa rara! ellos volvían a su casa satisfechos y contentos de haber pasado el día tan bien, para ocuparse otra vez de sus quehaceres diarios.

Algunas veces recibía la visita de honestos hacendados como ellos.

— ¡Gloria a Jesús! ¿Cómo están la mujer, el ganado? ¿Viven todos sanos?

— ¡Bien, gracias! ¿Y ustedes?

Luego se sentaban a la mesa cubierta con un mantel bordado, todos con sus pesadas vestiduras de piel de oveja y juntos consumían el fresco *kulesh* acompañado de leche ácida de una acrimonia tan grande que hasta se despellejaba la lengua.

Y así iba pasando la vida.

Para el trabajo, los días hábiles y los días feriados, para las adivinanzas y las aojaduras.

Llegaba Nochebuena e Iván siempre andaba de muy buen humor, como si estuviese henchido de algo misterioso y sacrosanto. Todas las cosas las hacía en una forma circunstancial y grave, como si estuviese cumpliendo un rito sacramental en homenaje a Dios. Encendía el santo fuego para que en él Palagna preparase la cena, desparramaba brazadas de heno fragante tanto sobre la mesa como debajo de ella y con una fe profunda, digna de elogio, emitía mugidos, balidos y relinchos, para que según la creencia, aumentase el número de sus animales. Sahumaba con incienso tanto la casa como los establos, para echar de allí a los espíritus del mal y cuando Palagna enrojecida de tanto trajinar, anunciaba que ya estaban listos los doce platos distintos para la Santa Cena, Iván, antes de sentarse a la mesa, llevaba las viandas al establo dándoselas a probar al ganado. Los animales eran los primeros en comer los pastelillos de col, las pastas de alubias, las ciruelas y la polenta *gutsula*, que con tanto esmero y dedicación Palagna había preparado para él.

Pero esto no era todo. Según el rito, había que invitar a la Santa Cena a las fuerzas del mal, a aquellas fuerzas que en el transcurso de la existencia uno evitaba o combatía, según los casos. Era así, que salía fuera de la casa, con un plato de comida en la mano y en la otra, una hachuela montañesa. Los verdes montes vestidos de blancas galas, oían atentos como allá en el cielo temoraban las áureas estrellas, mientras que el frío tajeaba los aires con su espada de plata apagando los sonidos de la noche, al mismo tiempo que Iván, con el brazo extendido hacia lo más profundo de aquella soledad invernal, conjuraba invitando a la Santa Cena,

a brujos y hechiceros, seres diabólicos y espíritus del mal, a lobos y osos. Invocaba al viento y a la tormenta, los invitaba con la cordialidad de un buen amo de casa, para que le hiciesen el honor de sentarse a su mesa y probasen de sus doce bocados y bebidas. Iván, según la costumbre, invitaba a esas extrañas y ocultas fuerzas del mal, a hacer acto de presencia en esa Nochebuena, por tres veces consecutivas. Pero nadie apareció y en vista de ello, les conjuró a que no se presentaran jamás, luego de lo cual suspiró con alivio.

Palagna lo esperaba en el interior de la casa. En el horno, los carbones encendidos parecían dormitar un dulce sueño, tibio y cansado. Los múltiples platos dispuestos en la mesa, hacían surgir de cada rincón, una profunda paz navideña, mientras que el apetito apresuraba a las personas, a dar comienzo a la cena. Pero ellos no se sentaban aun a la mesa. Palagna, al igual que su marido, se arrodillaba elevando fervorosamente sus plegarias a Dios, rogándole misericordia divina para todas las almas de aquéllos que desaparecieron sin dejar rastros, o que murieron aplastados por los troncos de árboles, para los que perecieron extraviados en los mil caminos de la vida y para las almas de aquéllos que hubiesen muerto ahogados.

Rogaban al Señor, para que permitiese a esas pobres almas, sufrientes y desamparadas, hacer acto de presencia en la Santa Cena ya que nadie les recordaba ni al acostarse ni al levantarse, ya que ellas se encontraban allá en el purgatorio esperando su Nochebuena...

Mientras que así rezaban, Iván estaba seguro que a espaldas suyas lloraba inclinada el alma de su pobre Marichka, mientras que el resto de las pobres almitas torturadas de aquellos que habían muerto de mala manera, se sentaban alrededor de su mesa.

— ¡Sopla, antes de sentarte! — le exigía Palagna.

Pero él bien que lo sabía y sin necesidad de las recomendaciones de su mujer, soplabá. Soplabá con sumo cuidado para no aplastar algún alma al descuido y luego tomaba asiento, disponiéndose a cenar...

Para la Noche de Reyes, bajaba a los establos el mismísimo Dios, para hablar con los animales. En el alto cielo, las estrellas fulguraban brillantes, una helada cruel azotaba los montes, mientras que el canoso Dios iba descalzo por la nieve, hasta llegar donde el ganado. Con suavidad abría la puerta y penetraba en el establo.

Cierta vez, Iván se despertó a media noche y tuvo la sensación de estar oyendo una voz muy dulce y suave, que preguntaba: —“Animalitos míos, decidme, ¿os alimenta, os cuida bien vuestro amo? ¿Os ordeña bien y con cuidado?”— Con un balido alegre le respondieron las ovejas, las vacas, con un mugido de complacencia, dijeron al Señor Dios, que el amo las cuidaba bien y las alimentaba mejor, con dedicación y cariño, y que hasta inclusive hoy mismo las estuvo limpiando y peinando. Seguro que después de esto, el Señor le habría de recompensar con un buen aumento de sus rebaños.

Y efectivamente, Dios le dió un muy buen aumento del ganado. Las ovejas parían en paz a sus corderos y sus vacas, con buena fortuna, quedaban preñadas con miras a un buen parto.

Palagna estaba eternamente ocupada en torno a los maleficios, conjuros y adivinanzas. Encendía fogatas entre el rebaño, tratando de que las llamas fuesen rojas y brillantes, cual fuego divino, para que así no tuviesen poder los hacedores del mal. Ella hacía todo lo que estaba a su alcance, con tal de que su hacienda fuera firme como raíz plantada en el suelo y mansa como agua de pozo. Con ternura infinita, Palagna se dirigía a su ganado, diciéndole palabras de cariño:

— Tu, aliméntanos a mi señor y a mí, que yo te he de querer mucho, cuidando de que duermas y descanses bien, de que las brujas no sepan como hacer para echarte el mal de ojos y cualquier otro maleficio...

Y así iban pasando las vidas de animales y personas, fuertemente unidas entre sí, como dos torrentes distintos que iban a depositar sus aguas a una corriente común...

* * *

Mañana es un día de gran fiesta. El tibio Yuriy ha de quitarle las llaves del cielo a San Demetrio, para así reinar sobre la tierra. Las inmensidades acuosas, en las que flota la Madre Tierra, la han de aproximar al sol y entonces San Yuriy llenará de flores bosques y prados, mientras que las ovejas se vestirán con largos vellones de lana, lo mismo que se viste de hierbas la tierra cuando llega la época.

Mañana es primavera, día de la alegría y del sol, pero ya hoy en la montaña, nos muestran su hermosura multicolor las fogatas encendidas, mientras que el humo azulado y grave, va cubriendo lentamente con su tierno y acre abrazo, las coronas de los pinos y abetos allá en los bosques cercanos.

Y cuando el sol llegue a su ocaso, una vez que hayan terminado de florecer las hogueras y el humo haya volado hacia las nubes, los rebaños atravesarán presurosos y con viveza, los restos de aquellas fogatas, para que crezcan sanos y puros, como las llamas y que aumenten como aumentan las cenizas después de haber ardido el fuego.

En vísperas del día de San Yuriy, la gente se acostó muy tarde, a pesar de que todos tenían que madrugar.

Palagna se despertó ni bien comenzó a amanecer.

“¿No será temprano todavía?”—pensó en voz alta, pero enseguida recordó que era día festivo y que era necesario llegar hasta el henar. Arrojó a un costado las tibias mantas y se puso de pie. Iván dormía aun. En un rincón hostezaba con su boca negra de tizne, el horno apagado pero tibio, mientras que debajo de él chirriaba suavemente un grillo. Palagna se desabotonó y quitó la camisa quedando completamente desnuda en medio del cuarto, echó una mirada temerosa en dirección a Iván y fue presurosa hacia la puerta. Rechinaron los goznes y el frescor matinal envolvió su cuerpo. La montaña dormía. También dormían los abetales, severos y oscuros como monjes franciscanos. El rocío durante la noche humedeció los henares y las cumbres de los montes, que cubiertos de una tenue gasa gris, se diluían en un manto de neblina. Una fría vaharina se elevaba desde el valle, extendiendo sus largas garras aterciopeladas y rodeando en un fuerte abrazo a los árboles del bosque, mientras que bajo el pálido cielo hablaba de su sueño el Cheremosh.

Palagna iba por las húmedas hierbas, temblorosa por el frío de la madrugada. Ella estaba segura que nadie la vería. Y si la viesan, ¿qué? Aunque pensándolo bien, sería una lástima que la viesan, ya que se echarían a perder todos sus sortilegios. Ella no tenía ningún otro pensamiento. Todavía para la Anunciación, había enterrado en un hormiguero, un puñado de sal, una galleta y un collar. Hoy tenía que desenterrar todo aquello.

Poco a poco se fue acostumbrando al frescor de la mañana. Su cuerpo joven que aun no conocía los milagros de la maternidad, orgullosa y libremente parecía flotar entre las hierbas del henar. Sonrosada y fresca, tenía la apariencia de una nube enmarcada en oro, plena de tibiezas como las lluvias primaverales. Se detuvo por fin, al pie de un roble. Pero antes de excavar en el hor-

miguero, extendió sus brazos al cielo a fin de desesperarse de su dulce modorra. En ese momento se sintió sin fuerzas. Le pareció que no estaba del todo bien. Bajó sus brazos sin voluntad, miró hacia adelante e inesperadamente le pareció que se hundía en una terrible profundidad, profundidad que la había atrapado y la arrastraba hacia sí.

Detrás de la empalizada, estaba parado contemplándola, Yurá el hechicero...

Ella quiso gritar pero no pudo. Quiso cubrir su pecho con las manos y no tuvo fuerzas para ello. Deseó escapar, pero parecía estar clavada en el suelo. Estaba rígida, desfallecida y temblorosa. Tan solo miraba con obstinación hacia esas dos ardientes pupilas negras, que le absorbían las fuerzas.

Por fin en ella despertó el enojo. Se le había estropeado el preparativo de su sortilegio. Palagna hizo un esfuerzo sobrehumano para agudizar su rencor y una vez que lo hubo logrado, gritó con rabia:

— ¿Qué miras? ¿Nunca has visto una mujer desnuda?

Sin quitar de ella la mirada codiciosa con que la tenía aprisionada, Yurá contestó sonriendo:

— Un cuerpo como el tuyo, Palagna, ¡por Dios, que no lo he visto!

Y dichas estas palabras, de un salto cruzó el cerco.

Ella veía muy bien, como flotaban en su dirección las ardientes brasas de ese par de pupilas negras, que convirtieron en cenizas su voluntad. Lo veía llegar pero continuaba rígida, sin poder moverse siquiera, en una estática espera plena de dulces deseos y de amargos temores.

El ya estaba cerca de Palagna. Ella distinguía claramente el bordado de su chaqueta, el brillo de sus dientes entre los entreabiertos labios, la mano un tanto le-

vantada. El calor del cuerpo de Yurá llegó hasta Palagna, pero ella continuaba parada en el mismo lugar...

Y recién cuando los dedos de acero de él se posaron en su mano atrayéndola hacia sí, ella se desprendió del encantamiento y huyó en dirección a la casa dando gritos.

El hechicero quedó parado, con las fosas nasales entreabiertas y temblorosas, viendo como el blanco cuerpo de Palagna se hundía y flotaba sobre las hierbas, cual si fuesen las blancas olas del Cheremosh.

Más tarde, cuando Palagna hubo desaparecido, él volvió a cruzar la empalizada hacia su propio heno, para continuar desparramando en el terreno, las cenizas de la fogata quemada el día anterior, para que las vacas y ovejas que hubiesen de pastorear en el lugar, tengan una buana y duplicada cría...

Palagna llegó a su casa enojadísima. "Menos mal que Iván no vió nada. Sí, sí, vecinito lindo, ¡un mal rayo te parta! ¡No pudo encontrar un momento más apropiado para llegar hasta ella!... ¡Maldito sea!... Lástima de los sortilegios, se perdieron por completo..."

Palagna no sabía si contarle o no a Iván sobre su encuentro con Yurá. Todo podría terminar en pelea y bien es sabido que con el hechicero lo mejor era no tener cuestiones... Tendría que haberle dado una cachetina y eso hubiera sido bastante... Pero Palagna, aunque si bien pensaba en todo esto, estaba convencida de que no podría levantarle la mano al hechicero. Con solo pensarlo le corría un frío por todo el cuerpo y en sus brazos y piernas, sentía una dulce languidez.

A causa de la mirada de aquellos profundos y ardientes ojos negros, Palagna sentía su cuerpo cubierto por una extraña e invisible telaraña, se estremecía por la visión de los blancos dientes en la boca anhelante y entreabierta. Durante todo ese día sintió la mirada del

hechicero, e hiciese lo que hiciese, aquellos ojos la tenían como maniatada.

Ya habían pasado más de dos semanas desde aquel día, pero Palagna no le había contado aun a Iván sobre su encuentro con Yurá. Ella comenzó a mirar a su marido con más atención. Notó que en él, había algo pesado y profundamente triste, algo que le mortificaba el alma y le debilitaba el cuerpo. Una mirada senil y vidriosa asomaba a sus ojos cansados. Vió que había adelgazado en forma pronunciada y que además se había puesto completamente indiferente. No. Desde luego que Yurá estaba mejor. Cuando ella decidiese tener un amante, ese amante sería Yurá. Pero Palagna era muy orgullosa y por lo tanto, poseerla contra su voluntad, era imposible. Además estaba muy enojada con el hechicero.

Cierta vez, ellos se encontraron a la orilla del río. Por un instante a Palagna le pareció que ella estaba desnuda y que una telaraña finísima y misteriosa, de nuevo le cubría todo el cuerpo. Ella oyó como entre sueños:

— ¿Cómo ha dormido, Palagnita de mi alma?

En la punta de su lengua tenía pronta la contestación de “muy bien, gracias”, pero se contuvo, apretó los labios, levantó la cabeza con orgullo y continuó andando como si no lo hubiese visto ni oído.

— ¿Cómo se siente, vecina? — insistió Yurá.

Pero ella no quiso prestarle atención.

“Bueno, ¡ahora sí que va haber desgracia para rato!”— pensó Palagna con temor.

Y fue así que ni bien llegó a su casa, Iván la recibió con la noticia de que había muerto una cordera. Pero, cosa extraña, ella no se apenó por la pérdida del animal. Hasta sentía un poco de enojo por el hecho de que Iván prestara tanta importancia a lo acontecido.

Yurá no se volvió a cruzar más en el camino de Pa-

lagna. Sin embargo, los pensamientos de ella, frecuentemente estaban ocupados en él. Ella cada vez con más interés y curiosidad, escuchaba las leyendas sobre los poderes sobrenaturales y ocultos con que contaba Yurá. Entusiasmada, oía los relatos sobre su fuerza y no podía comprender, como un hombre tan fuerte y tan ardiente, no había visto en su vida una mujer con un cuerpo mejor que el de ella...

El era fuerte, poderoso, todo lo sabía. Bastaba una sola palabra suya para que el ganado muriese irremediablemente y las personas se pusieran flacas y enfermas. El mandaba sobre la vida y la muerte. Podía desvanecer la niebla y desviar el granizo. Con la ardiente mirada de sus ojos, podía convertir en cenizas a sus enemigos y encender el devorador fuego del amor en el alma de cualquier mujer. El era un Dios poderoso sobre la tierra, ese Yurá que deseaba poseer a Palagna y que extendía hacia ella sus manos, las cual tenían asidas todas las fuerzas del universo...

Durante horas enteras su corazón dejaba de sentir apego por sus vacas y su hombre. Ellos parecían diluirse en su alma, como se diluye la neblina cuando se posa en la copa de los verdes abetos. Ella con desasosiego iba hasta el henar y allí, debajo del roble, creía sentir sobre su pecho el tibio respirar de Yurá, la caricia de los fuertes dedos de sus manos que parecían de acero. El bien que podía hacer de ella su amante si llegase en esos momentos.

Pero él no llegaba...

Era un día muy caluroso. El Igrêts se había puesto a vahear y un tenue vapor parecía flotar sobre la tierra. Desde los Montes Negros, las nubes venían en loca carrera e incansablemente se deshacían en una inesperada lluvia, mientras que del otro lado, brillaba el sol.

Hacía un calor tan húmedo, que Palagna por nada del

mundo no se hubiera atrevido a subir al monte, a no ser el mal sueño que había tenido y que consideraba de mal agüero para su ganado. Ella sintió deseos de ver a sus vacas allá en el bosque, y fue. A su alrededor, se levantaba un vaho infernal, como si los riachos y torrentes hubiesen comenzado a hervir, lanzando bocanadas de vapor. El Cheremosh rugía en su interior, y puesto que era muy duro su lecho de piedra, iba saltando de roca en roca.

Ni bien llegó Palagna a lo alto, del lado de los Montes Negros, el viento extendió sus alas y sacudió la corona de los árboles.

“Con tal de que no haya tormenta”—pensó la mujer volviéndose cara al viento. Y fue así no más... Muy cerca de allí, el cielo parecía hervir, cubierto de espesas nubes azules. Parecía que los mismos Montes Negros hubiesen volado hasta lo alto para arrojarse luego hacia la tierra y con furia, aplastarlo todo.

El viento soplaba con fuerza doblando las ramas de los árboles, mientras que el valle y la montaña, quedaban negros como si estuviesen carbonizados. No se podía ni pensar en seguir adelante. Palagna se ocultó bajo las ramas susurrantes de un abeto. En la lejanía se iba extendiendo con suavidad el eco del trueno. Las sombras veloces, corrían por la montaña despintando sus colores, mientras que los pinos jóvenes parecían doblarse en dos.

“¡Ojalá no caiga granizo!”—pensaba asustadísima Palagna mientras se arropaba en su grueso chaquetón de piel de oveja.

El cielo parecía rugir. Allá en los Montes Negros, los brujos y hechiceros granulaban el hielo de los lagos congelados, para que las almas en pena de los pobres difuntos, montados en las nubes, lo siembren en forma de granizo sobre la superficie de la tierra.

“Se ha de arruinar el heno. Los pastizales se cubrirán de hielo y el ganado hambriento no tendrá lo que comer”—este pensamiento martilleaba con amargura la mente de Palagna.

Pero no terminó de pensar, cuando el trueno restalló con fuerza descomunal. La montaña pareció sacudirse toda. Los álamos y los pinos inclinaron sus orgullosos troncos hasta el suelo, quebrados por el viento. La tierra toda pareció arremolinarse en una gigantesca ola. Palagna apenas si tuvo tiempo de prenderse con fuerza al tronco del abeto bajo el cual estaba guarecida, cuando de improviso, entre la niebla vió la figura de un hombre subiendo por la ladera.

Aquél luchaba con el viento, extendiendo sus brazos y piernas, aferrándose desesperado a cada piedra, a cada saliente, para subir más alto cada vez. Ya estaba bien cerca. Pareció doblarse en dos para tomar fuerzas y echarse a correr. Un esfuerzo más y por fin llegó a lo alto. En la figura de ese hombre, Palagna reconoció a Yurá.

“Seguro que viene por mí...”—se dijo asustada Palagna, pero por lo visto, el hechicero no se había percatado de ella.

Yurá se puso de frente a la tormenta, con una pierna hacia adelante y cruzó sus brazos sobre el pecho. Echó su pálido rostro hacia atrás clavando su mirada severa en la masa de negros nubarrones. Así estuvo parado durante minutos que parecían siglos, mientras la tormenta avanzaba hacia él. De pronto, con un gesto violento, arrojó al suelo su sombrero y enseguida el viento lo cobijó en sus alas llevándolo rumbo al valle, al mismo tiempo que hacía tremolar su largo cabello. Después, levantó sus brazos al cielo, apretando en sus puños la cadena que traía consigo, se puso a gritar amenazante en dirección al inmenso fragor celeste:

— ¡Detente!... ¡No permito que sigas adelantel!...

La tormenta pareció pensar un poco en las palabras del hombre y pasado un instante, le respondió lanzando una larga flecha ígnea.

— ¡Ay! — gritó Palagna y se cubrió los ojos con la mano en cuanto refulgió el relámpago.

Pero Yurá continuaba manteniéndose firme en su lugar, mientras su largo cabello undulaba sinuosamente.

— ¡Con que ésas tenemos! — gritó Yurá a las nubes — ¡Me veo obligado a conjuraros! ¡Oíd! ¡Yo os conjuro, rayos y truenos! ¡Os conjuro, nubes y nubarrones! ¡Oh, Fortuna, te conmino a desviar la tormenta hacia la izquierda, hacia los bosques y ríos!... ¡Ve y desaparece!... ¡Desintégtrate y volatilízate como el aire!... ¡Transfórmate en rocío y espárcete, tú aquí no tienes poder para más!...

Pero la tormenta irreverente, apenas si movió su ala izquierda, echando su cuerpo de nubarrones fragorosos, en dirección a los henares.

— ¡Qué desgracia! — se lamentaba Palagna — arruinará los pastizales...

Pero Yurá no quería darse por vencido. Se acentuó su palidez y sus ojos se volvieron más oscuros aun. Ni bien los nubarrones amagaban de avanzar por la derecha, él se movía para ese lado; si amagaban por la izquierda, también él iba para allí. Parecía correr detrás de la tormenta, luchando ferozmente con el viento. Sus brazos se movían frenéticos y gesticulantes, amenazando a la tempestad con la cadena. Se retorció con la agilidad de una anguila, tratando de que la tormenta volviese hacia atrás o se desviase a un costado. Parecía forcejear con ella, queriendo vencerla... ¡Un poquito más!... ¡Otro poco de este otro lado!...

Sentía que las fuerzas le inundaban el pecho, echaba chispas por los ojos, elevaba sus brazos al cielo y conjuraba. Conjuraba sin cesar. El viento sacudía su chaquetón de cuero y le golpeaba el pecho descubierto.

mientras que la tormenta desatada sufría haciendo oír todo su fragor, lanzando rayos y truenos y llenando de lluvia los ojos abiertos del hombre, que bañado de sudor y agua, respiraba fatigosamente y se movía de un lado a otro como un condenado, temeroso de perder sus últimas fuerzas que ya iban mermando poco a poco. En su pecho sentía un vacío, producto del cansancio, sentía como el viento le quebraba la voz, como la lluvia le cerraba los ojos, sentía que la tempestad comenzaba a vencerle y entonces, en un último esfuerzo sobrehumano, con sus brazos levantados al cielo, gritó:

— ¡¡¡Detente!!!...

Y la tormenta dejó de avanzar.

Sorprendidos, los negros nubarrones parecieron alzarse de grupas como un corcel asustado y lanzando sordos rugidos interiores, enojados y desfallecidos, parecieron decir en un mudo ruego:

— ¡Suéltame! ¿A dónde iré ahora?

— ¡No te he de soltar!

— ¡Déjanos! ¡Déjanos, pues de lo contrario pereceremos! — parecían gemir rogando, las pobres almas de los difuntos, encorvadas bajo el peso de sus bolsas repletas de granizo.

— ¡Ajá! ¡Ahora eres tú, la que implora!... ¡Yo te conjuro a desaparecer, a ir allá desde donde no se vuelve, a donde no llega ni el relincho de los caballos, ni el mugido de las vacas, ni el balido de las ovejas! ¡Vete allí donde los pájaros no vuelan ni se oyen las voces de los cristianos!... ¡Tan solo allí te conmino a que vayas!...

Y cosa extraña, la tormenta se doblegó y sumisa, cambió de rumbo hacia la izquierda y volcó su carga de granizo y nieve en el río, espolvoreando de blanco los pajonales de la orilla.

Un níveo cortinado de niebla espesa, pareció cubrir los montes, mientras que en el profundo valle algo

parecía rugir y quebrarse en un sordo fragor. Yurá cayó sin fuerzas al suelo, respirando fatigosamente.

Y cuando los rayos del sol rasgaron la niebla y sonrieron las húmedas hierbas, Yurá como entre sueños, vió que Palagna corría hacia él. Ella parecía refulgir esplendorosa como un sol, cuando se inclinó hacia él con solícita preocupación.

— Yurchik, ¿no te ha ocurrido nada malo?

— Nada, Palagna. No me ha ocurrido nada, almita. Nada... ¿Has visto? ¡Yo desvié a la tormenta!...

Y extendió sus manos hacia ella...

Así Palagna se convirtió en la amante de Yurá.

* * *

Los cambios habidos en Palagna, le causaron sorpresa a Iván. Ella siempre gustó de vestir bien, pero era el caso que ahora, hasta en los días laborables solía llevar en su cabeza costosos pañolones de pura seda. De continuo se la veía vistiendo carísimos corsés multicolores, bordados con muy buen gusto y en el cuello, lucía finísimas gargantillas y pesados collares. A veces, desaparecía de casa por todo el día, volviendo recién muy entrada la noche, agitada, desaliñada y enrojecida, cual si estuviese ebria.

— ¿Se puede saber, por dónde vagabundeas? — decía Iván enojado.— ¡Mira patrona, mejor que andes con cuidado!...

Pero Palagna no hacía más que reír.

— ¡Hola! ¡Ya ni derecho a pasear tengo!... ¡Yo quiero gozar! ¡Vivimos tan solo una vez!...

Aquellas palabras tenían su dejo de verdad, puesto que nuestra vida es muy corta: no terminó aun de refulgir cuando ya se apaga. Iván esto lo comprendía muy bien, pero en el caso de Palagna, ya era demasiado. Ella se

pasaba días enteros en la taberna bebiendo con Yurá el hechicero, se abrazaba con él a la vista de todos, sin negar siquiera de que era su amante. ¿Acaso ella era la única? Desde que el mundo es mundo, no hubo nunca una mujer que anduviese con un solo hombre.

Todos hablaban de Yurá y Palagna. Al fin y al cabo, a oídos de Iván llegó la fama de su mujer, pero él se mostraba indiferente a las habladurías. En fin, decían que el amante de su mujer era el hechicero, pues bien, que fuese hechicero no más.

A todo esto, Palagna se divertía y parecía florecer, mientras que el pobre Iván, entristecido y débil, iba perdiendo fuerzas y salud. El mismo se sorprendió de los cambios operados en su persona. ¿Qué había ocurrido con él? Las fuerzas le abandonaban, sus ojos vacíos y acuosos parecían haberse hundido en su cara, la vida había perdido todo su encanto para él. Hasta el ganado ya no le causaba la alegría de antaño. ¿No será que alguien le haya hecho alguna brujería o algún mal de ojos?

Iván no sentía pena por Palagna, ni siquiera había dolor en su corazón, no obstante que por culpa de ella, ya había peleado con Yurá. El encuentro no fue motivado por él. No fue a causa del rencor que podría haber sentido por la traición de su mujer, sino que fue un simple resultado del “*que dirán*” de la gente, una vez que ya estaba en antecedentes sobre el proceder de Palagna. A no ser por su primo Cemén, que salió en defensa del honor de Iván, puede que nunca hubiese ocurrido nada.

Ocurrió lo siguiente. Cierta vez, al encontrarse en la taberna, Cemén golpeó a Yurá en la cara.

— ¿Por qué te metes con Palagna, haragán del diablo? ¿No te basta con tu mujer?

Entonces Iván sintió vergüenza y se enfrentó con Yurá.

— ¡Manosea a tu Agafia, si quieres, pero a mi mujer déjala en paz!...— gritó Iván a la vez que sacudía su hachuela en la cara del hechicero.

— ¿Tuya? ¿Acaso la has comprado en alguna subasta? — le contestó Yurá con exaltación.

Esta vez fue el hacha del hechicero la que bailoteó en la cara de Iván.

— ¡Basura!...

— ¡Miserable!...

— ¡Toma!

Iván fue el primero en golpear. Lo hizo directamente a la cabeza de su adversario. Pero Yurá, bañado en sangre, a su vez acertó a darle de contragolpe y le partió la frente de un hachazo, rasguñándole la cara y también el pecho. Ambos estaban enceguecidos por la sangre que corría, pero igual continuaban cambiándose golpes con el evidente afán de alcanzar el pecho del rival. Ellos bailoteaban una trágica danza mortal, como si fuesen dos máscaras sanguinolentas, de las cuales la sangre ardiente brotaba a chorros. Yurá tenía la mano que empuñaba el hacha, completamente lastimada, pero inesperadamente, con un golpe afortunado, quebró el arma de su enemigo. Iván se encogió esperando la muerte, pero Yurá, apagando su furia en un instante, con un gesto magnífico y bello, arrojó su propia arma a un costado.

— ¡Mi hacha no ataca a ningún desarmado!...— gritó Yurá y entonces se prendieron en una tenaz lucha cuerpo a cuerpo.

Apenas si pudieron desprenderlos.

Al fin de cuentas, Iván lavó sus heridas, enrojeciendo con su sangre las aguas del Cheremosh y se fue hasta donde se encontraban sus ovejas. Allí se tranquilizó y pudo descansar un poco.

Sin embargo, esta pelea no ayudó en nada. Todo con-

tinuó como antes. Al igual que las veces anteriores, Palagna no se quedaba en casa, de la misma forma que hasta ayer, continuaba empeorando la salud de Iván. Su piel había ennegrecido y apenas si cubría las salientes de sus huesos. Sus ojos acuosos parecían haberse hundido aun más, lo consumía la fiebre, la inquietud y el nervosismo. El pobre Iván perdió hasta la poca voluntad que tenía para comer.

“Seguro que todo esto es cosa del hechicero —pensaba con amargura Iván— traté de matarlo y por eso quiere echarme de este mundo, secándome poco a poco”.

En busca de alivio para su mal, Iván fue a lo de la curandera. Esta hizo lo posible, pero no le ayudó en nada: era el caso que el hechicero resultaba más poderoso que ella.

Iván ya estaba casi resignado con su suerte, hasta que cierta vez, pasando cerca de la casa de Yurá, creyó oír la voz de Palagna. ¿Acaso es ella? Sintió que el rencor le mordía el corazón. Apretándose el pecho, pegó su oído al portón. No. No se había equivocado. Aquella voz de verdad era la voz de Palagna. Iván comenzó a caminar con sumo cuidado a lo largo de la cerca buscando algún resquicio para ver lo que ocurría del otro lado. Por fin encontró lo que buscaba y por la rendija vió a su mujer junto al hechicero. Yurá le estaba mostrando un muñequillo de arcilla e iba señalando con un dedo las diferentes partes de la figurilla.

— Clavo una espina aquí,— susurraba malicioso el hechicero — y se le paralizan los brazos o las piernas. Si clavo aquí, en la barriga, entonces comienza a sufrir del estómago y pierde el apetito...

— ¿Y si clavaras en la cabeza? — preguntó Palagna llena de morbosa curiosidad.

— ¡Entonces muere en el acto!...

Iván comprendió que aquellos infames estaban conjurando en contra suyo.

La confirmación de sus sospechas, pareció llenarle de niebla el cerebro. Sintió deseos de saltar la cerca y matarlos en el acto. Apretó con fuerza su hacha y midió con la vista la altura de la cerca, pero bien pronto perdió todo su interés.

Una vez más la debilidad y la indiferencia se adueñaron de su cuerpo. ¿Por qué? ¿Para qué? Seguro que así estaba escrito en el libro de la vida. Sintió frío. Desfalleciente, bajó el hacha y cabizbajo, prosiguió su camino. Iba completamente vacío, sin sentir la tierra bajo los pies, tropezando y desviándose del sendero. Grandes círculos rojos parecían volar delante de sus ojos para ir a posarse allá, a lo alto de la montaña.

¿A dónde iba? No lo podía recordar, Anduvo caminando largo rato y sin rumbo fijo. Subió a la montaña. Bajó y otra vez volvió a subir por senderos ignotos, yendo por donde le llevaban sus pies. Por fin, se dió cuenta de que estaba sentado a la orilla de un río. El agua, esa sangre verdosa de los bosques y las montañas, borbotaba y susurraba a sus pies, mientras que él, miraba sin ver la rapidez de su fluir. Por fin, en un rincón de su cansado cerebro, brilló la imagen de un recuerdo: por este mismo lugar, alguna vez había andado Marichka. Fue aquí donde la arrastró la corriente.

Y toda una serie de recuerdos ya lejanos comenzó a surgir en su memoria, inundando su flácido pecho de tibieza. El volvió a ver a Marichka, su rostro adorable, recordó su ternura simple y profunda, oyó su voz, sus canciones...

Pero todo aquello era tan solo imaginación. En realidad, ya nada de aquello existía. No lo había ni lo habría jamás, como jamás podrían volver las espumas que

fueron arrastradas por la corriente del río. Ayer Marichka y hoy él...

Su estrella apenas si se mantenía titilante allá en el cielo y estaba a punto de caer. ¿Qué cosa es la vida de cada uno de nosotros? Apenas un fulgor en la inmensidad del universo, un fulgor blanco y pequeño, como los pétalos rutilantes de la flor del cerezo, algo transitorio y breve...

El sol se ocultó tras la montaña y en las quietas sombras crepusculares, comenzaron a humear las casas gutschulas. Las bocanadas de humo azul, ni bien asomaban por las chimeneas, envolvían los tejados como en un gigantesco vellón celeste y luego, lentamente, tendían hacia el cielo hasta desaparecer por completo.

Una tristeza profunda laceraba el alma torturada de Iván, su doliente corazón suspiraba anhelante, deseando algo desconocido, distinto, algo más hermoso, presintiendo otros mundos mejores donde por fin, pudiese descansar.

Y cuando llegó la noche y en las oscuras laderas de la montaña se encendieron las luces de las solitarias chozas montañosas, como al conjuro de un maléfico guiñar, Iván sintió que las fuerzas del mal eran superiores a él y que en la tenaz lucha con ellas, había sido totalmente vencido.

* * *

Iván se despertó.

— ¡Levántate, Ivanko! — le decía su Marichka — ¡Levántate y vayamos!

El la miró sin sorpresa. Era bueno que por fin haya venido su Marichka.

Se levantó y salió en pos de ella.

Sin palabras fueron hacia la montaña y aunque era de noche, Iván veía perfectamente el rostro de ella a

la débil luz de las estrellas. Cruzaron la cerca que separaban los henares del bosque y penetraron en el tupido abetal.

— ¿Por qué tienes tan mal aspecto? ¿Acaso estás enfermo? — le preguntó Marichka.

— ¡Por tí, mi alma! ¡Por tí, Marichka, me he puesto malo!...

Iván no preguntaba hacia dónde ni para qué iban. A su lado se sentía muy bien.

— Ivanko, corazón, ¿te acuerdas de cuando nos encontrábamos en este mismo bosque? Tú soplabas tu caramillo tan solo para mí y yo me abrazaba a tu cuello y besaba tus cabellos, tan amados por mí...

— ¡Claro que me acuerdo, Marichka! Jamás lo podré olvidar...

Ante sus ojos tenía a Marichka, pero esto le llenaba de sorpresa, ya que al mismo tiempo bien comprendía que no era ella sino que alguna de las múltiples náyades. En los senderos angostos, Iván se apretaba a la imagen, para ir más cerca de ella, para sentir su calor, para no quedarse atrás...

— Hace mucho que quería preguntarte: ¿Por qué me golpeaste en la cara? ¿Te acuerdas? Fue aquella vez que peleaban nuestros parientes y yo que temblaba de miedo al ver tanta sangre, fui a esconderme debajo del carro...

— Y luego tú saliste corriendo, yo te alcancé y arrojé tus moñas al agua. Más tarde, me ofreciste un caramelo.

— Yo te amé enseguida...

Ellos iban penetrando cada vez más en el bosque. Los abetos negros parecían extender bondadosamente las ramas sobre sus cabezas cual si les estuviesen bendiciendo, un severo silencio encerrado en sí mismo, reinaba por doquiera. Tan solo allá en los valles se oía el

bramido de la fragorosa avalancha del agua de los torrentes espumosos.

— Yo cierta vez quise asustarte y me escondí. Me cubrí de musgo y me acurruqué entre los helechos, quedándome quieta y silenciosa. Tú me llamabas, me buscabas, por poco no lloras. Yo continuaba escondida, ahogando la risa a duras penas. Y cuando por fin me hallaste, ¿te acuerdas lo que hiciste conmigo?

— ¡Ja-ja-ja!...

— ¡Míralo!... ¡Desvergonzado!...

Ella enfurruñó deliciosamente sus labios y lo miró llena de picardía.

— ¡Ja-ja-ja!...— rieron ambos, acercándose el uno al otro.

Marichka le recordó todos los juegos infantiles, los baños en las aguas frescas de los torrentes, las chanzas y canciones, los temores y las alegrías, los ardientes abrazos y las amarguras de la despedida. Le recordó todas aquellas adorables pequeñeces que le llenaban de tibieza el corazón.

— ¿Por qué tardabas tanto en volver de la *polonena*, Ivanko? ¿Qué hacías allí?

Iván sentía deseos de contarle como allá en la *polonena*, lo estuvo tentando una ninfa imitando la voz de Marichka, pero decidió pasar por alto aquel recuerdo. Su conciencia parecía duplicarse. Sentía que Marichka estaba a su lado y al mismo tiempo, sabía que ella ya no existía, comprendía muy bien que alguna náyade misteriosa le llevaba hacia la cima de la montaña para allí darle muerte. Sin embargo, él se sentía muy a gusto, iba riendo detrás de aquel parloteo juvenil, sin ningún temor, aliviado y feliz, como lo fuera otrora.

Todos sus anhelos y preocupaciones, Palagna y el maldito hechicero, su miedo a la muerte, desaparecieron quien sabe donde, como si jamás hubiesen existido.

Una juventud desprovista de preocupaciones y una alegría sin par, lo volvieron a llevar por aquellas alturas desiertas, tan inmóviles y solitarias que hasta el susurro del bosque no podía mantenerse y volaba al valle, montado en el fragor de los torrentes.

— Yo siempre salía al camino, esperando que volviésemos de la *polonena*. No comía, no dormía, dejé de cantar, perdí la alegría... Cuando tú y yo nos amábamos, hasta los duros robles florecían, pero ni bien nos separamos, las flores aquellas se marchitaron...

— No hables así, Marichka... Cállate, amor mío... Ahora estamos juntos y así estaremos para siempre...

— ¿Para siempre? ¡Ja-ja-ja!...

Iván se estremeció, levantándose. Esa risa seca y maligna le punzó el corazón. Sin poder dar crédito a sus oídos, volvió su cabeza hacia ella.

— ¿Te ríes, Marichka?

— ¡Qué va, Ivanko! Yo no me río. Te habrá parecido. Estás cansado y veo que te resulta difícil seguir adelante. ¡Andemos un poco más!... ¡Animo!...

Iván accedió a sus ruegos y caminó un poco más juntando su hombro al hombro de ella con un solo deseo: ir así para no mirar las espaldas de Marichka, pues era sabido que los espíritus de los que habían muerto ahogados, eran transparentes... El no quería ver así a su Marichka... El no quería ni pensar en ello.

El bosque se espesaba cada vez más. Hasta ellos llegaba el olor pútrido de los tocones y ramas carcomidas por la humedad en aquel cementerio forestal, donde se pudrían y se reducían a polvo los abetos muertos y crecían los hongos venenosos. Rocas sueltas yacían aquí y allá, cubiertas de moho y musgo. Las raíces desnudas de los pinos descuajados y muertos, cubrían el sendero sembrado de un mullido tapiz de hojas aciculares secas.

Iban yendo más y más lejos cada vez, penetrando en

las frías y desapacibles profundidades de los bosques altos.

Llegaron a un calvero. Allí daba la impresión de estar más claro. Pareciera que los árboles encerraron detrás de sí, la negrura de la noche.

De pronto, Marichka se detuvo estremecida. Extendió su cuello y se puso a escuchar. Iván notó como la alarma corrió por el rostro de ella, elevándole las cejas. ¿Qué había ocurrido? Marichka con impaciencia le hizo callar, colocándole un dedo sobre los labios, en señal de silencio y desapareció. Todo esto ocurrió tan de improviso y tan misteriosamente, que Iván no tuvo tiempo de reaccionar.

¿De qué se había asustado? ¿A dónde y de qué había escapado? El quedó parado algunos momentos en el mismo lugar, creyendo que Marichka volvería enseguida, pero viendo que pasaba el tiempo y ella no aparecía, Iván comenzó a llamarla quedamente:

— ¡Marichka!...

El suave cortinado de las ramas del abetal, ahogó aquel grito y otra vez volvió a reinar el silencio.

Iván se alarmó. Quiso buscar a Marichka, pero no sabía hacia que lado ir, ya que no se dió cuenta por donde había desaparecido. Ella era capaz de perderse en el bosque o lo que es peor, despeñarse en algún precipicio. ¿Y si encendiese una fogata? Marichka vería el fuego y con seguridad, sabría como volver.

Sin pensarlo mucho, preparó una fogata con ramas secas y la encendió. El fuego crepitó por un momento y luego comenzó a lanzar humo. Y cuando las llamas hubieron robustecido la luz de la fogata, las sombras que rodeaban las ramas de los árboles, se estremecieron y el calvero dejó de ser tan agreste y tan poco acogedor. Iván se sentó en un tocón y se puso a observar a su alrededor. El calvero estaba cubierto de troncos podridos y de

una tupida red de pinchos entre los cuales crecían enredándose en ella, los frambuesos silvestres. Las ramas bajas de los abetos, finas y secas, rozaban el suelo cual si fuesen una enorme barba rojiza.

La tristeza volvió a apoderarse de Iván. Otra vez estaba solo. Marichka no llegaba. Encendió su pipa y se puso a mirar fijamente al fuego, para acortar de alguna forma, la espera. Al fin y al cabo, Marichka tendría que volver. Hasta le parecía que él oía sus pasos y el ruido de las ramas al quebrarse bajo sus pies. ¡Oh, por fin llegaba!... Quiso levantarse e ir a su encuentro, pero no lo hizo a tiempo.

Las ramas secas se apartaron en silencio y desde el bosque, surgió cierta figura. Tenía apariencias de hombre. Estaba completamente desnudo. Los cabellos oscuros y suaves, le cubrían toda la cara, enmarcándole los ojos bondadosos y redondos, terminaban en una barba amplia que caía sobre su pecho. Cruzó los peludos brazos sobre su enorme vientre y se acercó hasta donde estaba Iván.

Este lo reconoció enseguida. El recién llegado era el mismísimo *Chugaystir*, el bondadoso espíritu de los bosques, aquél que protegía a las personas de las náyades. El era la muerte para ellas: ni bien las atrapaba, las despedazaba en el acto.

Chugaystir se sonrió bonachón, guiñó un ojo con picardía y preguntó:

— ¿Hacia dónde escapó?

— ¿Quién?

— La náyade.

“Seguro que pregunta por Marichka,— pensó aterrizado Iván y su corazón comenzó a latir con fuerzas en el pecho — ¡era por eso que ella había desaparecido!...”

— No sé... Yo no he visto nada,— respondió Iván con fingida indiferencia e invitó a *Chugaystir* a que tomase asiento:

— Siéntese por favor.

Chugaystir se sentó en un tocón, sacudió las hojas secas de su cuerpo peludo y extendió sus piernas hacia la fogata.

Ambos guardaron silencio. El hombre de los bosques se calentaba a la lumbre y se restregaba con deleite el vientre redondo. Iván pensaba aceleradamente, de que forma podría retener por más tiempo a *Chugaystir*, para permitir que Marichka alcanzase a escapar lo más lejos posible.

Pero *Chugaystir* mismo, le ayudó a encontrar la forma. Guiñóle pícaramente un ojo a Iván y le dijo:

— ¿A lo mejor, tú quisieras bailar un poco conmigo? ¿Eh?

— ¿Y por qué no? — contestó Iván alegremente.

Iván arrojó unas cuantas ramas a la fogata, se ajustó las alpargatas, estiró su camisa y se paró en posición, listo para la danza.

Chugaystir puso sus manos en las caderas y comenzó a bambolearse.

— ¡Bueno, comienza!...

No quedaba más remedio que empezar. Iván dió un golpe con el pie, extendió la pierna, sacudió todo su cuerpo y se lanzó hacia adelante, comenzando así una airosa danza *gutsula*. Delante suyo y de una manera muy cómica, se movía *Chugaystir*. Entrecerraba los ojos, chasqueaba los labios y la lengua, sacudía su vientre mientras que sus piernas, peludas como las patas de un oso, bailoteaban con torpeza en un mismo lugar, estirándose y contrayéndose como si fuesen un resorte basto y grueso.

Por lo visto, la danza le había enardecido. Saltaba cada vez más alto y se asentaba cada vez más bajo, alentándose con alegres gorgoriteos y resollaba con fuerza cual si fuese un fuelle de herrería. Gruesas gotas

de sudor le cubrían la frente y alrededor de los ojos, chorreándole por las mejillas hasta perderse en los labios. La piel en los sobacos y en el vientre, le brillaba lustrosa como la de un caballo. *Chugaystir* estaba completamente excitado.

— ¡A ver, una asentada más!... ¡Otra igual!...— le gritaba Iván, mientras golpeaba el suelo con los talones de sus pies descalzos.

— ¡Una vuelta torcida!... ¡Una vuelta ciega!... ¡Ajá!... ¡A bailar!... ¡A bailar, ya que estamos en el baile!...— continuaba entusiasmándolo Iván.

— ¡Qué así sea no más! — decía palmoteando *Chugaystir* mientras giraba vertiginosamente.

— ¡Ja-ja-ja!...— reían a carcajadas.

¿Acaso él no servía para la danza?

La fogata fue aumentando su fuego alegre, alejando de los bailarines las sombras del calvero que se contorsionaban y tendían a cubrirlos. *Chugaystir* se había cansado. A cada rato se llevaba a la frente, su mano de dedos largos y uñas sucias, para secarse el sudor. Ya no brincaba, sino que sacudía su peludo cuerpo, parado en el mismo lugar.

— ¿A lo mejor, alcanza? — pedía *Chugaystir*, respirando con dificultad.

— ¡Eh, no!... ¡Un poquito más!...

Iván mismo desfallecía de cansancio. Sentía calor, estaba completamente mojado, le dolían las piernas y el pecho, apenas si podía respirar a causa de la sofocación.

— Yo voy a tocar algo, para acompañar la danza — decía Iván, tratando de infundir aliento a *Chugaystir*, extrayendo el caramillo del interior de uno de los bolsillos de su ancho cinturón de cuero — Tú nunca has oído nada semejante...

Comenzó a soplar las notas de la canción aquella, la que había oído tocar al sátiro en la montaña siendo niño

aun: — “¡Están mis cabras!... ¡Están, están mis cabras!...” — Y *Chugaystir*, embevecido por la música, otra vez comenzó a brincar, entrecerrando los ojos de placer, dando la impresión de haberse olvidado del cansancio.

Ahora Marichka podía estar tranquila. “Escapa, Marichka... No temas, alma mía... Tu enemigo está danzando” — cantaba el caramillo.

Los pelos húmedos se pegaban al cuerpo de *Chugaystir*, como si éste recién hubiese salido del agua. Echaba una baba espumosa por entre los labios de la boca entreabierta, causada por el placer de la danza, mientras que Iván le animaba más y más con su alegre música y golpeaba inconscientemente, sin comprender y sin sentir nada, el duro suelo del calvero con sus pies descalzos, sin alpargatas...

Por fin, *Chugaystir* no pudo más.

— ¡Basta, no doy más!...

Cayó sobre el musgo, respirando pesadamente y con los ojos entrecerrados. Iván se recostó a su lado. Y así fueron cobrando aliento poco a poco. Pasado un rato, *Chugaystir* dijo entre risas:

— Hoy sí que me sacudí en forma...

Se acarició la barriga con satisfacción, carraspeó un poco, alisó los pelos de su pecho y comenzó a despedirse...

— Muchísimas gracias por la danza...

— Que le vaya a Ud. bien...

— Que tenga suerte...

Apartó las ramas de los árboles y desapareció en el bosque así como había venido. Las sombras y el silencio volvieron a invadir el calvero. La fogata agonizante y solitaria, guiñaba en las sombras su ojo enrojecido...

Pero, ¿dónde estaba Marichka?

Iván tenía mucho que decirle todavía. El sentía necesidad de contarle toda su vida, de hablarle de su nostal-

gia y su tristeza, de sus días amargos. Necesitaba hablar de su soledad en medio de todos sus enemigos, de su desafortunado matrimonio...

Pero, ¿dónde estaba ella? ¿Hacia dónde fue? ¿Quizás tomó hacia la izquierda? A él le había parecido que ella fue para allí. Se dirigió hacia lo más espeso del bosque, al lugar donde los abetos crecían tan juntos que casi era imposible de dar un paso. Las ramas bajas de los árboles, le lastimaban la cara. Pero él continuaba hacia adelante. Deambulaba sin rumbo fijo, en medio de una espesa oscuridad, tropezando a cada rato con ramas secas, troncos y tocones. Por momentos, le parecía que alguien lo llamaba. Entonces se paraba y conteniendo el aliento, escuchaba con atención. Pero era tan profundo el silencio que inundaba el bosque, que el rozar de las ramas secas contra sus hombros durante la marcha, le causaba la impresión de estar oyendo la voz de los troncos abatidos por el hacha. Iván iba más lejos cada vez, extendidos sus brazos hacia adelante, como si fuese un ciego que va manoteando el vacío, temeroso de chocar con algo.

De pronto, llegó a sus oídos una voz suave como un suspiro:

— ¡Iva!...

Esa voz llegaba por detrás suyo, desde lo profundo, como si estuviese abriéndose paso entre el mar de ramas y troncos.

Quiere decir que Marichka no anduvo por aquí. Había que volver hacia atrás. Iván comenzó a andar de prisa. Iba casi corriendo, golpeándose las rodillas, separando las ramas con las manos y entrecerrando los ojos, cuidando de no lastimarlos con los agudos pinchos de las zarzas. Parecía que la oscuridad se le prendía de los pies y no le permitía seguir adelante, pero él los arrastraba y con su pecho, rompía el cerco de la noche.

Anduvo sin rumbo durante largo rato, pero no podía encontrar el calvero. Ahora la tierra bajo sus pies parecía irse valle abajo. Enormes rocas le salían al paso. El las eludía, resbalando una y otra vez en el húmedo musgo, tropezando en las raíces salientes de los árboles, prendiéndose de las hierbas y tratando de no caer.

Y una vez más, desde el abismo y casi a sus pies, oyó aquel débil grito, apagado por el bosque:

— ¡Iva-a-a!...

El quiso contestar al llamado de Marichka, pero no se decidió, temeroso de que lo oyera *Chugaystir*.

Ahara sí que sabía donde tenía que buscarla. Tenía que ir hacia la derecha y luego hacia abajo. Pero aquí el paso era aun más difícil y resultaba imposible de comprender, como es que Marichka pudo bajar por este lado. Pequeños trozos de piedra se desprendían debajo de los pies de Iván y con sordo ruido iban a parar a lo hondo del negro precipicio. Pero él, acostumbrado y buen conocedor de la montaña, muy bien que sabía detenerse a tiempo al borde mismo del barranco y buscar a tientas, un nuevo apoyo para sus pies. Cada vez le resultaba más difícil el descenso. Hubo un momento en que casi se despeña, pero se aferró a una saliente de la roca y quedó colgado. No sabía que es lo que había allá abajo, pero sentía el frío y monstruoso aliento del oscuro precipicio, que ya había abierto sus fauces gigantescas e insaciables, para tragárselo.

— ¡Iva-a-a!...— gemía Marichka desde algún lugar allá en lo hondo y había en su voz, un llamado de amor y un eco de sufrimiento.

“¡Ya voy, Marichka!”— aleteaba en el pecho de Iván la voz de su respuesta, temiendo de transformarse en voz.

Se olvidó de toda precaución. Comenzó a saltar de piedra en piedra como un carnero montaraz, respirando

agitado con la boca abierta, lastimándose las manos y los pies. Se afirmaba con el pecho en las punzantes salientes de la roca, por momentos perdía pie y a través de la ardiente niebla de aquellos deseos que lo arrastraban hacia el valle, él tan solo oía el llamado de la tan querida voz:

— ¡Iva-a-a-al...

— ¡Aquí estoy! — gritó Iván y sintió de pronto que lo arrastraba la inmensa profundidad. Una fuerza invisible se le prendió al cuello tirándolo hacia atrás. Con desesperación, daba manotadas al aire y trataba de afirmarse a las piedras con los pies, sin embargo, arrastrado por esa fuerza, sentía que se precipitaba hacia el fondo, con un frío y extraordinario vacío en todo el cuerpo. El negro y pesado monte extendió sus alas de pinos y abetos y por un instante, parecía volar hacia el cielo como un ave, mientras que una punzante y mortal curiosidad le taladraba el cerebro: “¿contra qué se estrellará mi cabeza?”

Todavía llegó a sentir el crugido de huesos que se quiebran, un dolor hondo hasta lo inaguantable, que le retorció todo el cuerpo y todo pareció fundirse en un fuego rojo que convirtió en cenizas su existencia...

Al día siguiente lo encontraron los pastores. Aun respiraba.

* * *

La *trembita* con infinita tristeza, le contaba a la montaña sobre la muerte habida.

En los montes, la Parca tiene voz propia y con ella habla a los picos solitarios y a las laderas cubiertas de bosques. Los caballos hacían resonar sus cascos en los pedregosos senderos y las alpargatas rumoreaban marcando pasos en la oscuridad de la noche, cuando desde las viviendas humanas perdidas en la montaña, comenzaron a llegar los lugareños presurosos, a la tardía

lumbre del velatorio. Inclínaban respetuosos sus rodillas ante el difunto, colocaban en su pecho un par de monedas de cobre para el transporte de su alma y en silencio, tomaban asiento en los largos bancos, entremezclándose los canosos cabellos con el rojo de los pañolones de seda, las sonrosadas mejillas de los jóvenes con el amarillo céreo de los arrugados rostros seniles.

La luz mortecina tejía su red de sombras tanto en el rostro del difunto como en los rostros de los vivos. Las gargantas de las hacendadas, temblaban intermitentes. Los ojos cansados de los ancianos apenas brillaban, llenos de respetuoso temor ante la muerte, mientras que las manos gruesas y callosas de cada uno de ellos, descansaban pesadamente en sus rodillas.

Palagna arreglaba la mortaja que cubría al muerto y sus dedos sintieron el frío del cuerpo sin vida, al mismo tiempo que el aroma tibio y dulzón de la cera que chorreaba de los cirios encendidos, inundaba su pecho de una profunda tristeza y los sollozos le anudaban la garganta.

Afuera lloraba la *trembita*.

El rostro amarillento de Iván, descansaba tranquilo sobre el blanco sudario cual si hubiese encerrado en sí algo tan solo por él conocido, su ojo derecho un tanto entreabierto, parecía mirar ora la pila de monedas desparramadas en su pecho, ora sus manos unidas, en las cuales ardía vacilante un humeante cirio.

En la cabecera del ataúd, invisible, descansaba el alma del difunto: todavía no había querido abandonar la casa. Palagna en voz alta y lastimera, se dirigía a ella, pobre alma solitaria de su esposo, que como una huérfana parecía apretujarse al cuerpo exánime del difunto.

— ¿Por qué no me diriges la palabra? ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no ablandas las asperezas en las yemas de mis dedos? ¿Cuál de los caminos aquéllos has elegido,

esposo mío, y dónde esperarte debo? — gemía Palagna en forma monótona y su voz gruesa se quebraba en notas lastimeras.

— Gime muy bien...— decían las viejas vecinas y los suspiros que lanzaban iban a perderse en medio del rumor de las voces humanas.

— Nosotros pastoreábamos juntos en la *polonena*... Cierta vez, íbamos con nuestros rebaños, cuando comenzó a soplar un viento helado, ¡ni que fuese invierno!... Unos remolinos de viento y nieve, que ni ver se podía, y él, pobrecito...— así contaba uno de los hacendados a sus vecinos. Y también los labios de los que escuchaban, balbuceaban un recuento de buenos recuerdos, porque así se estila, para que el alma entristecida del difunto al separarse del cuerpo, tuviese algún consuelo.

— ¡Tú te has ido y me has dejado sola!... ¿Con quién cuidaré de la hacienda, de los animales?...— gemía Palagna interrogando entre sollozos a la pobre alma de Iván.

Por la puerta abierta, desde la oscuridad de la noche, iba entrando a la casa cada vez más gente. Hincaban la rodilla ante el difunto. arrojaban algunas monedas sobre el pecho de Iván y los que ya estaban sentados se corrían en el banco, para hacerle lugar a los recién llegados.

Los toscos cirios se iban derritiendo lentamente, chorreando cera cual si fuesen lágrimas, las pálidas llamas lamían el aire cargado del ambiente y su azulado tufo mezclado al fastidioso olor de la cera y de la transpiración humana, parecían servir de cubierta al sordo rumoreo que se oía en toda la casa. El ambiente comenzaba a caldearse.

Cada vez había menos lugar. Unas caras se inclinaban hacia otras caras, un tibio respirar se mezclaba a otro respirar, las frentes transpiradas reflejaban en su hume-

dad el brillo mortecino de la luz de los cirios y de los parpadeantes reflejos de las cuentas multicolores de los collares y los cañutillos en los chalecos montañeses. Y mientras tanto, la casa se iba llenando más y más con la presencia de los recién llegados que se arremolinaban en los umbrales de la puerta.

El cuerpo del difunto se descomponía rápidamente. Unas manchas blancas, como si fuesen de tiña, se iban extendiendo velozmente por todo el cuerpo cual una sombra, con un movimiento apenas perceptible.

— ¡Maridito mío, queridito, para mi mal me abandonaste!...— gemía en alta voz Palagna.— ¡Ya no ha de haber quién baje al pueblo, ni quién traiga, ni quién dé, ni quién tome, ni quién llegue!...

Afuera, con una pena sin fin, la *trembita* hablaba de todo esto, poniendo en su voz, una nota de ardiente dolor.

Pero, ¿no era ya demasiado el sufrimiento de aquélla pobre alma?

Por lo visto, todos albergaban un pensamiento semejante bajo el peso agobiador de su tristeza, ya que los que estaban parados cerca del umbral comenzaron a moverse inquietos e impacientes. Los pies golpeteaban un tanto indecisos todavía, los codos se apretujaban con intensidad y a ratos, se oía el pesado arrastrar de algún banco, las voces comenzaron a quebrarse mezclándose en el incipiente y sordo murmullo. Inesperadamente, una risa de mujer con sus notas altas, rasgó decididamente los pesados cortinados de la tristeza y el murmullo hasta ahora contenido, pareció explotar y extenderse bajo la capa negra del humo de tabaco.

— ¡Eh, tú, narigón!... ¡Cómprame esta liebre!...— gritó desde el interior una joven voz de bajo y como respuesta, llegó una risa a duras penas contenida.

— ¡Ja-ja-ja!... ¡Narigón!...

— ¡No quiero!...

Y de esta manera dieron comienzo a los entretenimientos, según la más bárbara de las costumbres.

Aquellos que estaban sentados cerca de la puerta, volvieron sus espaldas al difunto, dispuestos a tomar parte en los juegos. Una alegre sonrisa ablandaba sus rostros un rato atrás endurecidos por la tristeza, mientras que la “*liebre*” iba yendo de mano en mano, ensanchando cada vez más el círculo, hasta casi llegar al muerto.

— ¡Ja-ja-ja!... ¡Jorobado!... ¡Rengo!...

A causa de las risas, temblaban ahumando las llamas de los cirios.

Uno a uno se iban levantando de los bancos para ir por los rincones donde se estaba alegre y estrecho.

En el rostro del difunto continuaba agrandándose las manchas blancas, como si algún pensamiento oculto en su interior le conmoviese, haciéndole cambiar gesto a cada instante. En sus labios quedó marcado un rictus de amargura que parecía decir: “¿Qué cosa es la vida? Nada más que un fugaz resplandor en el cielo, tan solo una flor de cerezo...”

En la puerta ya se estaban besando.

— ¡Cuál es la que te gusta más?...

— Anichka, la morenita.

Anichka no quería ir, se resistía, pero decenas de manos la empujaban fuera del corrillo mientras que voces ansiosas le encendían los deseos:

— ¡Anda, muchachita, anda!...

Y Anichka se prendió al cuello de aquél que la había nombrado y comenzó a besarle con gusto los labios, entre los gritos gozosos de los presentes.

Olvidaron al difunto. Tan solo tres ancianas quedaron a su lado. Ellas miraban con sus ojos vidriosos como por la amarillenta piel de su cara, correteaban las moscas.

Los entretenimientos atraían a las mujeres jóvenes. Con los ojos brillantes, en los cuales no se había apagado aun los reflejos de las luces mortuorias ni la visión del difunto, iban a besarse con quien sea, con verdaderas ansias y sin fijarse siquiera en sus maridos, quienes a su vez, manoseaban y besaban a mujeres ajenas.

El sonoro chasquido de los besos resonaba por toda la casa y parecía trenzarse con el llanto triste de la *trembita*, que continuaba contando a la montaña lejana, sobre la muerte habida allá en el bosque de la solitaria ladera.

Palagna dejó de gemir. Se había hecho tarde y era necesario atender a los presentes.

Los juegos iban tomando incremento. En la casa hacía calor, las personas transpiraban en sus gruesos chaquetones de cuero, aspirando las emanaciones del sudor, el humo desagradable de los cirios y los olores del cadáver que ya comenzaba a descomponerse. Todos hablaban en voz alta, como si se hubiesen olvidado de que estaban en un velatorio. Se contaban mutuamente sus aventuras y se desternillaban de la risa. Movían las manos y los brazos en forma desmedida, unos a otros se golpeaban las espaldas y echaban guiñaduras a las mujeres.

Aquellos que por falta de lugar no pudieron entrar a la casa, encendieron una hoguera en el patio y a su alrededor, se dedicaron a las más alegres diversiones. En el galpón se apagaron las luces y las muchachas comenzaron a chillar salvajemente, mientras que los mozos se ahogaban de la risa. Los entretenimientos y juegos, hacían temblar las paredes de la casa y la loca algarabía por momentos, sacudía el tranquilo lecho mortuorio.

Las llamas amarillas de los cirios se tornaron opacas en el ambiente pesado.

Hasta los más ancianos tomaban parte en los juegos. Una hilaridad sin el menor asomo de tristeza, sacudía sus grises cabellos, alisaba las arrugas de sus flácidas mejillas y ponía al descubierto las raíces putrefactas de sus dientes en las bocas abiertas. Ellos ayudaban a los mozos en la caza de mujeres extendiendo los brazos temblequeantes. Sonaban los collares en el pecho de las jóvenes. El chillido de las mujeres lastimaba los oídos, las banquetas de madera tronaban al ser movidas del lugar o cuando golpeaban el banco donde yacía el ataúd del difunto.

— ¡Ja-ja-ja!... ¡Ja-ja-ja!...— se oía desde el rincón hasta el umbral y un montón de personas se retorció de la risa, doblándose en dos, apretándose la barriga con las manos.

Entre los chillidos y las carcajadas, en algún lugar de la casa, sonaba ruidosamente un “*molinillo*” de madera.

— ¿Qué tienes para moler?— preguntaba con intención el “*molinero*”.

— Tenemos maíz...— contestaban dando empujones las mozas, mientras que un par de judíos discutían entre sí, agitando sus largas barbas postizas.

Una toalla mojada y fuertemente retorcida, latigueaba las espaldas a diestra y siniestra. De ella escapaban entre gritos y carcajadas los que tenía la fortuna de hacerlo a tiempo, atropellándose y levantando del suelo un pesado polvo que hacía aun más pesado el ambiente. A causa de los temblores del piso de la casa bajo el peso de los jóvenes pies, saltaba el cuerpo exánime del difunto y se movía su rostro amarillo, en el cual continuaba jugueteando la indecifrable sonrisa de la muerte.

En su pecho, apagadamente, sonaban las monedas de cobre arrojadas por las almas buenas para el transporte del difunto.

Afuera, la *trembita* continuaba llorando su tristeza...

A ALTO PRECIO

Relato



Esta historia tuvo lugar en los años treinta de nuestro siglo.* La plebe de Ucrania derrotada en la lucha de clases, con el yugo de la servilidad al cuello, iba arras-trando la triste cadena de su destino con sorda descon-formidad. Mas, no era aquel pueblo un buey manso, común y doméstico, al cual el arar y descansar hacían feliz. No. El yugo fue uncido a la cerviz de un toro mon-taraz, acorralado y desfalleciente, pero pleno de viento estepario y que no había perdido aun el gusto a la liber-tad y a las amplias llanuras. Marchaba cabizbajo, some-tido, aunque a veces la ira llenaba sus ojos de sangre y era entonces que pataleaba y amenazaba con sus astas...

El espíritu de la rebeldía del pueblo ardía bajo las cenizas de la esclavitud. Las tradiciones libérrimas eran tan frescas, que por momentos resultaba difícil distin-guir el presente del pasado, mantenían vivas las llamas de aquel fuego bajo la opresión. Las generaciones adul-tas, testigos de otro modo de vida, mostraban las palmas de sus manos cubiertas de durezas, huellas de sables esgrimidos en aras de la Patria y en defensa de sus derechos humanos. El canto a la libertad, quizás poeti-zado en los días de lucha, vibraba con un acorde encantador en los corazones de la juventud, llamándoles hacia allí donde no se oía el ruido de las cadenas aherrojadas al hombre por el hombre. Hacia las amplias estepas de Besarabia, libres de señores y servilismos, los llevaba la ardiente imaginación.

Tan solo llegar, llegar a la orilla opuesta del Danubio, ¡ay, a la otra orilla del Danubio!... Los restos imbatidos de las huestes cosacas, los más valientes, los más tena-ces, los que no se sometieron al enemigo, formaron su nido en tierra turca y hacían llegar a las tierra uca-

* Este relato fue comenzado por su autor, a fines del siglo XIX.

nianas, cual precioso contrabando, un ardiente llamado a la libertad y a la hermandad cosaca.

Por los cauces secos de los ríos, por los hondos barrancos, por los más ocultos senderos del bosque, cubriéndose con la oscuridad de la noche como si se ocultasen de las fieras salvajes, huían de la servidumbre todos aquellos que no enmohecieron con la esclavitud y no perdieron su espíritu de rebeldía y su afán de libertad. Huían todos los que anhelaban reconquistar aquello por lo cual sus antepasados desenvainaban los sables o se lanzaban a la lucha armados de horquillas y picas...

Sin embargo el enemigo no dormía.

Los dueños de aquellas pobres almas transformadas en animales de carga e incriptos en el inventario del señor feudal junto a bueyes y caballos, temían al espíritu libertario e insumiso del pueblo, puesto que de ninguna manera se le podía someter a los intereses señoriales ni hacerles rendir tributo de conformidad a las enormes riquezas que recibía el señor de la tierra ucraniana laborada por los siervos.

La lucha secular de las dos clases antagónicas —la señorial y su servidumbre— era una lucha crónica, que a veces tomaba formas agudas abatiéndose como un ciclón sobre aquellas desgraciadas tierras, no cesaba ni cesaría jamás aunque el señor hubiese vencido. No hace mucho, luego de haberse bañado en sangre allá en Umañ y después de haber sembrado los senderos de Kodni con las cabezas de los *gaydamaki*,* el señor saboreaba la victoria, defendiendo celosamente sus derechos sobre el siervo, ese su animado instrumento de trabajo.

El siervo protestaba, huía a tierras libres, salvándose y eludiendo de esa manera a la esclavitud pero dejando

* *gaydamaki*: campesinos insurrectos contra los señores feudales polacos

en su terruño natal, lo más querido, lo más caro a su corazón.

Pero ocurría a veces que también allá, lejos de su aldea, el siervo escapado era alcanzado por la mano vengativa del señor. En las tierras libres se hallaba muy bien organizada la persecución y captura de los fugitivos, llevándose a cabo verdaderas batidas, como si en vez de hombres se tratase de lobos u osos. Las patrullas de cazadores recorrían por todo el territorio de la Besarabia perscrutando en las zanjas, en las parvas, entre los pajonales a orillas de los ríos, tratando de hallar a los huídos, atormentados y ultrajados siervos de la gleba. A lo largo de toda la zona sureña de la Besarabia, desde el raudo Prut en la margen izquierda del Danubio, hasta el anchuroso Mar Negro, se mantenía vigilante el ejército cubriendo el camino hacia la libertad que se vislumbraba entre los verdes sauzales del azul Danubio y que afincaba en alguna de aquellas tierras ajenas...

La cabeza del fugitivo tenía precio. Por cada cautivo, los cosacos ribereños recibían una recompensa. Centenares, miles de desgraciados caían en sus manos y bebían hasta el fondo la copa de su amargura. Luego, un triste destino le esperaba al apresado: se le reclutaba a perpetuidad o bien se le enviaba a Siberia. Se le azotaba, se le marcaba como al ganado. Se le rapaba la mitad de la cabellera y luego, aporreado y aherrojado en cadenas, se le enviaba al señor feudal, quien una vez más le sometía a la esclavitud y a una ignominiosa servidumbre...

Y una vez en su tierra, ¿qué podía esperar de su señor?

Sin embargo, así como corren las aguas del deshielo bajo el aliento primaveral, así corría el campesino siervo ucraniano hacia allí donde se podía obtener la ansiada libertad aunque fuese a un alto precio o bien se podía dejar los huesos para que reciban el descanso eterno.

— ¿Eres tú, Ostap?

— Sí, soy yo, Solomía.

— ¿Que irá a suceder ahora?

— ¿Qué irá a suceder?... ¡Pues, que se convierta en polvo!... ¡Huiré!... ¡Sí, Solomía!... ¡Me iré a la otra orilla del Danubio, puede ser que allá la gente aun no se ha convertido en perros de presa! ¿Ves? ¡Aquí tengo el morral listo!... ¡Buena suerte, Solomía!...

— Huyes y me dejas... Y tendré que quedarme sola con ese hombre despreciable. No. Huye, huye, Ostap: Debes huir. Si supieras lo que ocurre en la mansión... El señor corre por las habitaciones como un demente, gritando furioso: “¡Rebelde! ¡Gaydamaka! ¡Es él quién agita a mi gente!”...

— ¡Ajá!...

— Luego llamó al *esaul** y le dijo: “¡Tráeme de inmediato a Ostap Mandrica!”...

— ¡Ajá!...

— ¡Le voy a arrancar la piel a lonjazos. Yo le voy a enseñar, gaydamaka inmundo!...

— Ajá...

— “¡Lo voy a entregar de recluta!”—continuó gritando mientras que la señora, pálida y temblorosa, le implora: “Roma, escapemos de aquí, de lo contrario estos plebeyos nos matarán como lo hicieron con mi abuelo en Umañ...”— ¡Huye, Ostap! ¡Huye, corazón!... ¡Si caes en sus manos, te torturarán hasta dejarte sin vida!...

— ¡Que el mismísimo diablo se los lleve! No es tanto el miedo a los señores, como la rabia que siento por nuestra gente. Son como el buey que unció su cerviz al

* *esaul*: oficial cosaco

yugo y con indiferencia, tira como si tal cosa. Me voy allá donde haya libertad y otra clase de hombres... ¡Adiós, Solomía! ¡Adiós!

— Acércate, Ostap, aunque sea nos despediremos.

El mozo arrojó su morral al otro lado del cerco y se encaramó en él. Sobre el cielo estrellado se recortó la gallarda figura del joven y en un santiamén, desapareció entre los matorrales que crecían tras la tapia.

— ¡Que ortigas más bravas hay aquí! Pican ni que fuesen de fuego. ¿Dónde estás, Solomía? Con esta oscuridad no se ve nada...

— ¡Aquí estoy! — delante de Ostap apareció una figura grande, casi hombruna — Vayamos al estanque, allí nos sentaremos bajo los sauces.— dijo Solomía.

Luego de andar por entre las hierbas y las tupidas matas que se entrelazaban en aquel rincón abandonado del parque señorial, los jóvenes llegaron al estanque. A causa del calor acumulado durante el día, el bosque vaheaba como si fuese un horno. Sobre la superficie cristalina del estanque, de cuyas profundidades parecía surgir un cielo oscuro y cuajado de estrellas, flotaba lentamente una tenue neblina y como un manto vaporoso parecía recoger las estrellas que titilaban en aquellas honduras misteriosas.

El aire tibio de la noche estaba impregnado de fuertes aromas que emanaban de los pastos, de las flores nocturnas y de las aguas templadas. Entre los juncos y los nenúfares, las ranas croaban con tanta insistencia, que ensordecían cualquier rumor en los alrededores.

Ostap y Solomía se sentaron bajo un sauce, sin encontrar que decirse. Los acontecimientos que tan inesperadamente los llevaran a la separación, así como el futuro incierto que ya echó su manto de sombras sobre sus almas, se unieron en ese instante, cubriendo de silencio sus corazones.

Hablar apenas, ¿qué puedes decir con unas pocas palabras?... Hablar mucho, ¿para qué? El corazón no se alivia con ello, ni tampoco se cambiará tu destino. Además, no hay tiempo que perder. Ya es hora de marchar...

— ¿Qué rumbo tomarás, Ostap?

— Iré por lo menos, hasta el Camino Negro y una vez allí, ya veremos... Alguien ya me señalará el camino...

— Está bien, pero no vayas por la aldea, palomo, para que no te vea nadie. Yo te pasaré a la otra orilla en un instante y desde allí, entre los pajonales, cruzando campo llegarás al camino. Así será más seguro.

Solomía se acercó al estanque, saltó al bote y empezó a hurgar en su fondo.

— ¡Viejo dañino, se llevó el remo a la chozal!... No importa, nos arreglaremos sin él.

De un ágil salto Solomía volvió a la orilla y arrancó una pértiga que había clavada en el barro.

Ostap se sentó en el bote y Solomía de un empujón lo desprendió de la orilla.

El bote balanceándose suavemente se deslizó por la superficie del estanque pasando por entre las estrellas que parecían asomar desde el fondo azulado. Solomía contemplaba a Ostap con callada tristeza y sentía como rodaban las lágrimas por su rostro. Ambos permanecían callados. Y el silencio hubiera sido absoluto si no fuera por aquél coro infernal de ranas que parecían competir entre sí para ver quien croaba con más fuerza.

El oscuro bosque señoril iba quedando atrás lentamente, envuelto en un manto de niebla.

Pasados unos momentos, la proa del bote chocó con la orilla opuesta. Ostap levantó su morral y besó a Solomía.

— ¡Adiós!... No te olvides de llegar a lo de mi abuelo. Dile que no se aflija. De algún modo me las arreglaré.

— Bueno, Ostap, se lo diré. Que la virgen te proteja de todo mal. ¡Adiós!

Ostap saltó a la orilla y con un ligero ademán se echó el morral al hombro, desapareciendo de inmediato en el alto pajonal. En el bote, como una grandiosa figura de hierro, apoyada en la pértiga, quedó parada Solomía mirando fijamente hacia los matorrales entre los cuales, junto a Ostap, desaparecía su felicidad.

El mozo marchaba directamente, dejando de lado los tortuosos senderos abiertos por el ganado y los pastores. El conocía muy bien este pajonal con sus matas mordisqueadas, cuyos contornos se esfumaban en la oscuridad de la noche. Después de haber recorrido un trecho, Ostap se detuvo y volvió la cabeza. La aldea parecía una informe mancha negra y tan solo en la taberna clareaba una ventana iluminada, atrayendo con su luz la mirada de Ostap. Aquella luz solitaria en medio de la aldea dormida, era para el mozo un último “*adiós*” del rincón natal, un hilo que aun lo unía a su terruño, a todo lo querido por él. Pasados algunos instantes, aquella luz se apagó y Ostap sintió al mismo tiempo, que en su corazón se quebraba algo y que la aldea se apartaba. Ostap suspiró y sin darse cuenta, prosiguió su camino.

Ya sea por la influencia de la despedida y las lágrimas de Solomía o fuese a consecuencia de la reacción por las peripecias vividas, es el caso que Ostap se sintió transido por la tristeza. El no podía decir a causa de qué sentía pena, ni siquiera pensaba en ello. Simplemente la pena le inundó el corazón y le fue subiendo a la garganta. Alguna fibra íntima pulsada por esa pena, vibró en su alma, y de los campos y pajonales tan queridos y tan bellos, se levantaron en tropel los recuerdos de su infancia, brumosos, inexpresivos, pero que reclamaban un pedazo de corazón para esa tierra que él dejaba, quizás para siempre.

Cada mata, cada colina, cada valle, cada sendero, le era conocido y parecía decirle algo. Aquí, en compañía de otros niños de su edad, pastores como él, jugaba incansablemente. Aquí pastoreaba el ganado, no suyo sino del señor.

¡Ganado, sí!... ¿Acaso él, con todos sus veinte años de edad, no era otra cosa que ganado del señor? ¿Acaso su padre, su madre, Solomía, su abuelo que estuviera en la *Sich* * y más tarde pasó a sable a los señores en Umañ, todos ellos no fueron convertidos en el peor de los ganados?... Si ellos no fuesen considerados animales, el amo no hubiera podido separarlo de Solomía, entregándola en contra de su voluntad, en matrimonio a su cochero. Tampoco hubiera podido flagelar a latigazos a su pobre abuelo en los corrales... No hubiera amenazado a Ostap con despellejarlo vivo a lonjazos, a causa de sus palabras plenas de audacia.

— ¡Me vas a despellejar!...— sonreía lleno de malicia Ostap — ¡Echame sal en la cola!...

Y se imaginó con toda claridad, como el amo rabiaría mañana cuando se enterase de su fuga.

Con tal de que por su causa no le sucediera nada malo al abuelo... ¿Y que le podría ocurrir? Ya es demasiado viejo y hoy o mañana, lo bajarán a la tumba...

Al recordar al abuelo, Ostap sintió algo muy cálido en el pecho. Aquellos cuentos y leyendas sobre la *Sich*, los cosacos, sobre sus luchas contra los señores por su libertad, tantas veces oídas en boca de aquel, despertaban en su cabeza infantil un sinnúmero de imágenes y proezas guerreras. Más de una vez, las ovejas y terneros que pastoreaban en el pastizal, fueron testigos de los ataques cosacos o de la masacre de Umañ, magistral-

* *Sich*: organización cosaca ucraniana, por lo general de carácter militar

mente ejecutados por los pastorcillos bajo el mando de Ostap. ¡Libertad, libertad, libertad! Esta palabra maravillosa, poetizada por el centenario abuelo, enardecía la sangre del muchacho y con el correr del tiempo, bajo la influencia de las condiciones creadas por la expoliación del señorío feudal, adquirirían una forma cada vez más concreta y un significado cada vez más profundo.

El pueblo gemía en su esclavitud, pero lo hacía ocultamente, sin protestar y cuando Ostap, educado por su abuelo de acuerdo a las más excelsas tradiciones cosacas, solía hablarles sobre el hecho de que ya había llegado la hora de quitarse del cuello el yugo del señor, aquellas pobres almas oprimidas simpatizaban con él, pero más allá de las simpatías, las cosas no marchaban. Hasta hubo quien llevara a oídos del señor las palabras subversivas pronunciadas por el joven. Era por eso que ahora Ostap, humillado y perseguido, estaba obligado a dejar su tierra natal.

El tenía unos diez años, cuando del otro lado del Danubio, llegaron los emisarios de la *Sich*. Se acordaba muy bien de ellos. Estando acostado y fingiendo dormir, había oído cuan larga fue la conversación tenida con el abuelo, lo que decían sobre la tierra turca, sobre las costumbres de aquellos lares. Hablaban de que se vivía muy bien bajo el dominio de los turcos e invitaban a nuestra gente a huir a esas tierras libres. El abuelo quedó sin ir, solamente por que deseaba morir en su tierra. El tío Panás fue y vive allá hasta hoy día...

Ostap anduvo casi una hora. Sin que lo advirtiese, los pastizales quedaron atrás y entró en el sembradío. Las inmensas eras verdes, tan bellas a esa hora, dormitaban en medio de la quietud nocturna. El silencio era tan profundo que los pasos de Ostap resonaban en el campo con un eco sordo. Pero él no lo advertía, como tampoco advertía la grandiosidad de aquella noche de verano,

recostada sobre aquellas extensiones inmensas, tan frescas, tan verdes y aromáticas.

A causa del rápido andar, Ostap sintió calor. Se sentó a un costado del camino y se descalzó. Un frescor agradable atravesó su cuerpo y le trajo alivio.

Mientras tanto, el oscuro azul del cielo nocturno, poco a poco comenzó a palidecer. Del naciente sopló una brisa que envolvió el cuerpo acalorado de Ostap. Se sintió contento. Se sintió en libertad. Una fuerza ignota y pujante, le inundó el pecho y corrió por sus venas, pidiendo a gritos ser liberada. Ostap se levantó repentinamente y ya no fue caminando sino corriendo hacia adelante. Sintió ganas de cantar a toda voz, de gritar, de tomar algo fuerte y grande entre sus manos y romperlo. Pero se contuvo.

Ahora caminaba aceleradamente, agitando ritmicamente su cayado, con movimientos pujantes y juveniles, mientras que sus pensamientos, cual si fuesen aves, volaban uno tras otro hacia el avenir. Veía el Danubio, ancho, anchuroso. Del otro lado, la *Sich*. En su imaginación, los corceles montados por los cosacos, caracoleaban con garbo, arqueando sus cuellos lustrosos... Veía un mar de cosacos. Casacas rojas, bigote largo y negro, el sable a un costado. Al frente, Ostap. Montaba un caballo ardiente y oscuro, el mismo que quedara en las caballerizas del amo. Estaba vestido de oro y plata, el sable filoso y enorme. Le contaba a los cosacos, por qué el amo quería despellejarlo a lonjazos, en que cautiverio vivían los campesinos siervos en Umañ, les incitaba a ir y liberarlos ya que había que consolar al abuelo en su vejez y librar a Solomía de su marido, puesto que ella no lo quería al cochero sino a él, a Ostap. Los cosacos obedientes, echaban sus caballos al galope, cruzaban el Danubio a nado y con Ostap a la cabeza, atravesaban bosques y llanuras y llegaban hasta los pobres

oprimidos en las tierras de Umañ... ¿Has visto, Solomía?

De pronto, ¡f-r-r-r! Algo pesado levantó vuelo entre los pies de Ostap, rozándole el pecho con un ala. El mozo dió un salto hacia atrás como si hubiese recibido un latigazo en los muslos. El corazón se agitó en el pecho y pareció detenerse. Ostap sintió un hormigueo en sus espaldas.

— ¡Cruz diablo!...— dijo por fin — ¡qué susto me llevé! — y prosiguió su marcha.

Pero sus ilusiones desaparecieron como si el pájaro las hubiera disipado con sus alas. Ostap otra vez se vió en el campo, fugitivo, no lejos del amo y los muchos peligros que ello deparaba.

Amanecía. En el pálido cielo brillaba nitidamente el lucero. El mar de espigas cubiertas de rocío, tenía un color azulado a la luz del amanecer. La fresca brisa matinal hacía vibrar levemente el centeno. Del purpúreo naciente irrumpió la luz del sol y en suaves ondas se extendió entre el cielo y la tierra. Sobre los campos ya cantaban las calandrias.

Ostap salió al camino y comenzó a mirar hacia atrás. Divisó que algo se movía a lo lejos. Parecía que algún caminante, cargado de bultos, se alejaba de la aldea. Quedarse allí era peligroso. A Ostap se le ocurrió que el amo enterado de su fuga, envió gente a perseguirlo. Lo mejor sería cambiar de rumbo y doblar hacia algún barranco u hondonada. Allí podría dormir durante la siesta y al anochecer, se pondría nuevamente en marcha. Pero ni bien salió del camino, creyó oír que alguien le llamaba por su nombre. Se dió vuelta y vió que el caminante aceleraba el paso y le hacía señas con la mano como queriendo detenerlo.

¿Quién sería? El primer impulso de Ostap, fue el de escapar. Pero considerando que mientras fuese uno contra uno, no había nada que temer, se detuvo y esperó

al caminante. Aquél, por lo visto llevaba prisa, porque no contentándose con el paso rápido que llevaba, a veces echaba a correr, sosteniendo a duras penas los bultos sobre sus espaldas. Al poco tiempo, Ostap pudo observar de cerca la esbelta figura del recién llegado.

Era éste un joven imberbe, de fuerte complexión, con una alta gorra gris, casaca corta y un largo cayado. A Ostap le pareció sumamente extraño que el joven le sonriera, pero cuando aquél se acercó y le saludó, Ostap lanzó un grito de sorpresa:

— ¡Solomía!... ¿Te has vuelta loca?

— Puede que me haya vuelto loca — decía riendo Solomía.

— ¡Ni que fuese cosa del diablo!... ¡Un mozo hecho y derecho! ¿Hacia dónde vas y en busca de qué?

— A la otra orilla del Danubio, a la *Sich*, contigo... ¿Me aceptas como compañero o no?

— ¿Tú has perdido el juicio, mujer, o tienes ganas de bromear?

— Ni lo uno ni lo otro... En cuanto te fuiste, quedé como petrificada en el bote. Helada como si me hubiese muerto. Después reaccioné, sentí que todo me era repugnantemente odioso: mi marido, la servidumbre, mi vida desgraciada... ¡Qué se vaya todo al diablo!... Por lo menos a tu lado, mi corazón se sentirá más tranquilo... Fui corriendo a casa, tomé la bolsa y puse en ella todo lo necesario para el camino... Pero se me ocurrió que el señor va a intentar nuestra captura. Yo no soy nada tonta, llegué hasta la despensa y ví que mi marido no estaba. Entonces descolgué la camisa y los pantalones. Me quité la falda y me vestí a lo varón, echándome la casaca sobre las espaldas y el gorro gris sobre la cabeza, como si fuese un cosaco... El amo andará buscando a un mozo y a una moza que nadie ha visto... Por el camino irán solamente dos mozos. ¿Qué hacer con las ropas de

mujer? Dejarlas en la casa, tuve miedo, se irían a dar cuenta... Tomé mis cosas bajo el brazo, fui corriendo al estanque, hice un lío con la ropa, le até una piedra y lo arrojé al agua... ¡Qué en paz descansel... Enseguida atravesé la aldea, salí al camino y corrí con todas mis fuerzas hasta alcanzarte. ¡En fin, me agité una barbaridad!... Y bien, ¿aceptas la compañía de este mozo? ¿Sí o no?

— ¿Y qué es lo que voy a hacer contigo en la *Sich*?

¡Qué va! Como es natural, ella no irá a la *Sich* en calidad de guerrero. Además, ¿para qué ir a la *Sich*, si en los alrededores de la misma, hay poblados en los cuales vive nuestra gente, con sus mujeres y sus hijos? Los turcos dan tanta tierra cuanta puedas trabajar. Ella lo sabe con certeza. Se radicarán en el poblado, y ella se ocupará de las tareas domésticas. De vez en cuando, él vendrá de la *Sich* a casa o si lo prefiere, se afincará definitivamente... Pero mientras tanto, durante la marcha, ella le lavará la ropa, le cuidará, le lavará la cabeza. Con la persona amada, no hay temor de nadie ni de nada... ¿Acaso él no conoce el refrán? Que no se ponga tan serio como mochuelo en la rama del árbol y que mire con más alegría a su Solomía, que por él se puso los pantalones cosacos y está dispuesta a marchar hasta el mismísimo fin del mundo...

Ostap se sonrió. En realidad, estaba contento de que Solomía estaba a su lado, solamente que semejante sorpresa lo dejó un tanto desconcertado.

— ¡Que te piquen las moscas, por tu inventiva! — se alegró Ostap — ¿Se puede saber por qué nos quedamos parados? El día está claro y a lo lejos, me parece ver una polvareda en el camino...

Y de verdad, el sol se había levantado y miraba al mundo con su ojo de fuego, mientras que allá en el horizonte aparecía cierta nubecilla de polvo.

Ostap y Solomía se apartaron del camino, yendo a campo traviesa. Bien pronto encontraron aquello que les hacía falta. En ese lecho seco del hondonal enmarcado de amapolas silvestres, se sentirían más seguros y hasta tendrían sus ventajas, ya que allí había un pequeño manantial, del cual apenas si borbotaban unas pocas gotas de agua que humedecían los alrededores cubiertos de frescas hierbas y que más adelante, se transformaba en un cantarino riachuelo. En ese rincón oculto, decidieron descansar.

El desayuno y la posibilidad de intercambiar un par de palabras con ese ser querido y cercano, al fin y al cabo hicieron lo suyo y Ostap terminó conformándose con el inesperado encuentro. Los argumentos de Solomía, lo tranquilizaron en gran parte y los dos compañeros, sin más preocupaciones, cansados por la travesía, se durmieron profundamente.

El sol ya estaba bajo cuando se despertó Ostap. Quiso despertar a Solomía, pero ni bien la miró, comenzó a reír a carcajadas:

— ¡Ja-ja-ja!... ¡Qué cosaco más recosaco!... ¡Ja-ja-ja!...

La risa de Ostap despertó a Solomía. Ella se sobresaltó y frotándose los ojos, comenzó a mirar con asombro al mozo.

— ¿De qué te ríes?

— Abre, abre los ojos, Solomía... ¡Ja-ja-ja!...

— Ya los abrí, ¿y qué?

— Bueno, ahora ven conmigo.

Ostap condujo a Solomía al manantial.

— Arrodíllate y fíjate en el agua...

Solomía se inclinó y miró la superficie del manantial. Desde allí la miraban los ojos oscuros de un rostro fresco y pleno, cuya blancura contrastaba con el gorro gris y los mechones de cabello negro, que se desprendieron durante el sueño.

— Ahora fíjate en tus pies.

Solomía miró sus pies y comenzó a reír con sonora risa.

— ¡Ja-ja-ja!...— continuaba riendo Ostap — Cabeza de mujer y piernas de muchacho...

Reían como niños. Ella con fina y timbrada risa de muchacha joven, él, más sonoramente, con la voz de bajo precoz de un muchacho de veinte años.

— ¿Qué sucederá si alguien llega a quitarte el gorro? — preguntó Ostap más tarde — ¡Estaremos perdidos!

— ¡Esto es lo que va a suceder! — dijo decididamente Solomía, arrancándose el gorro de la cabeza. Las tupidas trenzas negras cayeron sobre sus espaldas, cubriéndolas hasta la cintura — ¡Toma, córtalas!...

— ¿Qué dices? — se asustó Ostap.

— Corta, te digo...

— ¿Y no te da pena, Solomía?

— Ni un poquitín... ¡Corta! — insistió obstinada la mujer y se sentó en el suelo.

— Pero es que no tengo tijeras.

— Corta con el cuchillo...

Ostap quedó parado, vacilante, pero ante la obstinación de la mujer, sacó su cuchillo, lo afiló sobre una piedra y comenzó a cortar el cabello de Solomía.

Las largas guedejas negras, cual sierpes sin vida, se deslizaban suavemente por las espaldas hasta caer al suelo, cual negras espigas tronchadas por la hoz.

Solomía se engañaba, asegurando que no sentiría ninguna pena por sus cabellos. En cuanto el cuchillo se deslizó por la primer guedeja y ésta cayó a sus pies, ella sintió un dolor agudo en el pecho, algo pareció apretar su corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La faena quedó terminada. Ostap se apartó de Solomía para apreciar mejor su trabajo, mientras que la moza, callada y pensativa, permanecía sentada en el

suelo, en medio de sus cabellos recién cortados y mirando fijamente al infinito.

El sol poniente con su luz purpúrea, alumbraba el siguiente cuadro: El, esbelto y fuerte, de ojos negros y nariz aguileña, fino bigote negro en la tostada tez y Ella, que con la apariencia de un imberbe y pálido mozo moreno, miraba al infinito con sus tristes ojos oscuros.

— Bueno, ya es hora de ponernos en marcha... ¡Eh!... tú, muchacho, ni sé como llamarte. ¿Semén, acaso?

— Por mí, que sea Semén...— suspiró Solomía y se levantó del suelo.

II

Era una oscura noche de otoño. La espesa niebla, como un manto negro, unía el cielo a la llanura quemada por el sol. Desde el barranco hasta la mismísima línea del horizonte, se veía una ancha faja grisácea que se diluía en la oscuridad.

Era el Danubio.

La nubosa niebla descendía al río por la pendiente ribereña, dejando tras de sí, un manto espeso y profundo. En uno de esos barrancos, hondos y socavados de mil maneras caprichosas por las aguas primaverales, se movía gente. Eran los fugitivos. Dos días y dos noches estuvieron allí, escondiéndose de las patrullas cosacas que merodeaban por la orilla izquierda del Danubio. Precisamente hoy a media noche ellos debían pasar sin ser vistos, a los juncales costeros y esperar allí a que los transportadores los pasasen a la orilla opuesta del río.

Eran unas treinta personas en total, con sus niños y todos sus efectos personales, algunos hasta con sus enfermos, a los cuales no querían dejar en tierras extrañas.

Por el fondo del barranco ondeaba un rumor sordo y un tanto apagado. A ciencia cierta no se podía definir si eran las aguas otoñales corriendo hacia el río o el viento que se batía contra las salientes de la costa. La gente hablaba en voz baja, casi susurrando. Una voz joven, con una nota afectuosa, contaba la historia común de los fugitivos: ...“y caí en manos griegas. Conocí un cautiverio aun peor que el de mis lares. Me obligaba a trabajar día y noche, aunque me alimentaba peor que a un perro... Mi camisa se puso negra, gastada, me comenzaron a comer los piojos... Andaba como una bestia montaraz, pero no me atrevía a contradecir en nada a mi patrón. Me había amenazado con delatarme a los corregidores...”

— ¡Ah-ah!...— brotó un gemido en algún pecho y como un sordo lamento, se perdió en la oscuridad del barranco.

Desde lejos se oía una canción en sordina como si fuese el zumbido de una mosca en primavera.

— Padre nuestro... hágase Tú voluntad...— rezaba alguien con unción y profundo sentimiento.

Una mujer enferma gemía y respiraba pesadamente.

Entre aquellos fugitivos se hallaban Ostap y Solomía. Habiendo pasado un sinnúmero de peripecias, por fin llegaron al Danubio y junto a los demás, esperaban ser transportados.

— ¿No duermes aun, Solomía?— preguntó Ostap en voz baja.

— Apenas un poco...— aunque el sueño me aprieta tanto, tanto, que... ¡Ojalá nos fuéramos pronto de aquí!...

— Es temprano aun. Todavía falta mucho para la media noche... ¡Qué frío!... ¡Estoy casi congelado!... ¡Iván!...— Ostap se volvió para el otro lado — ¿Qué te parece, estaría de más un manojo de ramas secas para la hoguera? ¿Eh?

— ¡Dios mío! ¡Hay que trepar hasta allá arriba! — contestó alguien en la oscuridad con una aguda voz de mujer y luego resopló varias veces con desgano, como si fuese una vaca en el establo.

— ¿Adonde lo envías? ¿No ves que con sus piernas cortonas no podrá llegar hasta lo alto? — dijo Solomía.

— ¡Bah!... ¡Bah!... ¡Bah!... Sabe Dios lo que están diciendo... Yo me he encaramado a lugares aún peores... — dijo Iván ofendido. Pasados unos instantes, se oyó como trepaba por la abrupta pared del barranco resoplando con fuerza.

— ¡Vean como se afana el “pulgarcito”!... — dijo alguien en la oscuridad — Por una palabra de mujer es capaz de meterse en el mismísimo infierno.

Algunos minutos más tarde, un grueso manojo de ramas secas volaba al fondo del barranco y detrás de aquél, desprendiendo arcilla de la pendiente y llenando de polvo los ojos de los presentes, llegó rodando el triunfante Iván.

— ¡Ahí tienen!... “Que no llegaría”... “Que tiene las piernas cortonas”... ¡Si no fuese por estas piernas cortonas, todos ustedes estarían muriéndose de frío en la oscuridad!... Pero ahora tendremos fuego... ¡Je-je-je!... ¿Yesca hay? ¡Hay!... ¿Pedernal hay? ¡Hay!... ¡Saquemos chispas entonces!... — decía Iván sin parar.

Se afanaba, sin necesidad corría de un lado para otro haciendo crujir las ramas secas, quebrándolas y amontonándolas.

Por fin la yesca rozó el pedernal, saltó una chispa y las paredes del barranco parecieron moverse. Iván se echó al suelo y comenzó a soplar. La lumbre roja que casi tocaban sus labios, se enardeció, agrandándose y bufando como un gato furioso. Sin poder contenerse ya, fue presa de las llamas. Lanzó una bocanada de humo gris e inundó de luz el fondo del barranco.

Iván se paró, riéndose.

La luz irregular iluminaba su figura corta y ordinaria, de cara redonda y bonachona, cubierta de gruesos mechones de pelo. También fulguraba sobre los bultos en desorden y sobre los fugitivos recostados o sentados en el suelo. Las abruptas paredes del barranco se tornaban amarillas y tan solo allá en lo alto, entre las profundas grietas, la oscuridad asustada batía sus alas.

Ostap y Solomía se acercaron al fuego.

De pronto a lo lejos, en la orilla del río, se oyó un trotar de caballos. Todos se pusieron alertas.

— ¡Apaga el fuego! — dijo alguien con un susurro alarmado — ¡Dios nos proteja, pueden advertirnos!...

Ostap sin ganas comenzó a pisotear el fuego, aunque no lograba apagarlo. Las ramas ardientes se desparramaban como serpientes de fuego, silbantes y humeando.

Mientras tanto el ruido de cascos se fue perdiendo en la lejanía hasta desaparecer por completo. En el barranco otra vez reinó la oscuridad. Todos callaban.

— ¡Iván!... — dijo alguien rompiendo por fin el silencio — Cuéntanos como te pegaba tu mujer y como pudiste escapar de ella y llegar hasta aquí...

— ¡Mira lo que has inventado!... Que la mujer le pegue al marido... Pero eso no es natural, además es imperdonable... En mi vida no me ocurrió nada semejante... ¡Je-je-je!... — Iván reía afectado y falto de seguridad, como queriendo reconfortarse.

Iván se unió a Ostap en alguna parte del camino. Ellos eran de una misma región, hasta sus aldeas quedaban una cerca de la otra. Aquella circunstancia los había acercado y desde entonces, Iván no se separó de sus paisanos.

Su carácter alegre y bonachón, más de una vez les ayudó durante el largo y duro peregrinar por tierras extrañas. De muy buena gana hablaba sobre su vida hogareña. De aquellos relatos se podía deducir que él

escapaba no tanto del feudo como de su mujer, la cual era toda una fiera y que además, tenía unos puños demasiado grandes y terribles para su estatura. Y era a costas de la irascibilidad de aquella mujer, que muy a menudo le gastaban bromas pesadas y groseras, pero el pobre Iván, no se ofendía con nadie y siempre salía del apuro en forma bonachona.

Pero si bien es cierto que el cuerpo macizo de Iván había descansado un poco de los puños de la mujer, su alma añoraba los muy conocidos sentimientos de sumisión. Se apegó a Solomía, la cual por su estatura le recordaba a su mujer, y bastaba una sola palabra de ella para que estuviese dispuesto a llegar hasta el mismísimo infierno.

Tal apego a Solomía fue notado no solo por Ostap, sino que por todos, lo que ya era motivo suficiente para que se rieran del piernicorto caballero.

— ¡Cuéntanos!...— continuaba burlándose de Iván la misma voz — seguro que te daba tanto palo, como si te estuviese aventando. Si no hubieras escapado a tiempo, para este entonces habrías estirado las patas...

— ¿Y qué? — le contestó vivamente Iván — ¿acaso yo le temo a la muerte? ¡Dios me libre y guarde!... Si Dios lo quiere, ¡mañana mismo me muero!... Si hay que morir, será una vez y no dos. Mueres y punto final, no te levantas más...

— No, Iván, es mejor que no te mueras aquí, pues de lo contrario, los cueros serán baratos...

— ¡Ja-ja-ja!... ¡Oh!... ¡Ojalá que!... ¡Pero mira lo que te has inventado!...— se reía Iván con unas carcajadas tan sordas, que más se parecían a la tos perruna que a la risa de un ser humano. Sin embargo nadie se hizo eco de su risa. La gente estaba llena de zozobras, taciturna casi. Tan solo algún niño gimoteaba de vez en cuando, llenando el ambiente con sus sollozos.

— ¿No es hora de ponernos en marcha? — preguntó Solomía.

— Eso lo sabe el abuelo Ovsiy. El es el que ordena aquí,— respondió Ostap.

Por lo visto esta cuestión les interesaba a todos, ya que por el barranco corrió un rumor: “¡ya es hora, ya es hora!”... Y comenzaron los preparativos.

— Despacio, despacio, no todos a la vez, balbuceaba el abuelo Ovsiy, mientras que andaba entre la gente pisoteándoles los pies.

Se pusieron en marcha.

Pero salir del tortuoso, oscuro y angosto barranco no era tarea fácil. Más de una vez hubo que tropezar, buscar el camino a tientas, caer, prenderse a los bultos, levantarse y volver a tropezar. Semejante desorden les llevó casi una hora. Por fin llegó a ellos el soplo de una brisa. Frente a los fugitivos se hallaban los enmarañados esteros del Danubio. Todos respiraron con alivio aunque el peligro recién comenzaba, ya que para llegar a los juncales, había que cruzar un sitio llano y descubierto, sin la más mínima vegetación. El abuelo Ovsiy los formó en fila india y se puso a la cabeza. La noche era oscura, casi negra y ya a pocos pasos de distancia no se distinguía absolutamente nada. Una finísima niebla se elevaba del río y arrastrándose por la orilla, envolvía a los fugitivos. Estos avanzaban lentamente.

— Yo me voy teniendo a usted, como un ciego a la cerca,— decía en voz baja Iván a Solomía, yendo tras ella.— Donde vaya usted, allí iré yo... Para estar siempre juntos... ¿Quizás le sea pesado el bulto? Deje que yo lo llevaré,— continuaba diciendo entre resoplidos.

— No resople así, que parece un fuelle de herrería,— contestó Solomía — igual no le daré el bulto, ya que

sobre mis espaldas bien que lo puedo cargar a usted con carga y todo...

— Cuando los pies se hundan hasta los tobillos y las alpargatas chapotean lodo y algo que es mejor no nombrarlo aquí, se prende de las piernas y no permite...

Comenzaban los juncales del estero. Ya se oía su susurro y alguno que otro crujido de rama rota bajo los pies.

La marcha fue breve. El viejo guía se detuvo y ordenó que se escondieran entre los juncos, depositaran sus bultos y estuvieran preparados para cualquier eventualidad. Luego desapareció.

Muy cerca de allí, las aguas del río boqueaban su aliento frío y húmedo, aunque no se le veía en la oscuridad. Algo finísimo comenzó a caer y con suavidad envolvió a hombres y cosas. Bien que podía ser una lluvia finísima o quizás no fuese nada más que niebla.

En los juncales, los fugitivos se acomodaron lo mejor que pudieron, pero a pesar de todo, sus pies chapoteaban barro. Estaban inmóviles, algunos sentados, otros de cuclillas, pero todos temerosos de moverse y de hacer ruido. Todos miraban hacia adelante, hacia la oscura y espesa niebla. Las piernas entumecidas, las vestiduras húmedas a causa del rocío, el calzado empapado de agua y lodo. La espera del socorro que debía llegar de tierras desconocidas y extrañas y que debía liberarlos de la esclavitud, crispaba los nervios y hacía correr más lentamente las horas. Se perdía toda noción de la realidad. Todo adquiría una forma extraordinaria y fantástica. La mirada se agudizaba hasta tal punto, que parecía distinguir en la penumbra, sombras moviéndose entre la niebla, acercándose o alejándose o tomando proporciones increíbles.

Por momentos en la lejanía refulgía alguna luz, desapareciendo de inmediato, para mostrarse en otro sitio.

Y una vez más, la penumbra lo cubría todo. En dirección al río se oyó un chapoteo... Una y otra vez... Se podría jurar que era el ruido de unos remos batiendo rítmicamente la superficie de las aguas. Sí, sí, se podía jurar que eran botes cortando las aguas con sus quillas y que de un momento a otro llegarían a la orilla. Pero sin embargo, en los alrededores, reinaba un espeso silencio...

El anchuroso río dormía tranquilamente, envuelto en una ligera neblina, mientras que el cielo oscuro siembra incansablemente su fino rocío... Parece que esta larga noche de otoño no ha de terminar nunca... Vanas esperanzas, esperas inútiles... Nadie llegará, nadie piensa siquiera que aquí están sentadas, frías, conmovidas, las pobres gentes que esperan como a Dios de los cielos, su salvación... Todo en vano... Pero una vez más las luces inquietas y las móviles sombras juguetean con las miradas ansiosas. El oído nuevamente capta sonidos inciertos que resucitan a las muertas esperanzas, que despiertan la atención...

El cuerpo se entumece, parece de madera, los pies húmedos como si no existieran: no se sienten. Una semidulce modorra se apodera de las personas, la indiferencia se anida en el corazón... Todo es así como debe ser y acaso ¿no es lo mismo morir aquí, en medio de este lodo, que hacerlo allá en casa, en el cautiverio?...

De pronto, ¿qué es eso? ¿un sueño o un milagro? Lejos, más allá del río algo relumbró como si del cielo mismo hubiese caído fuego. A un costado, se vislumbró otra luz, un poco más allá, una tercera.

Los tres fuegos ardían como cirios en la iglesia y no se podía distinguir si ardían en el cielo o en la tierra. Nuevamente una brisa fría acarició los rostros. Todos se estremecieron, pero no tuvieron tiempo de volver en sí, que ya los fuegos se apagaron y no lejos de allí, en

medio del juncal, un lobo hambriento aulló lastimero. Esta triste queja se extendió por el río y llenó de zozobra el alma los fugitivos.

— ¡Mira que está hambriento! — dijo con sentimiento Solomía.

— ¡Yo!... ¡Yo creo que usted...! ¡Que usted ha de cantar de una manera aun peor, cuando el estómago se le pegue a la columna vertebral!... A lo mejor el lobo la sintió y aúlla por que no la puede alcanzar... ¡Je-je-je!...

— Bueno, tú tócalo no más, que este “*pulgarcito*” se te echa a charlar sin que ya nadie lo pueda contener — dijo Ostap con enfado.

— ¡Oh! ¡Cómo son ustedes!... ¿Acaso yo?... Es que yo...

— ¿Están dormidos, ¡eh!? — susurró la voz del abuelo Ovsiy, volviendo de la orilla — Enseguida comenzará el traspaso...

La gente comenzó a moverse. Por fin llegó el tan ansiado momento... Los pechos parecieron respirar con más libertad... Otra vez se volvieron a sentir las piernas, húmedas, frías, endurecidas; el cuerpo entumecido deseó movimiento, actividad, la realidad deshizo los instantes de encantamiento y despertó a la mente dormida.

— ¿Y qué? ¿Aulló bien el lobo? — dijo el abuelo al oído de Iván y se echó a reír.

— ¡Que los osos le royan los huesos!... ¡Dios no permita! — dijo Iván lleno de sorpresa — yo no dije nada, ni pensé siquiera...

En su rápido susurrar había tanta admiración por el ingenio del abuelo y una creencia tan infantil en su propia perspicacia, que Ostap y Solomía se sonrieron contra su voluntad.

Cuidadosamente y en silencio, todos se pusieron en marcha en dirección a la orilla. Con suma impaciencia escudriñaban la oscuridad, pero en vano, no oían ni veían nada. El río dormía. Por el lado del oeste comenzó

a clarear un poco y en el turbio cielo se recortaron las negras siluetas de las montañas cual si fuesen pesados nubarrones. Más allá del río, susurraban los juncales.

No obstante la promesa del abuelo Ovsiy, los transportadores no llegaban. La gente comenzaba a inquietarse. Los niños sentían frío, se quejaban y era imposible tranquilizarlos. El lugar era muy inseguro, ya que a menudo la guardia fronteriza hacía su recorrido y en cualquier instante podría presentarse. Todo esto ponía nerviosas a las personas. Los reproches llovían sin cesar en dirección al abuelo Ovsiy; todos sentían deseos de abandonar cuanto antes aquella orilla peligrosa y refugiarse en cualquier guarida. Allí bien que se podría encender fuego y calentarse un poco. Ya nadie ni miraba en dirección al río.

De pronto, en la orilla misma, se oyó un chapoteo. Dos barcazas se asentaron blandamente en la arena de la ribera y una voz baja preguntó:

— ¿Ya están todos?

Se produjo un verdadero desorden. Todos se arremolinaron alrededor de las barcazas, cada uno de los fugitivos quería ocupar antes que los demás, un lugar en la embarcación y acomodar sus bártulos. Al abuelo Ovsiy le resultaba muy difícil establecer la calma y la tranquilidad. El "*pulgarcito*" fue uno de los primeros en subir y afanosamente trataba de cargar consigo cierto bártulo de Solomía.

— ¡Solomía!... ¡Ostap!... ¡Aquí!... ¡A mí!...— llamada insistentemente, resoplando, carraspeando y moviendo la cabeza de un lado para otro, luchando con el embarazoso bártulo.

De pronto, completamente cerca de allí, se oyó el relincho de un caballo. Todos quedaron inmóviles.

— ¡Suban rápido! — susurró el transportador.

Pero ya era demasiado tarde.

— ¿Quién anda allí? — gritó desde las sombras una voz irritada.

Fue en ese instante que una cabeza de caballo asomó entre el montón de personas y sobre ella, se inclinó un cosaco como si estuviese buscando algo en el suelo.

— ¡Eh-eh-eh!...— gritó frenando su cabalgadura y desfundando su fusil, lanzó un disparo al aire, por encima de las cabezas de los fugitivos.

La gente reaccionó de inmediato. Ellos eran muchos y el cosaco uno solo. Con la mayor decisión se le arrojaron encima, pero tomarlo con las manos vacías no fue posible.

Mientras tanto, el disparo fue oído, ya que en las tinieblas se oyó el furioso galopar de muchos caballos, el tintinear de sables y las soeces maldiciones proferidas por voces humanas.

— ¡Préndelos y átalos! — gritaban los cosacos, cayendo sobre aquellos que no tuvieron tiempo de sentarse en las embarcaciones. Los cosacos desmontaban y se arrojaban sobre los fugitivos. Todo se entremezcló.

Un cosaco enorme se apoderó de Solomía, prendiéndose de la cintura y arrastrándola, pero Ostap le golpeó por detrás y la liberó.

— ¡Madrecita!... ¡Socorro!...— gritaba una voz despavorida de mujer, apagando el ruido de la lucha.

Las barcazas mientras tanto, comenzaron a huir. Las aguas parecían hervir bajo los remos, las embarcaciones vibraban y saltaban sobre las aguas como si fuesen vivas.

— ¡Alto!...— se oía desde la orilla — ¡Deténganse o disparamos! — se oyeron varios disparos de fusil que ruyeron en el aire.

Las balas silbaban sobre las cabezas de los fugitivos, pero Iván no les prestaba atención, él continuaba agi-

tando sus brazos y con voz implorante y plañidera, gritaba:

— ¡Ostap!... ¡Solomía!... ¿Qué hacen ustedes?... ¡Rápido, siéntense... aquí, a mi lado! — y no se daba cuenta que una ancha faja de agua ya lo separaba de la orilla y que el ruido de la lucha apagaba su débil y lastimera voz...

Lo que ocurrió más tarde, ni Ostap ni Solomía lo pudieron recordar con claridad. Ellos tan solo comprendían que corrían sin rumbo y sin ver, a través de los juncos, a través de las aguas, en la profunda oscuridad, con el sentimiento de una fiera acorralada, tras la cual van corriendo los perros de presa. Cuantas veces Ostap se metía en el agua hasta la cintura; con frecuencia Solomía sin poder contenerse, tropezaba en los sauzales, pero en cada oportunidad salían del paso y nuevamente se lanzaban hacia adelante, extrayendo quién sabe de dónde, nuevas energías. Por fin, algo detuvo su marcha y ellos cayeron al suelo. Este hecho en cierta medida, les resultó favorable. Estando recostados en ese algo duro, pudieron cobrar un poco de aliento. Sus piernas temblaban, los pechos se movían agitados. Estaban recostados y escuchaban. Por doquier reinaba el silencio. Desde la orilla no llegaba ni el más mínimo rumor. Era evidente que allí todo había terminado. Caía una finísima lluvia y la oscuridad se hizo aun más espesa. Al no oír ningún ruido que pudiera ser indicio de persecución, Ostap y Solomía se tranquilizaron. Ostap palpó con cuidado el lugar donde estaban recostados: era una pequeña elevación cubierta de hierbas. “Con toda seguridad —pensó Ostap— que tropezamos con una de las lomas de la ribera”. Descansaron un poco y alentados por el silencio circundante, se levantaron y con suma cautela, se pusieron en marcha a lo largo de la elevación, con la esperanza de hallar alguna guarida que les

albergase tanto de la lluvia como del frío. Y efectivamente, al poco rato, sintieron bajo sus pies una senda arcillosa y penetraron en la insondable oscuridad de una hondonada.

A tuestas, hallaron un lugar seco y quieto, y recién entonces sintieron que estaban terriblemente exhaustos y enardecidos por la enloquecedora carrera. Su cansancio era tan grande, que fue superior a todo: simplemente cayeron desfallecidos. Sin palabras, sin pensar en nada, se durmieron presos de un profundo sueño reparador.

Durmieron hasta muy tarde: parece que el sol ya estaba alto, pues sus dorados rayos se deslizaban por las paredes del barranco. En lo alto, coloreaban las manchas del cielo azul.

El primer pensamiento que tuvo Ostap fue el de averiguar donde se encontraban. Salió de reconocimiento y volvió al poco tiempo para tranquilizar a Solomía: por todos lados reinaba el silencio y la quietud, el día era cálido y claro. Comenzaron a intercambiar opiniones.

Recordaron que cierto molinero del Bajo Prut, el tuerco Yakim, también fugitivo como ellos sólo que originario de Podillya, se jactaba de conocer la forma de transportarlos a tierras turcas, y ellos con toda seguridad que hubiesen utilizado de sus servicios a no ser el "pulgarcito" y el abuelo Ovsy, quienes les convencieron a que se uniesen a ellos en el intento de cruzar el Danubio.

Ahora no les quedaba otro remedio que dirigirse una vez más al molinero, porque continuar ocultándose en esta orilla era sumamente peligroso: en cualquier momento los podían capturar, enviándolos al feudo o metiéndolos en la cárcel.

Apenas salieron de la hondonada, se hallaron en un llano gris, calcinado por el sol. La extensión que por la

noche cobrara formas inciertas y fantásticas, resultó muy hermosa a la luz del día. El anchuroso y calmo Danubio brillaba a la luz del sol, como si fuese de acero y tras los sauces verdes aun, se elevaba al cielo la silueta de las cumbres azuladas de las montañas lejanas.

Luego de mirar con atención, Ostap calculó que desde allí hasta Kishnits, lugar donde se encontraba el molino de Yakim, habría unas treinta verstas, dándose prisa podrían llegar antes del anochecer.

Y después de limpiarse un poco las ropas moldavas, enfangadas el día anterior, sin perder tiempo se pusieron en camino. Fueron andando tanto por senderos abiertos como por los semiocultos, tratando de no llamar la atención.

— En alguna parte, nuestro “*pulgarcito*” estará charlando con los turcos,— dijo Solomía.

— Si es que no está sirviendo de alimento a los cangrejos del Danubio —respondió Ostap. Ambos recordaron los acontecimientos de la noche pasada.

Flanquearon el Ren por la derecha y siguieron a lo largo del Prut. Desde el camino se veía como serpenteaba entre los esteros, el profundo y turbio Prut, y más allá, hasta donde abarcaba la mirada, los bañados cubiertos de juncos rojizos y secos que se agitaban como trigales. En el horizonte, algo humeaba, extendiéndose sobre los zarzales. A veces, en la orilla del Prut asomaba algún jinete, desapareciendo de inmediato detrás de cualquier recodo inesperado del río.

Al otro lado del Prut se encontraba Turquía.

Ya era entrada la noche cuando llegaron a los molinos de Kishnits que movían sus aspas con pereza. Para alegría de ellos, aun había luz en el molino de Yakim. Abrieron la puerta y entraron. No había nadie. Ostap y Solomía se sentaron sobre unas bolsas. En el molino

flotaba un aroma tibio y agradablemente dulzón de harina de maíz fresca.

El polvo de la harina parecía estar suspendido en el aire; las paredes, los contrafuertes y los marcos estaban tan cubiertos de blancura que parecían estar espolvoreados de nieve. Las telarañas cual blancos festones, pendían del techo y se balanceaban al menor impulso del aire, proyectando sombras fantásticas a la luz amarillenta de la única lámpara que iluminaba el recinto. Las muelas ronroneaban con suavidad, estrujando el grano; el receptáculo se sacudía como si estuviese en el infierno; en lo alto chirriaba una chaveta con un ruido constante y lastimero. Más allá del molino, en las afueras de la aldea, ladraban los perros.

Al poco tiempo apareció el molinero, blanco de harina. Los miró atentamente con su único ojo y reconoció a Ostap.

Este de inmediato le hizo saber el motivo de su imprevista llegada.

— Bien,— respondió brevemente Yakim — en cuanto me desocupe un poco, les llevaré a donde sea preciso.

Ostap y Solomía estaban fatigados a causa de la marcha, pero no dijeron ni una sola palabra.

Descansaron un poco y comieron con frugalidad, mientras el molinero cargaba el molino y cambiaba las bolsas de lugar.

Por fin, cerca de la medianoche les llamó:

— ¡Vamos!...

Los tres salieron del molino.

Sobre la aldea flotaba la habitual neblina de otoño. Por lo visto, llegaba del río, porque cuanto más descendían, más densa era. La aldea parecía estar sumergida en el agua. Se respiraba con dificultad. Los tres marchaban en silencio. Doblaron hacia la derecha apartándose de la aldea y caminaron unas tres verstas, ya descendi-

endo, ya trepando colinas. Por fin el molinero ordenó que se detuvieran y solo prosiguió la marcha. Ostap y Solomía escrutaban la oscuridad sin ver nada; la figura del molinero desapareció repentinamente como si se hubiese disuelto en las tinieblas. Pasados algunos minutos, regresó y los condujo hacia abajo por una pendiente abrupta y resbalosa. Cuando ellos iban descendiendo, cerca de allí, brillaron dos lucecitas apagándose casi instantáneamente.

— No teman, es un zorro...— les informó el molinero.

Por fin se detuvieron. El molinero encendió fuego con el pedernal e iluminó una angosta gruta parecida a una madriguera de zorro.

Aquel lugar, por lo visto, estuvo habitado por alguien, ya que en el suelo se veían hojas secas y varios troncos de sauce.

El plan del molinero era muy simple. Había que hacer una pequeña balsa que pudiese soportar el peso de dos personas y en una noche oscura a escondidas de los cosacos, llegar a los bañados. Allí estarían fuera de peligro. Si no alcanzaba el material, se podría conseguir más en la orilla del río. Solamente había que tener cuidado.

El tuerto Yakim les dejó un atado de cuerdas y un pan. Se despidió y desapareció en las tinieblas.

A Solomía le agradó mucho el plan de Yakim. Ella quería comenzar ya mismo la construcción de la balsa.

A la luz de una vela que ellos consiguieron en el molino, comenzaron a trabajar y fue tanto su entusiasmo que hasta se olvidaron del sueño y del cansancio. Pero el material para la balsa fue insuficiente y tuvieron que dejar el trabajo.

Al día siguiente, Ostap salió a reconocer el lugar. Resultó que el escondite estaba situado en una hendidura del barranco, pero era suficiente subir a lo alto de la

pendiente, que en ese lugar y casi bajo los mismos pies, corrían las rápidas aguas del río Prut, formando un recodo y desapareciendo tras las alturas de la abrupta orilla. Por cierto que el lugar era muy apropiado para intentar el traspaso, ya que era suficiente que el cosaco guardafronteras tan solo asomara en la loma, que el recodo del río se perdía de vista.

En la orilla había ramas, pedazos de tablas y hasta sauces arrancados de cuajo y arrastrados hasta allí por la corriente del río. Sobre los juncales se extendían nubarrones de humo negro.

Pero no obstante a ello, Ostap y Solomía, solamente de noche se atrevieron a llegar hasta la orilla.

Cuando iban subiendo la pendiente, advirtieron que el horizonte enrojecía como si estuviese a punto de salir la luna.

— ¿Qué será eso? — dijo Ostap — No estamos en noche de luna llena, para que aclare tanto...

Pero Solomía que ya había alcanzado a subir, se apartó con terror y dijo casi gritando:

— ¡Mira!... ¡Mira!...

Ostap quedó estático.

En el horizonte, hasta donde alcanzaba su vista, se levantaban enormes lenguas de fuego. Se movían, se balanceaban, fulguraban, decrecían en un lugar y aumentaban en otro. Centelleaban suaves como montones de oro chispeante, ya reventaban en un haz de rojas llamaradas. Por momentos perdían fuerzas, se apagaban, se inclinaban ante el viento para crecer otra vez y arder nuevamente, con más furia todavía. Cuando una de aquellas montañas ígneas caía, otra la levantaba quebrando de inmediato la brillante línea de fuego. De entre aquel mar fueguino, se elevaban al cielo y se perdían en el horizonte los más oscuros nubarrones.

Ardían los pajonales del bañado.

Ostap y Solomía, con terror contemplaban aquel cuadro.

— No, el fuego no viene hacia aquí. Marcha hacia el otro lado. Va en dirección al viento,— dijo suspirando Solomía.

Parecía que aquel agitado mar de llamas estuviese hirviendo, rugiendo y salpicando con una espuma fulgurante, una vez de un rojo carmesí y otra vez blanca como la luz de un relámpago y se lanzaba en furiosas olas sobre los indefensos juncales oscuros que se apretujaban temblantes en la negrura de la noche.

Sin embargo, no había tiempo para recrearse con tan grandioso espectáculo. Agudizando el oído y escudriñando la oscuridad, llegaron a la orilla. El lugar estaba desierto. Debido al fulgurar del lejano incendio, la orilla del río era aun más oscura. De los juncales se levantaba la niebla.

Ellos encontraron lo que les hacía falta y con gran cuidado, teniendo en cuenta que a cada momento podía surgir algún cosaco detrás del recodo, llevaron al escondite varias ramas de sauce.

Alrededor de la media noche, la balsa estuvo lista, como pidiendo que la echaran al agua. Era pesada, desgarrada y había que llevarla de tal manera que no se le aflojasen las cuerdas.

Ostap y Solomía tiraban de ella. Carraspeaban, se detenían, descansaban un poco y volvían a empaparse en sudor, tratando de hacerla llegar a lo alto.

En los alrededores no se veía ni un alma. ¡Hoy sí que tenían suerte! La niebla era suficientemente densa, el amanecer estaba lejos aun y la guardia fronteriza ni que se hubiese dormido o muerto.

— Cuando salga el sol, estaremos Dios sabe donde — murmuró Ostap alegremente.

— ¡No vendas la piel sin antes haber cazado al lobo!...

En la orilla propiamente dicha, también reinaba el silencio. El turbio Prut, vahaba un frío húmedo.

Los bañados grises, casi invisibles en la niebla, susurraban hostiles.

Ostap y Solomía, con cuidado botaron la balsa al agua. Esta chapoteó y se hundió un tanto. Cuando Solomía se hubo instalado, Ostap le dió un empujón y de un salto se subió también. La balsa se balanceó un poco, las aguas la cubrieron casi por completo, giró un par de veces y la rápida corriente del río, la arrastró aguas abajo...

Ostap luchaba con la corriente apoyándose con fuerza en la pértiga, pero eso no le ayudaba en nada. La balsa continuaba siendo arrastrada hacia el centro del río. Así anduvieron flotando cerca de una hora en medio de la espesa niebla, entre las dos orillas, separados de la tierra e indefensos. Con un gran esfuerzo lograron apartarse del centro del río y llegar a la orilla. Pero las aguas continuaban arrastrando la balsa y no les permitían detenerse. Ostap por suerte pudo engancharse de un sauce y Solomía se aferró a sus ramas. Ostap detuvo la balsa y ambos saltaron a tierra, cansados y completamente mojados.

El agua arrebató la balsa y se la llevó aguas abajo. Con la balsa se fueron los víveres que los jóvenes llevaban consigo y que habían olvidado. Pero aquello ya eran pequeñeces: ellos ya estaban del otro lado de la frontera.

Un extraño sentimiento llenó el pecho de Ostap y en vez de alegría, sintió que una fuerte indignación conmovía todo su ser. Por un instante sintió todas las injusticias y los abusos de los que fue víctima en la tierra que dejó y firmemente parado en aquella nueva tierra, que no era tierra de los *panis* *, apretó los puños y amenazó con ellos, hacia la otra orilla.

— ¡Ojalá que te hundas, tierra maldita, junto a tus leyes y tus costumbres! — maldijo a toda voz.

En ese momento, en la otra orilla se oyó el galope de un caballo.

— ¿Quién anda allí? — gritó el cosaco guardafronteras y sin esperar respuesta, hizo fuego al azar.

— ¡Ay!...— exclamó Ostap, tomándose del pecho.

— ¡No es nada-a-a!... ¡Ya que no di en el blanco, vete con Dios!...— gritó el cosaco en forma bonachona y se alejó al galope.

III

— ¿Qué te ocurre? — Solomía se acercó a Ostap y lo sostuvo.

Ella estaba helada, temblando de terror.

— ¡Ay!...— gemía en voz baja Ostap — me alcanzó aquí, debajo del corazón.

Solomía parecía no comprender lo sucedido. Ella tiro-neaba de su ropa, tratando de arrastrarlo consigo y repetía llena de zozobra:

— ¡Huyamos, ay, huyamos!... ¡El puede disparar otra vez!... ¡Te puede matar!...

Viendo que Ostap no se movía, ella lo tomó del brazo y lo arrastró consigo. Se metió entre los juncales y comenzó a caminar tan rápido como se lo permitían Ostap y los juncos. El suelo fangoso del estero, se hundía como si fuesen resortes. Los pies se sumergían a veces hasta las rodillas, los frágiles juncos se rompían crujiendo, le golpeaban la cara, se le enredaban a los pies, pero

* panis: señores de la nobleza polaca, y por extensión, todo señor feudal polaco

ella proseguía su carrera presa del terror, sin notar nada, deseando tan solo alejarse de allí y lo más rápido posible, escapar de una muerte segura.

Ostap inconcientemente se daba a ella. Iba tras Solomía, aunque con cada exhalación y movimiento, sentía un dolor en el pecho que le nublaba la vista y por entre los dedos de la mano con que se cubría la herida, corría algo tibio y pegajoso.

“Con tal de cruzar este lugar... con tal de cruzar... y todo cambiará... y no pasará nada malo...” — estos pensamientos martilleaban su mente mientras apuraba la marcha, recurriendo a sus últimas fuerzas para no quedar rezagado de Solomía.

Pero no obstante a sus esfuerzos, se sintió desfallecer.

— Detente... no puedo... — susurró Ostap y cayó al suelo.

— ¿Qué tienes? — dijo ella inclinándose sobre él.

— Perdí mucha sangre... — a duras penas pudo decir Ostap.

— ¿Te han herido? ¿Dónde? — exclamó Solomía cayendo de rodillas y tratando de ver la herida.

El lugar estaba oscuro como en un sótano. Ni los juncos que les rodeaban, se veían.

— ¿Dónde tienes la herida?

— Aquí, debajo del corazón...

Solomía pasó su mano por el pecho del herido y palpó su camisa mojada y pegajosa. Ostap lanzó un gemido.

Los pensamientos de Solomía se aclararon enseguida. Su miedo desapareció sin dejar rastros. Ella supo que hacer.

Le desabotonó la camisa con cuidado, descubriéndole el pecho. Sin embargo, aquello no fue suficiente. Rasgó la camisa despegándola de la herida, después deshizo en tiras su propio cinto de lana roja y con la ayuda de Ostap vendó lo mejor que pudo, la herida de éste.

— ¡Agua!...— pidió el herido.

¡Agua! Era fácil decirlo. En aquella oscuridad, en aquel desierto negro y desconocido, en el cual era suficiente dar un paso en falso para perderse irremediablemente, era absurdo siquiera pensar en el agua. El corazón de Solomía se desgarraba con cada pedido de Ostap y su mente buscaba el medio de procurarla. ¡Pero si ellos estaban parados sobre el agua!... Eso lo demostraba el tremedal que se hundía bajo los pies. Solomía probó de hacer un pequeño pozo con las manos y escarbó el lodo hasta encontrar agua. Este era un líquido sucio, viscoso y mal oliente. Solomía recogió un poco con las palmas de sus manos y se lo alcanzó a Ostap. Aquel se mojó los labios pero no pudo beber. Solomía le humedeció la frente, se quitó parte de su vestimenta y se la puso debajo de la cabeza en calidad de almohada. Sobre la posibilidad de una marcha en tal oscuridad y por un terreno absolutamente desconocido, no había ni qué pensar.

Era necesario esperar la llegada del amanecer.

Ostap, acostado entre los juncos, se sentía débil. Su pecho emitía ruidos sordos, siéndole difícil y doloroso respirar. A causa del sueño o de la inconsciencia, se le cerraban los párpados.

— ¿Estás aquí, Solomía?...— preguntaba él y proseguía dormitando.

— ¡Sí, sí!... ¡Estoy aquí!...

El corazón de Solomía estaba angustiado por la pena y el temor. Mejor hubiera sido que la bala le hubiese alcanzado a ella. Además, si ella pudiese ver la herida, el rostro de él, con toda seguridad que se sentiría más aliviada. Pero esta oscuridad, esta tiniebla espesa y maldita la rodeaba, se extendía por todos lados, flotaba sobre su cabeza, penetraba en su piel y parecía llenarle el cuerpo de negrura, oprimiéndole el corazón... En vano

forzaba su mirada — ella ni siquiera podía distinguir los dedos de su propia mano. Aquella tiniebla vivía, respiraba, decía algo con sus mil bocas, incesantemente, tenazmente, seseando como una vieja desdentada. Solomía sentada, presa del miedo, aguzaba el oído tratando de oír sobre lo que susurraban las tinieblas.

— ¡Shu-shu-shu!... ¡Shu-shu-shu!...— se oía a un lado y al otro — ¡Shu-shu-shu!... no tenía que haber maldecido... ¡Shu-shu-shu!... ahora morirá... verás que morirá... ¡Shu-shu-shu!...

Solomía se sintió mal. “Mientes, mientes — quería gritarle a la pérfida tiniebla — él es mío... él vivirá... su herida no es grave... mira cuanto ha caminado...”

Pero las tinieblas continuaban con lo suyo: “morirá... shu-shu-shu... morirá... shu-shu-shu...”

Y como una respuesta a ese susurro, Ostap respiraba con pesadez y se quejaba en sueños.

Solomía se tapó los oídos y cerró los ojos. Aquella oscuridad, más suya, más conocida, no la hacía sufrir tanto. Ella sintió que un frío húmedo la traspasaba. Pero no quiso sacar su abrigo debajo de la cabeza de Ostap, tan solo se acurrucó aun más, para así calentarse un poco. Ella ya no oía el maléfico susurrar de las tinieblas y se entregó en brazos de una esperanza mejor. “Se ha de curar, vivirá... Ella no ha de permitir que Ostap muera... Si por fin aclarase... Si ya aclarase...”

El cansancio hizo lo suyo. Acurrucada, Solomía se quedó dormida.

Cuando se hubo despertado, una luz grisácea descendía del cielo nuboso.

La niebla vagaba entre los juncales, elevándose lentamente como si los bañados estuviesen humeando.

Ostap estaba acostado con los ojos abiertos; su rostro joven, parecía haberse marchitado, sus labios estaban resecos.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó Solomía reclinándose sobre él.

— Bien... Sólo que me es difícil respirar... La sed me quema la boca... Agua...

Había que hacer algo.

— ¿Tú puedes caminar?...

— No sé... Ayúdame a levantarme...

Con ayuda de Solomía, Ostap se levantó. Apretaba los dientes y hacía fuerzas para no gemir,— tal era el dolor que sentía bajo el omóplato, cada vez que hacía cualquier movimiento. Solomía lo sostenía y en esa forma, fueron caminando lentamente entre las altas paredes de juncos amarillos.

No tuvieron que buscar mucho tiempo el agua, ya que entre el juncal brilló el espejo calmo de una laguna.

Solomía dió de beber a Ostap, revisó y lavó su herida. Aplicó sobre ella un trapo mojado y Ostap se sintió más aliviado.

Comenzaron a reflexionar sobre como salir de los esteros, hacia donde ir.

— ¿Dónde está el sol? — preguntó Ostap.

Solomía miró al cielo. Por entre los juncos que se balanceaban suavemente, se veía un copo de nubes grises. Debido a la alta y espesa pared del juncal, no se podía distinguir nada más.

— ¿De que lado sopla el viento? — continuó preguntando Ostap.

Pero a ella no le era fácil saberlo. En el bañado todo estaba quieto como en un bosque. Solamente las coronas de los juncos susurraban, inclinándose ora hacia un lado, ora hacia el otro.

Ostap opinaba que tenían que marchar hacia la derecha; Solomía, al contrario insistía en ir hacia la izquierda, en contra del viento, porque tenía la impresión de que los juncos se inclinaban hacia la derecha. La

contradicción de Solomía irritaba al herido y fue así que ella no tuvo más remedio que aceptar la proposición de él. Se pusieron en marcha. El camino era harto difícil. Hasta para una persona sana resultaba muy duro marchar por entre aquellas espesuras enmarañadas como gigantes telarañas, o saltar de mata en mata para no caer en las fauces del cenegal. Con frecuencia cruzaban canales y charcas, donde Ostap bebía y refrescaba su afiebrada frente. Solomía apenas si podía cargar con Ostap y además, se detenían con frecuencia, ya que el herido se fatigaba prontamente y solicitaba descanso... Así iban marchando, solitarios, perdidos en medio de ese mar de juncos que susurraban sobre sus cabezas un monótono cantar y llenaba de tristeza el alma de los fugitivos. Ellos anduvieron mucho tiempo sin saber a que altura del día estaban, ya que en lo alto seguía manteniéndose ese copo plumizo de nubes grises y a su alrededor, continuaba cercándolos la alta pared de enhiestos juncos susurrantes, que parecían marchar a la par de ellos, como si fuese cosa de encantamiento. Por momentos, tenían la sensación de que algo había cruzado entre los juncos, como si fuese algún perro o lobo. Otras veces, con repugnancia se apartaban de las culebras somnolientas y entorpecidas por el frío, amontonadas en los matorrales o deslizándose perezosas entre los juncos.

Cierta vez ellos oyeron un rumor diferente al susurrar de los juncales y comprendieron que sobre ellos había pasado volando una bandada de aves, quizás de gansos silvestres. Parecía que la ciénaga no tenía fin; tanto a izquierda como a derecha, todo era igual, como si estuviesen parados en un mismo lugar.

Las cosas comenzaban a tomar un mal aspecto. Ostap se debilitó, desfalleciendo por completo. La fiebre lo consumía. Solomía lo recostó cerca de una laguna y comenzó a pensar. Andando como andaban, sin rumbo,

sin ayuda humana, sin alimentos, perecerían sin lugar a dudas. El hambre se hacía sentir en forma desagradable. Era evidente que se habían extraviado y andaban dando vueltas en el juncal, y quien sabe cuanto tiempo tendrían que andar en medio de aquel infierno vegetal. ¿No sería mejor dejarlo aquí a Ostap,— de cualquier manera ella no estaba en condiciones de prestarle ninguna ayuda — y tratar de encontrar sola una salida? Eso sería lo más seguro y lo más rápido.

— Acomódame cerca de algún charco, para que yo pueda alcanzar el agua y vete. Mira bien, averigua y vuelve — se conformó Ostap.

— Tú, seguro que tienes hambre. ¿Quieres comer?...

— No, no tengo hambre... Solamente sed...

Solomía volteó algunos juncos haciendo de ellos un lecho para el herido. Ostap sin levantarse podía alcanzar el agua.

— Así está bien...

Solomía se detuvo indecisa por un instante.

Ella iría contra el viento... Ya que le parecía que por la derecha los juncos se inclinaban más... No le dirá nada a Ostap, pues él comenzará a discutir y a intranquilizarse.

— No te entristezcas sin mí, yo he de volver enseguida — dijo ella volviéndose a Ostap y desapareciendo luego entre los juncos.

Ella marchaba y trataba de recordar los esteros tal cual los viera desde lo alto de la otra orilla, antes del cruce.

A la derecha, ardía... sí, ardía a la derecha y hacia ese lado soplaba el viento empujando a las llamas; a la mano izquierda se veían los sauzales y las montañas. Significa, que hay que ir para ese lado, en contra del viento. Ella saltaba de mata en mata con bastante buen ánimo. Con cada paso, la esperanza aumentaba en su

corazón, aunque el paisaje era siempre el mismo. Por momentos, atravesaba una espesura tal, que apenas si podía dar un paso en medio de aquella pared amarillenta. Solomía resbaló y se hundió hasta las rodillas en el frío cenegal.

Bajo sus pies se abría el abismo sin fondo del tremedal, pero por suerte, ella pudo aferrarse a unos matorrales y así se zafó del peligro. Luego se descalzó, volcó el agua de sus botas y prosiguió la marcha. Entre los juncos brillaba la superficie de alguna que otra charca. Solomía se detuvo por un momento para cobrar aliento y contemplar desde lejos, como un ganso montaraz acomodaba primorosamente las plumas en la cabeza de una gansa y ésta, enternecida, abría y cerraba su pico emitiendo graznidos de satisfacción a la par que extendía sus alas. Más allá, una culebra de agua cruzaba alguna charca moviendo su cabeza de un lado a otro y ondeando su cuerpo como una gran dama, mientras que con curiosidad lo observaba todo con sus ojos grandes y redondos. Con toda seguridad que por aquellos parajes intrincados e intransitables, aun no había pisado el pie de persona alguna. Había un sinnúmero de escondrijos misteriosos, por todos lados se podían encontrar madrigueras de animales silvestres, cubiertas de pajas y musgos secos. En algunos tallos entre los zarzales, se balanceaban los nidos abandonados y entre los pajonales amarillos, casi rojos, bailoteaban al compás del viento un montón de plumas de aves y trozos secos de piel de víbora. Había tantas culebras, que Solomía bien pronto dejó de prestarles atención. Ella iba andando como si caminase por el fondo de un mar, mientras que sobre su cabeza, susurraban los juncales como si fuesen olas enturbiadas y amarillas. Solomía calculaba que si tomaba hacia la izquierda, los esteros terminarían bien pronto, pues consideraba que para ese lado se habían

extendido bien poco. Lo principal era ir contra el viento. De pronto Solomía se detuvo, casi paralizada por un pensamiento terrible. Se le ocurrió que podía no encontrarlo a Ostap ya que no había dejado marcado ningún rastro suyo. Tendría que haber quebrado los juncos o hacer algo parecido. Había que volver mientras no es mucho lo que se alejó y aun no se olvidó del camino. El corazón le latía con fuerzas cuando volvió sobre sus pasos, en busca de su propio rastro. Ella no tenía tiempo para andarse con cuidado, los pajonales le herían la cara y las piernas. Pero aquello era una insignificancia. Con tal de encontrar rápidamente a Ostap, que ya después ella saldría otra vez de reconocimiento. Claro que no será como ahora, que se olvidó de marcar el camino.

Al comienzo todo iba bien, ella halló sus propias huellas y fue marchando por ellas. Pero bien pronto, aquellas huellas desaparecieron. Solomía tuvo la impresión de que se apartó un tanto hacia la izquierda. Entonces tomó hacia la derecha e inesperadamente dió con una laguna bastante grande y alargada. Antes no había estado aquí, ella muy bien que lo recordaba. Tenía que volver un poco hacia atrás, para eludir el contratiempo. Ahora Solomía dudaba en que dirección debía proseguir la marcha. Lo mejor sería ir a favor del viento. Pero los juncales se movían tanto para un lado como para el otro y resultaba muy difícil tomar una decisión. Sin embargo, ella presentía que debía marchar hacia adelante. Y fue sin vacilar. Luego de andar unos pocos metros, se convenció de que iba en contra del viento. ¿Acaso sería mejor retornar al punto de partida? Se detuvo. Era evidente que se había extraviado. ¿Qué hacer? Las piernas le temblaban por la penosa marcha y en la cabeza se anidaban una serie de pensamientos e imaginaciones terribles. ¿Qué hacer? — parecía preguntar a

los juncos su mirar extraviado. Los juncos y espadañas la habían rodeado en forma hostil y susurrante. Solomía creyó que debía hallarse bien cerca de Ostap, que él la oiría y gritó:

— ¡Osta-a-ap!... ¡Osta-a-ap!...

Su voz se oyó apagada. La enemistosa pared de juncos no permitió que se extendiera, la absorbió y pareció tragarla.

Solomía gritó una vez más, pero con el mismo resultado...

Su ánimo decayó por completo, sus brazos colgaban inertes. Pero no fue por mucho tiempo. Un nuevo flujo de energías y un enloquecedor deseo de salvación sacudió su voluntad: otra vez se lanzó hacia adelante, abriéndose paso entre los juncos, arrancándolos y pisoteándolos con la ciega tenacidad de un ciervo herido. De tanto en tanto, gritaba el nombre de Ostap, aunque no obtenía respuesta. Al poco rato, ya gritaba a todo pulmón con la esperanza de que si no era Ostap, bien podría oírla cualquier otra persona. No podía ser que ellos se hubieran apartado tanto de la orilla, como para que no acertase a pasar nadie por allí. Pero el susurro de los juncales apagaba su voz. Las aves asustadas por los gritos humanos, revoloteaban alarmadas sobre la cabeza de Solomía. Los juncales continuaban su murmullo inacabable. Parecían erizarse ante la mujer, apretándola por todos lados; le enganchaban los pies con sus raíces, pinchándola y lastimándola despiadadamente. Amarillentos, lisos y altos, parecían reírse de ella sacudiendo sobre su cabeza los tallos enhiestos. Solomía sentía que les odiaba profundamente. La ponían fuera de sí. Y si en esos momentos ella tuviese una hoz o un cuchillo siquiera, los segaría de tal forma que no quedaría ni un solo tallo en pie o moriría ella misma. Solomía se lanzó contra los juncos y comenzó a desgajarlos con tanta rabia y

tan salvajemente, que parecía estar batiendo a un enemigo.

Ella arrancaba, despedazaba, pisoteaba aquellos tallos que volvían a levantarse, lastimándole la cara y las manos y tan solo las raíces se sacudían temblorosas como si en el fondo, se estuvieran riendo a mudas carcajadas.

Solomía perdió fuerzas y cayó rendida. Sintió calor. La transpiración le bañaba el rostro, su pecho se agitaba pesadamente y los ojos le brillaban como a una fiera que hubiese caído en la trampa. Es decir, que no hay salida. Solomía sintió pena no tanto de sí, como de Ostap. Ella se imaginaba como en aquellos momentos él estaba acostado, herido y solitario en el cenegal, buscándole en el juncal con la mirada. Ella tuvo lástima de la joven existencia perdida en vano y se echó a llorar.

Mientras tanto, el corto día otoñal se fue apagando y en los esteros despertó el anochecer. Primero, la niebla surgió entre los juncales, más tarde los charcos y las lagunas la vahearon en grandes bocanadas blancas.

El frío, la humedad y la noche avanzaban. En la oscuridad no había por que marchar. Solomía permanecía sentada, con la cabeza entre las manos, sumida en sus pensamientos. ¡No, ella no quería morir allí! En cuanto amanezca y otra vez pueda andar, irá hacia adelante, siempre hacia adelante, hasta llegar al límite del juncal.

Ella estaba segura de que encontraría a alguien; de ser así, le entregaría todo el dinero que llevaba en el pequeño bolso atado al cuello y de que juntos, rastrearían los juncales hasta dar con Ostap. Solamente tenía que pasar la noche... Con tal de pasar la noche...

Cuanto más oscurecía, tanto más soplaba el viento y por momentos, parecía que el susurrar de los juncos se había hecho tan hondo, que hasta los pensamientos se

sumergían en él. No se oía nada, a excepción del interminable, monótono y eterno shu-shu-shu... shu...

Aunque es cierto que varias veces Solomía notó que algo pasaba volando al ras de los juncos, pero pensó que las aves se sentían intranquilas y volaban de un lado para otro alborotando el pajonal, simplemente por que presentían borrasca.

Solomía estuvo sentada hasta quedarse dormida. No se dió cuenta de como y cuando ocurrió: el cansancio y el susurrar de los juncos la adormecieron.

Al despertar, no supo decir si era tarde o temprano aun. Un cielo de plomo, más bajo y espeso que el día anterior, se extendía por el bañado. Le dolía todo el cuerpo, como si le hubiesen golpeado. Los párpados pesados, se cerraban involuntariamente sobre sus ojos. La cabeza la sentía torpe. Sin embargo, Solomía no quería perder ni un solo instante. Desde el lugar en que se hallaba, echó a andar hacia adelante, decidida a marchar hasta quedar sin aliento. Más que andaba, corría, aunque sus piernas estaban más débiles que el día anterior y el aire que parecía más espeso, le dificultaba la respiración. Aparte de esto, la martirizaba el hambre. Ya hacía dos días que no había probado bocado, sentía náuseas y espasmos en el estómago. Sobre la marcha, arrancaba cualquier tallo o raíz y masticaba, succionando el desagradable jugo de la mal oliente hierba del cenegal. Cuanto más lejos marchaba, tanto más se sorprendía de la enorme cantidad de seres vivos que hallaba a su paso. Por tres veces había notado entre los juncos el lomo gris de un lobo, una vez muy cerca suyo pudo ver la cola de un zorro y varias veces oyó el apagado gruñir de algún jabalí. Las víboras y las culebras parecían estar dotadas de más movimiento que de costumbre, ya que reptaban con más afán que otras veces y lo que era sorprendente, todas iban en la misma dirección que

llevaba Solomía. Ella debía prestar mucha atención para no pisar el resbaloso y frío cuerpo de cualquiera de los ofidios. Las bandadas de aves que volaban en círculos sobre el juncal, parecían formar una verdadera nube y levantaban una algarabía tan grande, que apagaban todos los sonidos de la ciénaga. Solomía continuaba andando. Ella recurrió a toda su energía, a toda su fuerza de voluntad, a toda la potencia de su cuerpo joven y marchaba siempre hacia adelante, tenaz y decidida, confiada en que sus turgentes y altos pechos podrían con cualquier obstáculo. Sin embargo, los esteros parecían no tener fin. Juncales, lagunas, canales... Y otra vez juncos y otra vez agua y otra vez aquel acompasado y monótono murmurar semejante a las olas del mar. Al atardecer le pareció sentir olor a humo y se puso contenta: aquello significaba que hay gente en las cercanías. Cuanto más lejos iba y cuanto más anocheecía, el humo se hacía más notorio. Las aves se mostraban más inquietas. El aire se había vuelto más tibio. Esa tibieza llegaba por la espalda y por los costados, como si saliese de la boca de un horno. Solomía comenzó a sentir calor. Aquellos cambios en los esteros, la sorprendían y la intranquilizaban al mismo tiempo. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo a su alrededor?

Volvió su cabeza y echó una mirada al cielo. Sus ojos vieron unos nubarrones rojos como la sangre y comprendió de pronto, lo que significaba ese humo, ese calor, la intranquilidad de las aves y la huida de los animales. Ardían los juncales y las montañas de fuego avanzaban trayendo consigo la muerte. Pero el fuego estaba lejos aun. Si apresuraba la marcha, bien que podría escapar. Solo que hace tanta calor y resulta tan pesado caminar...

Parecía que alguien iba detrás de Solomía soplando un aliento caldeado y le apretaba las espaldas. El oído de

la muchacha captaba el lejano crepitar del fuego quemando los juncos, semejante al rugir de una fiera gigantesca que destrozaba todo a su paso resoplando con furia y pesadez. ¡Es la muerte, que por lo visto, trataba de alcanzarla! No hay salvación posible. Nada ni nadie puede ayudarle. Un terror inconcebible se apoderó de Solomía. Gritando un “¡Oh, Dios mío!... ¡Oh, Dios mío!...” apeló a sus últimas fuerzas y se lanzó enceguedadamente al juncal, detrás de las víboras, de las fieras y de todo animal que procuraba salvarse de una muerte inevitable, se lanzara a la carrera casi enloquecido por la proximidad de las olas de ese mar de fuego en marcha...

Mientras tanto, el mar avanzaba. Marchaba detrás de ellos con sus olas invencibles, incontenibles y alegres, desparramando por doquier sus chispas de oro, convirtiendo en cenizas el juncal, disecando las aguas y enturbiando el cielo...

* * *

Después que hubo partido Solomía, Ostap se sintió apartado del mundo, de las personas. La fiebre consumía su interior y a cada instante mojaba sus manos en la charca para refrescarse con ellas la frente, los ojos, las sienes. Le aburría el inmutable paisaje de juncos amarillos y cerró los ojos. Se sumió en sus pensamientos. Recordó sus más recónditas esperanzas, pensó en la ilusión que lo trajo hasta allí, a tierras turcas, en aquello que lo obligó a abandonar sus lares, a su anciano abuelo. ¿Vivirá aun el pobre? ¿Qué hará en estos momentos? ¿Estará sano? ¿Recordará a su Ostap? ¡Oh, si pudiese ver a su nieto herido, desfalleciente, abandonado en el juncal para festín de lobos y cuervos!...

Las alucinaciones continuaron y en su delirio, Ostap comenzó a llamar a su abuelo.

Y el abuelo se hacía presente. Silencioso e imperceptible, aparecía entre los juncos y se paraba ante Ostap, con los brazos en cruz.

— Te han herido, hijito. ¿Te has estado batiendo con el *lyaj*? *

— No, abuelo, me baleó un *moskall* ** cuando cruzaba la frontera.

— ¿Y dónde están tus hermanos de la *Sich* del Danubio, que has quedado solo y abandonado en medio del juncal?

— ¡Eh, abuelo!... ¿Usted cree que aun existe la *Sich*? No, abuelito, no. La *Sich* ya no existe... Hubo *Sich*, pero dejó de haber... *Gladkiy* *** condujo a la Hermandad hasta las estepas del Azov y allí se la dejó al Turco...

— ¿Qué irás hacer ahora, hijito, en tierras extrañas?

— Si llego a vivir, araré la tierra, viviré de la pesca... De cualquier forma siempre será mejor vivir en libertad que bajo el yugo del señor... Allí, entre los turcos, abuelito, hay muchos de los nuestros...

Ostap en su delirio, creía que conversaba con el abuelo y que éste lo tranquilizaba, le aconsejaba, le hablaba sobre el pasado y sobre lo que hoy día ocurría en la aldea. Pero en cuanto el herido abría los ojos, el abuelo se escondía entre los juncos y era suficiente que los

* *lyaj*: forma despectiva con que se denominaba a los polacos

** *moskall*: soldado de leva del antiguo ejército imperial ruso

*** *Gladkiy*: nombre de uno de los atamanes cosacos

entrecerrara, para que otra vez se presentase y escuchase las aventuras de Ostap o relatase las suyas.

Al atardecer, Ostap comenzó a intranquilizarse: ¿dónde se habrá metido Solomía? ¿Por qué no viene? ¿Qué pudo haberle ocurrido? Ella sabe muy bien que a él le resulta muy difícil moverse, que él no está en condiciones de liberarse por sus propios medios del cenegal.

¿Quizás ella lo abandonó?... “¡Solomía!... ¡Solomía!...” — gemía el herido, pero sus ayes se perdían entre el susurrar de los juncales.

Por la noche se sintió peor. La fiebre se apoderó por completo de él y un fuego interior comenzó a quemarle. En el pecho sentía un dolor tan punzante, que a duras penas podía sorber un poco de agua, la vez que lograba alcanzarla. Tuvo deseos de toser, mas no lo hizo a causa de ese maldito dolor. Pasaba el tiempo y Solomía no regresaba. Ostap no dormía. Tan solo de vez en cuando y por muy pocos instantes, se sumía en la inconsciencia. La noche era larga e infinita como la muerte... Solomía continuaba sin venir... ¿Dónde estará?... ¿Qué le habrá ocurrido?... — se preguntaba Ostap molesto.

Casi al amanecer, sintió que a su lado había un ser vivo.

— ¿Eres tú, Solomía? — preguntó abriendo los ojos.

“Estará bromeando, que se transformó en perro? — pensó Ostap y tuvo un pequeño desmayo.

Lo que estaba parado delante suyo no era un perro, sino un lobo. Grande, gris, zarrapastroso, con los ojos ardientes y hambrientos. Tenía las orejas enhiestas y el hocico estirado en dirección a Ostap, como si estuviese calculando atacarlo o no. Ostap continuaba acostado, indefenso y miraba al lobo. Veía muy bien las fauces de la fiera, un tanto torcidas y profundas, llenas de saliva. Veía las guedejas ensortijadas de su pecho y sus patas fuertes y húmedas. El lobo estaba inmóvil. Por

fin, con cuidado, extendió una pata, luego la otra y así se acercó un tanto a Ostap.

El mozo recogió un poco de agua y salpicó con ella al animal. Unas cuantas gotas llegaron hasta su hocico. El lobo mostró sus dientes y se sentó sobre sus patas traseras, pero no se retiró.

Una vez más Ostap le arrojó agua. El lobo hizo ruido con sus dientes y lanzó una mirada brillante con sus ojos. Era evidente que el animal estaba inquieto. Luego de permanecer un rato sentado, sin apartar su mirada de Ostap, extendió su cuello y comenzó a aullar en una forma tan lastimera, que el herido sintió escalofríos debajo de su piel. El lobo aulló durante largo rato, en varios tonos distintos, con gran deleite y con los ojos cerrados.

Calló por fin, se quedó quieto por algunos instantes y una vez más trató de acercarse a Ostap. El agua era lo único que disponía el herido para defenderse y de tanto en tanto, salpicaba con ella al lobo, impidiendo de esta manera que el animal se acercase. Al fin de cuentas, la fiera se aburrió. Lanzó varios mordiscos al aire, giró sobre sí misma y desapareció entre los juncos.

A consecuencia de esta inesperada visita, Ostap comenzó a pensar en la muerte. Estaba convencido de que le había llegado la hora de morir.

De igual manera, vivo o muerto, el lobo haría presa de él, o sino, cualquier roedor de los muchos que había en el pantanal, haría un festín con su cuerpo. ¿No daba lo mismo?

Ostap recordó al “*pulgarcito*”. “¿Y qué?... ¿Acaso yo le temo a la muerte? ¡Dios me libre y guarde!... Si Dios lo quiere, ¡mañana mismo me muero!... Si hay que morir, será una vez y no dos. Mueres y punto final, no te levantas más...”

Ostap no le temía a la muerte. El tan solo quería ver a Solomía antes de morir. Al abuelo ya lo vió. El mismo había llegado hasta Ostap, pero en cambio Solomía, continuaba sin volver... Se debe haber perdido en los bañados, o quizás la hayan despedazado los lobos. Ostap sintió pena de Solomía. Una pena infinita... Ella era tan buena, le amaba tanto, sin vacilar fue tras suyo por ese camino tan amargo, no tuvo lástima ni siquiera de su larga cabellera. Por él lo dió todo. Le cuidó como una madre y fue tan leal como lo puede ser tan solo un buen camarada. Y precisamente ahora que ellos habían conquistado para sí la libertad y alegres y felices irían a comenzar una nueva vida, les alcanzó el desastre, ahogándolos en la desgracia como a dos cachorros en el río... ¡Ahogándolos!... ¡Ahogándolos!... ¡Ahogándolos!... ¡Ahogándolos!...— parecía cantarle la extremaución el pajonal de la derecha. ¡El desastre!... ¡El desastre!... ¡El desastre!...— le acompañaba el pajonal de la izquierda.

Ostap tenía la sensación de que estaba recostado toda una eternidad. El día otoñal transcurría apacible y lentamente, el cielo gris apenas si filtraba un poco de su pálida luz.

Ostap se sentía mal. Tenía la impresión de que estaba esperando el traspaso... De un momento a otro deberá cruzar... De un momento a otro comenzará el cruce... Pero hay algo que le impide hacerlo... Algo que no le permite... “Quedáos quietos, no hagáis ruido”...— dice el abuelo Ovsiy y arden ciertas luces en el cielo. Las luces aquellas aumentan, llamean e incrementan su volumen, de ellas emana un calor que le abriga y le enardece la sangre. Una onda caliente llega a su corazón y su cabeza parece aclarar. No quiere morir. Quiere vivir. El mundo es tan bello... Ostap todavía es joven, no ha vivido aun, no ha conocido la vida por completo... Quiere

ver el sol, quiere ver al mundo, a la gente, quiere abrazar a Solomía... Todavía está vivo, no se quedará inerte, no esperará a que la muerte llegue y se apodere de él...

Ostap se movió del lugar donde se hallaba postrado y comenzó a arrastrarse.

Sentía un dolor tremendo. Sin embargo, no hacía caso y aguantaba... Marcharía con la ayuda de pies y manos, de los dientes si fuese preciso, pero de alguna forma saldría del cenegal.

Ostap continuaba su penosa marcha. Le era muy difícil hacerlo y el pasar de mata en mata, le resultaba un verdadero sacrificio. El pecho le ardía y la respiración le faltaba. Las piernas parecían de plomo. Descansaba a cada rato y a veces, desfallecía cayendo abatido. Pero de inmediato se volvía a arrastrar en medio de ese mar de juncos y espadañas. En su corazón ardía un fuego extraño y un salvaje e invencible deseo de vivir se anidaba en su interior, pareciendo colmar todo su cuerpo exhausto...

De pronto oyó una voz que le decía:

— ¡Ostap!... ¡Ostap!... ¿Eres tú?... ¿Estás vivo?

Y comprendió que aquella voz era la voz de su fiel mujer, Solomía, que bajó del cielo para llevarle consigo.

— ¡Soy yo, soy yo, corazón!...— le dice ella y siente que lo levanta, lo toma en brazos como a una pequeña criatura y así, juntos, parecen volar hacia lo alto, hasta el estrellado cielo...

Y siente un placer inefable, una alegría inmensa...

IV

A un costado del camino que utilizaban los aldeanos de los pueblos costeros del Danubio para llegar hasta Galats, entre los pajonales y los sauces de la orilla,

parecía esconderse el caserío gitano. Estaba compuesto de tres o cuatro chozas miserables que más se parecían a un gallinero que a vivienda humana: las casuchas bajas, torcidas, apenas si revocadas de barro, semejaban mucho a gigantescos nidos de golondrinas.

En dos de las chozas, era evidente que no vivía nadie, ya que sus ventanas estaban destrozadas, los techos de paja derrumbados dejaban a la vista los contrafuertes y travesaños, como si fuesen los huesos de un enorme esqueleto. Tan solo en una de las casuchas aquellas, la luz brotaba por los ventanucos opacos y sucios, mientras que el humo escapaba por la chimenea.

En esa choza solitaria, vivía una familia gitana.

La mayor parte de la vivienda estaba ocupada por el horno-estufa con una chimenea tan grande que casi llegaba al suelo. La boca del horno estaba tan baja, que el fuego parecía arder en el mismo suelo. Una gitana canosa y desgredada secaba sus harapos al calor de la lumbre, arrojando al fuego de vez en cuando alguna rama seca, mientras fumaba con fruición su corta pipa. Un gitano joven, estaba recostado en una tarima y había adoptado una posición cómoda y bastante pintoresca. Sus aceitosos bucles negros escapaban bajo las alas de un desharrapado sombrero, mientras que sus ojos brillantes y su cara alegre, barbuda y un tanto picada de viruelas, le sonreían a la joven mujer que agachada, trataba de quitarle las botas. La graciosa figura de la joven pareció tensarse como un arco y el fantástico capote azul así como la falda multicolor que la cubría, no podían ocultar las formas armoniosas de su cuerpo joven.

En el umbral de la puerta había un gitano viejo y alto parado, cual si estuviese pensando en entrar o no en la casucha. Por fin cruzó el umbral, llegó hasta el horno arrimándose al fuego de tal manera, que su rostro

severo se iluminó con un brillo cobrizo. Fue entonces que se dirigió al más joven:

— Radu, ¿acorralaste al matungo? No sea que se meta en el pajonal y muera quemado...

Radu se dispuso a contestar, cuando justo en ese momento se oyó un fuerte ruido en la ventana.

Todos se estremecieron. La joven gitana salió fuera de la casa.

Casi al instante se oyó su voz timbrada que gritaba:

— ¡Radu, aorde!*

Radu perezosamente se levantó de la tarima y salió de la casa. Tras de él, salió el viejo.

Al pie de la ventana, frente a la joven gitana, había una mujer de un aspecto terrible; pálida, de cabellos claros, la ropa destrozada y sucia. En forma incoherente trataba de hacerse entender. Sus labios se movían, aunque la voz se oía apenas. Esta circunstancia la hacía sufrir y por eso hasta trataba de hacerse entender con los ojos enrojecidos, asustados, desvariados casi. Por fin pudo pronunciar algunas palabras con voz ronca.

— ¡Buena... gente... socorro!... ¡Socorro!... ¡Ostap se encuentra aquí cerca... vamos!... ¡Socorro!...

Los gitanos no comprendían nada.

— ¿Sodes dushá?...* — preguntó el mayor de los gitanos.

Solomía no le oía. Ella se dirigía a Radu, se prendía a su capote y tironeaba de él. Gimiendo, rogaba y trataba de llevarlos consigo.

Los gitanos no se apresuraban a seguirla. Se consultaban, discutían, gritaban. Por fin se decidieron. Solomía lo notó, tomó de la mano a la gitana como si tuviese miedo de perderla y se la llevó para el lado donde

* ¡Radu, aorde!: ¡Radu, ven aquí!

** ¿Sodes dushá?: ¿Qué dices?

ardían los espadañales. Los gitanos a duras penas lograban mantenerse a su lado. Luego de cruzar el camino, se lanzó a lo más espeso del estero.

— *¿Kay dzhá?* *— gritaba alarmado Radu.

Pero ella sin responder, continuaba corriendo hacia adelante. Por fin se detuvo.

— ¡Ostap!...

No hubo respuesta.

Los gitanos se inclinaron curiosos. En el suelo había una persona. El viejo gitano encendió fuego con su yesquero y lo acercó al rostro de Ostap. Los ojos de éste estaban cerrados y en su pálida cara, en forma relevante, se dibujaban unas cejas y unos bigotes espesos y negros.

— *Sanshukar...***— susurró la joven gitana, inclinándose hacia Ostap.

Esta palabra, por lo visto, despertó el enojo de Radu, ya que lanzó un grito gangoso y salvaje a su mujer y se alejó de Ostap.

— ¡Buena gente!...— rogaba Solomía de rodillas — ¡Por piedad, albérguennos en vuestra casa!... Ya lo ven... estamos perdidos. Mi hombre está herido de bala, apenas si vive. Por poco no hemos muerto en los esteros... Yo les agradeceré... Yo les pagaré con mi trabajo... Tomen todo lo que tengo... todo... todo... Solamente no nos abandonen... No nos dejen morir aquí... Tomen... Tomenlo todo...

Solomía se arrancó el pequeño bolso que llevaba al cuello y extrajo de él varias monedas de plata y se las entregó al viejo gitano.

Este las hizo sonar, las sopesó en sus palmas y luego las guardó en uno de sus profundos bolsillos.

* *¿Kay dzhá?*: ¿Adonde vas?

** *Sanshukar*: hermoso

— *¡Mishto!...**— dijo en forma breve.

Luego de consultarse con los gitanos jóvenes, levantaron a Ostap tomándolo de brazos y piernas y en silencio, lo llevaron hasta la casa.

La vieja gitana pareció revivir en cuanto trajeron al herido. Su horriblemente amarillo rostro de vieja bruja, hasta pareció bondadoso; los mechones de cabellos grises que escapaban del pañuelo negro que cubría su cabeza, caían blandamente sobre el pecho de Ostap, cuando la gitana lavaba y vendaba al herido con la misma suavidad como si se tratara del pecho de su hijo. Después de haber ingerido cierta bebida, con la herida vendada y gracias a la tibieza del ambiente, Ostap entreabrió los ojos. Aquella circunstancia alegró a la vieja gitana de tal manera, que ésta comenzó casi a gritar muy vivamente en su lengua, a la par que daba fuertes pitadas a su pipa y sacudía con marcado contento las espaldas de Solomía.

La vieja gitana tomó a Ostap bajo su cuidado. Ella andaba a su alrededor colmándolo de toda clase atenciones, preparándole toda clase de brebajes, cuidando de su herida y alimentándole con leche de cabra, especialmente cuando Guitsa y Radu no estaban en casa.

La joven Mariutsa en presencia de los hombres, no prestaba la más mínima atención a Ostap, por el contrario, daba a entender que toda aquella historia no le causaba nada más que enfado: con frecuencia gritaba algo terrible, con una voz aguda como el graznido de algún cuervo y lanzaba miradas cargadas de enemistoso rencor en dirección al rincón donde estaba recostado el herido, pero Solomía se daba cuenta que todo aquello, la gitana lo hacía más para tranquilizar a Radu que a causa del enojo que pudiera sentir, ya que a cada rato

* *¡Mishto!*: ¡Bien!

la joven gitana miraba a su marido de reojo, tratando de ver que impresión causaba en él su proceder.

Pero era suficiente que los hombres saliesen de la choza, para que Mariutsa se convirtiese en una buena y generosa mujer y ayudase tanto a su madre como a Solomía en los cuidados y atenciones prodigados al herido. Ella le cubría con sus miserables mantas de más abrigo, le apartaba el cabello de la frente, espantaba a las moscas de otoño que tanto fastidiaban al doliente y todo esto lo hacía de muy buena gana, con unos movimientos tan vivos y tan graciosos, que bien se parecían a los suaves movimientos de alguna planta agitada por los vaivenes del viento. Y clavando la mirada de sus brillantes ojos negros, ora en Ostap, ora en Solomía, preguntaba:

— *¿Manush?...** *¿Manush?...*

Y cuando Solomía sin comprender lo que aquella decía, movía afirmativamente la cabeza, la gitana proseguía preguntando:

— *¿Sarbu shos?...***

Había días, en que por causa de Ostap las gitanas se demoraban en salir a mendigar. Cada mañana ataban un pobre caballejo blanco y flaco al desvencijado carromato de dos ruedas, cargaban varios sacos de lona en el mismo y montaban en el cajón de madera que les servía de pescante. Dicho cajón era tan alto que la vieja gitana desaparecía casi por completo en él y tan solo asomaban los blancos mechones de su cabello y la pipa corta que invariablemente mantenía entre los labios de su boca horrible. En cambio Mariutsa se mantenía de rodillas y empuñaba las riendas, tironeaba de ellas. El pobre jarmelgo agachaba la cabeza con tristeza y no se movía

* *¿Manush?...: ¿Tu hombre?...*

** *¿Sarbu shos?...: ¿Cómo se llama?...*

del lugar. Mariutsa le daba con las riendas, le propinaba golpes con el látigo, tanto con la lonja como con el cabo, le vociferaba, arreándolo con voz gutural, pero todo era en vano. El pobre animal no se movía del lugar. Era entonces que la vieja gitana exhalaba de su pecho demacrado un alarido espeluznante e inhumano, bronco y áspero, levantaba el puño con la pipa humeando sobre su cabeza y echaba maldiciones tan desafortunadas, terribles y soeces, que hasta los juncos de los alrededores parecían inclinarse llenos de temor y de vergüenza. A veces, solían pasar por allí algunos hombres y ayudaban a las mujeres con sus gritos y gestos. Y gracias a aquel vocerío enloquecedor, el jamelgo recién se decidía a ponerse en movimiento, extendiendo su cabeza, su cuello, su osamenta, sus músculos todos y daba algunos pasos con sus temblorosas patas, tirando así del curioso carruaje hacia el polvoriento camino.

Las gitanas iban de pueblo en pueblo, mendigando aquí un huevo, allí un puñado de harina de maíz, recolectando en los basureros toda clase de trapos y desperdicios, y ya por la noche de vuelta en la choza, era tanta y tan variada la cantidad de cosas que traían consigo, que resultaba imposible creer que todo aquello era producto del buen corazón y la misericordia de la gente.

Guitsa y Radu se despertaban al atardecer —ellos tenían por costumbre dormir de día y desaparecer por la noche— y era entonces que en la ahumada choza reinaban la risa y la vocinglería. En el hornillo ardía alegremente el fuego, las mujeres preparaban en él algún cocido a la vez que con su parloteo, llenaban la choza de voces, exclamaciones y relatos sobre las peripecias habidas durante el día. Con la cena, aparecía el aguardiente. Todos bebían, gritaban, gesticulaban, se movían de un lado a otro como si fuesen juncos movidos por el

viento. Parpadeaban las negras pupilas y el blanco azulino de sus ojos. Los bronceados y velludos pechos brillaban a la luz del fuego. A veces, venían a cenar algunos de los gitanos vecinos, figuras tenebrosas e inciertas, y también bebían, gritaban y golpeaban con sus puños las tablas mugrientas de la mesa.

Las oscuras sombras de los gitanos bailoteaban en las paredes, daba la impresión de que la choza estaba llena de gente como la plaza de algún mercado.

Debido al vocerío, Ostap no podía dormir. Estaba acostado con los ojos abiertos, afiebrado y tenía la impresión de que se hallaba en el mismísimo infierno.

Ocurría que la alegre compañía convidaba a Solomía, invitándola a beber aguardiente, pero aquella no aceptaba el convite, ya que la lengua zíngara le era desconocida y además, no estaba como para diversiones.

Llegada la noche, el bullicio se apagaba. Guitsa, Radu y los invitados salían al camino, rumbo quién sabe a dónde y las gitanas se ubicaban sobre la estufa. Al día siguiente, todo se volvía a repetir.

Mientras las mujeres salían a mendigar y los hombres dormían a pierna suelta en las tarimas arrimadas a la pared, Solomía dejaba un jarro de agua fresca al alcance de Ostap y se ponía manos a la obra. Blanqueaba las negras y ahumadas paredes de la choza, las cuales debido a la suciedad, más se parecían a las paredes de alguna madriguera que a las de una habitación humana. Lavaba el piso, sacudía el polvo acumulado en el violín del viejo Guitsa. Lavaba y rasqueteaba las tables de la mesa y hasta lavaba los mugrientos vidrios del ventano, a través del cual era visible un mar de juncos pardos, casi rojizos y se divisaba la blanca cabra que pastaba por los alrededores de la choza.

Con sus tareas, Solomía trataba de agradecer a los gitanos la ayuda y el socorro prestados. Sin embargo,

todo lo que ella hacía no conformaba al viejo gitano: Solomía se daba cuenta de ello, gracias a las miradas de disgusto y los rezongos del viejo Guitsa. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer ella? Ir hasta la ciudad o a cualquiera de las aldeas cercanas y colocarse allí a trabajar, dejando desvalido a Ostap, ella no podía, ya que a cada instante éste podría necesitar de ella. A veces, cuando se hallaba atareada en la limpieza de la choza, Ostap la llamaba, reclamando con voz débil:

— ¡Solomía!...

— ¿Qué, Ostap?...— contestaba abandonando por un momento sus tareas.

— ¡Siéntate a mi lado!...

Ella tomaba asiento y Ostap la miraba largamente, en silencio, con sus ojos enrojecidos por la fiebre, o sino en forma atropellada, comenzaba a decir toda clase de incoherencias.

Pero Solomía no perdía las esperanzas ni su presencia de ánimo. La juventud tomaba lo suyo. Si ellos no perecieron allá en el pajonal, en medio de la ciénaga y se mantuvieron vivos hasta ahora, no había por qué temer en el futuro. Solamente había que esperar a que la herida de Ostap curase pronto.

Mientras tanto, Ostap se reponía a grandes pasos. La fiebre decayó, la herida cicatrizaba normalmente y sus fuerzas se restablecían con bastante rapidez.

A las dos semanas, Ostap se puso de pie y dando algunos pasos inseguros, se acercó al ventanuco y echó una mirada triste y profunda al oleaje de juncos que se agitaba como un mar bravo, rojizo y susurrante.

Llegó el momento en que Ostap podía quedar solo durante el día.

Ella le expresó sus deseos de ir con las gitanas hasta el poblado y una vez allí, tratar de encontrar alguna colocación. Quizás tuviese la fortuna de dar con alguien

de los suyos, que con toda seguridad no le negarían ayuda: los suyos son siempre los suyos y no como los extraños.

— Y bien, ve con ellas...— se conformó el herido — quizás encuentres algo para mi también... En cuanto me restablezca...

Al día siguiente, ni bien las gitanas se pusieron en marcha rumbo al pueblo con el fin de llevar a cabo su diario pordiosear, Solomía fue tras del carromato. Las gitanas lo notaron sorprendidas.

— *¿Kay dzhá?*...— gritó Mariutsa, dirigiéndose a Solomía.

Esta hizo un gesto con la mano indicando que iba en la misma dirección que ellas. Las gitanas cambiaron unas cuantas palabras entre sí y se tranquilizaron.

Solomía iba a lo largo del cenegal. Durante el día, los juncales no eran tan terribles como lo parecían de noche, por el contrario, tenían un aspecto casi hermoso. Los tallos cimbreantes y altos, brillaban al sol como si fuesen de oro. La coronilla de los juncos se entregaban a las caricias del viento, susurrando amistosamente su eterno cantar, semejando en esos momentos, altos y extensos trigales. Aunque el día era soleado y seco, soplaban un viento frío y otoñal que traspasaba las miserables ropas de Solomía. “El invierno se hará presente de un momento a otro, —iba pensando Solomía— y ni Ostap ni yo tenemos nada con qué cubrirnos. Debo ganar algún dinero y comprar ropas”.

Solomía tuvo buena fortuna. Con toda seguridad, las gitanas habían comprendido los deseos de Solomía, ya que ni bien llegaron al poblado, la llevaron a casa de un búlgaro bien acomodado, quien de inmediato tomó a Solomía a su servicio, para que ésta lavase los vellones de lana recién esquilada. A partir de ese día, Solomía comenzó a traer consigo un poco de dinero y algunos

productos que compraba para mejorar la alimentación de Ostap.

Pero el viejo Guitsa, enseguida se puso al tanto de la situación. Ni bien notó que Solomía tenía dinero, se acercó a ella, extendió la mano y moviendo los ojos con fiera, le gritó:

— ¡Entrégame el dinero!... ¿Tú crees que yo te alimentaré gratis?...

Solomía no entendía la lengua que hablaba el gitano, pero no obstante, se dió cuenta cabal de lo que el viejo quería.

Para más claridad, el gitano extrajo una moneda del bolsillo, la colocó sobre la palma de su mano y señalándola con el índice ennegrecido de su otra mano, insistente y con enojo, comenzó a repetir:

— ¡Pará!... ¡Pará!...*

Solomía le entregó todo lo que tenía.

En adelante, todas las ganancias de Solomía tenían un mismo fin: iban a parar a los insaciables bolsillos del viejo.

Con cada día que pasaba, la vida de los prófugos en la miserable choza gitana, empeoraba más y más. Cierta vez, ocurrió lo siguiente: las vendas que cubrían el pecho de Ostap, se aflojaron, pero él no las podía apretar. Por más que hacía, no lograba atarlas como era debido. Mariutsa, que se hallaba en la habitación, lo notó y se acercó al herido con el fin de ayudarlo. Precisamente en el momento en que Mariutsa estaba inclinada sobre Ostap, Radu entró en la choza. El gitano se puso pálido y su tupida barba negra tembló de rabia.

— ¡Aorde! — gritó a la mujer con voz ronca, furioso y lleno de maldad. Sus puños se contrajeron en un espasmo nervioso.

* ¡Pará!... ¡Pará!...: ¡Dinero!... ¡Dinero!...

Mariutsa, sin apresurarse, terminó de atar las vendas y se paró frente a Radu, sencilla, alta, cimbreante y tensa como una cuerda, con el rostro tranquilo aunque amenazador. Sus ojos, sin parpadear siquiera, miraban los ojos de él como diciendo: “¡atrévete!”. Durante algunos instantes estuvieron así parados, el uno frente al otro, como dos estatuas. Radu fue el primero en reaccionar. Levantó el brazo e hizo caer pesadamente su puño sobre el hombro de la mujer. Luego abrió la mano y sus dedos se prendieron del cabello de la gitana. Mariutsa se agachó, como si se hubiese inclinado ante Radu, pero instantáneamente dió un salto y con las diez uñas de sus dedos trazó diez surcos sangrientos en el rostro lívido de su hombre. Aquél rugió de dolor y la atrajo hacia sí, abrazándola. Ella se retorció en sus brazos como una anguila, mientras que los girones de su blusa azul caían inertes de sus hombros, como si fuesen alas rotas. Ambos estaban enardecidos por la pelea. Se arrojaban uno sobre el otro, golpeándose con el pecho, igual que dos gallos de riña, furiosos, mordiéndose y arañándose como si fuesen gatos, rugían y se golpeaban con tanta rabia, que hasta el cabello se les crizaba en la cabeza. Al fin de cuentas, se separaron con los ojos asombrosamente brillantes, los pechos violentamente agitados, las narices frenéticas y palpitantes y lívidos a más no poder sus rostros orgullosos...

Ostap temblaba de ira, lamentando no tener las fuerzas necesarias para poder golpear en debida forma al gitano.

“Yo te enseñaría —pensaba él— si el *moskall* no me hubiese desangrado”.

Y de verdad, mucha era la sangre que había perdido Ostap, ya que recobraba su salud muy despaciosamente. Las fuerzas le volvían muy de poco en poco y sus labios

pálidos, durante largo tiempo no terminaban de ponerse completamente rosados.

Además se sentía esclavizado. Aquel mar de juncos rojizos le rodeaba por todos lados, manteniéndole preso entre sus olas.

Sumido en aquella torturante soledad durante todo el día, Ostap probaba las fuerzas de sus piernas temblorosas, como un pichón de avecilla que se presta a volar por primera vez, y se ponía muy triste al comprobar que aun no estaba en condiciones de abandonar aquella guarida de gitanos. Prestando atención al modus vivendi imperante en la choza, Ostap notó muchas cosas fuera de lo común, alarmantes casi. Guitsa y Radu dormían durante todo el día y por la noche, desaparecían con rumbo desconocido. Muy a menudo a media noche, interrumpido el sueño de la choza, se oían fuertes golpes en el ventanuco y acto seguido, la habitación se llenaba de toda una banda de individuos de dudosa catadura, que bebía, gritaba, con los ojos brillantes por la codicia y que peleaba como una manada de lobos hambrientos. Cierta noche, Ostap no podía conciliar el sueño. Abrió la puerta de la choza con el propósito de respirar un poco de aire fresco y fue entonces que vió en el patio a Radu que arreaba unos caballos ajenos. Luego de maniatarlos, los ocultó en el pajonal.

“¡Ajá, —pensó Ostap— con que esas tenemos!...”

Y cuanta más atención prestaba Ostap, tanta más firme era su convicción de que había ido a parar a una guarida de ladrones.

Los juncales eran un escondrijo ideal para ocultar lo robado y tanto el viejo como el joven gitano, vivían muy conformes del lugar y se dedicaban con toda el alma, plenos de confianza en la seguridad del junca, a los misterios de su peligrosísima profesión de ladrones.

— ¡Hay que escapar de aquí! — decía Ostap a Solomía, haciéndola partícipe de todos sus descubrimientos.— De lo contrario, tendremos muchísimas complicaciones. Radu me odia a muerte, a causa de su nariguda gitana, ¡que un mal rayo la parta! y castiga a su mujer por cualquier tontería.

Sin embargo Radu no siempre reñía con su mujer.

Ocurría que a veces, toda la familia se quedaba en la choza, cual si se hubiesen puesto de acuerdo, y descansaban. Juntos comían, bebían vino y se alegraban. Y si por momentos, alguna explosión de enojo o el relámpago de alguna mirada furiosa, enturbiaba la tranquilidad familiar, era tan solo por un instante: de inmediato volvía a reinar la risa y la alegría, con un salvajismo igual al del enojo.

Después de la comida, Guitsa descolgaba su violín. Toda la familia sabía lo que aquello significaba y cada uno se acomodaba como mejor podía cerca de la choza. La vieja gitana cargaba su pipa con tabaco fresco y tomaba asiento en el poyo de la choza, eligiendo el mejor lugar. Guitsa echaba sobre su frente el ala de su gastero sombrero, se ponía en posición cerca de la puerta y comenzaba a tocar. Ni bien se oían las primeras notas, Mariutsa lanzaba una mirada furtiva en dirección de Radu y éste le contestaba con algún leve guiño de sus ardientes ojos o con el movimiento apenas perceptible de su bigote negro, pero en cuanto el violín comenzaba a enardecer y a cosquillar la sangre danzarina, la joven gitana no podía contenerse más y abandonando el umbral, como un ave morena, se lanzaba a la danza con una vertiginosidad tal, que su pañoleta azul parecía flotar en el aire. También Radu estaba pronto. Todos sus movimientos, aparentemente pesados, con la danza cobraban una ligereza asombrosa, haciéndose suaves y precisos, los pies apenas si tocaban el suelo, las manos

se retorcían como si fuesen de goma y su cuerpo todo recordaba la gracia de una vara de mimbre. Al comenzar la danza lo hacían con lentitud, con suavidad, como si los estuviese sacudiendo una débil ráfaga de aire. Pero de pronto, Guitza se inclinaba sobre su instrumento. Levantaba una nota, agudizándola tanto que parecía desfallecer. Por fin, aquella nota se desprendía y echaba a rodar hacia abajo. Primero iba sola, saltando y tomando velocidad, pero como al descuido, se le unía una segunda, luego una tercera y más tarde entrelazadas entre sí, rodaban como peñascos montaña abajo, más rápido cada vez, arrastrando en su caída más notas cada vez, transformándolas en un verdadero alud de sonidos, en una terrible cascada musical, en la cual se sentía la recóndita y salvaje energía del movimiento.

Aquel torrente musical apresó por completo a los danzarines y por entero sacudió las fibras de sus cuerpos. Cada vez más, ellos aceleraban el ritmo de la danza, atrayéndose el uno al otro con los suaves movimientos de las manos y la mirada brillante de los ojos, aproximándose y apartándose, desfalleciendo con dulzura en un incipiente abrazo para separarse en el acto con gracia y bambolearse otra vez al ritmo de la música, como si fuesen dos cisnes negros flotando sobre las olas. Hasta en los instantes en que parecían quedar inmóviles, cada uno de los músculos de sus cuerpos morenos palpitaba bajo la ropa que los cubría, sus pechos se agitaban pesadamente, la blancura de sus dientes asomaba entre los labios entreabiertos y desde lo profundo de sus gargantas, escapaba un hálito ardoroso.

La vieja gitana, apenas visible entre el espeso humo de su pipa, aplaudía con fervor, mientras que a su lado se hallaba parada la blanca cabra, concentrada su atención en los amos, cual si estuviese encantada por la melodía de la danza gitana.

También Ostap salió fuera de la choza para observar de cerca a los danzarines.

“Bailan como diablos, ni que estuviesen borrachos”,— pensaba Ostap y recordaba a los músicos de su aldea a los que otrora contratara para festejar a Solomía.

* * *

Inesperadamente ocurrió algo que conmovió a toda la tribu gitana. Cerca del amanecer, Radu introdujo en la choza a Guitsa, golpeado y mal herido. El viejo gitano se quejaba quedamente y dejó tras de sí, desde el umbral hasta el lecho, un reguero de sangre. Las mujeres se agitaron. La vieja maldecía y culpaba a Radu, pero éste, sombrío y conmovido, explicaba algo en voz baja, como si temiese de que alguien ajeno pudiera oírle. Luego la gitana alborotó de tal manera, que todos se despertaron. Solomía tuvo que encender el fuego en el horno. Mariutsa y su madre se pusieron a observar con atención al herido y Radu se apresuró a arrojar al fuego las ropas ensangrentadas de Guitsa y se puso a limpiar cuidadosamente el rastro de sangre en el piso. Estaba muy intranquilo, a cada rato salía y entraba en la choza, desaparecía para volver aparecer otra vez y aconsejarse con las mujeres. Aquella mañana las gitanas no salieron a mendigar como era su costumbre y el jamelgo anduvo suelto durante todo el día por los alrededores de la vivienda, mostrando sus flacas costillas al viento y mordisqueando el resto de pasto amarillento y casi seco. La vieja gitana, por lo visto profundamente triste, se lamentaba, gritaba, lloraba y no se apartaba ni un instante siquiera del lecho del viejo Guitsa. Mariutsa estaba tranquila, aunque pensativa. El viejo gitano yacía en silencio en un rincón del cuarto, pero a veces reunía a los demás a su alrededor. Era entonces que las negras

cabezas de los reunidos se inclinaban sobre el lecho del herido, efectuando de aquella manera la más misteriosa de las consultas. De un momento a otro tenía que ocurrir algo sumamente grave y extraordinario. De que se trataba, Ostap a ciencia cierta no lo sabía aunque lo adivinaba. Lo ocurrido a Guitsa lo alarmaba, tanto por sí como por Solomía y fue entonces que decidieron abandonar aquel peligroso lugar cuanto antes, aun teniendo el cuenta que a Ostap le era muy difícil marchar a pie. Mañana mismo Solomía pediría a su amo autorización para llevar allí a Ostap y ni bien logre el permiso, se pondrán en marcha de inmediato, abandonando los juncales para siempre.

Pero ocurrió algo completamente distinto. Al día siguiente, cerca del medio día, a la choza de los gitanos llegó un grupo de soldados turcos, quienes allanaron la vivienda, efectuaron una requisita general descubriendo varios objetos robados entre los juncos, ataron a todos los presentes, incluyendo al débil y viejo Guitsa. En vano Ostap trataba de convencerles de que él era un extraño allí. En vano les relató como apareció en los juncales. Nadie le hacía caso, como tampoco hacían caso del griterío de las mujeres y de las maldiciones de Radu.

Los soldados colocaron al viejo Guitsa en el carromato, ataron al caballo, cerraron la puerta de la choza afirmándola con una tranca y entre denuestos y alabanzas a Alá, se pusieron en marcha rumbo al poblado, custodiando a sus prisioneros.

Tan solo la cabra quedó en los alrededores de la choza en medio del juncal. Ella balía lastimera, cada vez que el viento otoñal despeinaba su blanca lana.

Para Solomía, el día de hoy era un día afortunado. En la hacienda de su amo no se trabajaba. Era día de asueto con motivo de cierta festividad local. Ella resolvió llegar hasta los aposentos del señor y rogar por Ostap. Debido a la fiesta, el búlgaro estaba un tanto bebido, alegre. De muy buena voluntad permitió que Ostap pasase la noche en la hacienda, junto a los demás servidores y hasta le dió a Solomía un pequeño anticipo de dinero. Con el ánimo de aprovechar su día libre y el dinero obtenido, Solomía decidió marchar a la ciudad de Galats y comprar allí para Ostap, algunas ropas abrigadas. Hoy se sentía particularmente alegre y optimista, la tranquilidad reinaba en su alma. Respiraba con fruición el aire fresco de la mañana. Todo lo malo y desagradable que hubo en su vida, retrocedía, palideciendo, hasta desaparecer. Iba en aumento la seguridad de que todo terminaría bien y de que por fin, ella conocería la vida feliz. Sin darse cuenta, Solomía llegó al mercado de la ciudad. Su mirada, sin poder contenerse, recorría las largas filas de mostradores y pabellones repletos de ropas, calzado, alimentos. Miraba los montones de lana blanca y negra que allí había, como si en aquel lugar estuviese descansando un gigantesco rebaño de ovejas. Miraba los atados de zapatos de cuero de cabra, blandos y olorosos. No sabía hacia donde ir. Y quizás hubiera permanecido así, indecisa, por mucho tiempo, si no fuese que alguien comenzó a tironear de su manga.

— ¡Solomía!...— se oyó una voz que bien se parecía al balido de una cabra,— ¿Es cierto que es Ud. o es tan solo su sombra?... ¡Je-je-je!...

Solomía se dió vueltas. Ante ella estaba parado el mismísimo “*pulgarcito*”.

— ¡Iván!... ¿De dónde apareció Ud.?...— preguntó So-

lomía levantando la voz a causa de la sorpresa, contenta como si inesperadamente se hubiese encontrado con algún pariente.

— ¿Y qué?... ¿Ud. creyó que había desaparecido?... ¿Dónde está Ostap?...

— Ostap... pero es mejor que nos alejemos de aquí. Sentémosnos en cualquier parte, yo más tarde compraré lo que me hace falta...— dijo Solomía y ambos se apartaron del tumulto. Iván iba contentísimo por la atención que le dispensaba Solomía.

— ¡Je-je-je!... ¡Tan solo las montañas no se cruzan entre sí, pero las personas...!— Iván daba pequeños saltos, tratando de ir a la par de Solomía, mientras que reía contento y la risa sacudía los músculos de su cuerpo bien alimentado.

Iván tenía el aspecto de una persona muy bien cuidada y más que un sirviente parecía un amo. Vestía una corta camisola de lana, con una ancha faja verde en la cintura, gastaba amplísimos bombachos con los pernils sobre las cañas de las botas relucientes, que parecían rebajarle aun más la estatura. Se había dejado crecer la barba que descansaba en su pecho y le brindaba prestancia de persona adinerada.

Después de andar un trecho, tomaron asiento en los peldaños de una escalera.

— ¡Vaya con el encuentro!...— decía Iván sorprendido aun — Ni que estuviese soñando. No puedo creer de que la están viendo mis ojos... Por lo menos dígame gracias a que milagro, usted llegó hasta aquí...

Solomía comenzó el relato de sus peripecias, pero Iván la interrumpía a cada rato.

— ¡Eh-eh-eh!... Yo ando a los gritos, ¡Ostap!... ¡Solomía!... Pero de pronto veo que el agua rodea la barca... No se oye nada más que el ruido de los remos... La orilla desapareció tragada por la oscuridad...

— ¡Ay, qué desgracia! — decía Iván lamentándose — Recibió un balazo junto al corazón... ¡Mira que des...!

Iván miraba a Solomía con los ojos desmesuradamente abiertos y agitaba su barbilla cabría lleno de sorpresa.

... ¡Sí!... ¡Sí!... Claro, claro, hubieran muerto asados como jabalíes... Se hubieran perdido en vano dos almas cristianas...

... ¡Créamel!... A mí me ocurrió igualito; ni bien llegamos a la orilla...

... ¡Esa sí que es buena!... ¡Gitana del demonio!... El dándole porrazos y ella tratando de arrancarle los ojos, igual que...

A cada rato, Iván interrumpía a Solomía, tratando de insertar el relato de sus propias aventuras. Por fin se salió con la suya.

— Saltamos de las barcas y pisamos tierra turca, pero yo sentía un desconsuelo tan grande que bueno... bueno... ¡Qué va!... Uno se imaginaba un montón de cosas agradables, en compañía de buenas personas y ¡hété aquí! que tan solo me quedé con vuestros enseres. Al día siguiente, fuimos a registrarnos a la sección de policía, pero lo único que yo tenía en la cabeza era a Ostap... Casi me pongo a llorar de la pena... Nos registramos y nos dijeron: ¡Sois libres!... Y bueno, el vivo vida quiere... ¡Je-je-je!... Algunos de los que iban en nuestro grupo, tomaron rumbo hacia Tulcha, otros hacia Isakcha, en busca de parientes y conocidos. Yo había visto que aquí hay gente nuestra y decidí quedarme. Quizás, —pensé— reciba alguna noticia sobre lo que les ocurrió a ustedes, ¡por Dios, que así fue!... Espere un poco. No me interrumpa... En una de esas, salí al mercado. Me paré junto a los nuestros y me puse a observar a los contratantes... Los turcos pasaban jerigonceando casi igual que los judíos nuestros... Llegaban los

griegos, morenos y chapurreando en su lengua, ¡Dios sabe qué!... En eso se me acerca un hombre, uno de los que aquí llaman rumanos y me dice: “Ven conmigo, en calidad de *“argat”*... *“Argat”* significa sirviente... Yo no podía comprender lo que él quería... ¿Qué quieres?—pregunto... Pero él, *“argat”* y *“argat”*... A duras penas, alguien de los presentes, me explicó de lo que se trataba... ¿Por qué no? —dije entonces y fui tras el rumano. Resultó muy buena persona, a Dios gracias, muy buena alimentación... A veces, su mujer se pone a gritar, pero él se me acerca y me tranquiliza, convenciéndome para que no me vaya: *“bun argat —dice— bun, no te vayas”*...— y me palmea los hombros... El quiere que me pase toda la vida trillando en sus eras... ¡Qué las ganas le hagan provecho!... ¡Je-je-je!... Sin embargo, Savka —¿se acuerda de Savka? —aquel muchacho alto y delgado... ¡Eh!... ¡Qué memoria la suya!... ¡Savka aquel que recibió el apodo de legua!... Pues bien... Savka quiere que yo me vaya para Tulcha... Vamos para allá —me dice— hay tanta tierra que es imposible de medir, toma la que quieras, ocupa cuanto te permitan tus fuerzas, corta algunos árboles, construye tu casa y serás todo un señor... ¿Sabe qué, Solomía?... ¡Oh!... ¿Sabe qué?... ¡Vayamos todos para allá!... ¡Por Dios!... ¡Vayamos!... ¡Oh!... ¡Qué bueno será vivir todos juntos!... Vayamos ahora mismo para su casa y consultémonos con Ostap... De cualquier manera hoy es feriado... ¿Qué le parece?... A ver, ¿qué dice usted?... Y yo que ni me imaginé siquiera... Es bien cierto aquello que dicen las gentes: tan solo las montañas no se cruzan... ¡Je-je-je!...

Iván movía la cabeza lleno de incredulidad: gracias a la feliz casualidad, sus ojos redondos brillaban como dos manchas de aceite. Hablaba sin parar un instante siquiera y con su voz un tanto cascada, elogiaba, expresaba su asombro, juraba y rogaba.

A su vez, Solomía comenzó a pensar en los lugares mencionados por Iván. Trabajando en la hacienda del búlgaro, había oído hablar mucho sobre la radicación definitiva de los prófugos y tan solo esperaba la mejoría de Ostap, para probar fortuna. Ahora, en compañía de Iván y de aquel Savka, sería más fácil ponerse en marcha rumbo a aquellas tierras de promisión.

— Bien. Usted tan solo espere a que yo haga algunas compras...

— Yo iré con Ud... Me mantendré a su lado como ciego a la tapia, de lo contrario la volveré a perder... ¡Je-je-je!...

Bien pronto Solomía e Iván iban caminando a lo largo del juncal en dirección al caserío gitano. Iván iba contento, alegre, dando pequeños saltos con sus piernas cortonas y charlando sin parar.

Lo primero que vieron fue la cabra blanca. El animal se rascaba contra el tronco de un sauce seco y balía lastimeramente. Al aproximarse a la choza, Solomía sintió una alarma indefinida. La causa de aquella alarma, le resultaba desconocida, aunque esa sensación le producía un profundo malestar anímico. Sin escuchar ya las palabras de Iván, Solomía fue corriendo hasta la puerta de la choza. Vió que estaba cerrada y afirmada con una tranca. ¿Qué había ocurrido en su ausencia? ¿Por qué encerraron a Ostap? Arrancó la tranca, abrió la puerta y penetró en la vivienda. Allí reinaba el más completo desorden. Los bancos volteados con las patas para arriba. En el suelo, un montón de harapos. La choza estaba oscura y vacía. No había nadie. ¿Adonde fueron? ¿Dónde estaba Ostap? ¿Quizás ella se equivocó de vivienda y fue a parar a una choza ajena? Solomía salió corriendo al patio. No, era la misma choza. Allí veía la grieta en la pared, los mismos sauces, la

misma cabra. ¿A lo mejor, Ostap salió de la choza y atrancó la puerta?

Solomía gritó llamando a Ostap.

No hubo respuesta. ¡Por que había tal desorden en la vivienda? ¿Por qué estaba todo revuelto?... ¿Dónde estaba el débil Guitsa? El viejo gitano no podía moverse. Cuando ella salió por la mañana, el viejo apenas si respiraba. ¿Qué es lo que ocurrió en su ausencia?

Solomía recorrió los alrededores de la choza y echó un vistazo al corral: notó que faltaban el caballo y el carronato. Fue corriendo hacia otras viviendas del caserío y miró a través de las ventanas rotas. No había nada ni nadie. Sus piernas comenzaron a temblar. Al poco tiempo, temblaba todo su cuerpo. La alarma le roía el pecho y la garganta. ¿Dónde está Ostap?

— ¡Esto sí que es curioso! — decía Iván lleno de sorpresa, mientras corría detrás de Solomía molestándola con toda clase de sugerencias inútiles.

— ¿A dónde lo habrán llevado? — se preguntaba la pobre mujer, mirando sin ver en dirección de Iván. Ella no podía comprender absolutamente nada. Sus pensamientos y toda clase suposiciones giraban en su mente en forma vertiginosa.

— ¡Bah!... ¡Quién sabe dónde andará!... ¡Vayamos a la sección de policía — aconsejó Iván — y avisemos que desapareció un hombre!... Ya verá como enseguida lo encuentran...

Solomía estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, con tal de hallar algún rastro de Ostap. Además, no le quedaba otra cosa que hacer caso al consejo de Iván. Para más seguridad, volvió a revisar cada uno de los rincones de la vivienda y gritó varias veces llamando a Ostap entre los juncos y espadañas. Iván le ayudaba, uniendo a los gritos de aquella, su voz chillona. Pero todo fue en vano. Se pusieron en marcha con paso acelerado, en di-

rección a Galats. Tenían que apresurarse, pues ya había comenzado a anochecer.

Ya era entrada la noche cuando ellos llegaron a la sección de policía. Allí tuvieron que esperar un buen rato, puesto que el principal había ido hasta la mezcquita y los soldados turcos no los comprendían. Por fin fueron llamados en presencia del principal. Este era un turco de aspecto bonachón y regordete, de nariz aguileña, bigotes negros y brillantes, la cara afeitada y fresca. Escuchó a los recién llegados con tranquilidad, por medio del traductor. Cambió un par de palabras con otro turco y luego dijo en forma pausada y tranquila:

— No es necesario buscar muy lejos, ya que él se encuentra aquí, entre nosotros y a muy buen recaudo. Por fin cayó el pájaro. Ya hace mucho que teníamos preparada la trampa para estos gorriones y por suerte, han caído todos. Cayó todo el nidal. Enviaron una pobre alma al paraíso, pero también ellos fueron a parar al infierno. Dinos, mujer, ¿cuándo fue que tu hombre recibió un balazo entre las costillas? Seguro que no fue el mismo día que hirieron al viejo Guitsa, sino que en otra ocasión, ya que su herida está casi cicatrizada. ¿Dices que ha sido herido por un cosaco guardafronteras cuando escapaban?... Ya me parecía que él es un ruteno prófugo... Pues bien, lo devolveremos. Nosotros tenemos delincuentes de sobra, como para ocuparnos de él. Que sean ellos los que les acaricien las espaldas. Y no ruegues ni insistas. Yo no te he de ayudar en nada. ¿Has comprendido? Bien. ¿Qué estás allí parada?... ¡March!

— ¿Y tú, quién eres? — preguntó el turco dirigiéndose a Iván — por casualidad, ¿no eres de la tribu gitana?...

— Yo... No... No... ¡Qué cosas dice usted!... Yo sirvo en la hacienda del griego Todoraki... ¿Acaso no lo conoce?... ¡Mire que cosas dice Ud.!...

Solomía quedó helada en cuanto oyó lo que dijera el turco respecto a Ostap. Ella con enojo rechazó las acusaciones que se le hacían a Ostap. Relató toda su triste historia casi llorando, imploró clemencia. Pero el turco era incommovible y no quiso oirla. Se dió vueltas y comenzó a conversar con otra persona. El traductor hizo un gesto con las manos y casi a empujones, la hizo salir del recinto.

Solomía salió de la sección de policía maldiciendo.

¿Qué hacer? ¿Dónde buscar socorro?

Solomía e Iván iban en silencio por las oscuras callejas de aquel poblado hostil y desconocido. Ante ellos se extendía un manto de niebla que lo cubría todo. Tan solo se vislumbraban las luces amarillas de las ventanas iluminadas en los pisos altos de algunos caserones de piedra, que echaban su luz sobre las sombras espesas y húmedas de las copas de los árboles.

Era muy raro que cruzase alguien, aunque en los portales de las casas sentados en hilera sobre largos bancos, había muchos rumanos alegres y bulliciosos como gorriones en la tapia. Todo aquello era ajeno e indiferente al dolor de Solomía, más indiferente aun que las mismas ciénagas. ¿En busca de qué, llegaron hasta aquí con Ostap? ¿Para qué tuvieron que sufrir tanto, pasar tantas penurias en Besarabia y estar a punto de morir en los cenegales cubiertos de juncos y espadañas? ¿No hubiera sido mejor pudrirse en el cautiverio feudal, pero entre la propia gente?

— No se aflija,— la consolaba Iván — en la sección de policía, han de aclararlo todo... ¡El mozo no fue al baile y no tiene por qué bailar!... Ya verá Ud. como lo ponen en libertad... Mientras tanto nosotros, hablaremos con la gente... Yo iré a lo de mi amo, él es lugareño y conoce muy bien el orden que aquí impera... No se aflija, que la aflicción no ayuda en nada... ¡Ay, penita

mía!... ¿Dónde llevarle para que pase la noche?... ¡Quizás Savka sepa mejor?... Vayamos a lo de Savka, su ama es muy buena persona.

Luego de recorrer largamente por los callejones y callejas sucias y oscuras del poblado, llegaron por fin hasta el caserón donde trabajaba Savka. No lo hallaron, pero su ama permitió que Solomía pasase la noche allí.

— Mañana, alrededor del mediodía, me haré una escapada... siempre que me lo permita el amo — dijo Iván despidiéndose.

Solomía se pasó toda la noche llorando y por la mañana no fue a trabajar. Con impaciencia, esperaba el regreso de Iván.

Y efectivamente, Iván, tal cual lo prometiera llegó a eso del mediodía.

— Bueno, ¿Y qué? — preguntó Solomía casi arrojándosele encima.

— ¡Hay que dar *bakshish!** ¿Ud. sabe lo que es *bakshish?*... ¡Dinero!... ¡Coima!... ¡Si no lo damos, devolverán la pobre alma cristiana de Ostap otra vez a Reni, a manos de los cosacos guardafronteras!... Y los cosacos no se andan con vueltas, ¡ay, no!... Savka cuenta que cuando lo devolvieron a él al otro lado del Danubio, los cosacos le cosieron las espaldas a latigazos de tal manera, que hasta el día de hoy conserva las cicatrices... Además, dice que le cortaron el pelo y le marcaron la frente con un hierro al rojo y luego lo entregaron al amo... Ya perdió la cuenta de las veces que anduvo en la cárcel y de las veces que lo escarneció su amo, ni acordarse quiere. ¿Y qué?... Otra vez escapó hacia aquí... A Tulcha —dice— me iré sin falta... Savka es un mozo decidido... Ya lo ve, Solomía, es necesario preparar un

* *bakshish*: soborno, dádiva

buen *bakshish* y liberar a Ostap... Pero, ¿dónde conseguir dinero? ¿Dónde? ¡La cabeza me da vueltas!...

Sin hacer caso a los horrorosos relatos de Iván, Solomía se tranquilizó un poco. Si todo es cuestión de dinero, ella ha de hacer lo imposible, pero conseguirá lo necesario. Se ha de arrancar de la boca el último pedazo de pan, la última moneda irá a parar al montón de dinero destinado al soborno. Quizás Iván quiera ayudarla.

— Aquí tiene Ud. todas mis economías — dijo Iván como si hubiese adivinado el pensamiento de Solomía, y extrajo de un pañuelo algunas monedas de plata. Se sentía avergonzado de lo poco que ofrecía.— Además, en la maleta con los enseres suyos que yo tuve la suerte de salvar cuando cruzábamos el río, hay algunas ropas que se pueden vender y ...

Solomía tomó el dinero ofrecido. Efectivamente, en las maletas había algunas ropas y varias cuentas de coral. Ella vendió todo aquello con la ayuda del ama de Savka, pero el dinero obtenido era más que insuficiente. No obstante, al día siguiente bien de mañana, Solomía se presentó en la sección de policía. Allí no le permitieron llegar hasta donde se hallaba el principal y para su desgracia, el traductor no estaba. Los soldados se reían mofándose de ella, con gestos obscenos y muecas groseras.

Solomía ardía de furia y vergüenza.

— ¡Uh-h-h!... ¡Malditos musulmanes!... ¡Les arrancaría la cabeza con las manos como a pollos!... ¡Metieron preso a un inocente y todavía se burlan!...— decía casi llorando Solomía y gesticulaba con las manos como si de verdad estuviese retorciendo el cuello de los soldados.

A pesar de todo, a Solomía no le quedaba otro remedio que ir frecuentemente a la sección de policía, ya que era allí donde podría encontrar al traductor, persona

en la cual tenía puestas todas sus esperanzas. Sin embargo, era bien poco lo que prometía el traductor.

— No pondrán en libertad a tu hombre, no. Ni lo sueñes. Llegó prófugo, que se porte bien, comienza a hacer daño, de vuelta, ¡march!... No te desespere en vano mujer, ya no lo verás más.

— ¡Tenga usted piedad, póngalo en libertad, él no es culpable de nada! — Solomía entregó al traductor todo el dinero que llevaba.

Aquel lo tomó, lo contó y movió la cabeza.

— Es poco.

— No tengo más. Es todo lo que pude conseguir.

— Bueno, está bien... Vuelve dentro de tres días... No, mejor dentro de una semana, quizás pueda decirte algo...

Día a día, Solomía rondaba por lo alrededores de la sección de policía, enfadada, nerviosa, igual que una loba hambrienta. Ella no sabía por qué iba hacia allí, algo superior a ella la arrastraba contra su voluntad. Andaba hasta que el frío y el cansancio la rendían. La nieve húmeda cayendo suavemente como pétalos de flor de guindo llevados por el viento, cubría las espaldas de Solomía, pero ella no hacía caso de ello. Estaba segura de que impediría el cruce de Ostop, al otro lado del Danubio. De que forma lo haría y cuando, no tenía idea, pero la seguridad de que así sería, aumentaba de día en día, de hora en hora. Estaba dispuesta a ir a una muerte segura, si fuese preciso. Solomía estaba convencida de que ocurriría algo extraordinario, de que algún poder extraño vendría en su ayuda y era tan grande aquella creencia, que Solomía dejó de ir al trabajo y desistió de la idea de ganar dinero y ahorrarlo, como en un principio había pensado. ¿Para qué? No hacía ninguna falta. Tan solo había que esperar a que dijese su palabra el traductor policial.

Tranquila, terriblemente tranquila, Solomía llegó hasta

la sección de policía, el día indicado por el traductor.

Aquel la recibió con indiferencia.

— No hay nada que hacer... Será deportado. Y para que veas que no recibí en vano tu dinero, te diré que pasado mañana por la mañana se lo llevarán de aquí. En cuanto amanezca, llégate hasta la orilla del río y podrás ver a tu hombre... ¡Ya lo ves, he hecho todo lo posible!...

Tranquila como había llegado, sin decir ni una sola palabra, cual si estuviese conforme con lo dicho, Solomía abandonó la sección de policía.

“Será deportado... Será deportado... Será deportado”... Estas palabras le martilleaban el cerebro a cada paso que daba, mientras iba en busca de Iván. Llegó hasta el granero donde trabajaba aquél y lo apartó a un lado.

— ¡Será deportado!...— dijo Solomía mirándolo con los ojos fríos y sin lágrimas.

— ¿Quién?...

— ¡Ostap!...

— ¡No!... ¿Cuándo?...

— ¡Pasado mañana!... ¡Pero nosotros lo impediremos!...

— ¿Quién?... ¿Nosotros?...

— ¡Usted y yo!

— ¡Qué va!... ¡Qué cosas dice Ud.!... ¿Y de qué manera podemos impedirlo? ¡Los turcos lo acompañarán hasta la otra orilla!...— dijo Iván asustadísimo.

Pero, ¿qué importancia podrían tener los turcos, si Ostap estaba en peligro?... Ella ya había forjado un plan. Un plan completamente sencillo. Tan solo había que conseguir un fusil para cada uno de ellos, —esto era fácil, cada rumano lo tiene en su casa— luego, bien de madrugada irían a la orilla del río, se apoderarían de alguna embarcación y saldrían remando. En medio del río, esperarían hasta que aparezca el bote de los soldados conduciendo a Ostap y entonces caerían sobre los

turcos. En cuanto los vea, Ostap les prestará la ayuda necesaria. ¿Acaso Iván sentía miedo? ¿Acaso no quería liberar al compañero con quien anduvo tan largo camino y con quien compartió el pan y el agua?... Ella siempre sospechó de que aquel mequetrefe fue valiente nada más que la vez que huyó del lado de su mujer... Recién ahora ella llegó a descubrir su legítimo valor, su verdadera catadura moral. No importa. Se las arreglaría sin él, ella está dispuesta ir hasta la perdición con tal de salvar a Ostap... Solo que para la despedida, ella le recordará a su mujer y en presencia de todo el mundo, para su vergüenza, le daré una paliza tan grande que no la olvidará mientras viva...

— ¡Cómo es Ud.!... ¿Qué dice, Solomía?... ¡Que Dios la ampare!...— se defendía Iván asustado,— ¡Con Ud. estoy dispuesto a ir hasta el mismísimo infierno!... ¿Y a mí qué?... ¡No le temo a la muerte!... Ya que Ud. dice pasado mañana, que sea pasado mañana... Yo estoy listo, solamente que usted...— Iván se había puesto rojo, guiñaba los ojos y vigilaba con temor, cada movimiento de Solomía.

Solomía se contuvo y se apartó de él. Se reconciliaron y ya más tranquilos, sin rencores ni enojos, se pusieron de acuerdo en todos los detalles. Más tarde, cada cual se fue por su lado.

Al día siguiente, ni bien comenzó a clarear, Solomía llegó a la orilla. El caudaloso río enmarcado por las riberas cubiertas de nieve, se tendía a sus pies, como un negro y silencioso abismo. Se disipó la neblina y pudo verse un cielo encapotado y gris. En el aire inmóvil y silencioso se recortaban las siluetas de los sauces orilleros y sus oscuras sombras se reflejaban en el negro espejo del agua, mientras que las ramas largas e hinchadas, vaheaban pareciendo respirar el frío de la mañana.

Solomía miraba hacia el poblado. Esperaba con impaciencia la aparición de Iván. ¿Y si no viene?

Se veía muy poca gente. Una que otra persona, encorvada por el frescor de la mañana, atravesaba las calles fangosas del poblado. Por fin apareció la figura baja y bien alimentada de Iván. Traía consigo un par de remos y se parecía a un pescador que iba con tranquilidad, rumbo a su trabajo diario. Llegó a donde estaba Solomía y arrojó los remos al primero de los botes en fila, después extrajo de entre sus ropas una vieja pistola turca y se la entregó a Solomía. Era lo único que había podido conseguir.

— ¿Está cargada? — preguntó Solomía tomando asiento en el bote.

¡Sí! — contestó Iván en voz baja y empujó el bote alejándose de la ribera. Callaba, circunspecto y grave, como si la tristeza del paisaje invernal hubiese cambiado su estado de ánimo. Sin cambiar palabra, llegaron a mitad del río. La rápida corriente les arrastraba río abajo y se veía muy bien como los oscuros sauces de la orilla parecían escapar de ellos.

Solomía no apartaba su vista de la orilla. Allá a lo lejos, un grupo de personas trataba de sentarse en un bote. Distinguió con claridad como se acomodaron y como el bote se apartó de la orilla. Ambas embarcaciones se deslizaban por la superficie del río y se alejaban del poblado. El bote de los turcos también llegó a mitad del río, con la intención de aprovechar la fuerza de la corriente. Así fueron navegando el uno lejos del otro, sin aproximarse. Bien pronto el poblado quedó oculto por los gruesos árboles de la orilla. Iván empuñó los remos y su embarcación se aproximó a la de los turcos. Ya se podía divisar con claridad que en el bote había cuatro personas: dos en los remos y otros dos, uno frente al otro. Solomía reconoció a Ostap entre ellos.

Había que darse a conocer.

— ¡Os-ta-a-ap!...— gritó Solomía como cantando y aquella voz cantarina se extendió por la superficie del río y llegó hasta la persona a quien iba dirigida, estremeciéndolo.

— ¡Os-ta-a-ap!...— continuaba cantando Solomía — ¡nosotros tra-ta-re-e-mos de sal-va-a-ar-te!... ¡Iván ma-ta-a-rá a uno, yo al o-tro y tú, haz-te car-go del ter-ce-e-ro!...

La bella y potente voz desparramaba sus ecos por la superficie del agua, aproximándose cada vez más, oyéndose cada vez con más claridad hasta tanto que los turcos se distrajeron. Ellos ni se dieron cuenta de que la otra embarcación se les venía encima y de un instante a otro, el choque sería irremediable.

Recién cuando el bote donde iba Solomía se puso de costado y faltaba no más de un metro para chocar con la otra embarcación, los turcos comprendieron la situación y comenzaron a vociferar. Pero fue demasiado tarde. La colisión se produjo y ambos botes se balancearon peligrosamente. Aprovechando la circunstancia de que los turcos se inclinaban echando maldiciones, tratando de apartarse del bote que los había agredido, Iván levantó su remo y lo bajó con todas sus fuerzas sobre el rojo fez de uno de los soldados.

En ese instante se oyó el estruendo de un disparo y se elevó una pequeña nubecilla de humo.

— ¡Alá misericordioso!...— gritaron los turcos paralizados por la sorpresa.

Ostap se arrojó sobre su guardián.

Todo aquello había ocurrido con tanta rapidez, que bien se parecía a un sueño. Iván, luego de golpear la cabeza del turco, volvió a levantar el remo y quedó inmóvil por un instante, contemplando el balanceo de la embarcación y las caras asustadas de sus tripulantes. A través del humo, Solomía sintió que la mirada car-

gada de odio de unos ojos negros le quemaba el cuerpo y tuvo la sensación de que disparaba su pistola ininterrumpidamente una y otra vez, aunque en realidad podía efectuar un solo disparo.

De pronto, Iván sintió que algo punzante y caliente le mordió el cuerpo a la altura del vientre. En forma mecánica dejó caer el remo sobre la cabeza del soldado turco, sintiendo que se le aflojaban las manos y el remo se le escurría entre los dedos. El fez rojo adquirió una forma desproporcionada hasta que desapareció por completo de sus ojos. Extendió los brazos, se estremeció y en lo más hondo de su cerebro, tuvo la clara sensación de que se sentía mal, de que ese era el final.

— ¡Oh, Dios mío!...— gritó de pronto y cayó de espaldas al turbulento río. El bote tambaleante, se inclinó bajo su peso e hizo caer por la borda a Solomía. El agua helada punzó con sus mil agujas el cuerpo de la muchacha y aguzó su conciencia. Tratando de mantenerse a flote agarrada del bote dado vuelta, ella vió que Ostap luchaba con dos turcos a la vez y el tercero —el mismo que Iván había golpeado con el remo— tenía en sus manos un fusil todavía humeante. La larga embarcación parecía sacudirse en el agua ante sus ojos, como si fuese un gigantesco pez agonizante.

Resulta que ni ella ni Iván, no hirieron ni mataron a nadie...

Significa que ese era el fin...

Pero no estaba como para ponerse a reflexionar. Comenzó a sentir que la poderosa corriente la abrazaba y un negro abismo tiraba de sus pies. Había llegado la hora de morir. Pero ella no se entregaría. Sus fuertes brazos le llevarían hasta la orilla que no estaba tan lejos como parecía. Detrás suyo se oían algunos gritos. reconocía la voz de Ostap, pero cara a cara ante la muerte, no podía prestar ninguna atención a ello. Ella

tenía que apresurarse, mientras no se había helado su cuerpo. El salvaje e inagotable deseo de vivir surgió en su pecho, aumentó, se multiplicó y se transformó en una ciega furia. Había que extraer todas las fuerzas... mantener toda la sangre tibia... apelar a toda la voluntad... ya estaba cerca la orilla... ya se distingue... que bella es la orilla... allí... allí... brilla el... sol... y está... cubierta... de verde... y... el... cielo... es azul... y... allí... está... la... felicidad... la... vida...

El alma tendía hacia el sol mientras que el cuerpo era arrastrado a lo hondo del negro abismo. Profundidad insondable que parecía aherrojarla en cadenas, parecía cubrirla de piedras, parecía estrecharla entre sus brazos helados. El cuerpo se hacía más pesado cada vez, cada vez se hundía más y más...

— ¡Osta-a-ap!...— sollozaba el alma de Solomía.

— ¡Solo-mí-a-a!...— llegaba hasta ella el grito de respuesta del alma amada.

— ¡Solo-mí-a-a!...— volvía a oír ella a través del agua helada que le cubría los ojos, la cara y despeinaba sus bellas trenzas...

La luz amarillenta y opaca del sol, lentamente se elevaba sobre el horizonte. La sensación de vida refulge por un instante, como una chispa y como una chispa se convierte en cenizas y se apaga...

Por la superficie del oscuro río, entre las blancas orillas nevadas, va flotando rápidamente hasta perderse de vista, el cuerpo volteado de un bote. Detrás de él, el agua arrastra otro, vacío, y las olas que salpican su borda, se tiñen de rojo...

Silencio...

* * *

Mucha es el agua que fluyó por el Danubio desde aquel día. Allá en lo alto, en el mismísimo altiplano de la Besarabia, donde día a día se mueven las olas baila-

doras y sucias de las manadas ovejunas y por la noche silba con tristeza el viento, hay un monumento solitario erigido en memoria a la sangre derramada en aras de la libertad. En aquel lugar, años ha, trabaron feroz combate los jenízaros turcos y las huestes moscovitas.

En la miserable choza donde el viejo guardián está preparando su frugal cena, apenas si hay vestigios de luz. En el pequeño hornillo, alegres y crepitantes, bailotean las llamas mientras que el viento ulula en la chimenea. Sobre el hornillo algo hierve en un caldero. El anciano, se calienta a la luz del hogar y escucha con atención la voz del viento.

Dirán lo que quieran, pero el viento aquél es un ser vivo. Viene corriendo desde muy lejos, atravesando poblados, trayendo consigo la quietud de la aldea y el bullicio de la ciudad, el susurrar del bosque, el murmullo de las aguas y el cantarino sonar de las espigas maduras. Lleva concentrado en sí todos los sonidos de la tierra, desde el sordo zumbar de la mosca hasta el poderoso rugir del trueno, desde el oculto latir del corazón hasta el grito mortal de la agonía.

Solamente que hay que saberlo oír. Y el anciano guardián, bien que lo había aprendido. Los muchos años de vida solitaria en aquellos parajes agrestes, en ese reino de los vientos, le habían enseñado a comprender su misterioso lenguaje. Y hoy, al igual que otras veces, como un amigo fiel, el viento trae noticias de todo el mundo y cual una preciosa ofrenda, las deposita en la chimenea del hogar de aquella choza.

El anciano enarca sus canosas cejas y escucha con atención. Sus ojos acuosos y casi ciegos, parecen clavados en el más allá, mientras que una sonrisa plácida borra las profundas arrugas de su cara.

— Oigo... Oigo...— murmura para sí y sale fuera de la choza.

La soledad y la noche le rodean.

Clava su vista hacia aquel lado, donde más allá de campos y aldeas, apresura su marcha eterna el Danubio y pronuncia en voz baja:

— ¿Otra vez me llamas, Solomía?... Espera, dentro de muy poco estaré contigo. No he de tardar mucho...

Mientras tanto, el viento ulula, despeinando la luenga barba del abuelo y trae un grito, eterno grito, apagado y lejano, apenas perceptible, como si surgiese del fondo mismo del Danubio:

— ¡Os-ta-a-ap!...

— Ella me llama con frecuencia,— sabe decir el abuelo a la gente que casualmente llega hasta la choza — en cuanto el viento comienza a soplar, ella me llama a su lado, dando un grito en la chimenea, otras veces me llama en el patio. También suele despertarme en medio de la noche. No, no es que se me aparezca, no... Y gracias a Dios, que no lo hace, de lo contrario se pondría muy triste, al leer el libro de mi vida escrito en mis espaldas...

Y Ostap de muy buena voluntad levanta su blanca camisola de lino, mostrando sus pobres y magras espaldas azuladas, donde como él gusta decir, tiene escritas las páginas más amargas del libro de su vida...

— Las cicatrices en la espalda, son los recuerdos de mi amo y la que tengo aquí en el pecho, cerca del corazón, es un regalo de los cosacos guardafronteras... Tengo remiendos por todos lados... Y así me he de presentar ante el mismo Dios... Bien caro que pagué por mis ansias de libertad... Bien alto y amargo fue el precio... La mitad de mi ser yace en el fondo del Danubio y la otra mitad espera la hora de poder reunirse a ella...

FLOR DE MANZANO

(Estudio)



Cerré la puerta de mi gabinete con sumo cuidado. Yo no puedo, no puedo en absoluto, seguir oyendo ese respirar ahogado y sibilante, con el cual pareciera estar llena toda la casa. En el dormitorio de mi esposa, se está muriendo mi niña. Ya es la tercera noche que ando insomne, tenso como las cuerdas de un arpa, que suenan al solo contacto del aire en movimiento. El quinqué del cuarto, con su amplia pantalla de cartón, divide el aposento en dos pisos: el de arriba, oscuro, lóbrego, pesado; el de abajo, pleno de luz, de brillantes reflejos y bordeado de una tenue y caprichosa redecilla de sombras. El lecho tendido y sin tocar, dispuesto en el sofá, se destaca por su blancura. Detrás de las oscuras ventanas, titilan las lumbreras celestiales encendidas por la noche y mi casa se asemeja al camarote del algún barco que navega hacia lo lejos, en medio de la inmensa soledad de un mar desconocido y negro, llevando a su bordo mi cuerpo cansado junto a mi dolor y mi temor. Me extraña el hecho de que aún estoy en condiciones de distinguir cualquier cosa a mi alrededor, ya que el dolor se posesionó plenamente de mí, haciéndome su prisionero. Cerca de la mesa, enderezo un cuadro al cual hallo torcido. ¡Sí, sí, ahora ya está simétrico!.. Pero el sibilante jadear de mi hija no cesa, continúa. Mis oídos lo oyen a través de la puerta cerrada. No, no iré al dormitorio. ¿Para qué? Sin estar allí, me lo imagino todo. Veo a mi pobre niña, con sus desnudos bracitos sobre la frazada; veo como se agita su pecho bajo la manta, como entreabre sus labios reseco por la fiebre, tratando de atrapar un poco de aire. Veo como esa pequeñuela, por lo general un tanto huraña, se aferra al cuello del médico con sus bracitos regordetes y sola, abre su boquita. ¡Pobre cachorrito sumiso!... Todo esto me parte el corazón. ¡Cómo deseo que llegue el fin!...

Aguzo mi oído. El menor murmullo paraliza mi co-

razón. Me da la impresión de que está a punto de ocurrir algo sumamente extraordinario. Que se ha de introducir por la ventana algún ser extraño, de grandes alas negras, o de que alguna sombra oscura cubrirá la casa toda y de que alguien gritará de pronto y será entonces, que una vida, pequeña y corta, quede trunca. Continúo escuchando. No, la casa no duerme... En ella se agita algo inmensurable, incógnito. Yo siento como ese algo respira, como suspira, como palpita su inquieto corazón, como pulsan rítmicas sus venas. Y yo sé. Ese algo es la Inquietud que reina. Ella mantiene electrizado y sujeto en su abrazo pleno de alarma, hasta el mismísimo aire de la casa. ¡Oh, cómo deseo liberarme de este yugo, salir a la calle y quitarme de encima tanta incertidumbre!...

Mientras tanto, continúo andando. Con paso regular y rítmico, a través de toda la casa. Camino de rincón a rincón. De rincón a rincón. Ya no siento a mis pobres piernas cansadas, ya no mando sobre ellas. No me obedecen, me llevan solas, como un mecanismo de cuerda y solamente mi cabeza teje la trama de sus pensamientos como si fuese una araña tejiendo su tela. Por la ventana asoma la noche, con sus negras y profundas extensiones sin fin. En algún lugar allá a lo lejos, suena la matraca del guardián nocturno. ¡Cuántos siglos hace, que ese instrumento con su lenguaje de madera, mantiene despierta la soledad de la noche! ¡A cuánta gente, a cuántas generaciones ha sobrevivido!... Ese ruido siempre evoca en mí, un estado de ánimo especial, una especie de sentimiento de mancomunidad con el ayer lejano y con la vida de todos aquellos que fueron mis antepasados. En la voz de la matraca hay algo simple y agradable, que en medio del silencio y la soledad de la noche, nos promete salvaguardar la tranquilidad del sueño... ¿Por qué no tomar una noche como ésta para aquél

episodio de mi novela recientemente comenzada, ese, donde Jristina, luego de abandonar a su marido, deja la ciudad y se refugia en una aldea? Ella está insomne. Abre la ventana de su cuarto... Todo un mar de árboles en flor, como suaves ondas negras se mueven en los alrededores... La aldea duerme, semejante a un montón de rocas oscuras... No se oye ni un sonido, ni se ve un fulgor siquiera, bajo el nuboso cielo. Tan solo los aromas de la tierra se mezclan en el aire y se anidan en el pecho, mientras que allá a lo lejos, repiquetea sorda la matraca, como si el corazón de un gigante invisible estuviese palpitando emocionado... ¡Qué extraordinario y novedoso le resulta todo esto a Jristina!... Ella siente que...

De pronto me sobresalto. ¡Dios mío! ¿Qué ocurre conmigo? ¿Acaso he olvidado de que mi niña se está muriendo? Acerqué mi oído a la puerta. ¿Continúa aun ese jadeo sibilante? Sí, aun jadea... ¡Qué difícil le resulta respirar! ¡Cuánto sufre, pobre pajarillo mío!... A mí mismo se me corta la respiración a causa de ese dificultoso jadear y mis pulmones comienzan a aspirar profundamente. Trato de respirar por mí y por ella, como si con esto, pudiese aliviarle en algo...

Pese a todo, siento frío. Algo como hormigas de hielo, corretean por mis espaldas y se desparraman por todo el cuerpo, haciendo tiritar mis mandíbulas... Ya hace tres noches que no duermo... El dolor me carcome, ya que irreparablemente, yo pierdo a mi única y querida hija. Y es tanta la lástima que siento de mí mismo y estoy tan humillado, tan pobre, tan solitario, que todo mi cuerpo se contrae, mi cara se retuerce en una mueca de dolor y asoman a mis ojos, las lágrimas ardientes de un llanto amargo...

¿Qué es eso? Se oyó el golpear de una puerta y se extendió el rumor presuroso de unos pies descalzos... ¿Acaso es el final?

Quedé inmóvil y mi corazón aquietó su ritmo. Oigo que alguien vierte agua y deja caer la tapa metálica del balde. Es Katerina que entró a la casa con algún recipiente. Veo a esta pobre mujer desasosegada y llena de sueño, mantenerse en pie, sumisa, durante toda la noche, pues ella también ama a nuestra Olenka. ¡Alma buena y simple!...

Y otra vez todo está en silencio, a no ser ese silbido de garganta estrangulada, de ese rumor de muerte en acecho... ¿Dónde huir de él? ¿Dónde esconderme? Ya no tengo fuerzas para seguir oyéndolo... Deseo huir y al mismo tiempo, estoy completamente seguro que no me moveré de aquí, pues no puedo no oírlo. Ese jadeo me encadena. Mientras lo oigo, sé que mi niña vive aun. Y yo ando, y sufro, pero todas las fibras de mi cuerpo me duelen de tanto oír ese fatigado y sibilante respirar...

Ya es tarde. El tubo del quinqué se ahuma poco a poco, mientras que su luz se va apagando lentamente. Yo oigo como crepita la mecha y veo como titila la llama, subiendo y bajando cual si fuese el pecho de mi niña. Yo contemplo lleno de terror, como la llama de la lámpara lucha por su existencia y me parece, que en el instante en que su luz se apague, expirará el alma de mi Olenka.

¡Mi Dios! ¡Cuán superticioso soy! Enciendo una vela y tomando ánimo, apago el quinqué. El aposento se torna irreal, desaparecen los reflejos y las sombras se diluyen, todo se cubre de un gris y triste colorido. Mi cuarto lo invade la tristeza. Yo arrastro mis pies cansados por entre los muebles oscuros y pegada a mí, silenciosa, se arrastra mi encorvada sombra. En mi cabeza bulle un mar de pensamientos. ¿En qué pienso? Pienso en algo lejano, ajeno, sin importancia, pero al mismo tiempo, comprendo lo profundo de todo mi dolor. Oigo

voces que hablan en mi interior. “¿No quisiera usted descansar un poco?” “¿Qué, descansar?”. No me detengo a pensar de quien puede ser esa voz. “Hidrogenón... hidrogenón... hidrogenón...” Ne sé por qué, pero esta palabra me gusta muchísimo. Yo la repito a cada paso y con cuidado pronuncio todas las sílabas que la componen. Esta palabra pareciera que refresca mis cansados ojos, adormeciéndolos a su conjuro casi maravilloso, haciendo que descansen en una visión encantadora de verdes y tiernos prados... Ya no oigo más el jadeo sibilante y a lo lejos, respetuosa, se ha callado la matraca...

En el comedor, el reloj dió las dos con un ruido fuerte y seco. Dos campanazos que llegaron a mis oídos con la fuerza del trueno y la sequedad del golpe que da la guillotina cuando cae. Dos campanadas que por poco, no fueron mortales para mí.

Si usted llegara a estar poseído del dolor, si minuto a minuto, tiene que llegar a usted lo irreparable y vuestra alma está tensa como la cuerda de un instrumento musical, de corazón yo le aconsejo: detenga los relojes, Ya que si usted los consulta, ellos no harán más que prolongar al infinito vuestros sufrimientos. Y si usted los olvida o los desconoce, ellos le recordarán que existen, con unos campanazos tan sonoros y tan pesados, que caerán como piedras sobre su cabeza. Ellos, con la indiferencia más absoluta, irán descontando los instantes de vuestra paciencia y con las dos manecillas de su esfera, aproximarán irremediamente, el instante de la catástrofe.

De mis ojos se alejó la visión de los prados frescos y verdes, y nuevamente volví a oír la matraca lejana del guardián nocturno.

La ventana lentamente va adquiriendo un tono gris. En el cuarto todo está igual, más sin embargo, todo es distinto: la llama amarillenta de la vela continúa titi-

lando al menor movimiento del aire, las sombras en las paredes bailotean grotescas, las tinieblas no se han disipado aun, pero ya hay algo diferente y nuevo en el cuarto. Tal vez sea la semipenumbra gris de las ventanas.

Me estoy volviendo extremadamente sensitivo. Mis ojos descubren lo que antes no llamaba mi atención. Me veo a mí mismo. Veo como ando de rincón a rincón por entre los muebles completamente innecesarios para mí. Hasta veo mi propio corazón en el cual no hay ni un asomo de dolor. ¡Después de todo, la muerte es la muerte y la vida es la vida!...

Se oye el chirrido de la puerta y en mi gabinete, sin decir palabra, entra el médico. ¡Mi viejo y buen amigo! Acaba de salir del dormitorio donde está postrada mi niña. Me toma de las manos apretándolas para infundirme valor y me mira a los ojos con fijeza. Yo lo comprendo perfectamente. “¿No tiene salvación, verdad?”—le pregunto con la mirada. “Por desgracia es así”—me contestan sus ojos sinceros y buenos. El sabe que su presencia está de más y por lo tanto se retira. Desde la puerta del cuarto, mi esposa le acompaña con la mirada suplicante, como si fuese que con él se va la vida de nuestra Olenka.

Después desvía sus ojos hasta mi persona. Yo los veo, oscuros y cansados de insomnio y de dolor, brillantes y embellecidos por las lágrimas vertidas. Veo también sus negros cabellos coronados por un grueso rodete, suave y cálido. Yo veo todo esto. Yo siento todo esto. Yo miro su cara adorable y llorosa, su cuello desnudo y sus pechos un tanto descubiertos, de donde emana un aroma embriagador de cuerpo joven y tibio, y cuando la tengo entre mis brazos y ella llora en mi pecho su llanto silencioso, siento que mi abrazo lo es más para la mujer hermosa y atrayente, que para la compañera bue-

na y cariñosa y como entre sueños, en mi mente van tomando cuerpo torpes frases de consuelo: “No llores. Aun no se ha perdido todo. Ya tendremos más hijos...”
¡Ah, qué infamia la mía!... ¿Cómo puede nacer un deseo semejante al conjuro del silbido mortal de una garganta agonizante? Olenka se está muriendo... y yo... No, no, esto no puede ser. Esto es salvaje. Es... es absurdo. ¿Quién es el que la arranca de nosotros? ¿A quién le hace falta su vida?... ¿Quién puede quitarme a la sangre de mi sangre sin estar yo muerto?... ¿Quién se quiere llevar a mi Olenka, a mi alegría a mi única hija?... No, no puede ser... No puede ser... Eso... eso es un absurdo.

Mi esposa, alarmada por los quejidos provenientes del dormitorio, se dirige presurosa hacia allí, mientras que yo, como una fiera herida, me muevo de un lado para otro y con una ira implacable, aparto los muebles de mi paso, queriendo destruirlo todo. “¡Es una infamia! ¡Es un absurdo!”—grita una voz en mi interior y los dientes me rechinan en un esfuerzo por contener el dolor de mi alma. “¡Por mil diablos!” “¡Esto no es otra cosa que la brutalidad más pura!”—grita mi ser rebelado. “Es ley natural”—contesta una voz en mi interior, pero yo no le hago caso y continuo caminando agitado por el cuarto. Sé que de mis labios están a punto de brotar las blasfemias más terribles. Las pronuncio. Las grito a voz en cuello. Lo hago y me asusto de mi propia voz, las mandíbulas me tiemblan, un sudor frío me baña las sienes... Me siento en un sillón y cubro mis ojos con las manos... ¡Ah-h!...

Así permanezco sentado largo rato.

¿Tan solo me da la impresión, o es que en realidad el jadeo se va apagando? ¿Qué es esto? ¿El fin? Mi esposa está callada, no se oye su llanto. Quizás mi pobre niña esté más aliviada. ¿A lo mejor, puede ser que todo pase y mi niña se duerma y mañana sus ojitos alegres

busquen rientes a su papá? ¿Acaso esto no es posible? ¿Acaso yo mismo, siendo niño, no he estado a punto de morir? Los médicos me habían desahuciado y sin embargo... ¡Dios mío! ¡Tiene que haber alguna fuerza suprema, a la cual yo pueda invocar!...

¿Respira con pesadez todavía? No, de verdad parece que ya respira con más facilidad... ¡Si se durmiera! ¡Si tan solo se durmiera!... Estoy seguro que me equivoqué cuando me despedía del médico. De otra manera, él no podría haberme mirado con tanta serenidad a los ojos...

De pronto, un grito salvaje resuena por toda la casa. Un grito de madre doliente, de madre que presiente la muerte de su hija, me arranca del sillón. Las piernas apenas me sostienen, pero yo igual voy corriendo. Corro enceguecido, atropellando todo a mi paso, abro la puerta a golpes de puño, llego hasta mi esposa que en la más completa exaltación nerviosa, se retuerce y se muerde las manos. Con ayuda de Katerina y de algunas gotas de extracto de laurel y agua fría, logro calmarla un poco y luego la acompaño fuera de la habitación. La pobre cesó de gritar. Ahora tan solo llora amarga y desconsoladamente. Es mejor que lllore, pobrecita.

Yo vuelvo al dormitorio.

¿Pero para qué? Yo mismo no lo sé. Allí hay algo que me atrae como un imán. Estoy parado en la puerta y miro. Siento que mis mejillas se han puesto lívidas, que mis ojos están secos y no pueden parpadear como si estuviesen enmarcados en carey. Todo a mi alrededor lo veo en una forma extremadamente expresiva, como si estuviese mirando en un acceso de fiebre.

En medio de la habitación, en un amplio lecho portátil, sobre unas sábanas blancas, yace mi pequeña, ya casi morada. Todavía respira. Oigo que un suave silbar escapa de sus labios reseco, por entre sus ralos diente-cillos. Veo la mirada ya vidriosa de sus ojos semice-

rrados mientras que los míos, captan y fijan con ansiedad en mi cerebro, los más ínfimos detalles de tan terribles momentos... Veo ese lecho enorme con el pequeño cuerpecito en él, veo la indecisa luz de la mañana, que con su color gris abarca cada rincón del cuarto... Veo como la vela sin apagar, olvidada y casi consumida en el palmatorio verde, cubre de tonos mortuorios la faz adorada de mi querida niña... Veo el agua derramada en el piso, el reflejo de la luz en los frascos de medicinas... Miro todo con ansiedad, miro para no olvidarme de nada... Ni de ese pecho que con su postrimero respirar, ora levanta ora baja las blancas sábanas... Ni de las doradas sortijas de sus cabellos, casi muertos ya, desparrramados en la almohada... Ni de ese tibio aroma que emana del cuerpecito moribundo y satura todo el cuarto... Todo ello me hará falta... Algún día... Como material literario... Yo esto lo presiento, lo comprendo, lo sé, pues ese alguien que hay dentro de mí, ese alguien que es completamente distinto a mí, me lo está diciendo. Yo sé que es él, el que está mirando por mis ojos, que es él, el que con su insaciable memoria de literato absorbe todo este cuadro de muerte en los albores de la vida... ¡Ay!... ¡Qué repugnancia y qué miedo al mismo tiempo! ¡Cómo hiere y lastima a mi corazón de padre este recuento conciente de las cosas!... Yo no puedo aguantar más. Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de este cuarto lo más rápido posible...

Afuera, florecen los manzanos. Ya ha amanecido y el sol pinta el ambiente con su dorado color. El aire está muy tibio y muy alegre. Los pájaros gorjean bajo el cielo azul. Inconcientemente arranco una flor del manzano, húmeda y fresca y la llevo hasta mi cara. Al áspero contacto de mis manos, sus pétalos rosados se desprenden y se esparcen lentamente por el suelo. ¿Acaso no ocurrió lo mismo con la vida de mi hijita?

Mientras tanto, ajena a todo mi drama, la Naturaleza ríe alborozada.

Y lo que no pudo lograr la imagen del dolor, lo logró el cuadro alegre de la pujante Naturaleza. Lloro. Mis lágrimas van cayendo con suavidad, detrás de los pétalos y en mis manos, solo queda el cáliz verde e inútil de la flor...

Yo ya no tengo fuerzas para volver al cuarto y quedo en el huerto. En fin, ya ha ocurrido. Ya es un hecho consumado. Quizás sea mejor para ella. ¿Quién puede saberlo?

¡Ya es un hecho consumado!... Que difícil me resulta creer que ya es así, conformarme con ello. No hace mucho, apenas si seis... no, cinco días atrás, ella correteaba por aquí, en este mismo lugar. Yo oía las suaves pisadas de sus piecitos descalzos. ¿Usted ha experimentado alguna vez el placer de oír las pisadas de pequeños piecitos descalzos? No hace mucho, —tengo la impresión de que fue ayer mismo— estábamos parados con ella, bajo las ramas de nuestro guindo preferido. El árbol estaba florido cual si fuese un ramillete albo. Estábamos parados, tomados de la mano, la cabeza levantada, escuchando con atención el zumbido de las abejas entre las flores. A través de los pétalos blancos, veíamos el cielo azul, mientras que en la hierba, jugueteaba un alegre sol primaveral.

Mientras que ahora...

Ella era muy alegre y traviesa, y con mi esposa, siempre nos reíamos de sus chiquilladas.

Cada vez que me cepillaba el cabello, ella decía que "*papá se está barriendo la cabeza*". A mis cuellos les decía "*aros de barril*". No podía pronunciar la letra *r* y en vez de "*vergüenza*" decía "*velgüenza*".

Acaso yo podré olvidar de como ella venía a decirme las "*buenas noches*", preparada para dormir, con su

corto camisón, toda tibia y rosada, los bracitos desnudos y las piernitas regordetas. Con un bracito apretaba sus vestidos contra su pecho, mientras que con el otro, me abrazaba el cuello y acercaba a mis labios para que las besase, sus mejillas enardecidas por los juegos.

No se me olvidará jamás la felicidad de acariciar sus sedosos bucles. Tampoco olvidaré a su almita, almita que asomaba por sus ojos azules, almita que también era mi alma, aunque mil veces más bella, más pura, más inocente...

¿Y qué ha quedado de ella, de mi pequeña hijita? No, no tengo que pensar más en todo esto. Ella ya no está. ¿Dónde la habrán colocado? ¿Qué es lo que quedó de ella? Quiero saberlo. Me interesa saberlo. Arranco un montón de flores de manzano y con ese ramo en mis manos, voy hacia el interior de la casa. No tengo la menor idea donde se halla mi hija, donde fue colocada, donde yace su cuerpecito. Y en la sala, que es el primer cuarto en el que entro, tropiezo con una mesa y en ella...

¡Eres tú la que yaces, mi pequeña! ¡Qué grande te has vuelto de pronto! ¡Cuánto has crecido! Pareciera que en vez de tres años, tu ya cumpliste seis...

Yo cubro su cuerpecito con las flores de mi ramo. La cubro por todos lados, desparramando sobre los restos de mi niña, las delicadas flores de manzano, tan delicadas y tan puras, como lo fue mi niña.

Luego fijo mi mirada en ella.

Mi pequeña yace rígida, con sus bracitos desnudos y extendidos, en una posición innatural y tiesa, como si se tratase de una muñeca de cera. Tiene puesta su corta pollerita blanca y sus pequeños zapatitos amarillos con pompones, que no hace mucho le comprara y que le gustaban tanto...

A su cabecera, un rayo de luz. Una luz maravillosa e irreal, pálida, velada y funeraria, alumbrando en pleno

día. Sus titilantes resplandores besan suavemente las mejillas de la muerta.

Yo miro a ese cuerpecito que parece ser de cera y una sensación desconocida se hace dueña de mí. Poco a poco voy comprendiendo que ese cuerpecito ya es ajeno a mi persona, que ningún lazo lo une a mi organismo, pletórico de vida y de sangre tibia. Me doy cuenta, que ya no es a él a quien amo, no es por él que sufro tanto, sino que por algo distinto y latente, que quedó grabado con letras de oro, en lo más recóndito de mi alma...

Mientras tanto, mi cerebro, ese inseparable secretario mío, va tomando nota de la inmovilidad del cuerpecito cubierto de flores, del juego de luz y sombra dibujado en los rostros azulados por el insomnio y el dolor, va tomando nota de mi sorprendente estado de ánimo...

¡Yo sé para qué tomas minuciosa nota de todo esto, atormentador cerebro mío! Todo esto te hará falta algún día... quizás... como material literario...

Mi muy querida hijita, ¿tú no te enfadarás por ello? ¿Verdad?

REGALO DE CUMPLEAÑOS



Karpó Petrovich Saychuk, guardián regional del orden público, llegó por fin a su casa luego de haber cumplido con su guardia. Estaba hambriento y de muy mal humor. Hacía ruido con sus botas enormes y golpeaba con estrépito las puertas. El griterío del mercado y el desorden de su sector, le habían excitado de tal manera, que andaba con los labios apretados y la cara gruesa y cuadrada, endurecida. Su puño crispado, en el que se podía ver un anillo grande y basto, parecía más pesado aun. Entró en el comedor, taconeó al estilo militar con sus botas de brillante cabritilla y con pesadumbre, arrojó su gorra a un rincón. A causa de ello cayó al suelo el peine casi desdentado de su mujer y prendióse a su manga un montón de cabello, enovillado y sucio.

— ¡Fu-u!... ¡Costumbre de burdel!...

El día seco, ardiente y polvoriento, iba llegando a su ocaso. Sobre la mesa en el más completo desorden, blanqueaban algunos platos vacíos y la cuchara reflejaba los rojizos rayos del atardecer.

— ¡Susana!

— ¡Voy! — contestó desde el interior de la casa una voz gruesa y cascada.

Karpó Petrovich se acomodó en la mesa y se desprendió la chaqueta de su uniforme. Sentía calor. El cuello de lana de la misma, le hacía daño y su guerrera de hilo no estaba lista aun. ¡Todavía no la habían traído del lavadero!... ¡Del la-va-de-ro!... ¡Hum!...

Apenas si se pudo contener para no echar una soez maldición.

Con impaciencia pellizcaba trocitos de pan, se los llevaba a la boca y masticaba, resoplando por la nariz.

Sus botas de oficial, hacían ruido debajo de la mesa.

Por fin apareció Susana. Con la cara blanda y blanca envuelta en el vapor de la comida, ella se deslizó desde la puerta hasta la mesa, como si fuese una nubecilla

de verano, vestida con un sedoso camisón floreado, del cual parecían huir un sinnúmero de flores absurdas y de mal gusto.

— Tuve que volver a calentar... Se enfrió todo...

— Mejor sería que no desparramaras tus pelos por todos los rincones...

Susana hizo un gesto de sorpresa.

— ¿Dónde?

Karpó Petrovich señaló con un dedo detrás suyo, hacia la ventana, con el enojo pintado en su mirada y los gruesos puños crispados.

— ¡Costumbre de burdel!...

— ¡Sh-sh-sh-sh!... ¡Cállate, que allí está Dorya! — le dijo su mujer.

Karpó Petrovich miró de reojo hacia la rendija en la puerta, por donde se filtraba un rayo de luz y fue recién entonces que oyó la vibrante voz del niño, quien repetía sin cesar:

— Siete por ocho, cincuenta y seis... Siete por ocho, cincuenta y seis...

Esto lo tranquilizó de inmediato. Se inclinó hacia su plato y sin hacer ruido, comenzó a sorber la sopa, mientras que de tanto en tanto, echaba una mirada por todo el comedor.

En un rincón, bajo los iconos, parpadeaba la llama de una lamparilla, reflejando su luz en los botones de bronce del uniforme escolar, colgado en la percha.

— ¿Acaso mañana es domingo?... ¡Diablos! ¿Cómo se me pudo olvidar? ¡Mañana es el cumpleaños de Dorya!

Susana, inclinada y con las nalgas apenas cubiertas por su floreado camisón, comenzó a buscar por el suelo los restos de cabello que pudiera haber.

¡Costumbre de burdel!... ¡Bien que se acuerda de ello!... Bueno, era una mujer de burdel, ¿y qué? Más tarde fueron marido y mujer según la ley. ¿Acaso ella

es una mujer infiel? Una vez, es cierto... Pero si no hubiera sido por ella, que pasó una noche en casa del Jefe de Policía, todavía estaría oxidándome en calidad de escribiente... En cambio ahora, era guardián del orden público. Dorya se educa en el gimnasio y hasta la mismísima señora del Tesorero los visita...

El cuello de Susana estaba enrojecido a causa de la fatiga, tan solo sus arrugas permanecían pálidas.

Ella salió enojada de la habitación.

Karpó Petrovich continuaba masticando pensativo a la par que golpeteaba la superficie de la mesa con las yemas de sus dedos:

— ¡Dorya!

Dorya apareció en la puerta, gris y desgredado, en sus pantalones largos hasta el suelo. Su padre miraba sus pies gruesos, a simple vista inflexibles, como las patas de un pequeño elefante.

— ¿Qué lecciones tuvieron hoy?

— Geografía. Cinco puntos.

— Por casualidad, ¿tú no... mientes?

Dorya ofendido, se sonó la nariz y echó a un costado su blanquecino mechón.

— Por Dios, lo ví con mis propios ojos... En cambio, al “cuerno de chivo” le prendieron un dos.

— ¿Qué es eso de “cuerno de chivo”?

— Es uno de los nuestros... Dorka Sosnovskiy...

-- ¡¿El hijo del vice-gobernador?!...

— ¡Hoy lo amasamos en forma! ¡Hasta sangre le salió de la nariz!...

Karpó Petrovich sintió frío bajo el uniforme. Un frío conocido y desagradable, igual al que sentía, toda vez que se encontraba con sus superiores.

— ¡Dor-ka!...— le gritó severo — ¡Vuelve a tocarlo una vez más y ya verás lo que es bueno!... ¡Fiu-u!... ¡Tiu-u!... ¡Mi Dios!... ¡Al hijo del vice-gobernador!...

Kapró Petrovich levantó el dedo y amenazó con él a su hijo.

Susana trajo la lámpara, sin embargo su marido no se dió cuenta de ello, poseído por la sorpresa y el temor.

— Come... que se enfría — le recordó Susana.

El comenzó a comer con apetito, en forma descuidada, salpicando con salsa el mantel y chasqueando los labios, mientras que en su boca roja y grasienta, jugueteaba una ligera sonrisa. Al fin y al cabo, se sentía satisfecho. El hecho de que su hijo se llamaba igual que el hijo del vice-gobernador, de que ambos estudiaban en la misma escuela y de que Dorya tuvo la osadía de pegarle a semejante señorito, le llenaba el alma con la más grata de las satisfacciones... Por ejemplo, él, Karpó Petrovich, gastaba galones y sable de oficial... Le temían todos, pues podía hacerle daño a cualquiera... Sin embargo, tenía que pararse en posición de firme y hacer la venia a ese mocoso por el solo hecho de que era el hijo de su superior. ¡Qué feliz sería, si pudiese aunque sea una vez, darle un par de coscorrones! En cambio su Dorya... ¡Ja-ja-ja!...

Mientras tanto Susana, cubría con sumo secreto algo que había en un rincón del canapé, a la par que miraba llena de alarma en dirección a la puerta, tras la cual se encontraba Dorya repasando sus lecciones.

— ¿De qué te ríes?

El le relató en un par de palabras, todo lo dicho por Dorya y ambos se sonrieron largamente con la mirada.

— ¡Je-je-je!...

— ¡Ji-ji-jil!...

— Mañana nuestro Dorya cumple diez años...— dijo Susana soñadora entreabriendo sus labios y mostrando sus dientes estropeados y cuando hubo levantado un tanto la almohada, algo brilló en el canapé.

— Muéstrame, Susi... ¿Qué tienes allí?...

Karpó Petrovich se levantó de la mesa y pisando fuerte con sus botas charoladas, se acercó al canapé.

— ¡Ss-s!...— le chistó suavemente Susana, moviendo sus pechos enormes mientras que el resto de su cuerpo se arrellenó blandamente en el asiento cubriendo la almohada.

— Luego te muestro... Y tú, ¿qué piensas regalarle?...

Karpó Petrovich chasqueó sus dedos. ¡Diablos! Su frente estrecha se cubrió de arrugas. Abrió la boca y pensó un poco.

— Yo...

Pero Susana le hizo callar con un gesto. ¡No sea que le oiga Dorya!

Dorya les molestaba. Ellos deseaban que el hijo se fuera a dormir lo más pronto posible.

Detrás de la puerta se oía un susurrar de hojas, el golpear de algún libro y el enojado mascullar del niño.

— ¿Qué te ocurre, Doryk?

Doryk apareció en la puerta con los dedos y la frente manchados de tinta y dijo con un gemido:

— ¡No puedo resolver un problema!

— ¡Diablos!... ¡Mira que desgracia!... A ver, tráe para acá ese problema, veremos que clase de fiera es...

Karpó Petrovich se restregaba las manos, como si fuese un oso bonachón que se encuentra frente a una colmena repleta de miel.

Tomó el cuaderno de problemas y comenzó a leer lo mismo que si estuviese leyendo un informe.

— Tres mercaderes tenían que repartir... Imagínate a tres mercaderes, por ejemplo, a Srull, a Itskó y a Piña... Me parece que esto no es nada difícil. El segundo tenía dos veces más dinero que el primero... ¿Entiendes?... Más que el primero, mientras que el tercero, la misma cantidad que los otros dos en conjunto... Significa

que Piña tenía tanto cuanto tenían Srull e Itskó. ¿Comprendido?... Esto es completamente sencillo...

Pero Karpó Petrovich mismo no creía que eso fuese tan sencillo como parecía. Empezó por decir tonterías, luego comenzó a gritarle a Dorya, señalando con su grueso dedo el problema expuesto en el cuaderno como si de esa manera pudiese aplastar a los tres mercaderes. Al fin de cuentas, se acaloró tanto, que a Dorya le fue desagradable mirar las gotas de sudor aparecidas en la frente de su padre.

— ¡Problema idiota!... ¡Las tonterías que les enseñan en la escuela!...

Con furia arrojó a un rincón el cuaderno de problemas y comenzó a caminar de un lado a otro, completamente fuera de sí.

— ¡Cómo hacen sufrir a los pobres niños!...— se conolió Susana también toda transpirada a causa de la tensión.

Pero de pronto, a Dorya se le iluminaron los ojos. Se golpeó la frente con el lápiz y al instante el problema quedó resuelto.

— ¡Vaya con el aritmético! — Susana comenzó a reñir a su marido — no has sido capaz de repartir un par de rublos...

Y envolvió con una mirada feliz la figura gris de su hijo, un tanto extraña a causa de sus pantalones largos.

— “¡Aritmético!”... ¡Harías bien en callarte la boca, si no sabes nada! — refunfuñó Karpó Petrovich — ¡Yo tengo mis problemas!... Me gustaría que estuvieses de guardia, aunque sea una sola vez...

En la confusión, él hasta se olvidó de taconear con su botas al estilo militar.

Extrajo de su bolsillo una pesada cigarrera, la sopesó un instante en su mano y extrajo de ella un cigarrillo.

La luz verde de la lámpara se mezclaba suavemente a la rosada luz que despedía la lamparilla puesta en el rincón de los iconos. Los botones nuevos del uniforme escolar, refulgían cual si fuesen piedras preciosas, mientras que el azulado humo del cigarrillo flotaba tenue en el cálido silencio de la casa. Dorya continuaba repitiendo sus lecciones.

Karpó Petrovich descolgó el uniforme escolar de la percha y comenzó a palparlo.

— Parece que la tela es buena... Además está bien hecho.

Acarició la prenda con ternura y la volvió a colgar en su lugar.

— ¡Ah, que simpático es nuestro Dorya! Esta mañana apareció en la puerta de mi dormitorio, vistiendo el uniforme y con la gorra puesta. Yo recién me había levantado y todavía estaba en paños menores... Me asusté y me puse a gritar... Creí que se trataba de algún desconocido... Luego estuvimos riéndonos largo rato...

— ¿Cuánto te cobró Shmull por la gorra?

— Le pagué un rublo veinte... Me juró que perdía treinta kopecs...

— ¡Sinvergüenza!... Tendrías que haberle dado no más de un rublo. A ver, ¿dónde está esa gorra?...

Ella se la alcanzó luego de quitarla con sumo cuidado del clavo en la pared. El la estuvo contemplando largamente, fijando su amorosa atención en las hojuelas plateadas de la cucarda, para él incomprensible y misterioso símbolo de la sabiduría escolar.

Luego, los ojos de ambos se encontraron, comprendiéndose sin palabras.

— ¡Je-je-je!... ¿Has visto qué rápido resolvió el problema?...

— ¡Ji-ji-ji!... ¿Te das cuenta? En geografía recibió un cinco.

Pero lo que más les alegraba era que el hijo del vicegovernador había recibido un dos.

Dorya vino a desearles las buenas noches.

Ellos, por fin quedaron solos.

Fue entonces que Karpó Petrovich, impaciente, se dirigió a su mujer.

— ¡Muéstrame lo que has comprado!...

Pero Susana sin esperar más, sacó por fin el regalo oculto debajo de la almohada. Se arrodilló en el piso y entre sus ropas, se oyó el ruido metálico de las ballenas de su corsé.

Karpó Petrovich se acercó, tomando asiento cerca de su mujer, asfixiado casi por el aroma fuerte y dulzón de los polvos que ella usaba.

En las manos de la mujer, brilló un vaporcito de chapa y comenzó a andar por el piso, moviendo su proa como si de verdad estuviese navegando sobre las olas, llenando además, la habitación con el agudo y metálico chirriar de su marcha.

— ¿Qué te parece, Karpó? ¿Dorya se pondrá contento con el regalo?...

Karpó Petrovich no contestó. En silencio, seguía con la mirada los movimientos del juguete y cuando éste se enganchó en la pata de una silla, lo desenganchó e hizo proseguir su marcha.

Una vez más, le volvió a dar cuerda.

— ¡Quita de allí tu cola! — le gritó impaciente a su mujer, cuando la proa del vaporcito dió contra el ruedo de la pollera.

El hombre andaba de rodillas por el suelo como un niño, detrás del vaporcito de juguete.

Susana permanecía sentada, feliz, mostrando en una amplia sonrisa sus dientes estropeados, sombreada por la corona de pelo, dos tercios de los cuales no eran suyos.

El juguete continuaba haciendo ruido.

Por fin, Karpó Petrovich se puso de pie. Desvió su vista en dirección a su mujer e hizo una mueca de desprecio.

— ¡Bah!... ¡Qué diablos!...

— ¿Por qué “que diablos”? — preguntó sorprendida Susana.

— ¡Pues sí!... Ya no está como para entretenerse con juguetes.

— ¿Qué sabes tú, aparte de tu trabajo?... Hubieras visto como Dorya juega todavía con sus muñecos. ¡Y tú con tu “que diablos”!...

Susana a causa del descontento ocasionado por aquellas palabras, tomó asiento, subrayando así su desconfianza.

— Muy interesante. ¿Y se puede saber lo que le regalarás tú?

Karpó Petrovich se puso radiante. Una bondadosa sonrisa alumbró su cara y un rayo cálido brilló en sus ojos.

— Yo no le regalaré juguetes... Yo le prepararé algo que...

Y diciendo esto levantó su dedo índice con solemnidad.

— Yo le tengo preparado algo que... ¡Uf-uf-uf!... ¡Lo recordará hasta la muerte!... Estoy seguro que hasta el hijo del vice-gobernador no tendrá la suerte de ver lo que verá nuestro Dorya... Que sepa...

— ¡Dilo de una vez!

— ¡Que tenga por qué recordar a su padre! Crecerá y le contará a sus nietos... Les dirá, cuando yo aun era pequeño, mi finado padre...

— Karpó, ¿por qué no lo dices de una vez?

Debido a la impaciencia, Susana se movía de un lado para otro. Karpó Petrovich se le acercó, extendió su

enrojecido cuello y bajó la voz hasta hacer de ella un susurro.

— Mañana lo he de llevar conmigo, para que vea con sus propios ojos como funciona la horca.

— ¡Ay, ay!...— gritó Susana del susto — ¿Cómo puedes permitir que una criatura...?

— “¡Criatura, criatura!”— se burló Karpó Petrovich.

¿Y qué, que fuese una criatura? ¿Acaso no le resultaría interesante? Siendo criatura lo recordará mejor. Es necesario que quede impresionado, para que así lo recuerde durante toda su vida. ¿Ella qué se cree? ¿Que tan solo hay que acariciarle la cabeza y tenerlo siempre pegado a las faldas?

El ya había levantado la voz y con el timbre metálico de la misma, introducía su plan en la conciencia de Susana.

— ¡Es necesario e-du-car-lo!... ¿Has comprendido?

— ¡Ha, ha, ha!...— ella suspiró clavando sus ojos desmesuradamente abiertos en su marido.— ¡De verdad, a lo mejor tienes razón!... Sería bueno que lo viese. Quizás no tenga otra oportunidad. Cuántos niños que hay a su alrededor, la mujer del Tesorero tiene hijos, los tiene la mujer del Jefe de Policía, pero nadie, nadie, podrá ver lo que verá nuestro Dorya...

Ella se acostumbró a este pensamiento. Imagínese, ser espectador de la ejecución de un reo. Ella misma hubiera deseado estar presente. ¡Oh!, que afortunado que era su Dorka...

Pero olvidándose por un momento de Dorya, volcó sus pensamientos en sí misma. Ella sentía una gran amargura. Había llegado hasta los treinta años de edad, pero ni una sola vez en su vida había tenido la oportunidad de ver un espectáculo semejante. ¿Acaso Karpó había pensado alguna vez en ella? Toda la vida metida

en la cocina, chapoteando en la tina de lavar, sin satisfacción ni distracción alguna...

— ¿A quién van a colgar?...— preguntó con ojos brillantes.

Karpó Petrovich estuvo indeciso durante un instante y al fin y al cabo se decidió.

— Está bien. Tú sabes Susi, que yo no tengo derecho de hablar sobre esto. Te lo diré, pero mira, ¡ni una palabra a nadie! Vamos a colgar a la mujer que arrojó una bomba al gobernador.

— ¡Oh!... ¿Y tú la has visto? ¿Es joven? ¿Es bonita? ¡Qué interesante sería!... Palomito... Karpó... Yo... Yo podría... Desde cualquier escondrijo...

Karpó Petrovich comenzó a mover las manos asustado:

— ¡No, no, no, no!... ¡Lo único que me faltaba!... Me resulta casi imposible llevarlo a Dorya...

Susana se enfurruñó. Siempre lo mismo. Nadie pensaba en ella.

Sin embargo, el descontento de ella bien pronto se apagó en el mar de preocupaciones referentes a Dorya.

Ellos estuvieron largo rato discutiendo sobre la hora en que había que despertar al hijo, como vestirlo, si había que mandarlo al colegio el día de mañana... Quizás había que brindarle un día de asueto.

— ¡Desde luego! — dijo alegre Karpó Petrovich — ¡Que se divierta!...

El estaba en un estado de excelente buen humor. Silbaba la melodía del vals que todos los días repetía la la orquesta del circo y taconeaba sus botas como lo hacían los oficiales.

— De verdugo, seguro que actuará Yakim...— preguntó casi para sí Susana.

— Yakim...— confirmó Karpó Petrovich.

— ¿Quién lo iba a decir? Siempre cuidó de nuestro hijo... Dorya lo quiere tanto...

— Se convirtió en un borrachín... ¡Basura!...

Susana se entusiasmaba cada vez más con la idea de su marido. ¡Había que ver lo que pensó en regalarle a Dorya!

La lámpara verde continuaba alumbrando con suavidad la habitación, el vaporcito de juguete dormía su sueño de metal en el suelo, con la proa metida bajo el canapé. Karpó Petrovich balanceaba sus pies calzados en las gruesas botas, marcando así el compás a sus pensamientos, mientras que Susana en la silenciosa quietud del hogar, pensaba llena de esperanzas en aquel futuro mejor, en el cual por fin reconocerían las cualidades de su Karpó.

Y plena de alegres presentimientos, se acercó silenciosamente a su marido y le besó la frente transpirada.

— Es hora de dormir... Mañana hay que levantarse bien temprano... ¡Oh, que afortunado que es Dorya!...

* * *

— ¡Déjame tranquilo, mamá!...

Dorya no quería levantarse. Asustado por la luz, abría los ojos y volvía a caer en la almohada. Pero cuando su madre le comenzó a acariciar y oyó el traqueteo del vaporcito de metal, se acordó que hoy era su día. De un salto se levantó de la cama, tibio, rosado, alto, con los muslos finos y se sentó en medio de la habitación junto al vaporcito de juguete.

Inesperadamente, las manos fuertes y frescas de su padre le alzaron. Una mezcla de aromas de tabaco y pomada, emanaba de los labios paternos y sintió el cosquilleo de unos gruesos bigotes. A pesar del frío un tanto punzante de los botones y las charreteras del uni-

forme, Dorya se aferró con confianza al pecho paternal y cuando otra vez sus pies se hubieron apoyado en el suelo, oyó que su gruesa voz le decía con suavidad:

— Vístete rápido que enseguida partimos...

Dorya elevó sus ojos interrogantes.

¿Partimos? ¿Hacia dónde?

¿Quizás de pesca? Un arroyo quieto y los pies descalzos, con los que se puede andar por la arena... La caña de pescar se arquea y un pececillo plateado prendido del anzuelo. “¡Bobt!” — dirá el agua quieta tragándose la piedra que se le arroje...

O quizás, viajarán lejos, lejos, hasta alguna ciudad desconocida. Ellos andarán, andarán, andarán... Los árboles a un costado del camino girarán e huirán hacia atrás... Los campos arados se tenderán a las patas de las cabalgaduras. Las moscas cubrirán las lustrosas grupas equinas, mientras que en lo alto, cantarán los pájaros...

Dorya quiso hacerle una pregunta a su padre, pero éste ya no estaba allí.

Y de pronto, la cartera con los libros y cuadernos, le estropeó el ánimo. ¿Y el colegio? ¿Y las lecciones?

— Doryk, hoy no irás al colegio — dijo Susana comprensiva.

El giró sobre una pierna, se golpeó los muslos, chilló de alegría y nuevamente se sentó a jugar con su vaporcito de juguete.

Pero pronto lo hicieron salir de allí.

Se vistió con presteza, con un sentimiento festivo y una plena convicción de existir, sintiendo temblar todo su cuerpecito a causa de la frescura de su camisa y de las tibias caricias de su madre, deseoso del mundo entero, como aquel gorrioncillo que en el nido, con ansiedad abre su pico.

Desabrochado, con el cinturón en la mano, recorrió toda la casa. Cerca de la terraza dormitaban cochero

y caballo, en la cocina maullaban quedamente los gatos, mientras que en el comedor, su padre acababa de tomar el té.

Dorya quiso abrazarse a él, pero no se atrevió. Tan solo con una mirada agradecida rodeó sus amplias espaldas y las charreteras de gala.

“¡Coletudo!”—recordó de pronto el apodo que le habían puesto en clase— y sintió una pena enorme de su padre, ya que a causa de él le fastidiaban gritándole aquel mote.

Aunque la mañana se presentaba cálida y quieta, a Dorya le obligaron vestir el grueso abrigo de algodón. Su burdo paño le dañaba la piel. La madre, en ropas interiores aun, se inclinaba hacia él con su rostro hinchado por el sueño y le cosquilleaba el rostro con su cabello despeinado, esforzándose por abrocharle los botones en los ojales nuevos.

— Bueno, ya es hora de partir.

Las calles estaban desiertas. Y era tan raro el que todos estén durmiendo en sus casas mientras que ellos iban yendo hacia cierto lugar, sin saber por qué y para qué. El padre iba callado. Sus manos calzadas en blancos guantes de hilo, estaban apoyadas pesadamente en la empuñadura del sable, mientras que por momentos, la espalda del cochero somnoliento se tambaleaba de un lado para otro. Fue quedando atrás el edificio del colegio con sus pesadas columnas y negras ventanas. Era una lástima que aun fuese tan temprano y nadie pudiese ver como Dorya viajaba a regiones completamente desconocidas con su nuevo y tibio abrigo. ¡Adiós, adiós!... ¡No he de volver jamás!... Atrás quedarían las miradas ambiciosas de sus compañeritos, sus bocas abiertas por la risa y plenas de dientes blancos.

Salieron del pueblo y penetraron en una hondonada. donde de pronto, las ruedas del coche dejaron de hacer

ruido como si hubiesen penetrado en el agua. Se sintió olor a corrales, mientras que las pequeñas casas dormitaban al igual que las vacas de los alrededores.

— ¿Te sientes cómodo? — preguntó el padre y Dorya notó la mirada de aquél deslizándose sobre su cucarda y sobre su pecho reluciente de botones dorados.

Ya había comenzado a clarear. Un espeso aroma de gramíneas tardías y de pajas reseca, se levantó del campo, extendiéndose a ambos lados del camino, como si fuesen suaves alas de mariposa, mientras que en lo alto del verdoso cielo nacía un preludio de voces.

La tierra despertaba. Quedaron atrás las maduras mieses cual una estela de espuma. Entre los surcos recientes revoloteaban bandadas de pájaros, mientras que el viento balanceaba con suavidad las flores silvestres a un costado del camino. Robustas y rosadas como criaturas despiertas de su sueño, flotaban en el cielo algunas nubes y en los rastrojos, hacía tiempo que comenzaron su diario trajín los escarabajos y las moscas campestres. Por todos lados se sentía un incaptable palpitante de la vida, un incansable movimiento de energías terrestres a los que como un eco, respondía el ardiente circular de la sangre de Dorya. ¿Para qué seguir más adelante? Sería bueno apearse aquí mismo, corretear por el amplio campo o estarse recostado entre la hierba.

Saldría el ardiente sol y extendería sus rayos otoñales por toda la tierra.

Karpó Petrovich miraba alarmado hacia adelante. Temía llegar tarde. Sentía deseos de decirle a Dorya hacia donde se dirigían. ¿Decirle o no? La frente cuadrangular se le fue cubriendo de arrugas y las manos perdieron su pesada inmovilidad. No. Era preferible no decir nada. Es mejor que sea una sorpresa. Amorosamente, abrazó a Dorya por la cintura y lo atrajo hacia sí.

La yegua blanca de tiro cojeaba en forma visible. Levantaba una de sus patas traseras tratando de andar con las tres restantes.— “¡Ah!... ¡Desgraciado!... ¡Hacer sufrir así al pobre animal!... ¡Basura!... ¡No la ha herrado!... ¡Porquería!...” — pensaba Karpó Petrovich y recién entonces se preguntó si hacía bien en llevar consigo a Dorya. Pero se hicieron presentes los recuerdos y él se tranquilizó. En su infancia le habían llevado a contemplar el fusilamiento de tres soldados y ese cuadro le quedó grabado para toda la vida, mientras que otros hechos semejantes, vistos años más tarde, no habían dejado ningún rastro en sus recuerdos. Únicamente que hubiera sido mejor obtener un permiso del Director de escuelas para su Dorya.

— Dorya, ¿tú le temes a tu director?

— ¿A la “vaca”?

— ¿Qué es eso de la “vaca”? — se sorprendió Karpó Petrovich.

— Así le dicen a nuestro director en el colegio.

Dorya infló sus carrillos, hundió su cabeza en los hombros y comenzó a recitar en forma gangosa:

— “Señores colegiales, en mi colegio, ustedes deben conducirse correctamente, deben asistir a misa, deben respetar...”

— ¡Ja-ja-ja!... — no se pudo contener por más tiempo Karpó Petrovich.— ¿Cómo, cómo?...

Ante él parecía estar parado el mismísimo director, pesado, con las facciones que parecían de piedra, cubierto de imbecilidad hasta la coronilla e inmóvil cual un verdadero vacuno.

— ¡Ah, sinvergüenza!... ¿Cómo te atreves a burlarte de tus superiores?

Pero Dorya no le prestaba atención al fingido enojo de su padre. El infló aun más sus carrillos, hasta ponerse rojo, estiró las piernas como si fuesen troncos, entrea-

brió los dedos de las manos y con voz pesada continuó gangoseando:

— “Aquellos que se ocupen del socialismo, o que anden por las calles del pueblo después de las seis...”

— ¡Ja-ja-ja!...— Karpó Petrovich se reía a carcajadas, olvidando toda clase de compostura.— ¡Un verdadero comediante!... ¡Alto!...— gritó de pronto, dando un empujón a la espalda del cochero, — ¿No has visto que ya llegamos?...

A un costado del camino crecían dos perales silvestres, susurrando sus pequeñas hojas en el frescor de la mañana.

— ¡Dobla hacia los perales!...

Enrojecido y temblando a causa de la risa, Karpó Petrovich se apeó del carruaje, tomó a Dorya de la mano y lo condujo hasta los árboles.

Y recién allí, Dorya vió que se encontraba en lo alto de una loma, que la arcilla del suelo se deslizaba bajo sus zapatos, que en el fondo de la hondonada se dibujaban las oscuras siluetas de algunas personas y que en las fenecientes sombras matinales, se destacaba nítida la blancura de varios postes.

¿Qué era aquello?

Dorya tenía la impresión de que hoy era día feriado, que de un momento a otro se oiría la música de algún organito y de que aquellas figuras comenzarían a moverse en los columpios.

Se sintió desilusionado.

Su padre le apretó con fuerzas la mano y con voz sorda y silbante, le dijo:

— Mira y no pierdas de vista nada. Trata de que nadie note tu presencia. Mejor sería que te escondieses detrás del peral...

Luego comenzó a bajar al fondo de la hondonada, refulgiendo con sus charreteras de plata y arrancando te-

rrones de arcilla con su sable, mientras que sus manos enfundadas en los guantes blancos, parecían aletear como si fuesen palomas.

La mañana aclaraba cada vez más. En el horizonte, las pequeñas nubecillas parecían pastos ardientes mientras que las más grandes y pesadas, se asemejaban a carbones encendidos.

Alguien subió al tablado de madera, se acercó al poste y tironeó de la cuerda, como si quisiera cerciorarse de su firmeza.

— ¡Yakim! — se alegró Dorya.

El tuvo la sensación de que estaba viendo los ojos acuosos y desconcertados de Yakim, ojos que tantas veces había mirado cuando aquél le paseaba en brazos.

— ¿Dónde están los músicos?

Pero en vez de músicos, él veía tan solo uniformes y el frío brillar de los fusiles. Su padre en posición de firme, hacía la venia a alguien con la mano enguantada que temblaba levemente. A ambos lados de aquel rostro sin barba ni bigote, amarilleaban su brillo un par de galones, mientras que dos hileras de botones dorados parecían unirse en una línea de metal. Un poco más allá, estaba parado un pope y movía su cabeza calva como si estuviese espantando moscas a la par que se mecía las plateadas hebras de su barba y acariciaba maquinalmente las mangas de su hábito violeta.

“¿Una misa?”— pensó Dorya.

Se sintió aburrido y oyó sobre su cabeza el murmullo afanoso de las hojas del peral.

Miró al cochero. Este, agazapado, escarbaba algo con el dedo en una de las ruedas. Su larga librea azul, de faldones un tanto rojizos, le cubrían las piernas hasta casi tocar el suelo, como si fuese un brial. La cabalgadura dormitaba apoyada en tres patas, la cuarta la tenía encogida.

En lo alto, los pájaros se intercambiaban cortos y estridentes trinos.

Dorya miró nuevamente hacia la hondonada. Esta vez notó que entre los hombres, había una mujer. La pañoleta anudada a su cuello, se fundía con la palidez de su cara, formando un solo manchón blanco, mientras que en el fondo oscuro de sus ropas, se dibujaban las manos lechosas y casi transparentes.

— ¿Has venido para ver, señorito? — preguntó el cochero aproximándose.

— ¿Por qué? — le contestó Dorya.

— Por nada. Mira. Crecerás y lo visto te será muy útil.

En su ojo abierto, —uno de ellos lo mantenía entrecerrado— en su voz, en la comisura de sus labios, había un algo burlesco y ofensivo.

— ¿Van a celebrar misa, Semén?...

— ¡Cajé!...— tosió Semén.— ¿Misa?... ¡Hijos de una...! ¡Ellos le van a celebrar “su” misa!...

— No, en serio, Semén...— pedía Dorya.

Semén callaba. La mirada burlona que le desfiguraba el rostro, quedó fija, como endurecida, casi cruel.

Guardando silencio, levantó los faldones de su librea, extrajo tabaco y se puso a envolver un cigarrillo. La yegua comenzó a orinar. Semén lanzó un silbido al animal. Terminó de liar su pitillo y con sumo cuidado trató de pegarlo mientras que miraba a Dorya lleno de incredulidad.

— ¿El padrecito no le contó nada?

— ¡Le juro que no!...— dijo Dorya asustado.— Hoy, ¿sabes? es mi cumpleaños y él...

Semén apretó el cigarrillo con los dedos gruesos y negros de su mano izquierda, con la derecha hizo un gesto como si apretase su propio cuello y tirase de él hacia arriba, carraspeó y luego lanzó una carcajada.

— ¡Kaput!

— ¿Kaput? — preguntó Dorya, abriendo desmesuradamente sus ojos grandes e inocentes.

Fue entonces que el cochero le explicó:

— Ahora van a colgar a cierta señora... ¡Esa será la misa que ellos van a celebrar!... ¡Hijos de una...!

Dorya sintió que el frío se adueñaba de todo su cuerpo.

— ¡No es verdad!... ¡Tú bromeas!... ¡No puede ser!...— gritó Dorya de pronto, poniéndose rojo.

— ¡Claro que bromeo!...

Y nuevamente carraspeó e hizo el mismo gesto sobre su cabeza.

A Dorya algo se le apelonó en el pecho desparrándose muy desagradablemente por los brazos y las piernas.

— ¿Cómo? ¿La colgarán del todo?

La voz se le quebró y una mueca de dolor le torció los labios.

— Del todo no, simplemente hasta que sus piernas dejen de sacudirse...— Semén arrojó el pucho, escupió y luego agregó.

— ¡Yakim lo hará en un santiamén!... ¡No es ningún primerizo en estas cosas!...

El sol alumbraba con rayos escarlatas el sombrero de paja del cochero, y Dorya miraba a Semén con un terror helado, como si fuese aquél y no Yakim el que iría a colgar a la mujer del rostro pálido.

De pronto, por su mente pasaron algunas conversaciones oídas en casa... Palabras sueltas, en un principio comunes, lejanas e increíbles como un cuento, pero que ahora parecían próximas y vívidas.

Ahora él miraba de una manera distinta la hondonada, la inmóvil fila de soldados, los brillantes uniformes de la superioridad, la pálida mujer envuelta en la paño-

leta blanca y los postes de abeto. Todo aquello se había concentrado en una sola expresión, inaguantablemente terrible y salvaje: “la colgarán”.

Yakim entretanto, terminó de preparar la cuerda que se balanceaba suavemente, bajó del tablado y se acercó a la mujer. Esta lo contuvo con un gesto de su mano delgada, casi celestial, dió un paso poco firme, pero luego marchó con seguridad hacia la horca.

“¡Ahora!... ¡Ahora!...”—oía Dorya en su interior este grito quemante y sus piernas se aflojaron y dieron un paso en el vacío, arrastrando terrones de arcilla...

Karpó Petrovich miraba con insistencia hacia lo alto, hacia los perales. Por momentos le parecía ver allí a Dorya, creía ver el intermitente refulgir de los botones dorados de su abrigo estudiantil. Sabía que había procedido ilegalmente al traer consigo a su hijo y sufría. ¿Y si lo viese alguien? Sin embargo todo marchaba a la perfección: los soldados se mantenían impassibles, rígidos como estacas; el representante del fiscal, víctima de sus excesos nocturnos, se tapaba los labios y abría los ojos desorbitadamente con el afán de apagar sus continuos bostezos; el pope arreglaba su colgante crucifijo y alisaba los pliegues de su sotana de seda. Yakim, que ya llevaba un buen rato con sus preparativos, echaba miradas intranquilas con sus ojos acuosos. El Jefe de Policía con voz un tanto contenida y tan solo por decir algo, dictaba ciertas órdenes completamente innecesarias. Karpó Petrovich las escuchaba sin la debida atención, tratando de contener el movimiento nervioso de sus manos, las cuales le temblaban desde los codos hasta la punta de los dedos, repercutiéndole en las sienes. ¡Si por fin concluyera todo!... ¡Si estos pocos instantes pasasen de una vez!...

La mujer desanudó su pañoleta, la dejó caer hasta los hombros y sacudiendo su negra cabellera se puso

en marcha. Karpó Petrovich sintió frío en medio de aquel silencio tenso. Por su mente pasó como una pesada ola, el deseo de saber si en esos momentos “Dorya lo ve todo”, luego, se figuró como Susana escucharía el relato del hijo.

La rea ya estaba en el tablado. Se movió la sotana del pope y el crucifijo se elevó sobre su cabeza. Yakim llevó su mano al nudo corredizo, miró a su alrededor. Se oyó un ruido sordo de fusiles, como si el hierro hubiese suspirado y un rayo de sol tiñó de púrpura la punta de los sables levantados.

Y fue precisamente en ese instante que ocurrió algo extraordinario, incomprensible. Pareció como si desde lo alto se hubiera desprendido alguna roca, yendo a caer al fondo de la hondonada. Envuelto en su grueso abrigo de algodón, barriendo el polvo con sus faldones, perdiendo en la carrera su gorro azul y extendiendo sus brazos, Dorya llegó tropezando hasta el tablado de la horca.

Se aproximó hasta la mujer y con un grito, se abrazó a sus rodillas.

— ¡No hace falta!...

A causa de lo imprevisto y del grito angustioso que sonó como un estruendo, los presentes sacudidos por la alarma, miraron temerosos hacia arriba, como si desde allí pudiese surgir algún peligro.

Dorya se apretaba cada vez más a las rodillas de la mujer, ocultando su cabeza rasurada en las faldas de aquélla y bien se veía como sus espaldas se movían convulsionadas a causa de su llanto infantil.

— ¡No hace falta!... ¡No la toquen!...

La mujer, que un instante atrás se mantenía erguida, de pronto pareció marchitarse en su infortunio. Luego se inclinó y colocó su casi translúcida mano en la cabeza del niño.

Todo pareció petrificarse en una silenciosa espera: la mujer, el niño, los soldados y sus superiores.

El Jefe de Policía fue el primero en reaccionar.

— ¿De quién es esta criatura?... ¡Quitadla de aquí!...

Ni el mismo Jefe de Policía reconoció su propia voz, pero a consecuencia de ese grito rudo, todos se sintieron más libres y cada uno trató de aparentar de que no se había asustado.

Karpó Petrovich se lanzó en cumplimiento de la orden, sin embargo sintió que no la podría llevar a cabo. Las rodillas se le doblaron y tenía frío. Se pudo reponer y a pesar de que el sable le molestaba en la marcha, golpeando y enredándose entre sus piernas, dando pequeños saltos llegó hasta el niño.

Pero arrancar a Dorya de allí no era tarea fácil. El niño se resistía con todo su cuerpo y como si estuviese sumido en la inconsciencia, hundía su cabeza en las tibias rodillas de la mujer y repetía entre sollozos:

— ¡No permitiré!... ¡No quiero!...

Por fin la mujer se sacudió separada del niño. Karpó Petrovich se llevó a rastras a su hijo. Por el camino levantó el gorro de Dorya y en forma cuidadosa aunque maquinal, limpió el polvo que había en él con la manga de su uniforme y se lo llevó sujeto en la mano izquierda.

— ¡Papaíto, no hace falta!... ¡Papaíto, no lo permitas!...— se resistía Dorya, pero comprendiendo que de su padre no conseguirá nada, levantó un puño y comenzó a gritar hacia atrás:

— ¡Yakim!... ¡No te atrevas!... ¡Yo te voy a enseñar, basura!...

— ¡Silencio!...— le gritaba el padre, arrastrándolo cada vez más lejos.

Racién en lo alto de la loma, Dorya pudo liberarse de las manos de su padre. Lanzó una mirada hacia

abajo y vió que en el aire, bañada por el sol se mecía una figura larga y negra. Giró hacia un lado y se detuvo. Luego hacia el otro y volvió a detenerse.

Dorya se calló. Miró a su padre en forma lacerante y con voz ronca le gritó en plena cara:

— ¡Matón!... ¡Coletudo!...

No tuvo tiempo de decir nada más, ya que fue a parar entre las hierbas, derribado por el puño de su padre.

* * *

El camino de regreso lo hicieron con un aire lejos de ser festivo. Las botas laqueadas del padre cubiertas de polvo; la manga del uniforme sucia de arcilla. En el nuevo abrigo estudiantil de Dorya, a la altura de las rodillas floreaba un manchón verde, uno de los botones pendía lastimeramente de un hilo negro. El blanco jamelgo, ahora más blanco a causa del sol, renqueaba tristemente apoyándose en tres de sus patas. Karpó Petrovich no lo miraba siquiera. Estaba sentado, de espaldas a Dorya, pensando pesadamente. El tan solo deseaba el bien para su hijo y en cambio recibía nada más que desagradecimientos. La ofensa de Dorya le quemaba como si le hubiesen marcado en carne viva. “¡Matón!... ¡Coletudo!...” ¡Le había ofendido nada menos que su propio hijo!... ¡La carne de su carne, la sangre de su sangre!...

Karpó Petrovich trataba de pensar en algo distinto. Quiso convencerse de que tenía asuntos más importantes que resolver y en los cuales había que pensar. Después de lo ocurrido, con toda seguridad que el gobernador lo dejará cesante, mientras que de su parte el director, expulsará a Dorya del colegio. Con un frío en el alma se aferraba a esos desagradables pensamientos, se imaginaba la ira del gobernador, sus ruegos, la voz

gangosa del director... “Nosotros no necesitamos protestantes...” y al mismo tiempo sentía que algo le molestaba como cuando en las botas penetra cualquier piedrecilla. Aquí, a su lado, estaba sentado su propio hijo, con el rencor encerrado en su corazón, con cierto derecho hacia el padre y sus acciones, permitiéndose juzgarle como si fuese un ajeno y ante el cual, había que responder. ¡Vaya, vaya!... Esto lo ponía fuera de sí. No podía él, padre y policía, al cual temían las personas mayores, someterse y sentir arrepentimiento alguno ante un mocoso cualquiera. Y nuevamente, con insistencia, se aferraba a cualquier pequeñez que le venía a la cabeza, ya sea su conversación con los superiores o las inevitables lágrimas de Susana y hasta de la pata lastimada del pobre jamelgo: “se olvidó de herrarla, basurara...”, con tal de adormecer y ahogar ese algo tan ardiente y tan indócil que le molestaba en lo hondo, cual si fuese una piedrecilla fastidiosa...

Mientras tanto Dorya, abatido y enfundado en su pesado abrigo, sollozaba silenciosamente su llanto interior. Ante sus ojos continuaba bailoteando la grotesca y negra figura de la ahorcada. Una vez hacia un lado, otra vez hacia el otro... “Espera, —pensó con amargura— ya aprenderás, cuando yo me ahorque... Me subiré a la buhardilla, me quitaré el cinto y nadie me verá...” —Tuvo lástima de sí mismo— “¿Quizás fuese mejor que matase a Yakim? Llegará a la cocina de ellos y como de costumbre, se quedará dormido en el banco. Entonces, me apoderaré del cuchillo en silencio, lo afilaré... o sino, no, mejor será el hacha. Y le cortaré la cabeza a la altura de los mismos hombros.

Una pequeña avecilla revoloteaba insistentemente sobre la cabeza de Dorya. Ora se elevaba, ora bajaba con un trino y un ligero aletear de sus pequeñas alas. El se interesó por ella y durante largo rato estuvo vigilan-

do su vuelo. Pero de pronto recordó su cumpleaños y la suave mano que le acariciara con tanta ternura la cabeza y nuevamente comenzó a llorar en silencio.

“¡Ya vas a ver!... ¡Oh, ya verás, en cuanto yo me cuelgue!...”

A través de las cálidas lágrimas, pesadas y gruesas, en las cuales todo se desdibujaba, aparecían para volver a desaparecer, los sauces y los postes de telégrafo. Parecían que se arrancaban de la tierra, se elevaban y suavemente se mecían... Una vez hacia un lado, otra vez hacia el otro...

JARITYA



I

El fuego ardía en la *pich* * y con las rojas lenguas de sus llamas, iluminaba el fogón. En la pequeña *jata* ** estaba obscuro y espesas sombras anidaban en los rincones. Sobre el lecho yacía y se quejaba una débil mujer. Era la madre de Jaritya. Habían pasado seis semanas desde que muriera su esposo, el padre de la niña, y desde entonces la desdichada viuda se acongojaba y perdía fuerzas; hoy ya es el segundo día que se encuentra completamente decaída. Se vino a enfermar justo en la cosecha, en lo más intenso de la temporada laboral, cuando todos, así que supieran segar, iban al campo a levantar el pan para el invierno. El trigo de la viuda también está maduro, pero no hay quien lo recoja: las espigas se desgranán desparramando sus semillas por el suelo. La pobre está enferma, una debilidad atroz la tiene atada de pies y manos, encadenada al lecho... La infeliz está postrada y la acosan crueles los más diversos pensamientos...

Chirrió la puerta.

— ¿Eres tú Jaritya? — se oyó la voz temblorosa de la enferma.

— Soy yo, mama.

Por el hueco de la puerta, primero asomó un balde a medio llenar y detrás de éste, la cabecita rubia de una niña, un tanto inclinada hacia adelante, después, apareció el cuerpecito con la mano derecha un poco levantada. En la *jata* entró Jaritya, una criatura de unos ocho años de edad y dejó el balde junto al horno. Con toda segu-

* *pich*: especie de horno cubierto, muy común en las aldeas ucranianas; en invierno, su parte superior se utiliza como lugar de reposo

** *jata*: vivienda aldeana en Ucrania

ridad, éste tenía que ser muy pesado, ya que luego de depositarlo en el suelo, la niña quedó inmóvil por un instante, reclinada en el poyo de la *pich* y respirando profundamente a causa de la fatiga. Su mano izquierda, por lo desacostumbrado del peso, se había entumecido y Jaritya no la podía doblar. Pero todo esto fue por un momento nada más. De inmediato, la niña se dirigió al aparador y con la ligereza de un cabrito, saltó al banco, tomó la olla que había en el estante y la colocó junto al balde con agua.

— ¿Qué haces, hijita? — preguntó la madre.

— ¡Estoy por preparar la cena, mama!

La enferma suspiró profundamente.

Jaritya de verdad, se atareó con la cena. En una fuente, lavó un puñado de mijo, echó una pizca de sal y dos o tres patatas, llenó la olla de agua y la puso a calentar en el fuego. Era un primor ver como sus manecitas bronceadas por el sol se movían vivamente, de una tarea a otra. Sus grandes ojazos grises, por entre sus largas y oscuras pestañas, miraban atenta e inteligentemente. Enrojeció su carita morena, sus labios carnosos se entreabrieron: toda su atención estaba fijada en el trabajo. Ella hasta se olvidó de sus nuevas cintas rojas, que rematadas en dos sendos moños, le cubrían su rubia, casi blanca cabecita. Aquellas cintas eran su felicidad y su orgullo. Tres días atrás, su madrina se las había regalado, y Jaritya todavía no dejaba de deleitarse con ellas.

Se oyó un leve quejido de la madre.

Jaritya se estremeció y con premura llegó al lecho de la enferma.

— ¿Qué le ocurre, mamita? ¿Quiere un poco de agua fresca? ¿Qué es lo que le duele? — indagaba la niña con solicitud y cariño.

— ¡Ay, querida hijita! ¡Me duele todo el cuerpo! Me

duelen las manos, los pies, no puedo levantar la cabeza... Puede ser que me muera pronto y entonces ¿quién se hará cargo de tí, desdichada huerfanita? ¿Quién te cuidará? ¿Quién te criará?

Jaritya sintió un dolor tan grande en su pequeño corazoncito, que tuvo la impresión de que alguien se lo estaba estrujando y dos gruesas lágrimas temblaron en sus largas pestañas. Se inclinó hacia las manos de su madre y comenzó a besarlas con ternura.

— ¿Qué haremos ahora, hijita? Me tuve que enfermar justo para la cosecha... Las mieses maduras están sin recoger, se desgranán, se pierden... Estando enferma no sé que hacer para evitar la desgracia... Si no levantamos pronto el trigo, ¡durante el invierno nos moriremos de hambre! ¡Ay, ay, Dios mío!...

— ¡No se aflija, mamá! ¡No llore más! ¡Mire, que Dios es bueno! Dios le ayudará a sanar, le ayudará a recoger el trigo... ¿Verdad que sí? ¿Verdad que sí, mamá?.. ¿Verdad?..

II

Mientras Jaritya pronunciaba estas palabras, por su rubia cabecita cruzaron estos pensamientos: ¿cómo que no hay quién siegue? ¿y ella para que está entonces? El año pasado no más, había ido con su madre hasta los trigales, había visto como se segaba, inclusive había tomado la hoz en sus manos y probó de hacerlo ella misma. Estaba segura de que hubiera podido segar muchísimo, si su madre no le comenzara a regañar por su dedito lesionado. Claro está que el año pasado, aún era muy pequeña y con sus manecitas no podía retener la hoz. Pero ahora ya había crecido, sus fuerzas aumentaron y hasta las manos se le agrandaron. Jaritya se las contempló. ¡Con estas mismas manecitas, hoy mismo ella

trajo desde el río, medio balde de agua, y eso que era tan pesado! Mañana, ni bien aclare, ella se levantará, alimentará a su madrecita, —siempre y cuando quisiese comer, ya que los enfermos solo beben agua— tomará la hoz y se marchará al trugal. ¡Entonces sí que segará! ¡Sin levantar la cabeza siquiera!.. Así cavilaba la pequeña Jaritya y por su imaginación pasaba el campo segado, en medio del cual se encontraban las gavillas brillando refulgentes al sol, como si fuesen de oro. Se veía a sí misma, parada, contemplando el fruto de su trabajo y pensando como llevar lo segado hasta las hacinas. Ella haría lo siguiente: iría a lo de su padrino, le rodearía el cuello con sus bracitos y le diría “¡Mi padrinito bueno y querido! ¡Yo cuidaré de su Andriyko, le serviré de niñera con tal de que usted transporte nuestro trigo y lo acomode en las hacinas!”. Ella sabe que su padrino es muy bueno, que hará caso a sus ruegos y transportará las gavillas, y qué contenta se pondrá la madre cuando llegue Jaritya y le diga: “¿Vió, mamita querida? ¿No le dije yo que Dios nos ayudaría a recoger las mieses? ¡Ya está todo hacinado!”. La madre se curará de la alegría y apretará a su hijita contra el pecho, la besará y nuevamente vivirán alegres y felices y ya no se morirán de hambre durante el invierno..

Algo hizo ruido en el horno. El agua de la olla se había derramado sobre el fuego.

Era que hervía el cocido.

Jaritya se acercó al horno presurosa, apartó la olla, revolvió su contenido y echó un poco de la papilla cocida en un plato esmaltado. La madre probó un par de bocados, dejando de lado la cuchara. La comida le pareció insípida y desagradable. Jaritya luego de comer a la ligera, lavó rápidamente la vajilla, la colocó en el aparador, atrancó la puerta y se puso de rodillas ante los iconos para rezarle a Dios. Ella cruzaba sus bracitos,

se santiguaba, suspiraba dirigiendo sus ojos a lo alto, clavaba su vista en la imagen donde está Dios-Padre, un abuelito con una barba larga y blanca. Estaba segura de que aquel anciano bueno amaba a los niños y no les permitiría caer en la desgracia. No en vano él tenía en su mano una manzana de oro con una crucecita: con toda seguridad que esa manzana sería para el niño más bueno y más obediente. Jaritya, con su balbuceo infantil pedía a Dios, salud para su madre enferma y fuerzas para poder segar las mieses. Ese pensamiento no la dejaba tranquila. Ella deseaba que ya fuese de mañana. “Me acostaré a dormir enseguida, para despertarme más temprano”— pensó Jaritya y después de colocar junto a su madre una vasija con agua para la noche, se acostó en el banco. Pero el sueño no cerraba sus ojos, parecía que hubiera huído de la casa, ya que la madre enferma tampoco dormía y se quejaba. La luna llena asomaba a la ventana, dibujando en la chimenea una ventana más, de vidrios claros y marcos renegridos. Jaritya miraba hacia el rincón donde estaba colgada la hoz y pensaba en sus cosas. Afuera, había una luna espléndida, hacía una noche maravillosamente clara, tan clara, que bien se podía juntar agujas en el suelo. Jaritya se levantó y se puso a mirar por la ventana. Allá, en el calinoso valle, cubiertos por los plateados rayos de la luna, estaban los extensos trigales dorados. Los altos álamos negros, cual alertas centinelas, se erguían en fila a un costado del camino. El profundo cielo azul oscuro, estaba tachonado de estrellas que parpadeaban suave, intermitentemente. “¿Y si fuese ahora al campo? ¡Oh, no! Eso sería terrible, puede salir el lobo del bosque, o las rusalcas que me atormentarán a cosquilleos, o sino aparecerán los fantasmas entre los trigales...” Y Jaritya, atemorizada de verdad, se volvió a recostar en el banco, de espaldas a la ventana.

— ¿Por qué no duermes, hijita? — pregunta la madre.

— Así no más... ¡en seguida me duermo, mama!

La madre gime y Jaritya siente un vivo dolor en el corazón. ¡Pobre mama! Todo le duele. ¡Si ese buen Dios de la barba blanca le mandáse un poco de alivio!... Y así, lentamente, la madre enferma, y las gavillas en el campo, y las rusalcas, y el lobo, y la clara ventana en la chimenea, se mezclan en una curiosa confusión. El sueño, que entrara volando en la casa, cubre a Jaritya con sus alas. Un rayo plateado de luna, brilla silencioso en la blanca cabecita de la niña y sonriendo a los moños rojos de las trenzas, se pasea por la atezada carita y los blancos y pequeños dienteclillos que asoman por los entreabiertos y carnosos labios.

Jaritya duerme dulcemente.

III

Bien temprano apareció el sol. Pero más temprano aún, se despertó Jaritya. Rapidamente preparó el *kulish* * para el desayuno, alimentó a su madre y comió ella misma un par de cucharadas. Luego de limpiar un poco, descolgó la hoz del estante, puso un pedazo de pan y un par de cebollas en la alforja y se cubrió la cabeza con un pañuelo abigarrado. Luego besó a la madre y dijo:

— Mama, yo me voy a la calle, a jugar un poco con las chicas.

— Bueno, hijita, pero no tardes...

Jaritya salió y fue caminando a través de la aldea. Todo le era extraño ya que antes, nunca había andado sola tan lejos de su casa. La última finca del pueblo quedó atrás, salió a pleno campo y se detuvo, contem-

* *kulish*: sopa magra compuesta de patatas y mijo

plando a su alrededor el maravilloso paisaje. Y de verdad, en las eras había algo indescriptiblemente hermoso. El sereno cielo azul matinal, fluía su tibieza hacia la tierra. Las mieses maduras refulgían al sol. Todo un mar de espigas de trigo enrojecía en su madurez, mientras que allá en el valle, zigzagueaba un riachuelo, como si alguien hubiese tirado una cinta azul nuevecita, entre los jugosos y verdes pastos. Y más allá, por entre los rizados del bosque umbrío, la loma toda estaba cubierta por la suntuosa alfombra de las eras. Las parcelas de cebada, con su cálido color verde, parecían arder bajo la luz del sol. La avena, como un manto verde claro y nuevo, se extendía generosa y a lo lejos, como casullas de verde menta, resaltaban las manchas oscuras de las parcelas de mijo. Entre todas aquellas manchas verdes, aquí y allá, blanqueaba el alforfón, como si alguien hubiese extendido al sol algunos trozos de lienzo, para que se solee. En el valle, a los lindes del bosque, se eleva un vaho azulado. Y allá en lo alto, coronando todo aquello, se dilata un sereno cielo celeste mientras ondea en el aire el melodioso y alegre canto de la calandria. Del llano emanan los maravillosos efluvios de las mieses maduras y de las flores silvestres. Jaritya se siente a gusto en las eras, pero a la vez tiene miedo. Está parada, indecisa y no sabe si seguir adelante o volverse. A lo lejos asomó el pañuelo rojo de una campesina y Jaritya recordó a su madre enferma así como para lo que había venido. Ella fue caminando lentamente por el sendero hasta llegar donde crecía el centeno. Cuando llegó allí, la visión del hermoso paisaje había desaparecido. Sus descalzos piesecitos iban por la pisoteada senda, allá en lo alto, por entre las espigas, azuleaban girones de cielo mientras que a sus costados se erguían como paredes los enhiestos tallos del susurrante centeno. Jaritya se sintió como si estuviese en el fondo de un

mar. Por entre los cereales florecían la albahaca y la clavellina, despuntaban los blancos pétalos de la manzanilla estrellada, aquí y allá pintarrajeaban de rojo las flores de la amapola silvestre. La cuscuta parásita se fue hacia lo alto y trepando por el tallo de centeno, abrió al sol sus delicadas florecillas blancas. Mientras caminaba y sin darse cuenta, Jaritya iba arrancando flores. Así, paso a paso, llegó hasta el trigal. Ella conocía muy bien la parcela de su madre, además, allí estaba la zanjuela que abriera el agua de la lluvia en primavera. Jaritya puso la alforja en el suelo, tomó la hoz en sus manos y comenzó a segar. El silencio reinaba a su alrededor. Solamente el grillo hacía oír su chirrido, y de vez en cuando, silbaba alguna codorniz. Jaritya continuaba segando, pero el trabajo no le marchaba como era debido. Los largos tallos se enredaban, la enorme hoz no obedecía a sus pequeñas manos, además, las espigas le cosquilleaban dolorosamente su transpirado rostro... De improviso, algo como si fuera una lengua de fuego, rozó uno de los dedos de Jaritya. Ella levantó la mano y vio sangre en ella. Soltó la hoz y la carita se le contrajo en una mueca de dolor, sus ojos se llenaron de lágrimas y faltó bien poco para que echara a llorar amargamente. Pero recordó a su madre y se contuvo. Con la falda se limpió la sangre que manaba del dedito herido, frotó con tierra la parte lastimada y recommenzó la siega. Los rastrojos pinchaban sus piesecitos descalzos hasta hacerle daño, el sudor a grandes gotas le caía de su frente bañando su carita, pero la pobrecita niña, sin prestar atención continuaba segando y segando. Jaritya se dió vuelta para poner en el montón un puñado de trigo segado, miró a su alrededor y el miedo se adueñó de ella. ¡Recién se había dado cuenta de que estaba absolutamente sola en la era! ¡Bien que podría aparecérsele algún duende malo! Y de pronto: ¡Fur-r-r! Ante

Jaritya apareció una codorniz agitando sus torpes alas, dió un par de pasos y su cuerpo pesado y gordo se volvió a ocultar entre los tallos de trigo. El susto fue enorme y el corazón de la niña comenzó a latir con fuerza en el pecho; los latidos eran tan acelerados, que poco a poco Jaritya quedó sin movimiento. En una mano empuñaba un manojó de espigas y en la otra, la hoz. Su carita se puso blanca. Sus grandes ojos grises miraban con terror hacia el lugar donde desapareció la codorniz. Luego de un instante, volvió en sí y su corazón comenzó otra vez a latirle alocadamente. Jaritya quiso huir.

Allá por el camino, se aproximaban dos mujeres jóvenes. Jaritya las vió venir y se tranquilizó, otra vez pensó en su madre y reclinando su rubia cabecita, continuó con su trabajo. ¡Ella no podía huir! ¡Ella tenía que cosechar todo el trigo! ¡Ella tenía que alegrar a su pobre madrecita enferma!

Cuando las mujeres estuvieron bien cerca y reconocieron a Jaritya, se miraron una a la otra.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Jaritya? — preguntaron las dos al mismo tiempo.

Jaritya se estremeció, levantó la vista hacia las mujeres y se sonrojó.

— Estoy segando... nuestro trigo. Mama está enferma... y no hay quien levante la cosecha... en invierno nos moriremos de hambre...

En su voz temblaba el llanto.

Las mujeres volvieron a mirarse.

— ¡Qué pobrecita eres, niña, qué pobrecita!..

Ni bien oyó decir estas palabras, Jaritya sintió que las lágrimas le llenaban los ojos. De pronto, la inmensa pena por su madre enferma y débil, el quemante dolor de su dedito herido, las punzantes lastimaduras de sus piescitos pinchados por los rastros así como el re-

ciente y tremendo susto recibido, hicieron que las lágrimas de sus ojos, gruesas como gotas de lluvia, comenzaran a correr por sus mejillas. Jaritya sollozando, se echó a llorar desconsoladamente.

Las mujeres se le aproximaron más aún.

— ¿Qué te ocurre, criatura? ¡No llores más, palomita! Tu madre, si así Dios lo quiere, pronto se pondrá buena y del trigo no te preocupes, puesto que lo segaremos nosotras. No permitiremos que ustedes se mueran de hambre, después de todo somos cristianos... Bueno, bueno, no llores más, pequeña...

Las mujeres alzaron en brazos a la pobre Jaritya, acariciándola y besándola, tratando de consolarla.

— Vayamos ahora mismo a lo de tu madre. Tenemos que contarle todo, para que ella se enorgullezca de la hija que tiene...

Tomadas de las manos, Jaritya y las dos mujeres, volvieron a la aldea, por el mismo camino que vinieran. Jaritya sollozaba en silencio.

IV

Pasó el tiempo y la madre de Jaritya mejoró. Las mujeres segaron el trigo de la pobre viuda. El padrino de Jaritya engavilló y hacinó la cosecha y madre e hija, pobres almas huérfanas, ya no tenían que temer al hambre.

La madre acariciaba con cariño a su buena hijita, mientras que ésta, repetía incansablemente:

— ¿No le decía yo, mamita, que el buen Dios de la barba blanca, le daría salud y nos ayudaría a recoger el trigo? ¿Acaso no salió como yo decía?

DESDE LO MAS PROFUNDO



I

Las nubes

Cuando contemplo las nubes —esas hijas del sol y de la tierra que flotando en las alturas se elevan más y más y deambulan por la vía celestial, tengo la impresión de que estoy mirando el alma soñadora de un poeta.

Yo la reconozco. Allí va, pura y blanca. Avida de esplendentes ideales, transparente y liviana, con una sonrisa áurea en sus labios rosados, trémula, anhelante de cantares.

Yo la veo. Enorme y pesada, preñada de tristura y de lágrimas sin vertir. Plena de sufrimientos humanos, mustia de piedad por la tierra infortunada, remolinándose en olas negras, respirando con pesadez sus pechos recargados, escondiendo su rostro del sol y llorando amargamente con lágrimas cálidas hasta lograr en su soledad, un poco de alivio.

Yo la conozco. Es ella... Inquieta, plena de ardor, encendida de una ira justa y grande. Allá va volando por los aires, acicateando frenética la tierra perezosa con su cayado de oro... Adelante... Adelante... Rápido, más rápido aun, a la par de ella... En el aire, un millón de veces más rápido... Y vocea, para que todos la oigan, para que nadie duerma, para que despierten todos...

Yo la comprendo. Eternamente desconforme, eternamente indagadora, con los eternos interrogantes “¿por qué?” “¿para qué?” ella tendió sus alas grises sobre el mundo para que no se vea el sol, para que la tierra se hunda en las tinieblas, suando ella comience a sembrar la tenue neblina de su tristeza...

Poeta, no me asombra que gustes de las nubes. Mas sin embargo, cuando con melancólica envidia miras la nubecilla aquella, que se hunde, se disipa y se pierde en la azul inmensidad, siento piedad de ti.

II

Cansancio

Mi alma está cansada y la pena que yo siento, se asemeja a una sonrisa fija en el rostro de un difunto...

Siento pena del cielo, puesto que las nubes que pasan por él, no dejan allí ningún rastro: las nubes se van y el cielo otra vez queda límpido y azul.

Tengo pena de la tierra, pues las sombras que la cubren, se irán a otro lugar y allí donde todo estaba obscuro y triste, lo alegrará de nuevo el oro del sol.

Con pena miro al agua: ella cual un espejo, refleja la belleza del mundo, y cuando no está conforme, sin pensarlo deshace todas las líneas y todos los colores y crea lo suyo.

También siento pena por las plantas en otoño: cada yema guarda en sí una esperanza de vida y ha de dar nuevos brotes.

Mientras que yo...

Ya las cenizas de las esperanzas mías, cual inmóviles nubes flotan sobre mí, ya el sol de la felicidad no ahuyenta más las sombras de mi corazón y el espejo de mi alma, empañado y ensombrecido, ya no refleja nada, pues, todo aquello que se dispersó y quedó sin vida, ya no ha de florecer jamás.

¿Por qué yo, ser superior, no vivo como vive ese cielo muerto, como viven esas tierras yermas, como viven las aguas, como viven las plantas?

Debiera preguntar.

Mas... no quiero. Estoy cansado...

III

Soledad

Yo oigo coplas que nadie oye, porque es mi alma la que canta.

Siempre y por doquier repite su cantilena preferida:

— ¡Tú estás solo!

Ya nada ni nadie —yo bien lo sé— puede apagar esa suave voz, que a través del quejumbroso clamar del viento o del maravilloso reír de la primavera, a través de la descomunal carcajada del trueno o del intermitente llorar de la lluvia, me repite incesantemente:

— ¡Solo!... ¡Solo!...

Una multitud compacta me rodea. Sus ojos brillan, tiemblan sus voces... La razón trama su hilo de plata y teje el corazón su tela de oro, las olas de la vida desbordando de su cauce, alborozan y juegan —pero ni bien rozan mis labios, algunas gotas del cáliz de las alegrías— al instante oigo el conocido *réquiem* de mi alma:

— ¡Tú estás solo!

Yo lloro. De mi corazón también fluye el torrente que va a parar al mar del dolor humano. Pero aunque mi mano cálida está extendida para un cordial y amistoso apretón allí donde haga falta y aunque mi alma está abierta de par en par para recibir el dolor ajeno, como flor que se abre para recoger en su seno las gotas de rocío, siempre... y a pesar de todo, oigo como nace en lo profundo, aquella eterna maldición:

— ¡Ja, ja, ja! ¡Tú continúas estando solo!...

Y aún cuando junto a mi corazón palpita otro amante corazón, aún cuando dos chispas se funden en una y arde la llama de la felicidad, aún cuando pareciera que el enigma de la esfinge ya está resuelto, sí, y aún entonces...

...Aún entonces, como un enlutado eco retumba en mi pecho ese doliente y orgulloso grito:

— Total, ¿para qué? ¡Igual estoy solo!

IV

Sueño

Yo soñé —o quizás no fuese un sueño— que en mi pecho había nada más que una mitad del corazón.

¿Dónde estará la otra mitad? — me preguntaba yo.

Y aquélla mitad que me quedara, alarmada se agitaba allí en mi pecho y en cada palpitar oía yo su voz, ansiosa e imperativa:

— ¡Busca!

Y yo buscaba.

Por mundos diferentes, llevado por la vida, presuroso, entre enormes multitudes iba yo con mi corazón partido y por todos lados, me parecía ver la mitad perdida.

Entonces, con qué alegría se abrían los frescos bordes de mi corazón partido, volcando su sangre mejor a la mitad aquélla, a la que creía haber hallado.

Mas, me equivocaba siempre. Si bien es cierto que los bordes coincidían, la verdad es que nunca esas partes un corazón formaban: siempre eran tan solo dos mitades.

¡Ay! cuánto dolor sentía al arrancar y arrastrar, sí, al arrastrar sin piedad, la pobre mitad de mi corazón lacerado, al conjuro imperioso de aquélla voz:

— ¡Busca!

Y así fue durante mucho tiempo, así fue casi siempre...

Y cuando por fin llegó el invierno y mi cabeza se cubrió de nieve, encontré al fin lo que tanto ansiaba.

Por vez última, mi corazón estéril se agitó convulso y sin fuerzas ya, se negó a brindar sus marchitos bordes para recibir a la mitad buscada.

Entonces, ¿comprendes?, levanté mis ojos hacia las blancas nieves eternas y con la mirada de una fiera perseguida, comencé a rogar: ¡caigan, nieves!.. ¡caigan y cúbranme!.. ¡cúbranme para siempre!..

Esto fue lo que yo soñé... pero ¿fue tan solo un sueño?..

INTERMEZZO



(Dedicado a los campos de Kononivski Polyá)

Personajes:

Mi cansancio	Un cuclillo
Los trigales en junio	Una alondra
El sol	La mano de hierro de la ciudad
Tres perros blancos	La desgracia humana

Tan solo resta empacar... y éste era solamente uno de los incontables "*es necesario*" que tanto me cansaban y no me dejaban dormir. Era lo mismo si aquel "*es necesario*" fuese pequeño o grande, lo esencial era que cada vez que se presentaba el caso, reclamaba la atención más absoluta y resultaba que no era yo quien mandaba sobre ello, sino que ello mandaba sobre mí. De hecho, resultas un esclavo de ese salvaje animal de múltiples voces. Quisiera descansar aunque sea una sola hora, liberarme de su sojuzgamiento, olvidar. Estoy cansado.

Es que la vida sin detenerse ni un instante, marcha irremediamente hacia mí como las olas del mar marchan hacia la orilla. Y así es no solo la vida propia, sino que también la ajena. Al final de cuentas, ¿acaso yo sé dónde finaliza la vida de uno y comienza la vida de los demás? Yo siento que la existencia ajena penetra en la mía, como penetra el viento por las puertas y ventanas abiertas, como las aguas de los afluentes en los ríos madres. Yo no puedo no encontrarme con la gente. Yo no puedo vivir sumido en la soledad. Lo confieso. envidia a los planetas: ellos tienen su propia órbita y nada en absoluto se les cruza en el camino. En cambio en el mío, siempre y por doquiera, alguien se ha de cruzar.

Así es, tú te cruzas en mi camino y consideras que tienes todo el derecho para ello. Tú estás por todas partes. Tú eres la que has vestido la tierra de hierro y piedra, tú eres la que a través de las ventanas de las casas —miles de bocas negras— expeles continuamente el hedor humano. Tú hieres el sacrosanto silencio de la tierra con el chirriante bullicio de tus fábricas, con el ruido atronador de tus ruedas en marcha, tú eres quien emponzoña el aire con el polvo y el humo pestilente de tus miles de chimeneas, tú eres quien ruge continuamente, ya sea de dolor, de alegría, de rabia. Igual que una fiera. Por todos lados me cruzo con tu mirada. Tus ojos curiosos, llenos de codicia, me perforan el alma y toda tú con tu infinita variedad de formas y colores, te asientas en el fondo de mis retinas. Yo no me puedo apartar de ti... Yo no me puedo quedar solo... Tú, no solo marchas a mi lado, tú, penetras en mí. Tú depositas en mi corazón, cual si fuese tu propia caja de caudales, tus propios sufrimientos, tu propio dolor, tus esperanzas muertas y toda tu tristeza. Toda tu crueldad y todos tus salvajes instintos. Ocultas en mi corazón, todo el terror, toda la impureza de tu propia existencia. Al fin y al cabo, ¿qué te importa a ti, si me haces sufrir o no? Tú quieres mandar sobre mí, quieres apoderarte de mí... De mis manos, de mi cerebro, de mi voluntad y de mi alma... Tú quieres disecarme, succionar toda mi sangre como un vampiro. Tú lo estás haciendo. Yo no vivo como quiero, sino como tú me dictas con tus infinitos “*es necesario*” e innumerables “*debes*”.

Sí, yo estoy cansado.

Mi cansancio lo provocan las personas. Me aburre el sentirme siempre de tránsito, allí donde la gente no hace más que pisotear un mismo lugar sin dar un paso siquiera, y grita, se inquieta y acumula suciedad. ¡Deseo abrir las ventanas! ¡Quiero ventilar por fin mi habita-

ción! ¡Quiero arrojar al basurero toda la inmundicia y con ella, a todos aquellos que la causan! ¡Que entren en cada cuarto la pulcritud y la tranquilidad!

¿Quién me brindará el placer de la soledad?

¿La muerte?

¡Ay!... ¡Cómo la ansío, por momentos!

¿El sueño?

Las veces que a mí llegaba aquel hermoso hermano de la muerte y me tomaba entre sus brazos, la gente ni siquiera en esos instantes me dejaba en paz. Entretejía los hilos de su existencia y la mía, en la más quimérica de las redes, tratando de llenar mi corazón y mi alma con el mismo vacío con que estaban repletas... ¡Escucha, tú, escucha!... ¿También aquí llegas con tus sufrimientos? ¿Desnudas tu miseria? Mi corazón ya no puede recibir más. Está repleto de dolor. ¡Déjame en paz!...

Todo esto ocurría por las noches.

Y de día me sacudía el estremecimiento cada vez que detrás mío presentía la sombra de algún ser humano y con asco oía el torrentoso rugir de la corriente humana que marchaba a mi encuentro como una manada de potros salvajes, en cada una de las calles de la ciudad.

* * *

El tren, más que marchar, volaba repleto del griterío bullicioso de la gente. Me daba la sensación de que la ciudad extendió por el campo su brazo de hierro en pos mío, para no dejarme ir. La inseguridad que palpitaba en mí, me colmaba de incertidumbre. ¿Aflojará sus dedos de hierro, la mano de la ciudad? ¿Me dejará en libertad? ¿Será cierto que por fin podré liberarme de este pandemonium y llegar, ¡por fin!, a los verdes campos solita-

rios? ¿Ellos me rodearán, cerrando tras mío sus candados y en vano, la mano de hierro de la ciudad, hará crujir de rabia sus dedos? ¿Y a mi alrededor tan solo reinará el silencio?

Y cuando todo aquello ocurrió, yo no pude gozar del silencio. Lo apagaban el murmurio de voces ajenas, el interminable pronunciar de palabras inútiles, tan inútiles como las briznas de paja que flotan en la superficie de cualquier corriente en primavera...

“...una señora conocida mía, estuvo enferma del corazón durante quince años... traj-tac-tac... traj-tac-tac... nuestra división se encontraba entonces... traj-tac-tac... Ud. ¿hacia dónde se dirige?... Por favor, los boletos... traj-tac-tac... traj-tac-tac...

Cierto caos verde giraba a mi alrededor prendiéndose de las ruedas del carruaje y había tanto cielo que los ojos se hundían en él como en un mar azul y buscaban desesperadamente de que asirse. Y se sentían desvalidos.

Por fin estamos en casa. Las blancas paredes del edificio me devuelven la seguridad. Ni bien el carruaje penetró en el amplio patio cubierto de verdor, cantó un cuclillo. Recién entonces pude sentir la más completa quietud. El silencio reinaba en el patio, se mantenía oculto entre las ramas de los árboles, se extendía hasta más allá de las profundidades celestes del cielo mismo. Había una tranquilidad estática tal, que yo sentí vergüenza de los latidos de mi propio corazón.

* * *

Diez oscuras habitaciones, repletas de sombras. Sombras que envuelven cada rincón de mi cuarto. Yo cierro la puerta, como temiendo a que escapen las luces titilantes de la lámpara. Por fin estoy solo. A mi alrededor,

ni un alma. Silencio y soledad, y sin embargo, me parece oír algo allá, detrás de la pared. Ese rumor me molesta. ¿Qué hay allí?

Yo presiento la dureza así como la forma de los muebles, sumergidos en lo profundo de las tinieblas y me parece oír el crujir de las tablas del piso bajo su peso. Y bueno, continuad en el sitio en que estáis, descansad con tranquilidad. Yo no quiero pensar en vosotros. Es mejor que me acueste. Apagaré la lámpara y yo también me sumergiré en ese mar oscuro. Quizás así, yo también me convierta en un objeto sin alma que nada siente, me transforme en "*nada*". Estaría muy bien convertirme en "*nada*", sin voz, poseído de una inmutabilidad eterna. Sin embargo, detrás de la pared hay algo. Yo sé que cuando se entra en algún cuarto sumido en la oscuridad y se enciende una cerilla, en el acto todo salta a su respectivo lugar: las sillas, el canapé, las ventanas y hasta las cornisas. ¿Quién sabe?, quizás mis ojos alcanzarían a captar la visión de los pálidos espectros revividos por un instante en algún paramento, la visión de todos aquellos que dejaron olvidadas sus imágenes en la luna empañada de los espejos, y las voces en los rincones y molduras, y las formas en los blandos colchones de los lechos, y las sombras en cada una de las paredes. ¿Quién sabe lo que ocurre allí, donde no alcanzan a ver los ojos de las personas?...

Mira, ¡qué tontería! Tú deseabas silencio y soledad... y lo has logrado. ¿Mueves la cabeza dubitativo? ¿No crees en la soledad?

¿Acaso lo puedo saber?... Acaso, puedo estar seguro de que no se entreabrirán las puertas, con un suave chirriar apenas y desde la insondable oscuridad, oscuridad inmensa e infinita, comiencen a aparecer un sinnúmero de personas... Todas aquellas personas que guardaron en mi corazón como en una caja de caudales, sus espe-

ranzas, su enojo, sus sufrimientos, su sanguinosa crueldad de fieras humanas. Todos aquellos, de los cuales no puedo apartarme, todos aquellos que tanto cansancio me causaran... ¿Qué puede haber de extraño en que ellos vengan a mí una vez más?... Yo los veo. ¡Hola! ¡Cuántos que sois!... Sois vosotros, los que perdisteis vuestra sangre a través de los pequeños orificios causados por las balas de los soldados... Y también vosotros, muertos y disecados, envueltos en blancas sábanas y sujetos por cuerdas, balanceados en el aire primero y enterrados en una fosa común, después, y de donde fuisteis desenterrados por los perros vagabundos y hambrientos... Vosotros, los que me miráis con reproche y que tenéis razón. ¿Sabéis?, yo leí cierta vez, como habían sido colgado doce de vosotros a la vez... Sí, un total de doce... y exhalé un bostezo. En otra oportunidad, con una ciruela manché la hoja en que iba la noticia sobre una larga fila de ahorcados. Ocurrió que tomé entre mis dedos una magnífica ciruela madura... y sentí en mi boca un agradable gusto dulzón... Ya lo veis, lo confieso y no enrojeczo siquiera. Mi rostro continúa siendo pálido como el vuestro, ya que el horror y la desgracia succionaron toda la sangre de mis venas. Ya no me queda una sola gota de sangre tibia, ni aun para aquellos muertos en vida, entre los cuales marcháis vosotros, como espectros mutilados y deformes. ¡Entrad!, que estoy cansado.

Y comienza la marcha sin fin. Una a una van entrando sin detenerse, las sombras aquellas. Amigos y enemigos, parientes y ajenos, todos gritan en mis oídos con el grito de sus vidas o de sus muertes y van dejando en mi alma, la huella de sus pasos. Taparé mis oídos, cerraré mi alma y me pondré a gritar: ¡Está prohibida la entrada!

...Entreabro mis ojos y veo en las ventanas, un cielo

profundo y recortadas en él, las ramas de un abedul. Posado en ellas, canta un cuclillo. Parece golpear con un martillito de plata una gran campana de cristal: ¡cu-cu!... ¡cu-cu!... Y luego se pone a sembrar silencio entre las hierbas. Inesperadamente surge el patio verde —ya se introdujo en mi cuarto— y yo salto del lecho y le grito al cuclillo: ¡cu-cu!... ¡cu-cu!... ¡Buenos días!... ¡Oh!... Superabunda todo. Cielo, sol, hierba verde.

Corro hacia el patio. Pero allí se oye un ruido sordo de cadenas y el furioso ladrar de los perros. Los blancos canes ovejeros, grandes como osos, saltan de un lado a otro sobre sus patas traseras. Me acerco. ¿Qué tienes, buen perro? ¿Qué te pasa?... ¿Cómo llamarte?... Bueno, basta, Overko... No oye ni ve nada. Tan solo resaltan sus ojos enrojecidos, tiembla de furor su garganta y se agitan sus zarpas fuertes y lanudas. Quiere llegar hasta mí pero no puede y se sacuden los mechones lanudos de su frente. ¿Qué tienes, Overko? ¿Por qué destellan tus ojos rojos y arden en ellos a un mismo tiempo, el miedo y el rencor? Yo no soy tu enemigo ni tampoco te temo. Tú, cuando mucho, puedes arrancar un trozo de mi carne, derramar un poco de mi sangre... ¡Ah!... ¡Pero esas son pequeñeces!... Si tú supieras, ¡que minucia es todo aquello!... Bueno, quédate quieto, perro. ¡Quietito! A decir verdad, yo te comprendo... La cadena... Quizás, tú le tengas más rabia a la cadena que a mí... Es por culpa de ella que tus patas delanteras manotean tan solo el aire. Es ella la que aprieta tu cuello y retiene tu fogosa furia. Espera un poco. Enseguida estarás libre. ¿Qué me hará luego?... ¡A ver, quédate quieto!... No te muevas, deja que te quite la cadena... Bueno, ahora, ¡hala!... ¿A dónde, a dónde vas?... ¡Ja-ja-ja! ¡Perro tonto!... Cerró los ojos, torció la cabeza, extendió las patas y se lanzó eneguecido en una frenética y loca carrera. Arranca la hierba con las garras, la arroja lejos de sí

y prosigue su marcha. ¿Y yo?... ¿Te has olvidado de mí?...

Ahora gira, gira en círculo... Una vez... Otra... Y otra vez... ¡Oh perro leal!, para tí la libertad tiene más valor que la furiosa conformidad.

Mientras tanto, me presentan a Pava, respetable matrona perruna y a su hijo menor, Trepov. Si bien Overko es purísimamente sanguinario y se arroja sobre todos enceguedo, como si ante sus ojos flotase eternamente una nube de furia roja, en cambio Trepov es un can tranquilo, respetable. El, con la más displicente seriedad, como si lo hubiese meditado muy bien, era capaz de roerle la garganta a cualquier persona que hubiese tenido la desgracia de caer en sus dientes. En sus fuertes patas, que alcanzaban el pecho de cualquier hombre, había de por sí muchísima autoridad. Inclusive cuando él estaba echado tranquilamente, rascando las pulgas de su rosado vientre, sus orejas mochas se mantenían alertas. La lengua húmeda, pegajosa y roja le colgaba con seriedad entre los afilados colmillos de sus poderosas fauces.

* * *

Ahora mis días fluyen en medio de las estepas, en medio de las hondonadas cubiertas de verde trigo. Senderos sin fin, ocultos, callados, como si estuviesen marcados para los seres más íntimos, me llevan por los campos. Campos que vomitan ola tras ola, un mar de trigo verde, hasta más allá del horizonte infinito. Yo ahora poseo un mundo aparte, igual que una madreperla: se cerraron sus dos bordes —uno celeste y el otro verde— y encerraron en sí al sol, cual si fuese un tesoro. Yo voy andando por ese mundo, voy en busca de tranquilidad. Ando. Sin apartarse ni un instante siquiera, revolvo-

tea sobre mí una nubecilla de pequeñas mosquitas. Puedo pensar que soy un planeta en marcha, acompañado de sus satélites. Veo como las negras alas de un cuervo, parten en dos el inmenso cielo azul. Y a causa de ello, el cielo es más azul y las alas del cuervo, más negras.

En medio del cielo, el sol. En medio del campo, yo. Y nadie más. Continúo andando. Acaricio con mis manos la tersura de piel de los trigales, la suavidad casi sedosa de las olas de espigas. El viento llena mis oídos con girones de sonidos, con hebras de rumores. Un viento ardiente, impaciente, que sacude los tallos argentados del avenal. Continúo yendo. Suave fluyen los celestes ríos del linar. Todo está tan quieto, tan sereno en aquellas orillas verdes, que siento deseos de sentarme en un bote y echarme a navegar. Más allá la cebada se inclina y parece tejer con sus finísimas fibras una verde corona. Sigo andando. La cebada prosigue su tejido. Los senderos serpentean profundamente por los campos sembrados, los ojos no alcanzan a verlos, tan solo los pies adivinan su rumbo. Las flores del aciano miran hacia el cielo. Ellas querían parecerse al cielo y fueron del color de él. Aquí comenzaron los trigales. Sus duras espigas aristasdas golpean las manos y los tallos cañihuecos se tienden por el suelo. Continúo yendo hacia adelante y siempre lo mismo: trigo y más trigo. ¿Cuándo terminará el triguero? Las espigas corren detrás del viento, ni que fueran una jauría de zorros, brillando al sol las olas de sus lomos. Yo continúo andando, solitario en la tierra como lo es el sol en el cielo y me siento muy a gusto, ya que entre nosotros no se interpondrá la sombra de ningún tercero. El oleaje de este mar de espigas pasa sobre mi cuerpo, yendo a perderse quien sabe donde.

Por fin me detengo. Me retiene la blanca espuma de los alfalfares, aromática, suave, como si estuviese formada de transparentes alas apícolas. Es que simplemente

te se echó a mis pies, un arpa sonora e invisible y vibran todas sus cuerdas. Estoy parado y escucho.

Mis oídos están plenos de aquel maravilloso rumor de los campos, de aquel sedoso susurrar, de aquel ininterrumpido cual corriente de algún río, murmullo de los granos. Y mis ojos están llenos de los radiantes rayos del sol, ya que cada tallo, cada espiga, cada grano, toma del sol su luz para reflejarla...

De pronto, todo se apaga, fenece. Me estremezco. ¿Qué es ésto? ¿De dónde? ¿Una sombra? ¿Acaso algún tercero? No. Tan solo una nubecilla que pasa. Un minuto de oscura incertidumbre —una instantánea sonrisa a la izquierda, una instantánea sonrisa a la derecha— y otra vez los dorados campos extienden sus alas hasta más allá del horizonte. Parecía como si quisiesen volar. Recién entonces ante mí surgió toda su inmensidad, toda su cálida, vívida e invencible fortaleza. Centeno, trigo, alfalfa, avena, todo aquello se había fundido en una sola y poderosa ola, que todo lo cubre, que todo lo aprisiona. Una incipiente vida palpita en cada fibra y trasuda en cada tallo. En el jugo vivificador de su savia, rebulle la esperanza y aquel gran deseo cuyo nombre es fertilidad. Recién ahora diviso la aldea, mísero grupo de techos de paja. Caserío apenas visible. Lo cubren los abrazos verdes de los campos que llegan a las paredes mismas de las chozas. La aldea aquella parece haberse enredado en los trigales cual una mosca en la telaraña. ¿Acaso, pueden servir de algún reparo a aquellas fuerzas descomunales, las míseras chozas aquellas? De ningún modo. Las olas verdes lo inundan todo, lo cubren todo. ¿Acaso, para aquellas fuerzas, pueden tener algún significado, las personas? Ninguno. Una pequeña mancha blanca salió al campo verde y se hundió en él. ¿Grita? ¿Canta? ¿Se mueve? La mudez de los campos lo apagó todo. Y otra vez la nada. Inclusive los rastros de las per-

sonas parecen haberse borrado y perdido: el campo ocultó celosamente cada senda, cada camino. Tan solo hace rodar ola tras ola su manto verde, hasta hacerlo llegar al mismísimo cielo. Por doquier reina el susurro rítmico y pausado, tranquilo y seguro de sí mismo, principio y fin de lo eterno. Y como las aspas de aquellos molinos que perfilan sus siluetas allá en el horizonte, giran sin cesar y nos dicen: así será eternamente... así será eternamente... in saecula saeculorum... in saecula saeculorum...

* * *

Regreso bien tarde. Vuelvo aureolado por el espíritu de los campos, frescos como una flor silvestre. Entre los pliegues de mi ropa traigo el aroma de los campos, como el antiquísimo Isaías. Tranquilo, solitario, tomo asiento en algún rincón de la casa deshabitada y contemplo como la noche hace su entrada, como se velan las suaves columnas y tejen su tenue red las sombras, como se elevan a lo alto las inciertas paredes y como la oscuridad, una vez espesada y hecha más honda, muestra en el cielo su corona de estrellas.

Ahora puedo dormir más tranquilo. Tus fuertes paredes se interpondrán entre mi yo y el mundo entero. Buenas noches, estepas. Y también tú, cuclillo. Yo sé que mañana, con el sol matinal, llegará hasta mi cuarto la voz de tu femenino contralto: ¡cu-cu!... ¡cu-cu!... Y al instante me llenará de buen humor tu saludo, amiguito mío...

* * *

¡Trepov! ¡Overko! ¡Pava! Cuatro dedos a la boca y un salvaje silbido esteparario. Llegan a la carrera. Como tres osos blancos. Quizás me destrocen, o quizás acepten pasar por el campo conmigo. ¡Ja-ja-ja!... Este Overko no puede estar sin hacer de las suyas. Echa a correr como

un ternero juguetero y lanza miradas furtivas a un costado con sus ojos rojizos. Trepov lleva alzada su orgullosa cabeza lanuda y extiende sus patas cual si fuesen blancas columnas andantes. Siempre alertas sus orejas mochas. Pava va andando con aire circunspecto y grave, moviendo melancólicamente su trasero y un tanto retrasada de los demás. Yo voy tras ellos y puedo ver muy bien el gracioso ondular de sus lomos suaves, lanudos y salvajemente fuertes.

Van un poco desconformes. Hace demasiado calor y esto les disgusta, en cambio yo siento un reconocimiento pleno al sol y marchó hacia él a cara descubierta. ¿Darle la espalda? ¡Dios me libre! ¡Qué falta de consideración! Yo soy muy feliz de poder encontrarme con el sol aquí, en estas inmensidades donde nadie puede cubrir su faz y donde puedo decirle sin temor: ¡Sol, te estoy tan agradecido! Tú siembras en mi alma tus mieses de oro y quien sabe que nacerá de ellas. ¿Fuego, quizás?...

Tú tienes para mí un inmenso valor. Sol, yo bebo tus cálidos rayos cual líquido vivificador, así como bebe el crío la leche del pecho materno, como tú, cálida y como tú, preciada. Inclusive cuando quemas, gustoso bebo tu líquido ígneo, hasta llegar a la más completa embriaguez.

Sol... Yo te amo... Por que... Escucha:

Desde el fondo mismo de las lobregueces de lo “desconocido”, hice aparición en este mundo —y la respiración primera y el primer movimiento mío— fueron primeros en la oscuridad del vientre materno. Y desde aquel entonces, las sombras aquellas reinan sobre mí —todas las noches y así la mitad de mi existencia— me separan de ti. Los servidores de lo tenebroso —la niebla, el dolor y el calabozo— me apartan de ti. Pero bien sabemos los tres, las sombras, tú y yo, que infali-

blemente ha de llegar la hora en que como sal en el agua me he de desintegrar por los siglos de los siglos.

Sol, tú eres un invitado en mi vida, un invitado siempre bienllegado y cada vez que te recoges, me aferro a tí con pena. Capto tu último rayo en las crestas de las nubes, prolongo tu existencia en las llamas, en la luz de la lámpara, en los fuegos artificiales, te encuentro en la belleza de las flores, en la risa cantarina de los niños, en los ojos profundos y buenos de la bienamada. Cada vez que te ocultas de mí, creo un algo semejante a tí, le llamo "*ideal*" y lo guardo en mi corazón. Y él continúa alumbrando mi existencia.

Sol, mírame, tuesta mi alma como lo has hecho con mi cuerpo, para hacerla inacequible a la picazón de los mosquitos... (Me estoy dando cuenta, que me dirijo al sol como si se tratara de un ser vivo. ¿Significa ésto acaso, que ya me está haciendo falta la compañía de las personas?)...

Nosotros continuamos yendo por el camino. Tres blancos perros ovejeros y yo. Un leve susurrar flota delante nuestro. Es el suspiro de las tiernas espigas que se transforma en una tenue nubosidad celeste. No lejos de aquí, a un costado del sendero, una perdiz lanza un silbido de alerta. Más allá, se oye sonar la cuerda de plata de algún grillo. El aire parece temblar de calor y en el espejismo argentino de la distancia, bailan los álamos lejanos. Extenso, bello, tranquilo.

Los perros tienen calor. Se echaron en el trugal como tres montones de lana blanca, sacaron sus lenguas y agitan sus flancos respirando en forma corta y sibilante. Yo tomé asiento cerca de ellos. Y los cuatro, no hacemos más que respirar anhelantes. Silencio.

¿El tiempo marcha o se ha detenido? ¿Tal vez ya es hora de volver?

Indolentes, los cuatro nos ponemos de pie. También

indolentes, marchamos paso a paso, arrastrando con sumo cuidado la quietud reinante. Vamos yendo a la par de un espeso vahear. El surco negro y poroso nos echa su cálido aliento a la cara, pleno de quietud y esperanzas. Le saludo. Descansa en silencio bajo el sol, tierra arada, tú estás tan cansada como yo. Yo también exhalé mi alma en un vahear luctuoso...

* * *

Nunca y en ningún lugar hube sentido con tanta claridad, una mancomunidad tan perfecta con la tierra, como aquí. En la ciudad, la tierra está revestida de hierro y piedra y es inasequible. Aquí yo me acerqué a ella. En las frescas mañanas era el primero en despertar las somnolientas aguas del pozo. Cada vez que el balde vacío daba con su fondo en la superficie del agua, ésta parecía bostezar semidormida allá en lo hondo y lentamente, con pereza, penetraba en él. Ya en el balde, parecía temblar como el azogue a la luz del sol. Yo la bebía fresca, casi fría, plena de sueño y me empapaba la cara con ella.

Luego de la ablución, llegaba el turno a la leche. El líquido blanco y aromático, espumaba en el vaso y toda vez que lo llevaba a mis labios, tenía la certeza de que cada trago de líquido ingerido, suave como los cabellos de un niño, no más lejos que ayer, tenían el aspecto multicolor de los pétalos de las flores y los tallos de las hierbas. Yo bebía el extracto de las praderas.

¿Y aquel pan moreno, que huele tan bien con su aroma campesino? Me es tan cercano como un niño que hubiese crecido a mi lado. Allí va el trival por todo el campo, como una fiera montaraz y vellosa, que ondea su lomo lustroso, mientras que en los confines se alzan los molinos de viento, como fauces abiertas en espera, con los dientes listos, para triturarle y molerle en harina

blanca. Yo veo todo aquello y por ende son tan íntimos mis sentimientos para con la tierra.

Aquí me siento inmensamente rico, aunque en realidad nada poseo. Ya que más allá de cualquier partido y de cualquier programa, la tierra me pertenece. Es mía. Toda ella, extensa, rica, creada y laborada ya, toda, toda la llevo en mí. En mi interior, la creo de nuevo, por segunda vez, y es entonces cuando me parece que aun es mayor el derecho que tengo sobre ella.

* * *

Cuando estás acostado en la campiña, cara a las nubes y prestando atención a la multiciplidad de rumores campesinos, comienzas a coprender que en la tierra hay un algo que no es terrenal, sino del cielo.

Pareciera que algo allá en lo alto estuviese perforando el cielo o haciendo virutas de metal, mientras que a la tierra tan solo llegan finísimos y límpidos sonidos. Los trigales murmuran a mi alrededor y me molestan. Alejo de mí las voces de la tierra y recién entonces caen sobre mí como una lluvia, las voces celestiales. Recién ahora las reconozco. Son las alondras. Son ellas, las que invisibles lanzan desde el cielo su metálico trino, extendiéndolo por los campos. Gorjeo sonoro, metálico y caprichoso, que aunque captado por el oído, no permite decifrar el carácter de sus tonos. Quizás, la alondra tan solo canta. Quizás se esté riendo. Quizás, es llanto quejumbroso el suyo.

¿Acaso, no es mejor estar sentado en silencio y cerrar los ojos? Así lo hago. Me siento y los cierro. A mi alrededor todo se vuelve oscuro. Tan solo parecen relampaguear los sonidos agudos y punzantes, y una lluvia de sonoras carcajadas parece golpear alguna placa de metal. Quiero captar y fijar en mi memoria aquella cas-

cada de sonidos, pero no puedo. Creo que sí, me parece... Tiu, tiu, ti-i-i... No, no es así. Triyu, tij-tij... No. Ni siquiera parecido.

Quisiera saber como las alondras logran un trino semejante. ¿Acaso golpean con sus picos la faz de oro del sol? ¿Hacen sonar los rayos del astro rey, como si fueran cuerdas musicales? ¿Pasan por el cedazo sus gorjeos y siembran la campiña de canciones?

Abro los ojos. Ahora estoy seguro que de aquella siembra nacen los hilos argentados de la avena, brillan a la luz del sol las espigas estriadas del centeno, fluyen eternas las olas de trigo.

Desde lo alto, continúan llegando trinos, cual si estuviesen arrancándole el alma a los cascabeles, convirtiendo en virutas alguna placa de plata o perforando una hoja de acero. El gorjeo llora, aumenta de tono y siembra una menuda risa pasándola a través del cedazo. Se desprende un collar de notas y cae a mis pies con una nitidez única.

Ya no estoy en condiciones de proseguir oyendo. Aquel trino tiene algo maléfico. Despierta la avidez. Cuanto más escucha uno, tanto más deseo tiene de escuchar. Cuanto más trinos percibes, más difícil te resulta captarlos.

Ahora me apresuro en llegar al campo y durante horas enteras oigo como en el cielo cantan coros y hacen música las orquestas celestiales.

Me despierto por las noches y sentándome en el lecho, siento que algo perfora mi cerebro, me cosquillea el corazón y trepida junto a mi oído.

Tiu, tiu, ti-i-i... No. No. No. Es algo completamente distinto.

Quisiera saber, ¿cómo hacen las alondras para trinar así?

Al fin y al cabo, logré saberlo.

Una pequeña avecilla gris como un terrón de tierra, volaba casi a ras del campo. Movía intensamente sus alas en un mismo lugar. Con pesadez, elevaba hacia lo alto una cuerda invisible que iba de tierra a cielo. La cuerda aquella vibraba y sonaba. Una vez tendida, se lanzaba del cielo a la tierra, para alzarse en vuelo otra vez. Unía cielo y tierra en una inmensa arpa sonora y ejecutaba en sus cuerdas, la maravillosa sinfonía de la campiña.

Aquello fue magnífico.

* * *

Así transcurrían los días de mi *intermezzo*, en medio de la soledad, el silencio y la pureza. Y bienaventurado era yo entre el dorado sol y la tierra fértil. Bienaventurada era la paz de mi alma. Por debajo de la escrita página de mi existencia, asomaba una página no escrita aun. ¿No sentiré deseos de saber lo que se ha de escribir en ella? ¿No temblaría una vez más ante la sombra de la gente y no me horrorizaría ante el solo pensamiento de que quizás, el dolor humano esté oculto en algún rincón y me esté amenazando?

Si tal milagro ocurriese, a vosotros debería agradecerlos, verdes campiñas de los susurros sedosos y también a ti, cuclillo. Tu triste cu-cu, era cual lágrimas ardientes que bañaban mi cansancio.

* * *

Pero a pesar de todo, hubo un encuentro en el campo, silencioso y breve, entre la gente y yo. Me crucé con un mujik corriente. No sé que pudo parecerle mi persona, pero en él yo pude ver una innumerable cantidad de techos de paja negruzca, perdidos en medio de los trigales. Pude ver una gran cantidad de muchachas cam-

pesinas en medio de una nube de polvo, retornando del trabajo ajeno, sucias, feas, con los pechos flácidos y las espaldas huesudas... Pobres mujeres pálidas y vestidas de harapos, inclinadas como sombras sobre las plantaciones de cáñamo... Pude ver incontables niños sifilíticos entremezclados con perros hambrientos y sarnosos... Pude ver todo aquello que hasta ahora miraba pero no veía. El mujik aquel, fue para mí, como la batuta directoral, que, con apenas un gesto, hace surgir al instante todo una cascada de sonidos.

Yo no huí. Al contrario, comenzamos a charlar como dos viejos amigos.

El me hablaba sobre cosas que despertaban en mí el horror, en una forma tranquila y sencilla. Con la misma tranquilidad y sencillez que la alondra emite su canto en los campos. Yo permanecía inmóvil y escuchaba. Algo temblaba en mi interior.

¡Ah!... ¡Desgracia humana, has logrado darme alcance!... ¿Y no huyo? Una vez más están tensas las cuerdas flojas de mis sentimientos, ¡el dolor puede volver a tocar en ellas!

Habla. Continúa hablando...

Pero, ¿qué decir? En este inmenso mar verde, uno no es más que una mísera gota. Aquel que recibió la visita de la peste con un saldo de hijos muertos, ya se siente mejor. De aquel otro, ya se compadecerá Dios... Ya que tiene cinco bocas abiertas como molinos insaciables, a los que continuamente hay que echar algo para que muelan.

“Cinco pequeñuelos hambrientos, a los cuales la peste no se quiso llevar”.

Habla. Continúa hablando...

La gente quiso tomar la tierra a manos limpias y lo logró: hay quienes prueban su gusto en la tumba, hay quienes la trabajan allá en Siberia... El tuvo suerte: es-

tuvo apenas un año matando piojos en la cárcel, ahora una vez por semana, el comisario de la policía rural le golpea la cara...

“Una vez por semana le golpean la cara”.

Habla. Continúa hablando...

Ni bien llega el domingo, la gente va a la iglesia, pero él está obligado a presentarse ante el comisario de policía. A decir verdad, es menos ofensivo, que el ser golpeado por los suyos. Temes decir una palabra siquiera. Tienes un amigo, un correligionario, un hombre con ideas afines y quizás en estos momentos te está traicionando de la forma más solapada y ruin. Tú arrancas de tu pecho una palabra ardiente, cual un pedazo de tu propio corazón y el muy infame la arroja a los perros...

“La persona más cercana está dispuesta a traicionarte”.

Habla. Continúa hablando...

Andamos entre la gente como si anduviésemos entre lobos. Siempre alertas, vigilantes. Por todos lados oídos aguzados. Por todas partes manos extendidas. El pobre arranca la camisa al miserable. El vecino roba al vecino. El padre despoja al hijo.

“Andamos entre la gente como si anduviéramos entre lobos”.

Habla. Continúa hablando...

La sífilis, el alcohol y la miseria, consume a las personas y éstas se muerden unas a otras en las profundas tinieblas de su estrechez. ¿Cómo es que aun brilla el sol y no se apaga? ¿Cómo podemos continuar viviendo así?

Habla. Continúa hablando. Enciende con tu enojo la bóveda celeste. Cubre el cielo con los negros nubarrones de tu desgracia y haz que nazcan rayos y truenos. Refresca el cielo y la tierra. Apaga el sol y enciende uno nuevo en el cielo. Habla. Di algo...

Otra vez la ciudad extendió hacia mí sus brazos de hierro. Sumiso, me entregué a ellos y mientras sus manos férreas se sacudían ruidosas, por última vez, absorbí la quietud de las estepas, la azulina somnolencia de las extensiones lejanas. ¡Adiós, campiñas! Continúad con el susurrar eterno de vuestros trigales dorados. Quizás a alguien le sea tan útil como a mí. ¡Adiós, también para ti!, cuclillo entre las ramas del abedul. Tú también has tensado las cuerdas de mi alma. Ellas se aflojaron manoseadas por dedos rústicos e inhábiles, pero ahora están tensas otra vez. ¿Oyes? Tan tensas que han sonado... ¡Adiós! Vuelvo hacia la gente. Mi alma está pronta. Las cuerdas tensas, afinadas, están listas. Mi alma canta otra vez...

EL DUELO



La señora Antonina y el maestro de su hija, Iván Piddubniy, dieron por terminada la cena.

El hombre se puso de pie, retirando un poco la mesa redonda con los restos de la comida, mientras que ella le extendía la mano para que se la besara. El comenzó a hacerlo, pero no del lado que por lo general besan los simplemente conocidos, sino que lo hacía en la palma, en la muñeca y más arriba aun.

La señora Antonina no ponía ningún reparo a que así fuese, al contrario, ella echó la cabeza hacia atrás y con los ojos verdosos y húmedos entre sus rojizos párpados, —ella siempre se ponía así después de beber licor de guindas— miraba desde lo alto la encrespada cabeza del mozo. Con su mano libre, se desprendía el botón de la manga y señalaba con el dedo:

— ¡Aquí!... ¡Aquí!...

Iván besaba el brazo cada vez con más audacia, por la ruta azulada de una vena, aproximándose hacia las blancas redondeces del hombro iluminado por la luz de la lámpara.

De pronto, ¡t-rraj!... ¡traj!... ¡traj!...

El marco de la ventana se sacudió con furia y todos los vidrios sonaron en forma endiablada.

Ella se estremeció del susto y con los ojos desmesuradamente abiertos por el pánico, clavó su mirada en las oscuras ventanas que daban al jardín y a las cuales rozaban con suavidad, algunas ramas cubiertas de nieve.

— ¡¿Quién?! ¡¿Qué pasa?!

— ¡Mi marido!... ¡Lo ha visto todo!...

Mientras ellos continuaban parados en esa pose involuntaria a la vez que elocuente y ridícula, a la espera de algo gravísimo e irremediable, en medio de una quietud casi sepulcral, golpearon las puertas y alguien corrió por el descansillo penetrando en la habitación. Era el dueño de casa, con su abrigo de pieles, su gorra, sus

galochas cubiertas de nieve, bajo de estatura, la mirada maligna, con su barba temblándole de ira y coraje.

Venía con el brazo izquierdo levantado y al llegar al comedor lo extendió en dirección a la puerta.

— ¡Fuera!... ¡Fuera de mi casa!...

Iván Piddubniy cambió de expresión, quiso decir algo, tropezó, extendió una mano e inclinando su cabeza, salió de la habitación cruzándola con pasos inseguros y por detrás del dueño de casa, en dirección a otro cuarto y de allí al zaguán. El oía como detrás suyo, con voz ahogada y sorda, la mujer imploraba a su marido:

— ¡Recapacita! Mikola... Te has vuelto loco...

— ¡Fuera!... ¡Fuera de mi casa! — vociferaba el señor Mikola con una voz que no era la suya, al mismo tiempo que golpeaba con sus pies calzados con las galochas.

Mientras el maestro se echaba encima el abrigo de piel de oveja, llegó al zaguán la niña Liuda, su educanda, atraída por los gritos de los mayores. Ella ya estaba semidesvestida: su blanca y corta enagua no llegaba a cubrir sus pálidas rodillas. Cruzó sus desnudos bracitos sobre el pecho, se encogió un poco de hombros y clavó la mirada de sus suplicantes ojos azules, en su padre...

— ¡Papaíto!... ¡Papaíto!... ¡No echés al señor Van!...

Ella llamaba así a su muy querido maestro. Pero el papaíto sin prestar ninguna atención a sus súplicas, llegó al zaguán y se puso a gesticular en una forma que resultaba muy cómica, mientras declamaba patéticamente:

— ¡Te recibí en mi casa como a un hijo, como a una persona decente!... ¡Te he dado de beber, te he alimentado, te he pagado! ¡Ha-a-a!...

La señora Antonina decía algo, Liuda lanzaba chillidos, pero Iván ya no los oía. Encontró su gorra y tomó maquinalmente de un rincón, el paraguas del señor Mikola y salió a la calle.

Una tajeante ola de aire helado... Ventanas escarchadas... Voces... Campanilleo de un carruaje... El grito de ¡cuidado! y él se encontró en una sórdida y desierta callejuela. Ante sus ojos bailaban aun, la mano izquierda extendida del señor Mikola y las dos manchas rojas de su cara —producto del frío o de la conmoción— mientras que en sus oídos resonaba como un eco: “¡Fuera!... ¡Fuera de mi casa!”. Escándalo... Vergüenza... La sangre zumbaba en sus oídos... Sentía un gusto amargo en la garganta... El seguía corriendo incansablemente, con el abrigo suelto y con el paraguas ajeno bajo el brazo...

La luna ya se había puesto. En la superficie nevada brillaban las estrellas, cual si hubiesen caído del cielo. Las cosas tenían un perfil pronunciado. Los árboles, las casas, las sombras... Todo tenía un aspecto de firmeza tal, que daba la impresión de estar tallado en mármol, maravillosamente tranquilo, extraordinariamente fuerte. Las luces azules del anochecer, eran hendidoras y punzantes cual trozos de hielo quebrado, arrojados al espacio...

El pobre maestro no notaba absolutamente nada. Ni las estrellas, ni la noche, ni las luces. Nada. Iba corriendo calle arriba con un solo deseo: llegar cuanto antes a su habitación, ocultarse de la gente, de su propia vergüenza.

— ¡Fuera!

Este “¡Fuera!” repiqueteaba en el aire y corría detrás suyo azuzándolo sin piedad.

Se cruzó con un fiacre. Sintió deseos de sentarse en él y hacer el resto del camino en coche, pero recordó que estaba sin un céntimo.

Piddubniy por fin llegó a su casa, entró corriendo a su dormitorio y sin encender la luz, vestido, se arrojó a la cama.

En forma vívida, la imagen de lo acontecido con toda claridad llegó hasta él. Aparte de sufrir la vergüenza y la humillación que aun ardían en sus venas, se daba cuenta cabal de que había hecho el ridículo. Lo habían echado como a un perro y él como un perro, salió con la cabeza gacha, indefenso, sin pronunciar palabra, temeroso, temblante...

Ella no le perdonaría jamás su cobardía y su mezquindad. Tendría que haber dicho o haber hecho algo... ¿Pero qué? No lo sabía. Era la primera vez que tenía un romance con una dama de tanta importancia. Maestro pobre, hijo de una familia burguesa venida a menos, expulsado de la escuela, jamás abrigó ninguna esperanza de tener una aventura amorosa con alguien que no fuese una sirvienta o alguna joven señora completamente pobre y sin recursos, que solamente para los grandes días festivos se pone sus mejores vestidos pero que sin embargo, tiene las manos enrojecidas por el trabajo. Pero esta dama, con sus cuarenta y dos años de edad, su posición social, descendiente de verdaderos señores, se arrojó a sus brazos en una forma tan inesperada e imperiosa, que no se atrevió a hacer ninguna clase de resistencia. Ella lo había hecho su prisionero.

El le hacía falta diariamente, a cada instante, tanto de día como de noche. Ella aseguraba que él tenía muy buen gusto y que además sabía discutir con los vendedores y que precisamente por eso, solo él y nadie más que él debía hacerse cargo de las compras, ya fuesen botones, hilos, géneros o muebles.

Más tarde decidió que Liuda tenía que estudiar un poco más y por lo tanto, en vez de una hora diaria, él le dedicaba tres y ya que la comida coincidía con el horario de las lecciones, sin falta había que quedarse a comer. Ella le llevaba a conciertos y a teatros las veces que su esposo estaba ocupado. Le aseguraba a su mari-

do, que el salir de pesca en compañía del maestro, era de por sí más interesante.

El estaba obligado a oír la música de ella. Mucha música, aunque hablando con franqueza, no entendía absolutamente nada. Cuando en las veladas de sobremesa se hacía demasiado tarde, ocurría que no solo la señora Antonina, sino también su marido le invitaban a pasar la noche en casa de ellos. Le ofrecían un pequeño dormitorio apartado, donde antes viviera la institutriz y era entonces que por la mañana, antes de ir a tomar el desayuno, él quitaba con sumo cuidado los cabellos canosos de mujer, que hubiesen quedado en las ropas de su cama.

Cuando llegaba para leer sus lecciones a la niña, Iván por lo general, entraba en una casa completamente vacía. El dueño en el empleo, Liuda jugando por ahí, en cualquier rincón del jardín o en casa de los vecinos, la servidumbre sin atreverse a hacer acto de presencia sin la debida autorización mientras que la señora estuviese ocupándose del arreglo de su persona. Luego, ella entreabría la puerta de la sala de recibo y le llamaba desde su dormitorio, con la cabellera suelta y los brazos desnudos. Después le besaba los ojos, las mejillas, le besaba los labios, ardientemente, largamente...

Cuando los cabellos de ella, de los cuales siempre emanaba un perfume de unturas caras y aromáticas, le acariciaban suavemente la cara y sentía los rollizos y desnudos brazos en su cuello, al maestro la cabeza le giraba como a un ebrio...

— Ivás... Ivashechko... Ivanko...* mi pequeño, mi único —gemía ella entre beso y beso— tú eres mi dueño, mi señor... tú eres sangre de mi corazón, la poesía de mi vida... tú eres mi Romeo...

* Diminutivos cariñosos de Iván

Después de estas palabras, le ordenaba que la besase y le extendía su cuello, sus hombros, sus turgentes y bien conservados senos, levantaba los brazos para que él pudiera besarle las axilas y reía nerviosa cuando le cosquilleaba con sus bigotes. Se movía de un lado para otro, ofreciendo los más íntimos rincones de su cuerpo, miraba extasiada con sus ojos verdosos entrecerrados por los párpados rojizos, mientras que las arrugas de su cara desaparecían al conjuro de tantas caricias. Un rato después, extraía debajo de las almohadas, un pedazo de papel correctamente doblado en cuatro y lo ponía en la mano de él, presurosa y con aire de profundo misterio.

— ¡Toma! Esto es para ti.

La tinta azul y la letra femenina, le decían que la esquila era de ella y para él.

Durante las clases extendía con sumo cuidado la carta y se ponía a leer. En esos momentos, Liuda podía hacer lo que quisiese.

En primer lugar, la carta era larga, cinco o seis páginas como mínimo. Por lo general, estaba escrita en un estilo florido, un tanto arcaico, con alegorías y largos períodos bien elaborados. A todo esto, olía con el específico aroma de los perfumes usados por la señora y traía las huellas frescas de besos, no ya alegóricos sino reales, impresos en el papel y que venían a ser un apéndice de la colección de frases tiernas, como si fuesen originales ilustraciones de las mismas. “Si tu asomaras a las profundidades infinitas de mis sentimientos, y, alumbrado por la celestial luz del amor...” Rastros de besos en el papel. “Yo quisiera vivir eternamente en tu pecho, anidar en él, con indescriptible felicidad y con paradisiaco éxtasis, quisiera beber el rocío de tus besos, quisiera besar la huella de tus pasos y acariciar el aire que tu respiras...” Más rastros de besos en el papel.

**“Tú eres mi amo, mi señor, mi vida y mi muerte...”
Más y más besos.**

Ella por lo menos dos veces al día, escribía cartas semejantes y las entregaba personalmente, algunas veces lo hacía por intermedio de Liuda, otras, las colocaba en los bolsillos del abrigo o en último caso, las enviaba por correo. Los cajones de su escritorio, estaban repletos de hojas de papel llenas de renglones azules escritos con letra menuda, hojas de papel que con su específico aroma saturaban el ambiente de su cuarto. Ella exigía obstinadamente para cada una de sus cartas, una contestación larga, ardiente, plena de espíritu caballeresco y de sentimientos ultraterrenales. Ella así lo quería. El estaba obligado a poner su alma al desnudo, decorándola con la ruidosa teatralidad de ella, y era entonces que sufría, se empeñaba hasta transpirar, pero sin conseguir nada, ya que casi siempre era nulo el resultado de tantos afanes y desvelos. La vez que no traía contestación o que ésta era demasiado corta y pobre, ella le hacía escenas, le trataba de mediocre, de miserable mezquino, y luego, se apretaba a su pecho colmándole de caricias, colocaba en su bolsillo una nueva carta, más larga aun y mudaba sus ropas por otras más ligeras, para que su cuerpo fuera asequible a los manoseos del hombre.

En sus raptos de ternura, ella ensalivaba el cigarrillo que fumaba sin tino y lo pasaba a los labios de él —a veces arrancaba el cigarrillo de la boca de él— y era entonces que sus ojos verdosos con los párpados enrojecidos, se enmarcaban en un círculo de pequeñas arrugas, producto de un inefable placer. El sufría mucho a consecuencias de semejante pasión, aunque a la vez se sentía complacido y halagado. Lo que él siempre más temía, era hacer el ridículo en presencia de ella, y ahora...

— ¡Fuera!...— y tras ese grito, había salido como un perro apaleado.

Piddubniy gimió, cual si estuviese herido. Solo él era el culpable. Tenía que haber hecho algo. Sí, ¿pero qué? ¿Golpearle? No. ¿Arrojarle el guante a la cara? Es que él no los tenía consigo. ¿Retarlo a duelo? ¡Qué sabe él, como tenía que haber procedido!

Sus ojos se posaron involuntariamente en la ventana. Esto le hizo daño. Se levantó de la cama y bajó la cortina. Se volvió a recostar, cubriéndose la cabeza con la almohada. Sentía como en su pecho se agitaba una enorme insatisfacción, deforme e indefinida. Tenía la sensación de que la cabeza aumentaba de volumen en forma inverosímil y al mismo tiempo se le vaciaba. Solo se cruzaban por su mente, como fugaces sombras, algunos interrogantes aislados y sin hilvanar.

Veía en su imaginación, como ella allá en el pequeño cuarto de la institutriz, llegaba a él y le exigía: ¡Bésame! Y cuando él, en forma demasiado decidida la tomaba entre sus brazos, se apartaba, llena de temor.

— Tengo miedo... Tengo miedo, mi querido, yo tengo miedo... — susurraba ella y el terror se reflejaba en sus ojos a la par que se pintaba una mueca de dolor en sus labios. Se apartaba de él con violencia, mirando con intranquilidad a su alrededor.

El no tenía nada que temer y por lo tanto, no la escuchaba. Ella temblaba como una mosca atrapada en la tela de araña y era entonces que las maneras de esta mujer adulta con arrebatos de colegiala, le ponían fuera de sí.

— ¡Ah-h! ¡Oh-h!... mi querido, mi amor... Tengo miedo... ¡ay! ¡que viene alguien!... ¡Ah-h!...

Ella escapaba de su lado, dejándolo a solas con sus deseos insatisfechos...

A veces, ella era simplemente cruel. Lo obligaba a escuchar tardes enteras, música, especialmente clásica —Bach, Haydn, Beethoven— y luego de alguna fuga o

alguna sinfonía, ejecutadas con sumo acierto, con expresión, se dirigía a él con una mirada de triunfo en sus ojos, preguntando:

— ¿Te agrada?

El contestaba en una forma por demás inexpresiva: sí... no... es el caso... yo...

Ella lo medía con una durísima mirada.

— ¡Burro! ¡Usted no comprende nada!...

Luego apretaba sus labios y le volvía la espalda con desdén.

El se sentía disminuído y en su interior le daba la razón pues comprendía que ella decía la purísima verdad.

Ella era caprichosa, ardiente, sentimental y de bastante edad. Su comportamiento le recordaba a las heroínas de las antiguas novelas francesas.

— ¡Papaíto, no echés al señor Van!...

Ahora veía los bracitos desnudos y las piernitas flácidas apenas cubiertas por las blancas enaguas, veía la mirada implorante y límpida de aquellos ojos infantiles...

¿Por qué permitieron, que aquella almita pura fuese testigo de tanto fango humano?...

¡Cómo odiaba a ese señor empleado empavonado, con manchas rojas en la cara, barbas temblorosas y voz chillona! ¡Le odiaba con todas las fuerzas de su alma, porque aquél era el marido de su amante, le odiaba por la vergüenza que sentía y lo cobarde que había sido! ¡Con cuánto placer le golpearía, le aplastaría con el peso de su cuerpo, le ahogaría entre sus manos!...

Pero, ¿qué diría ella?

¡Ordinario!... ¡Camorrista! No. Lo que ella necesita es decoro y nada más que decoro... Lo único aceptable, sería un duelo...

— Bien, ¡que sea un duelo entonces!

Esto lo dijo en voz alta, se sentó en el lecho y clavó su mirada en la oscuridad. De inmediato vino a su imaginación, el cuadro de un duelo descrito con lujo de detalles en alguna novela leída ya hace tiempo. Un prado verde. Los padrinos con sus cilindros. El levantado su pistola, apunta... Una leve columnita de humo azul y el señor Mikola se inclina hacia adelante y por su blanca camisa borbotea un chorro de sangre roja.

Piddubniy cierra los ojos y temblando esconde su cabeza bajo la almohada...

Tiembla todo su cuerpo. El no quiere ni pensar en la sangre.

¡No, esto sí que no!... ¡El no puede!... ¡No puede!...

Por fin se tranquiliza con el pensamiento de que el señor Mikola no querrá batirse con él. Después de todo, aquél es un funcionario del gobierno, un empleado leal. De inmediato iría con la denuncia a la policía. Esto es lo probable... Esto es lo más probable... Entonces sería lo peor... Policía, interrogatorios, juzgado... y él se encontraría en una situación bastante desagradable. ¿Qué hacer?

Piddubniy continúa recostado largo rato, solo, en la oscuridad y piensa, mientras le llegan los ecos de la matraca que hace sonar el guardián nocturno.

— ¡Bien! — dice Iván y nuevamente se sienta en el lecho — Tú has hecho una porquería. Te has metido en una familia decente, usufructuando una mujer ajena... Entonces ten la valentía de saldar tus cuentas honestamente. Tómala por esposa. Quítasela y construye tu propio nido... ¿Con tus diez céntimos, que quedaron olvidados en el fondo del bolsillo? ¿Con tu miseria? ¿Y la criatura?

Algo brota de su interior y con risa convulsiva, sarcástica, sale de su garganta... ¿A una vieja?... ¿Y quedarme con las migajas?... ¡No!...

Sus pensamientos se inclinan más y más hacia la idea del duelo. El tiene que lavar con sangre su ardorosa vergüenza.

Y otra vez vuelve la visión del duelo.

Se disparan. Algo punzante y caliente le atraviesa el cuerpo, justo en ese lugar donde anidó su ofensa y hasta le parece sentir alivio. ¡Se ve cadáver y se siente héroe! Todos hablan de él, se compadecen, le lloran, le escriben largas y tiernas epístolas — interminables renglones azules en hojas de papel caro — epístolas que ya nunca más ha de leer.

Una dualidad inexplicable se adueña de su conciencia y al mismo tiempo que ve los resultados de su duelo imaginario, comprende que todo eso es pura fantasía, que todo es una gran tontería y que él, por nada del mundo iría a poner la cabeza en la boca de una pistola.

— ¡Or-di-na-riéz!...— resonó en sus oídos el eco de una voz desconocida.

Forzó aun más la marcha de sus pensamientos y continuó viendo en su mente otros detalles del imaginario duelo. Creyó ver lo que sería de él, cuando estuviese muerto. En primer lugar, ya no respiraría — y por un momento dejó de respirar y quedóse quieto —. La sangre en las venas, espesa y fría como gelatina, los brazos y piernas tiesos, inarticulados, parecían de madera. Todo su cuerpo parecía que fuese de cartón piedra. Sentía vacío en la cabeza... Vacío en el pecho... La boca entreabierta, sin poder cerrarla, la garganta seca, sin voz...

En un apasionado impulso vital, sus cuerdas vocales emitieron un corto sonido, luego palpó su cuerpo y flexionó sus miembros ateridos.

¡Diablos! ¡Protesto con todas las fuerzas de mi alma!... De repente, saltó de la cama. Se le había ocurrido una

idea brillantísima. Todavía sin formas definidas, suave e impalpable como el aire; pero mientras aquella idea flotaba temblorosa ante él, como una nube gaseosa en fuga, sintió que desde lo más profundo de su ser, se erguían la inutilidad, la falsía y el compromiso, reptando y enroscándolo como serpientes de ojos verdes, entorpeciendo su facultad de pensar, con los vapores pesados de su emanaciones fétidas.

¡Por fin pudo alcanzar a aquélla idea! ¡Aquí, aquí está!

El tiene que hacer llegar su desafío por escrito, pero imprescindiblemente, la carta tiene que pasar por las manos de la señora Antonina. Aquélla no permitiría llegar a los extremos, tanto de un lado como del otro.

Este pensamiento lo puso muy contento.

Detrás de las cortinas, las ventanas se aclaraban con seis manchas grises y claras. La pálida luz invernal penetraba en el cuarto. Amanecía. Durante la noche, había nevado.

Piddubniy encendió una vela.

¿De qué forma escribiría la carta-desafío? No lo sabía. Sin falta tendría que leer algunas de las novelas que tenía. Allí con seguridad, encontraría algo que le pudiese servir de modelo. Comenzó a buscar los libros con afán. ¡Diablos! Esos malditos libros siempre estaban a la vista, pero ahora que los necesitaba, no los podía encontrar y esto era una verdadera lástima. El solo sabía que su desafío lo firmaría con la siguiente fórmula: "*Con el más absoluto desprecio*". Y terminó por convencerse, de que su idea de firmar así, era de verdad, una idea genial.

"¡*Mi estimado bienhechor!*"

Escribió estas palabras, y su mano se detuvo. Los pensamientos se arremolinaron en su cerebro. Las imágenes, en loco tropel se atropellaban unas a otras y esca-

paban de su mente. En fin, todo le resultaba difícil, pesado, imposible...

Por último, tachó lo escrito y en un papel en blanco, escribió la siguiente carta:

“¡Mi estimado bienhechor!

Ayer Ud. se permitió ofenderme muy duramente. Tal ofensa, sólo puede ser lavada con sangre. Ruego a Ud. quiera tener el bien de designar lugar y hora, donde yo pueda enviar a mis padrinos.

Con el más absoluto desprecio, se despide de Ud.

Iván Piddubniy”.

Luego de releer estas líneas, tachó “con el más absoluto desprecio” y en su lugar escribió “*respetuosamente*”. Pasó lo escrito en limpio, poniendo en el sobre la siguiente inscripción: “*Estimadísima Señora Antonina Tsiupa (Personal para el Señor Mikola Tsiupa)*”.

¡Oh!

Todavía era temprano, tan solo las siete y media de la mañana. Los señores Tsiupa, dejaban el lecho alrededor de las nueve. Piddubniy caminaba por el interior de su cuarto y miraba el reloj a cada rato. El tiempo marchaba lentamente. Por fin, se colocó el abrigo y salió a la calle.

Durante la noche había caído mucha nieve, pero afuera no hacía frío y además, brillaba un sol espléndido. La nieve esponjosa se extendió sobre la tierra, cubriendo las casa, los troncos y las ramas de los árboles, diluyendo las sombreadas líneas en el suelo.

Entre la blanca red de ramas escarchadas, se acentuaba el azul del cielo y al conjuro del dorado sol, la nieve emitía temblorosos efluvios celestes. El aire y el sol acariciaban las mejillas, las verdes ramas de los abetos asomaban por entre la nieve con una frescura tal, que parecía ser que llegó la primavera y se vistió de blanco.

Llegó volando una corneja y se posó en un cerco.

¿Cómo hacer que la carta llegue a destino, pero que antes pase por las manos de la señora Antonina? Dios no permita encontrarme con el señor Mikola si es que éste ha decidido salir más temprano que de costumbre.

Por la calle van arreando un rebaño de ovejas al matadero. Todo es un montón de lana gris, patas y cabezas con cuernos.

¡Qué bien se respira! El aire se bebe, cual si fuese leche tibia. El sol engalanó con múltiples reflejos de oro, las ramas de los árboles cubiertos de nieve.

La carta en el bolsillo, le resultaba molesta. Era necesario enviarla de inmediato por intermedio de alguien. Cuando la traigan, ella saldrá a recibirla. “¿Una carta? ¿De quién? ¡A ver!... ¡A ver!... ¡Ah-h-há!...” Y su cara se contraería en una mueca de estupor y con la carta en la mano, temblando, iría a lo de su marido...

La calle estaba desierta. Tan solo dos hileras de casas blancas, cubiertas por techos también blancos, y entre las casas, nieve. El humo de las chimeneas, lentamente tiende hacia el cielo.

Iván vió venir corriendo a un muchacho con un canasto en las manos. ¡Eh! ¡Eh!, ¡muchacho! — le llamó. El mozo, con los ojos llenos de asombro, acudió al llamado...

— Lleva esta carta... A esa casa donde se ven dos ventanas juntas. Deposítala en manos de la señora. ¿Has entendido? Si cumples con el encargo, tendrás diez céntimos — Iván palpó en el bolsillo, su última moneda. Inquieto, comenzó a caminar y a esperar.

El muchacho volvió al instante.

— ¿La has entregado a la mismísima señora?

— En sus propias manos.

— ¡Toma!... ¡Lo diez céntimos prometidos!

Iván volvió para su casa.

¿Qué iría a ocurrir ahora? ¿Cómo terminaría todo esto?

La mañana le resultó larga, interminable, intranquila. A mediodía, el cielo se alegró con la sonrisa del astro rey. Comenzaron a caer gotas del tejado. La habitación pareció inundarse de oro.

Iván Piddubniy iba y venía por el cuarto. Pensaba.

No podía probar bocado. Tenía la boca seca y la cabeza le pesaba. ¿Qué iría a ocurrir?

Después del almuerzo, se recostó en el lecho, frío, indiferente, sin esperar absolutamente nada. De alguna forma sería.

Las horas fueron corriendo lentamente. Grises sombras deambulan por el cuarto, mientras tanto, la ventana oscurece y se diluye y las tinieblas vespertinas, ahondan la tristeza. Soledad, sin nada y sin nadie...

De pronto, un golpe... y otro más...

¿A quién será que buscan?

— ¡Con permiso!...

¿De quién es esa voz? Con un temblor nervioso en todo el cuerpo, Iván salta del lecho.

— ¡Adelante!...

Es él... El señor Mikola. La voz un tanto ronca, la mirada hacia un costado. Despaciosamente, toma asiento sin quitarse el abrigo y sin saludar siquiera.

Iván, con mano temblorosa, trata de encender sin conseguirlo, una cerilla para dar luz a la lámpara.

— No se moleste... No hace falta.

El maestro continuaba raspando la cerilla.

— Usted... Usted...— dice enronquecido el señor Mikola — Usted no debe guardarme rencor... Ayer yo estaba ebrio. Simplemente ebrio y nada más... Y bueno, cuando una persona está ebria, usted comprende...

¡Ah-h-há!... Sí, sí, efectivamente, el señor Mikola estaba ebrio... ebrio, completamente ebrio... y nada más que ebrio... ¿Cómo es que no se dió cuenta antes, de que el señor Mikola estaba ebrio como una cuba?... ¡Ja-ja-ja! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

— Liuda está muy triste sin usted... Le quiere ver... Por favor, mañana venga a dar su lección como de costumbre y le ruego, no recuerde lo que hubo entre nosotros...

¡Ja-ja-ja! ¡Borrachín del diablo! ¡Había estado borracho, sí, borracho! ¡Borracho como una...! ¡Nada más que eso!... Bueno, naturalmente que iría a dar la lección... con toda seguridad que iría... ¡Ja-ja-ja!...

Todo reía en su interior. Todo era alegría y se sentía con unas ganas enormes de ahogar con sus manos la ronca voz de ese bienhechor suyo, aunque sin embargo se esforzaba en no demostrar ni su contento ni sus íntimos deseos...

Bien. El mañana se hará presente... y nada más. ¡Ja-ja-ja!...

En lo que respecta a la carta, ¡ni una palabra! ¡Cochino!...

.

Piddubniy descansó perfectamente. Durmió toda la noche sin despertar ni una sola vez.

Al día siguiente, cerca de las doce, Iván tomó el paraguas del señor Mikola y se fue apresuradamente a cumplir con sus acostumbradas obligaciones de maestro.

La muy bien conocida sensación del docente que va a dar clase, le tranquilizó un poco. Pero cuando entró en el zaguán de la casa y vió los peldaños por los cuales bajara dos días atrás en forma tan poco heroica y respetable y cuando colocó el paraguas en un rincón, su

aparente tranquilidad desapareció, el recuerdo de lo acontecido fue como un baño de agua fría que le dejó entumecido y entorpeció la libertad de sus movimientos.

En la puerta de la habitación, Liuda saltaba de alegría, daba palmadas y extendía sus bracitos en dirección al señor Van.

— ¡Señor Van!... ¡Señor Van!...— daba gritos de satisfacción, mientras le miraba amorosamente con los ojos iguales a los de su madre.

Enseguida se pusieron a trabajar. Todo marchaba igual que antes. A la hora de costumbre, interrumpieron las clases, ya que habían sido llamados para el almuerzo.

Y así fue que de nuevo, Iván atravesó las habitaciones tan conocidas por él, una vez más vió el comedor, la mesa redonda y grande, vió a la señora Antonina, al señor Mikola...

El dueño de casa le estrechó la mano en una forma fría y seca, la señora tenía un aspecto muy cansado aunque demostraba alegría y en un momento propicio, a hurtadillas, puso en sus manos un pedazo de papel tan grande, que el pobre maestro no supo donde esconderlo.

Almorzaron en silencio, aunque varias veces intentaron hilvanar alguna conversación. El señor Mikola se mostró muy atento y servicial, casi en una forma exagerada. Le ofrecía a Iván toda clase de platos, rogando que los probase, mientras repetía sin mirarle:

— ¡Coma! ¡Coma, coma usted, por favor!...

Y al decir aquéllo, las palabras le salían de la boca con tanta dificultad, como si dentro de ella tuviese un nido de avispas.

Iván sin haberse recuperado todavía y con la vista clavada en su plato, comía. Comía sin cesar, sin prestar atención a nada. Comía con el mismo afán, con el mismo empeño, con la misma dedicación con que se le invitaba a hacerlo.

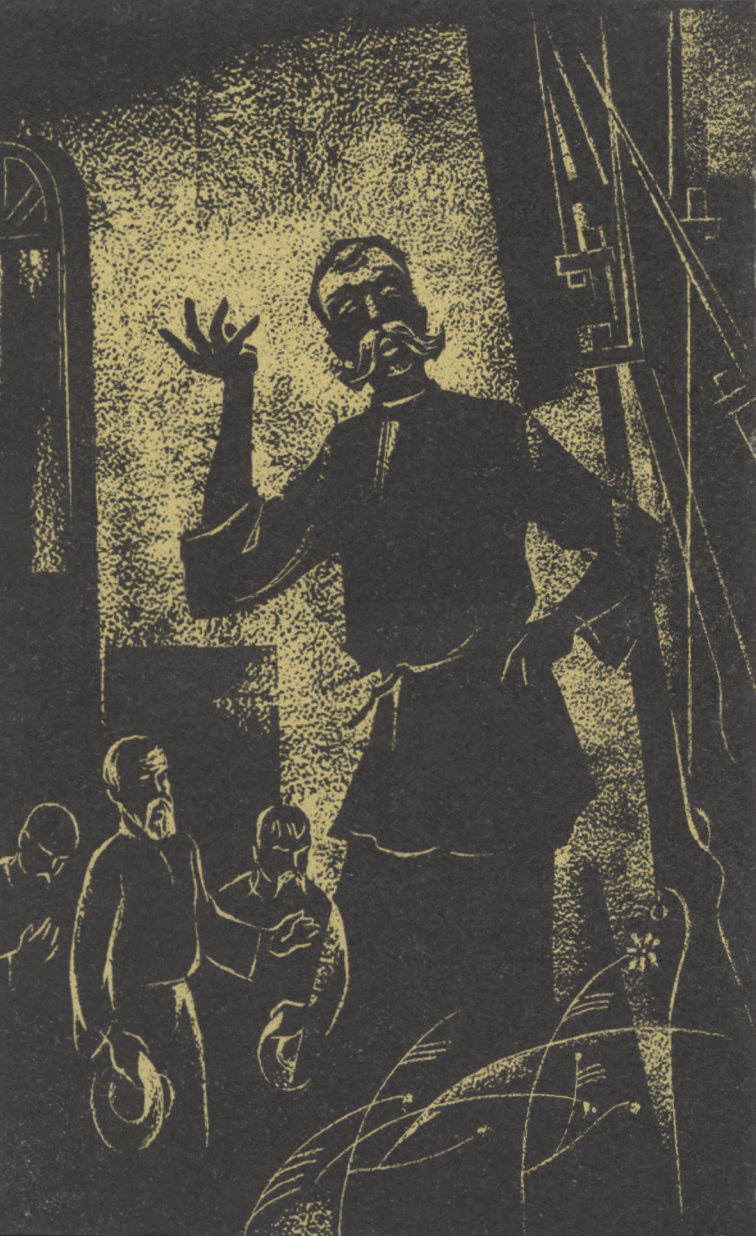
La señora Antonina con frecuencia, dejaba caer la servilleta e inclinándose para recogerla, pellizcaba las piernas del maestro.

A veces le tomaba de la mano poniéndola sobre sus rodillas.

Liuda suspirando, elevaba su mirada hacia lo alto.

— ¡Gracias a ti, Dios mío!.... ¡Otra vez seremos felices!...

LOS CABALLOS NO TIENEN LA CULPA



— ¡Savka! ¿Dónde diablos has metido mi agua de Colonia?

Arkadiy Petrovich Malina se asomó a la ventana y le gritó a su lacayo, quien en esos momentos estaba ayudando al cochero a desenganchar los caballos sudados.

Acalorado, en mangas de camisa, con la pechera desabotonada, miraba impaciente como Savka, vestido con su engalonada librea azul, corría cruzando el patio.

El agua de Colonia estaba donde siempre, encima de la mesita de tocador, pero Arkadiy Petrovich no se había dado cuenta de ello.

— ¡Siempre tienes que meterla en cualquier parte!...

Dijo algo más en forma ininteligible, cogió el frasco que le tendía Savka, se quitó la camisa y comenzó a frotar con el agua de Colonia su blanco cuerpo, un tanto amarillento a causa de la vejez.

— ¡Uj-j-j!... ¡Qué frescor tan agradable!...

Con la palma de la mano se frotó el pecho, precisamente allí donde argenteaba su finísimo vello, se refrescó los sobacos, se mojó la calva y las manos, finas y blandas y de dedos largos y secos. Luego extrajo del guardarropas una camisa limpia.

El estaba de buen humor, como solía estarlo después de conversar con los mujiks de su aldea. Sentía un verdadero placer, ya que un viejo general en retiro como él y al cual los vecinos tildaban de “rojo” y “*peligroso*”, siempre sabría mantenerse fiel a sí mismo. Al igual que siempre, hoy, en estos momentos tan difíciles, él defendía el punto de vista de que la tierra debía ser de quién la trabajase. “Es hora de acabar con nuestro señorío” — pensaba Arkadiy Petrovich, abotonándose el puño izquierdo de la camisa y al comenzar con el derecho, recordó con qué alegría había reaccionado la reunión de campesinos, cuando él les explicó el porqué del derecho del pueblo sobre la tierra.

Este problema siempre le había interesado y luego de las conversaciones al respecto, se sentía en buen estado de ánimo y con muy buen apetito.

Ya se estaba dando los toques finales a su arreglo personal, cuando con un leve chirrido se abrió la puerta y entró en el cuarto Mishka, su perro favorito, un foxterrier de pura raza.

— ¿Por dónde anduviste, sinvergüenza? — preguntó Arkadiy Petrovich, inclinándose hacia el animal — A ver, dime, ¿dónde, dónde anduviste? — y comenzó a acariciar cariñosamente el cuello y las orejas del perro, mientras que éste fruncía el hocico complacido y movía su cola mocha, tratando de lamerle la cara al amo.

Los rayos del sol del medio día, alumbraban la ventana por la que se veía todo un mar de verdes trigales perdiéndose quien sabe donde. Novecientas hectáreas de campo, que por momentos se hundían tras la loma, para levantarse nuevamente, cual si fuesen olas.

Arkadiy Petrovich trazó con el peine algunos surcos en sus cabellos ralos, se arregló los bigotes de puntas amarillas y largamente, con inefable placer, se puso a contemplar la frente alta de aquel rostro noble que se reflejaba en la luna azulada del espejo de su tocador.

Los ojos grises, un tanto fríos y apagados, parecían nadar en un lago de venillas rojas y ésto le intranquilizaba: “¡Es necesario que nuevamente me coloque unas compresas!”— dijo para sí. En uno de los costados de su nariz, descubrió un salpullido, sacó de su neceser un frasco de crema, se untó la parte afectada y se empolvó.

¡A comer!

Sentía el apetito de un joven veinteañero y esto le causaba gran alegría. ¡Cómo se pondrán de contentos en la casa, cuando sepan que él tiene apetito! ¡Cuánto se ha de sorprender su esposa, la tierna y comprensiva Sonia! ¡Cuánta diligencia habrá en Savka y en el resto de la

servidumbre! Todos quedarán pasmados, mirándole la boca. ¡Son tan pocas las veces que él tiene apetito!...

Pero Savka no llegaba con la invitación de ir a la mesa.

Arkadiy Petrovich abrió uno de los cajones de la cómoda y extrajo de su interior una blusa de lana gris y burda, a la Tolstoi, correctamente planchada.

Vestía dicha prenda con un agradable temblor en todo su cuerpo fresco, sintiéndose en esos momentos un verdadero demócrata, un amigo del pueblo que no tiene por qué temer nada. Desde que abandonara su carrera ministerial radicándose definitivamente en la aldea, los mujiks le amaban. ¿Y por qué no? El era el padrino obligado en cada bautizo y matrimonio, hacía regalos, aconsejaba. En una palabra, los lugareños le trataban de "padrecito". Arkadiy Petrovich pensaba en todo ésto con verdadera satisfacción y al mismo tiempo cruzaba por su mente la imagen de los tiernos hongos champignonnes, traídos del mercado por su sirvienta Palazhka esta misma mañana.

Y precisamente en ese instante, Savka asomó a la puerta y anunció ceremonioso que la mesa estaba servida.

Arkadiy Petrovich, vestido con su blusa de lana gruesa entró majestuosamente en el comedor.

Todos se pusieron de pie en el acto y se inclinaron para besarle las manos. De un lado su hijo Antosha, hombre joven aun, pero de incipiente calvicie, del otro, su hija Lida, joven viuda, rubia, de unos veinticinco años. Hasta ese momento, en el día de la fecha no se habían visto: Antosha acababa de llegar de una de las haciendas y Lida estuvo durmiendo hasta el mediodía.

Sofía Petrivna. —Sonia, como la llamaba su esposo— ya estaba de pie, vestida con un ligero capote de verano y con un cucharón de plata en sus manos. Ante ella,

humeaba una sopera repleta de fragante *borsch*.^{*} La mesa estaba servida para nueve comensales.

Arkadiy Petrovich ocupó su lugar en un amplio sillón a la cabecera de la mesa y palmeó la silla que estaba a su lado.

— ¡Mishka!... ¡A mí!...

El foxterrier lo miró con sus ojos manchados, saltó a la silla y se sentó sobre su cola mocha.

— ¿Dónde está Jean? ¡Vayan a llamar a Jean!...— dijo Arkadiy Petrovich sin dirigirse a nadie en particular.

Pero justamente en ese instante, la puerta se abrió de par en par y el ciego Jean, hermano de Sofía Petrivna y almirante retirado, hizo su entrada en el comedor, del brazo de su lacayo.

Alto y fuerte como un palo mayor, mal afeitado, Jean iba tanteando con su tosco bastón, doblando apenas sus rodillas, endurecido y falto de agilidad a causa de su ceguera. Le estuvieron acomodando en su asiento larga y ruidosamente, luego de lo cual, su lacayo se paró detrás de la silla.

— ¡Buenos días, Jean! — le saludó desde su lugar de honor Arkadiy Petrovich — ¿Qué has soñado hoy?

Todos sonrieron a causa de esta inocente broma diaria, mientras que Jean, de muy buenas ganas, como si tal cosa, clavando la mirada de sus ojos ciego en un punto fijo más allá de la mesa, comenzó a relatar lo que había visto en sueños.

— Soñé con una ciudad. No eran esas cajas faltas de estética, que ustedes llaman viviendas. No eran montones de barro y basura, tampoco eran moradas de la miseria humana... En una palabra, yo no soñé con aquello que vosotros llamáis ciudad.

El hasta frunció el entrecejo.

* *borsch*: sopa de legumbres típicamente ucraniana

— Yo vi una ciudad hermosa y nunca vista. Todo lo que los hombres crearon en la arquitectura, las obras de arte del pasado, del presente y del futuro, plenas de belleza y utilidad, un verdadero templo digno del hombre... Solo que vuestros descendientes...

— Jean, tu *borsch* se enfría...

— ¡Oh, perdona, Sonia!... ¡A ver, mi lanzatorpedos No. 17, anúdame la servilleta!...

— ¡A la orden! — se sobresaltó el lacayo y tendió la servilleta que tenía pronta. (Jean numeraba a sus lacayos, ya que tenía por costumbre cambiarlos con frecuencia).

— Yo creo, que... — comenzó a decir suavemente Lida, inclinando a un costado su rubia cabecita de Madona.

— ¿Ya comenzaron a acarrear el heno, Antosha? — se interesó Arkadiy Petrovich.

Pero Antosha no le oía. Estaba ocupado en servir un par de sabrosos huesos en un plato, destinados a Neptuno, su perro guardián, sentado como todos los demás perros, en una silla a su lado. En esa posición, apenas si se le veía la coronilla semicalva.

A Sofía Petrivna le causaba verdadero fastidio la manera descuidada de comer que tenía su hermano Jean, quien dejaba entre sus barbas y bigotes, migas de pan y trocitos de remolacha. Para no contemplar tan desagradable espectáculo, se dirigió a su hijo.

— Antosha, tu padre pregunta acerca del heno...

— ¡Ah, perdona!... — dijo Antosha levantando su cara tostada por el sol. — En vez de doce, los mujiks levantaron tan solo diez carros. Artem hizo una o dos vueltas y dijo que Kseña, su mujer, se hirió un pie con el rastro y que necesitaba llamar al enfermero. Miente, desde luego... En lo que respecta a Bondarishin, pues, todavía en invierno recibió un anticipo de dinero, pero ahora anda dando vueltas...

Antosha rebosaba de satisfacción, gracias a la buena mesa. En su frente brillaban una infinidad de gotitas de sudor y sus ojos se amodorraban lentamente.

El estaba al tanto de todo lo que ocurría en la aldea. Tenía no menos de una decena de hijos con las muchachas aldeanas y había medido sus fuerzas con más de un fortachón del pueblo, no obstante a su grado de oficial.

— ¡Todos son iguales! — dijo suspirando enojada Sofía Petrivna y se puso a acariciar a su pequeño perro pachón, sentado a su lado.

— Hijos míos, sois demasiado rigurosos — dijo Arkadiy Petrovich bonachón, terminando de comer su borsch.— El mujik también tiene sus necesidades y sus preocupaciones, al igual que nosotros, pobres pecadores...

— Desde luego, a mí me parece que papá...

Lida nuevamente inclinó sumisa su rubia cabecita de Madona, contrayendo un tanto agriamente, sus gruesos y pálidos labios.

Pero a Antosha, las palabras de su hermana le causaron enojo. Lida era siempre la misma. Esos amiguitos suyos, los estudiantes liberales, le llenaron la cabeza de tonterías y ella, como una placa de gramófono, las va repitiendo sin cesar...

— ¡El mujik siempre será mujik, digan ustedes lo que quieran! Tú le convidas con miel, en cambio él...

El ex-almirante ("El acorazado" como él mismo se apodaba), se sintió inseguro a causa de aquella conversación. Y mientras Savka cómodamente enguantado recogía los platos utilizados, tanto por los señores como por sus perros, Jean comenzó a relatar su segundo sueño, según el cual, había asistido a un concierto y había oído una música distinta. Era aquélla, la música de una nueva generación, una inaudita combinación de sonidos,

un algo distinto ante la cual Bach, Haydn y Beethoven, resultaban unos pigmeos...

Antosha se sintió aburrido. El se sabía de memoria los sueños de su tío, por lo tanto, dejó de escuchar su relato, considerando que era mejor ocuparse de su perro Neptuno.

Cortó un trozo de pan y lo puso en la nariz del perro.

— ¡Hale!

Neptuno continuaba sentado, ceremonioso, con los ojos un poquitín entrecerrados y descontentos.

Por un instante, en el comedor reinó el más completo silencio.

— ¡Toma!...

De todos los presentes, solamente Lida prestaba atención a las palabras de su tío, volviendo su cabeza hacia donde él estaba sentado. Pero Milton, su pequeño perro faldero, con el pelo cuidadosamente recortado y con un moño al cuello como una dama, comenzó a raspar la mano de su ama con una de sus patas, haciéndole saber de esa manera que quería comer.

Lida se volvió al perro, le arregló el moño, celeste como su propio vestido y le dió al animal una tortita con mantequilla.

El ama de casa esperaba que sirviesen el asado.

— Hoy día, la realidad es mucho más absurda e increíble que los sueños,— dijo Sofía Petrivna, encogiéndose de hombros y clavando su vista en algún punto del cielorraso.

— Esa es la purísima verdad.— dijo Antosha — Están ocurriendo tales cosas a nuestro alrededor, que uno no sabe a ciencia cierta, en que van a terminar. Dicen que ayer, araron las tierras del barón Kleinberg. Casi todo el pueblo salió al campo con sus arados, echando de allí a los servidores del barón...

— ¡Oh! ¿Ya lo han despojado?

— ¡Fiu-u-u! —silbó Antosha — ¡Ya no tiene más hacienda el barón!... El mismo ha huído... Es terrible lo que ocurre por todos lados y usted aquí, padre, con vuestro liberalismo...

— ¡Ha-a!... ¡Ha-a!...— suspiraba el amo de casa.

— Lo que a nosotros respecta, no tendremos por qué huir.— se reía Arkadiy Petrovich — A nosotros no nos han de tocar. ¿No es verdad Mishka, que a nosotros dos no nos pasará nada? ¿No es verdad, perrito mío? — Arkadiy Petrovich acariciaba la cara de su perro y éste, abría la boca rosada y con sumo cuidado le mordisqueaba los dedos y movía complacido, su cola mocha.— Yo no tengo ninguna necesidad de ocultar mis pensamientos...— Sacó su dedo de la boca del perro y lo levantó por sobre su cabeza, diciendo con tono sentencioso — Bien que es así. Los mujiks tienen todo el derecho sobre la tierra. No somos nosotros los que la trabajamos, sino ellos. Ya veis. Yo vengo diciendo esto, desde hace mucho tiempo...

— ¡Arkadiy!... Laissez donc, la domestique écoute! *

Sofía Petrivna del susto hasta cambió de voz. Sin embargo esto no ayudó en nada.

— Tú, corazón, ¿querías señorear eternamente? ¡Basta! Lo hiciste un poco y alcanza. Es necesario que también lo hagan los otros. No temas, no nos quitarán toda la tierra. Ya dejarán un poco para nosotros también... Algunas cinco hectáreas... Para la vejez, me dedicaré a sembrar sandías. Me encasquetaré un ancho sombrero de paja y me dejaré crecer la barba hasta la cintura. Yo sembraré y plantaré, tú cosecharás y Antosha llevará los productos al mercado... ¡Ja-ja-ja!...

— ¡Y él todavía bromea!

* Laissez donc, la domestique écoute: No prosigas... que oyen los sirvientes

Sofía Petrivna recorrió con la vista a la familia en pleno, incluyendo a los cuatro perros, pero el único que se solidarizó con ella, fue su hijo Antosha, que en calidad de protesta, se sirvió un vaso de aguardiente, bebiéndolo de un solo trago, luego se reclinó en su asiento y se llevó las manos a los bolsillos de sus pantalones de montar. Jean tranquilamente, continuaba mascando un trozo de asado, bajo la diligente vigilancia de su lacayo. Savka aparentaba la más completa indiferencia, mientras que Lida fruncía los labios y se inclinaba hacia su padre, diciendo:

— Yo estaba segura que...

Pero Antosha no le dió tiempo a terminar la frase.

— Bromear es muy bueno, pero tan solo en familia. No se por qué padre, Ud. también sermonea de esta manera entre los mujiks. Ellos están en un estado de ánimo tal, que en cualquier momento puede ocurrir cualquier cosa...

— Yo no bromeo. Además, ya es hora de abandonar toda clase de sandeces. Si quieres comer, trabaja, corazoncito mío. ¡Así es!

El estaba alegre y continuaba desarrollando su plan, mientras que con apetito extraordinario, iba llenado a más no poder, su plato de ensalada, sin darse cuenta de que su pobrecito perro Mishka, completamente olvidado, se lamía la cara y movía ininterrumpidamente su pobre cola mocha.

— Lida, con su magnífico vestido, tan elegante, saldrá cada mañana con la vaca al pastizal y por las tardes se encargará de ordeñarla, teniendo cuidado de levantarse las faldas para que no se ensucien... ¡Ja-ja-ja!...

— En lo que a mí respecta, yo...

— ¡Magnífico!...

Comenzaron a servir los postres. Savka colocaba con sus manos enguantadas las cucharitas de plata, por entre

los codos de los señores y la cabeza de sus perros. Jean se manchó con natilla la casaca de almirante y su lacayo afanosamente, trataba de quitarle la mancha con una servilleta. El perro de Sofía Petrivna lamía su plato, mientras que Milton, olvidando toda compostura, gañía en voz baja, para llamar la atención de su ama.

— ¡Arkadiy! ¿Quieres un poco de crema?

— Sírveme, sírveme ma cherie, hoy ando de buen apetito.

De verdad, él se sentía con un estado de ánimo excelente, gracias a la reunión que habría de tener lugar esa misma tarde y donde decididamente estaría por la posición de que el pueblo tiene derecho a la tierra.

— Bienaventurado, quien ama a los animales...— dijo Jean para sí, recitando una frase alegórica y sus ojos ciegos parecieron alumbrar su rostro sin afeitarse.— ¡Torpedero, dame un cigarrillo!...

— ¡A la orden!

— ¡Bravo, Jean, bravo!...— comenzó a reír Arkadiy Petrovich.— Aquellos eran animales, en cambio estos son personas...

Bueno, comenzaban los párrafos de las sagradas escrituras. Antosha no los podía soportar. Arrojó a un rincón un pañuelo apelo-tonado, Neptuno dió un salto, lo atrapó y se lo trajo.

Era divertido ver como Neptuno atrapaba a vuelo y sacudía despiadadamente el pañuelo que le arrojara el amo.

— ¡Neptuno, aquí!... le llamó Antosha y con sumo cuidado sacó el pañuelo de entre los dientes del perro.

Pero de pronto, Neptuno se puso tieso. Levantó su cabeza y lanzó dos gruesos ladridos. También se inquietaron los demás perros. Mishka largóse hacia la puerta y encogiéndose su pobre colita mocha, lanzó una serie de ladridos altisonantes.

— ¿Quién anda allí?... ¡Fíjate quién es, Savka!...

Al volver Savka, informó que habían llegado algunos mujiks.

— ¡Ah!... Los mujiks... Diles que pasen.

— Arkadiy, termina de almorzar. Ellos pueden esperar.

Arkadiy Petrovich no quiso postergar el encuentro por nada del mundo... El ya había terminado de comer.

Entraron los mujiks y quedaron parados cerca del umbral. Entre ellos estaba Bondarishin, el mismo que había cobrado un anticipo pero que aun no había ido a levantar el heno.

— ¿Qué queréis decirme, buena gente?

La gente se movía inquieta en un mismo lugar. Cubiertos de largas camisolas blancas, parecían un rebaño de ovejas, mientras miraban llenos de curiosidad la mesa señorial brillantemente servida, de la cual comían los amos y sus perros.

— ¿Por qué asunto habéis venido?

Paná el Rojo, echó una mirada al viejo Markó, aquél codeó a Iván. Iván creía que el que mejor podía hablar era Bondarishin y todos a la vez le señalaron con la vista. Pero Bondarishin no pudo desprenderse del cerco de sus vecinos y por lo tanto comenzó a hablar desde el montón, haciendo desde allí una profunda reverencia al buen amo y señor.

— Llegamos a lo del señor, para hablar un poco de la tierra...

— Me alegro mucho. ¿Sobre qué tierra?

Bondarishin guardó silencio y miró en dirección a su compadre Iván. Este fue en su ayuda.

— Sobre la tierra de los señores...

— Resulta, que llegaron tiempos nuevos...— agregó Markó.

— Además, usted mismo nos decía...— dijo Panás, sin poder contenerse.

Y Bondarishin para concluir, agregó:

— Pues, nuestra grey campesina decidió... En una palabra, ¡vamos a quitarle las tierras al señor!...

Arkadiy Petrovich, inesperadamente lanzó un grito.

— ¡¿Qué?!

Abandonó su lugar en la mesa, se puso de pie y se acercó al grupo de mujiks con la servilleta en la mano.

Pero aquellos estaban tranquilos, como si hubiesen llegado tan solo para consultar con el amo sobre los asuntos más corrientes de la hacienda.

El viejo Markó, haciendo las más profundas reverencias, dijo casi mascullando, pero con la más completa sumisión:

— Nosotros no queremos ofender al señor... Queremos que todo se haga en paz, como Dios manda...

— Cierren el pico, dejen que hable el compadre Bondarishin,— dijo Panás el Rojo, apartando al viejo Markó.

En estos momentos, el resto de la familia se puso de pie. Sofía Petrivna, Antosha y Lida, abandonaron la mesa y se colocaron temerosos, a espaldas del dueño de casa.

Solamente el ciego Jean continuaba sentado en su lugar, acariciando a los perros que aprovechaban la oportunidad para meter sus hocicos en los platos de la mesa.

Mientras tanto, Bondarishin continuaba hablando en forma sumisa, casi indiferente:

— ¡Dios nos libre!... También el amo tendrá su poquitín de tierra... Para que tenga donde sembrar algunas parcelas de algo, aunque sea de cebollas, para la ensalada... Bueno, y un poco de lugar para jugar al croquet...

— ¡Ah-ah!...— Sofía Petrivna se sintió descompuesta

y mientras Lida le alcanzaba un poco de agua, Antosha con las manos en los bolsillos de sus pantalones, decía entre dientes:

— ¡Qué infames!...

— Aunque más no sea, por lo bueno que ha sido siempre el amo con nosotros, le agradecemos de todo corazón,— terminó diciendo entre reverencias Bondarishin.

— Así es... Es pecado decir lo contrario... Para todos nosotros, el amo es nuestro "*padrecto*"...— empezaron a decir en voz alta los mujiks.

— Bien, bien,— dijo Arkadiy Petrovich, conteniendo a duras penas su amor propio herido — No renunciaré a mis palabras... Ya que así lo ha resuelto la grey...

Su voz se volvió seca y helada.

— ¡Arkadiy!... ¿Qué estás diciendo?... Ustedes, ¿cómo se atreven?...— comenzó a exaltarse Sofía Petrivna.

Antosha también quiso decir algo y las venas se le hincharon marcando de un azul apoplético su blanca frente.

— Así es, señor... Dentro de dos días será feriado y entonces la grey hará el reparto de las tierras. Mientras tanto, el amo puede resolver donde quiere recibir sus parcelas, si cerca de la casa o en el campo...

— Naturalmente que cerca de la casa... Aquí la tierra está muy bien abonada y además, por que es más cómodo...— dijo casi alegremente Panás.

— En estos dos días, el señor decidirá lo que hacer... Nosotros no pretendemos que nos dé la respuesta ahora mismo... Usted siempre ha sido muy bueno con nosotros. Muchas gracias al buen señor y a su señora, ya que nunca dejaron de preocuparse por nosotros...

— Desde luego... Siempre nos han dado alguna untura o algunas píldoras cuando nos enfermábamos. Para

algo son nuestros buenos amos... Bueno, ¡queden con Dios!...

Mientras los recién llegados abandonaban la casa, sus dueños se mantenían como petrificados, solamente Arkadiy Petrovich jugueteaba con la servilleta entre sus manos.

Pero la estupefacción de Sofía Petrivna duró bien poco.

— ¡Arkadiy!... ¡Tú te has vuelto loco!... ¡Me imagino que no te atreverás a entregar tus tierras!... ¡Tú tienes hijos!...

— ¡Esto no puede quedar así!... ¡Es necesario tomar medidas! — gritó acalorado Antosha pegándole un puntapié tan fuerte a Neptuno, que el pobre perro, aullando se arrojó hecho un ovillo a los pies de su amo.

Tan solo Lida se mostró adepta a su padre, sonriéndole aunque bien es cierto, con una sonrisa bien pálida.

— ¡Eh-h!... ¡Déjenme en paz! — gritó enojado Arkadiy Petrovich.— ¡Comprendan de una vez por todas, que yo no puedo proceder de otra manera!...

Estrujó la servilleta que tenía entre manos, la arrojó sobre la mesa y salió del comedor.

En medio del griterío y el alboroto que hubo al poco rato, Jean hizo oír su potente vozarrón:

— ¡Bueno, lanzatorpedos, es hora de dar vapor y ponerse en marcha!...

— ¡A la orden! — contestó el lacayo.

Pero la marcha no se produjo.

Todos estuvieron de acuerdo, de que había llegado la hora de mantenerse unidos y de aconsejarse entre todos y por lo tanto, decidieron retener a Jean.

Y para que la servidumbre no se enterase de lo que se trataba, tomaron al lacayo del brazo y lo echaron del comedor junto con los perros.

Tan solo Mishka se metió en algún rincón.

Mishka encontró a su amo en el gabinete. Estaba parado cerca de la puerta-ventana que daba a la terraza, mirando con aparente curiosidad como las moscas con su aburridor zumbido chocaban contra los vidrios de la misma. El perro, rozó con su nariz las botas de su amo, pero éste lo ignoró. Entonces el animal saltó varias veces tratando de alcanzar a las moscas, pero sin resultado, se cansó y se fue a recostar sobre su almohada en un rincón del cuarto.

A través de los vidrios se veían las blancas columnas de la terraza y más allá, el jardín. En los parterres ardían las rojas amapolas, mientras que los tempranos alhelíes recién comenzaron a mostrar sus pimpollos. Arkadiy Petrovich a diario miraba su jardín pero tan solo hoy se interesó en él. Entreabrió la puerta y expuso su calva al sol. Luego bajó pesadamente las escaleras y se inclinó hacia las flores.

Pero ellas ya dejaron de interesarle. El sentía algo penoso en su alma, mas, no quería reconocer que estaba ofendido. Naturalmente, ellos tenían derecho a la tierra, él siempre había pensado así y así se expresaba en todas partes, pero que a él... ¡Ahí tienes un buen ejemplo de relaciones "*vecinales*"! Recordó todos los consejos y toda la ayuda prestada a aquella gente. Todos los bautizos y casamientos a los cuales había asistido en la aldea y en los cuales siempre había sido padrino de honor. Hasta inclusive a ese Bondarishin había bautizado... ¡Ahora todas aquellas generosidades tuyas quedaban relegadas al olvido!

Un poco de tierra para plantar cebollas y otro poco para jugar al croquet... ¡Ja-ja-ja!...

El sol le quemaba la calva y en forma implacable e incontrarrestablemente, llenaba de luz y calor el

jardín y los sembradíos que se extendían de loma en loma, hasta perderse de vista.

Volvió a la casa, se colocó una gorra y en vez de acostarse a descansar después de comer, como era su costumbre, salió al patio. La superficie del mismo estaba cubierta de un verdísimo césped. El cochero estaba ocupado con su faetón mientras que Savka se movía a su alrededor. ¡Con toda seguridad que están comentando la novedad!

Arkadiy Petrovich tuvo deseos de ordenar que le ensillarán el caballo, pero no se animó, ya que tenía la sensación de encontrarse en una hacienda ajena. Silenciosamente pasó cerca de ellos, cruzó el portón y se halló en el sembradío.

El trigo ya estaba alto. Las espigas amarillentas se hamacaban con suavidad movidas por el viento y un tenue polvillo áureo, apenas perceptible, flotaba al sol. Un par de ojos infantiles le observaban atentamente desde lo profundo de los trigales. Apareció de pronto el perro Mishka y se echó a correr por el sendero. El sembradío parecía sumergirse en la hondonada, para levantarse otra vez por las lomas, como si la tierra en un dulce desmerecer, se estuviese extendiendo complacida, mientras que Arkadiy Petrovich, entregado a la voluntad de las verdes eras, trataba desesperadamente de no pensar en nada, hundiéndose tan solo en las misteriosas profundidades del trigo y sintiendo bajo sus pies, la suave blandura de la tierra. Más que oír, sentía como del sembradío se elevaban ciertas voces que decían algo. El no quería oír. El quería tranquilidad y soledad. Pero a medida que sus pasos le llevaban cada vez más lejos por el campo, con más claridad oía aquella voz suave que surgía de la tierra y entonces claramente notó la gran contradicción de sus sentimientos...

Fue aquí que por primera vez comprendió que le lla-

maba su tierra. Comprendió que se había acostumbrado a ella como se acostumbró a su esposa, a sus hijos. Sintió con todas las fuerzas de su alma, que allí donde él pisaba, habían pisado los pies de sus padres y abuelos y que sobre esos campos se había extendido el eco de sus voces, las voces de todos sus antepasados, de todos los Malina. El sintió que todo aquello que le causaba legítimo orgullo, lo que él valoraba en sí, su inteligencia, sus gustos e inclinaciones, su cultura, inclusive sus ideas, fue robustecido por aquellas tierras.

Pero Arkadiy Petrovich ya se estaba riendo de sí mismo:

— ¡Ja-ja-jal... ¡Ya tuvo que hablar la sangre aristocrática!

Con un esfuerzo de su voluntad, alejó de sí todos aquellos pensamientos y continuó la marcha.

Llegó a una pequeña hondonada. Allí terminaban los sembradíos y comenzaban los pradales en los cuales pastoreaban vacas y caballos. El pastorcillo Fedka, ni bien divisó al amo, se quitó el raído gorro y descalzo, quedó parado con el morral cruzado a la espalda.

— ¡Pónte la gorra! — le gritó Arkadiy Petrovich.

El pastorcillo no oyó bien y se le acercó corriendo.

— ¡La gorra!... ¡Pónte la gorra!...

Las vacas se habían desparramado por el pradal, lozanas y frescas como el pasto verde. Los caballos levantaron sus cabezas al oír la voz del amo y se mantuvieron tensos, dispuestos a salir al galope en cualquier momento.

Arkadiy Petrovich se acercó a Vaska, su montura favorita y comenzó a rascarle el cuello. A su vez, el caballo colocó su cara en el hombro del amo, suavizando y tornando pensativa la mirada de sus ojos asustadizos. Así estuvieron largo rato, poseídos de una extraña atrac-

ción animal, sintiendo ambos un inefable placer: uno se complacía en rascar y el otro en ser rascado.

“¡Y me quieren despojar de este placer!...” — pensó con amargura Arkadiy Petrovich y prosiguió su marcha.

Fue yendo por la hierba fresca y húmeda mientras que el sol, encendía de tonos rojos los pastos y las flores silvestres.

Hoy su tierra tenía un atractivo particular, único, cual si fuese una pobre criatura con la cual hubo vivido toda la vida, pero que con la cual debía despedirse para siempre. Descubrió flores nunca vistas hasta entonces. Llegó hasta él la mansa dulzura, cálida, familiar y extensa que emanaba de las hierbas y la tierra...

Los frondosos sauces susurraban a orillas de las acequias, mientras que el esmalte azul del cielo, se recortaba entre las ramas. Cruzó de un salto el zanjón y luego de atravesar las matas de orégano y ajeno que por allí crecían, salió otra vez al sendero. A un lado, ondeaba el trigo, del otro, refulgían las lomas arcillosas coronadas de rojas amapolas. ¡Qué belleza! Tenía la impresión de que se encontraba allí por primera vez. ¿Quizás aquello no fuese suyo, sino ajeno? No. El iba andando por lo suyo. Pero, que raro resultaba convencerse de lo poco que conocía a su propiedad. Los moscardones zumbaban en las flores. El perro Mìshka escarbaba afanoso mientras olfateaba el agujero de una pequeña cueva que hallara en la tierra arcillosa. El sendero se levantaba sinuoso por entre las lomas, perdiéndose a veces, entre el pastizal. Ahora el campo mostraba con más amplitud toda la belleza de su paleta multicolor y cuando Arkadiy Petrovich hubo llegado a una pequeña elevación, aparecieron ante él, plenos de hermosura, la visión de sus trigales, los manchones verdes del pradal y las lejanas sombras de sus bosques. Y allí, parado en

medio de sus tierras, sintió con toda su alma que jamás se desprendería de ella.

— ¡He de disparar cuando vengan!...

Estas palabras fueron pronunciadas en voz tan alta y tan de improviso, que no pudo dar crédito en ellas y se volvió.

¿Acaso es él el que así habla? Pero en los alrededores, aparte de él no hay nadie, tan solo los trigales se extienden de loma en loma.

Arkadiy Petrovich sintió vergüenza. ¡Fu-u! ¡Qué cochinado!... Se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente. ¿Será posible que haya llegado a tanto? Con toda seguridad que no. El no puede ir en contra de sí mismo, en contra de todo aquello que hasta la fecha creyera su ideal y que no ocultara ante nadie. Aquellos que piensan como él, son un puñado apenas, y, ¿qué significan en ese gran proceso vital que está teniendo lugar? Apenas si un par de hojas marchitas en la inmensa fiesta de la primavera. Como es natural, a expensas de la huerta no se podría vivir. Con toda seguridad que en la vejez, tendría que aconchabarse en algún lado. Dos pequeños cuartos en alguna casa del poblado. Su esposa en la cocina. El, yendo al mercado, canastillo en mano. ¡Enciende el *samovar*,* Arkadiy!... De verdad, ¿sería capaz de encenderlo? ¿Quién sabe? Habría que aprender. Antosha y Lida podrían ganarse el pan, ellos son jóvenes aun. Y tú, Mishka, tendrás que olvidarte de las cremas y de los huesos sabrosos...

El perro Mishka hasta pareció alegrarse de una perspectiva semejante. Comenzó a saltar alrededor de su amo, manchando con sus patas polvorientas los pantalones de Arkadiy Petrovich. Pero, ¿qué importancia po-

* *samovar*: especie de calderilla que se utiliza para hervir el té

dría tener ahora la pulcritud de sus pantalones? El sentía hasta cierto placer en imaginarse miserable, olvidado y desintegrado por aquel gigantesco proceso social. El es un mártir y de buena voluntad ha de cargar con su cruz...

Sentía tibieza en su cuerpo, respiraba suave y libremente y la pena hacia sí mismo, le estimulaba el apetito. ¡Tenía un hambre tan voraz y tan sana que era un encanto! Tan solo deseaba que para la hora de la comida le hubiesen preparado sus setas asadas aderezadas con nata de leche y salpicadas de cebollines verdes y frescos... Tendría que habérselo recordado a Motria, la cocinera... ¡Qué diablos! Siempre toda clase de historias le tenían que hervir la sangre... Aunque, francamente hablando, ¿hubo algo acaso? Alguna que otra jactancia fantástica, un par de torpes amenazas y nada más. Todo aquello habría de desaparecer en cuanto hable con los aldeanos. Todo ha de continuar como hasta ahora, callado y tranquilo, pues, es inconcebible que alguien se atreva a expropiar sus tierras... ¡Nada menos que las tierras de él!... ¡Ja-ja-ja!...

— ¡Mishka, avanti!

Sin embargo, en la casa ni pensaban en servir la comida.

Soffia Petrivna lo esperaba en la terraza y no tuvo tiempo de quitarse la gorra, cuando ella comenzó a increparlo.

— ¡Arkadiy, tú tienes hijos!

Alrededor de los ojos de ella se destacaban dos manchas oscuras.

— Bueno, tengo hijos... ¿y qué?

— ¡El asunto no está para juegos! ¡Tú tienes que ir a lo del gobernador!...

Arkadiy Petrovich se encogió de hombros y dió media vuelta.

— ¡Tienes que pedir el envío inmediato de los cosacos!

— Perdona, Sofía, pero tú estás hablando tonterías.

— ¿Tú consideras que hay que esperar hasta que los mujiks se apoderen de la tierra?

— ¿Y qué? Al fin de cuentas, la tierra les pertenece.

— ¡Tú te has trastornado con tus ideas liberales! ¡Ya que tú no quieres hacerlo, los llamaré yo misma!

— ¡Yo no he de aguantar a los cosacos en mi casa!

— ¡Es que no podrás pasarte sin ellos!

— ¡Yo haré un escándalo!... ¡No sé lo que haré!... ¡Iré a la cárcel!... ¡A Siberia!...

— ¡Arkadiy, palomito!...

— ...a trabajos forzados, pero no permitiré...

— Sé razonable, Arkadiy...

Pero él no quería saber nada. Se encolerizó, parecía un *samovar* a punto de hervir. Gritaba completamente sofocado. Golpeaba con sus pies y movía sus brazos de tal manera, como si en vez de tener frente suyo a su mujer, se estuviese dirigiendo a todo un escuadrón de cosacos.

Al fin de cuentas, aquella conversación no dió ningún resultado, tan solo que se le estropeó la comida. A ésto se le agregó el hecho de que olvidaron de freírle las setas.

— ¿Dónde está Antosha?

Antosha no estaba presente en la comida.

Por la forma en que se había turbado Sofía Petrivna al explicar algo completamente absurdo y de como se apretaron los labios de Lida, Arkadiy Petrovich comprendió que ellas le ocultaban algo.

Sin embargo, no dijo nada.

Al día siguiente, Arkadiy Petrovich despertó de muy mal humor. En el hecho de como Savka el mucamo, trajo el agua y la volcó ruidosamente en el lavabo y de

como cerró la puerta con violencia al salir de la habitación, él sintió una absoluta falta de respeto a su persona.

“¡Basura! Bien sabe que mañana los mujiks se apoderarán de mis tierras y claro, no tiene por qué ser ceremonioso con un pobre expropiado...”

Consumió su desayuno sin el menor apetito y fue a hacerse cargo de las tareas del día. Recorrió el huerto, los graneros ahora cerrados, los establos vacíos durante el día y de los cuales emanaba un agrio olor a estiércol.

En el patio el cochero estaba lavando el faetón.

Luego, Arkadiy Petrovich asomó a las caballerizas donde los caballos comían con fruición su alfalfa. Cerca de la puerta había una montaña de estiércol negruzco y seco. Allí cerca, clavada en el suelo, se veía una vieja barrica llena de agua.

— ¡Ferapont, hay que quitar de inmediato el estiércol y pasarlo al otro lado de los establos! Lo has amontonado aquí, como para una exhibición...

El cochero levantó sus espaldas.

— Se hará como dice el señor.

“En realidad, este tono mío no sirve para nada, pero de cualquier manera, ya lo dije” — pensó Arkadiy Petrovich.

En esos momentos, por el portón del patio, cruzaba Bondarishin, quien al ver al amo, inclinó la cabeza en ademán de saludo.

“Mira, al saludar apenas si movió la cabeza. ¿Quién soy para ellos ahora? Ya no les hago ninguna falta... ¡Mal educado! — dijo entre dientes mientras seguía a Bondarishin con la vista.

El viejo y ciego almirante, su cuñado, bajó de la terraza acompañado de su lacayo, para realizar su paseo diario. Pasaron cerca de Arkadiy Petrovich sin siquiera prestarle atención.

“Seguro que él también, bestia, está contento de que bien pronto dejarán de haber señores...”

Arkadiy salió para el sembradío, sin rumbo fijo. Se aproximaba la tormenta. “Están acarreado el heno” — recordó de pronto, lleno de alarma. Algunas gotas de lluvia comenzaron a salpicarle el gorro, la cara, las manos. Los trigales se llenaron de aromas. El pensaba que debía volver, pero no lo hacía. De pronto, una lluvia tibia y espesa, en alas de una nube gris, cayó sobre las eras. Pero bien pronto volvió a brillar el sol encendiendo un arco iris y cesó la lluvia. Los trigales comenzaron a vahear, pero Arkadiy Petrovich no se alegró. En esos momentos él deseaba más tormenta y agua que sol. ¡Qué el diablo se lo lleve, al heno! ¡Ojalá que se eche a perder!...

Así, sin pensar para qué, volvió al patio de su casa. El cochero continuaba ocupado con el faetón. El montón de estiércol estaba en el mismo lugar, vaheante y más oscuro después de la lluvia.

Arkadiy Petrovich se puso a temblar de indignación.

— ¡Feropont!... ¿Qué te había ordenado?... ¿Acaso es necesario repetírtelo diez veces?... ¡Al estiércol de inmediato!... ¡March!...

Levantó el bastón y enojadísimo, comenzó a señalar en dirección a la caballeriza mientras el cochero de muy mala gana, empuñaba la horquilla.

“Lo hace a propósito”...— pensó Arkadiy Petrovich.— Lo que irá a pasar mañana, ya veremos, pero mientras tanto, todavía yo soy el amo”.

En su gabinete se tranquilizó un poco. Se quitó algunas vestiduras y en paños menores, se acostó en un canapé.

“Tonterías. ¿Acaso vale la pena violentarse por tan poca cosa? ¿Acaso no es lo mismo dónde esté amontonado el estiércol?”

Sintió un poco de vergüenza por Feropont.

Estuvo algún rato callado, recostado con los ojos cerrados.

— ¿Y ahora qué?

Abrió los ojos y miró al cielo raso.

No halló respuesta alguna.

A través de las ventanas venecianas, el sol entraba a raudales y a la luz de sus rayos flotaban finísimas partículas de polvo. En el comedor se oía el tintinear de los cubiertos. Estaban poniendo la mesa. Arkadiy Petrovich contra su voluntad oía el taconeo de los pasos de alguien, el ruido que hacían las sillas al ser corridas, el suave tintineo de las copas. Todo era como siempre, la vida continuaba su marcha regular y cotidiana, y era imposible creer que algo había de cambiar alguna vez. Sin embargo, los cambios habrían de suceder. Esta incertidumbre llenaba su alma de una dualidad desagradable, estropeando su estado de ánimo. Una vez más, recopilaba en su memoria esa serie de alarmantes pequeñeces que le hubieron acontecido durante el día: la mirada irrespetuosa de Savka, la terquedad de Feropont en el incumplimiento de sus órdenes, la irreverencia de los aldeanos y en consecuencia de todo aquello, deseaba que el ignoto “*mañana*” llegase por fin y diese comienzo a ese juego agudo y peligroso. ¿Cómo se ha de comportar mañana? ¿Ha de disparar y defenderse, o por el contrario, entregará sus tierras a los mujiks con tranquilidad? No lo sabía. Y precisamente, en el hecho de su ignorancia temporaria y ajena a cualquier teoría o suposición, se ocultaba la curiosidad del inevitable “*mañana*”.

Extrajo su reloj y miró la hora.

— Las doce menos diez,— dijo en voz alta, luego pensó: “Me queda menos de un día”.

Mañana... De pronto se imaginó la mañana del siguien-

te día... En medio de un gran alboroto, el poverío invadirá el patio de la casa, chillarán las mujeres, los mujiks comenzarán a pelearse durante el repartidero... Los hijos de los mujiks comenzarán a atisbar por las ventanas, husmeando todo, como si ya fuese suyo...

Una vez más miró su reloj.

Apenas pasaron cuatro minutos.

Abandonó el canapé y con pasos cansados y seniles, se dirigió hacia la ventana.

Lejos, hasta el mismo horizonte, ondeaban al viento los trigales, sin importarles para nada, quien será su dueño en adelante. Ellos estaban acostumbrados tan solo a las manos de los labriegos.

En la comida, Antosha no estuvo presente.

Y otra vez el gabinete. Una vez más volvió a hablar su "*sangre aristocrática*", también la razón dijo su palabra, la duda hizo conocer su opinión, pero por encima de todo aquello, palpataba una aguda curiosidad: ¿Qué ha de ocurrir? ¿Cómo ha de ocurrir?

Llenó el cuarto con el humo de su cigarro, bordó el piso del gabinete con sus pasos, sembró el ambiente de pensamientos, sin embargo el día de mañana se mantenía en su mente, endurecido como una bala en el cuerpo, a la cual no se puede llegar sin antes cortar la carne.

Antosha atravesó el patio en su cabalgadura, cubierto de sudor y polvo y se oyó bien claro cuando penetró directamente en el dormitorio de su madre, mientras que en el comedor le servían el retrasado almuerzo.

"Ya ha quedado bien poco... Apenas una noche y un par de horas",— pensó Arkadiy Petrovich mirando su reloj.

Las sombras se espesaban. El sol se preparaba para su ocaso. El pastor arreó el ganado del campo. Las vacas iban con cierta majestuosidad, llevando desnudas sus

rosadas ubres repletas de leche. Los potrillos jugueteaban brincando en el verde patio de la casa.

“¿Acaso puede ser que mañana todo ésto ya no me pertenezca?”— pensaba con profunda tristeza Arkadiy Petrovich, cuando de pronto oyó la voz de Lida:

— Papaíto, tú no te alarmes, pero...

— ¿Qué ocurre? — Arkadiy Petrovich encaró vivamente a su hija.

Ella estaba parada en la puerta, con el rostro de pálida madona descompuesto y los labios dolorosamente entreabiertos.

— No debes preocuparte... mucho. Acaban de llegar los cosacos...

— ¿Cómo?... ¿Cosacos?...

— Los envió el gobernador... Están en el patio.

Arkadiy Petrovich dió un paso hacia atrás. La sangre le enrojeció el rostro y la calva y en medio de aquel incendio interior le temblaron los canosos bigotes y los ojos encolerizados, grises, parecieron haberse desteñido cual dos lagunas heladas.

— ¿Qué es ésto?... Yo no he pedido... ¡Ah!... Comprendo... Es una conspiración en mi contra... ¡Diablos!... ¡Yo no he de permitir!... ¡Llama a Antosha de inmediato!...

— Yo creo, que...— comenzó a decir la asustada Lida.

Ella quería argumentar algo para tranquilizar a su padre, pero éste se movía de un lado para otro como un gallo de riña que aletea y extiende su cuello antes de la pelea.

— ¡Que me traigan a Antosha!...

Transpirado, cubierto de polvo, sosteniéndose apenas sobre sus cansadas piernas, se presentó Antosha. Detrás suyo, iba su madre alarmadísima.

— ¿Has sido tú, quien trajo a los cosacos?

— El que haya o no haya sido yo, no tiene ninguna

importancia, papaíto — contestó Antosha con voz un tanto temerosa y sibilante, vestido en sus pantalones de oficial.

— ¡Ajá!... ¡No tiene importancia!... Bien... Yo les voy a enseñar... ¡Inmediatamente los echaré de aquí!... ¡Déjenme! — gritaba Arkadiy Petrovich, aunque nadie trataba de retenerlo, mientras corría por la habitación como si hubiese perdido la razón...

— Arkadiy... tranquilízate, Arkadiy...— le rogaba Sofía Petrivna extendiendo sus brazos implorantes. Tú debes comprender que ya está oscureciendo, que vinieron andando un trecho muy largo, que la gente está cansada, hambrienta, que los mujiks no les quieren dar albergue en la aldea... ¿Acaso se puede?...

— ¡Ah!... ¡Si fuesen gente, buena gente!... ¡Pero es que son cosacos!... ¡Déjenme salir ahora mismo!...

— Pero, papaíto, a mí me parece que...— comenzó a decir Lida.

— Echarlos no es difícil — la interrumpió su hermano — pero, ¿qué saldrá de ello? En la aldea no se puede conseguir ni una brinza de heno, además los mujiks por las buenas, no han de darles absolutamente nada... Comenzarán los despojos. Si tú deseas esto, entonces, ¡échalos!

— ¡Oh, pobres caballos! — dijo suspirando Lida.— ¿Qué culpa tienen ellos?...

— ¿Qué has dicho? — preguntó Arkadiy Petrovich, deteniéndose ante ella y enarcando las cejas.

— Digo, papaíto, que los caballos no tienen la culpa...

— Se les podría dejar en la caballeriza por una noche — hizo oír su voz Antosha.

— Y darles un poco de forraje... que no habríamos de empobrecer por ello...— agregó Sofía Petrivna.

— Les ruego que se reserven vuestros consejos. A mí no me hacen ninguna falta...— gritaba Arkadiy Petro-

vich, andando de un lado a otro por la habitación, con la cabeza entre las manos.— Yo comprendo muy bien que los caballos no tienen la culpa,— dijo deteniéndose frente a su hija.— Tú tienes razón. Los caballos no tienen nada que ver... pero, ¿acaso cambia en algo la situación?

Pero él ya se sentía inseguro, falto de energía. Su acaloramiento se había apaciguado y los ojos perdieron su dureza de hielo y cuando los clavó en su hijo Antosha, comenzó a brillar en ellos un algo manso y culpable.

Luego de un momento de indecisión, preguntó inesperadamente:

— ¿Tendremos el forraje suficiente?

— Procuraré de que alcance... Además tenemos heno fresco. Sin esperar más, desapareció por la puerta que daba al zaguán.

— ¡Traer a los cosacos!... ¿Quién lo iba a creer?...

Sus manos habían perdido las graves líneas de unos momentos atrás. Su enojo desapareció como una ola que se hubo levantado cual furia verde para ir apaciguándose poco a poco hasta morir susurrante y espumosa, en las arenas de la playa.

A través de las puertas abiertas, llegaba el relincho de los caballos hambrientos que andaban por el patio y el tintinear de los sables de los cosacos armados.

* * *

El “*terrible día*” comenzó en una forma nada terrible. Al pie de las ventanas gorjeaban alegres los gorriones, el sol tenía un aspecto tan alegre que hasta los vidrios, las paredes y la ropa de la cama donde descansaba Arkadiy Petrovich, parecían sonreír. Sin haberse vestido, se acercó a la ventana. Un aire cálido le acarició el

pecho y sus ojos de inmediato se posaron en la larga fila de caballos de lustrosas grupas. Los fornidos cosacos en camiseta, aseaban a sus cabalgaduras mientras que el sol jugueteaba con sus brazos desnudos y cuellos atezados y fulguraba en los pequeños charcos de agua.

Arkadiy Petrovich contemplaba el sol, sus trigales, las múltiples patas de las bestias y piernas de los hombres que igualmente pisoteaban con fuerza el suelo, oía con verdadero placer el piar de los pájaros, el relincho de los caballos, las maldiciones soeces de los cosacos. De pronto, sintió que tenía hambre.

— ¡Savka! — gritó desafortadamente — ¡Tráeme el café!...— y otra vez se metió en la cama, con el afán de proporcionar un poco de placer a su cuerpo senil.

Y cuando Savka hubo traído la bandeja, miró con verdadero amor la aromática bebida, olfateó con fruición el tibio panecillo y regañó con dureza al sirviente por haberle traído tan poca mantequilla.

Su perro Mishka, hecho un ovillo, dormía dulcemente a sus pies, sobre la cubierta de la cama...

INDICE

Prólogo	5
La sombra de los antepasados olvidados	13
A alto precio	105
Flor de manzano	195
Regalo de cumpleaños	209
Jaritya	237
Desde lo más profundo	249
Intermezzo	257
El duelo	279
Los caballos no tienen la culpa . . .	299

Михаил Коцюбинский

ТЕНИ ЗАБЫТЫХ ПРЕДКОВ

и другие новеллы

(На испанском языке)

Видавництво «Дніпро»
Київ, Володимирська, 42.

Київський поліграфічний комбінат,
вул. Довженка, 3.

Зам. 1—814. Тираж 2000. Ціна 79 коп.

У1
К77

73 vol.